

Selección RNR

UN CABALLERO DEL EAST END

Ana de Liévana

D.J.57

R

Romance Histórico

Un caballero del East End

Ana de Liévana



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Londres, 1 de noviembre de 1887

«No hay en el mundo entero un valle tan dulce
Como ese en cuyo seno se encuentran las brillantes aguas.
¡Oh! Los últimos rayos del sentimiento y de la vida han de partir
Antes de que este valle florecido se desvanezca de mi corazón».

Connor O'Malley no podía sacarse de la cabeza esa estrofa de las *Melodías irlandesas* de Thomas Moore. Había leído el libro entero innumerables veces desde que su padre se lo regaló, pero esos versos en especial los llevaba grabados a fuego en su mente y en su corazón. Eran justo las palabras con las que él, si hubiera sido bendecido con el don de los poetas, describiría su hogar. Connor no era poeta —nada más lejos—, y agradecía al señor Moore que hubiese puesto en palabras lo que él, en su memoria, solo alcanzaba a retener como imágenes. Los interminables mantos de turba. El brezo violeta que alfombraba las colinas. La poderosa cascada Powerscourt. El condado de Wicklow, *el jardín de Irlanda...* No, no había en el mundo entero un valle tan dulce.

—Llegaremos a la estación de Waterloo en unos quince minutos, señor.

La voz del revisor le devolvió al tren en el que se encontraban y a la realidad.

—Gracias.

Guardó el libro en su bolsa de mano y miró a su hermana menor. Deirdre contemplaba por la ventanilla el extrarradio de Londres, con la barbilla apoyada en la mano y la frente pegada al cristal. Parecía completamente

absorta, pero Connor sabía que por su mente de adolescente era más probable que desfilaran fantasías de próximas aventuras en la gran ciudad que pensamientos melancólicos. Deirdre era confiada, alegre y optimista por naturaleza. Por supuesto, el fallecimiento de su padre y el abandono de Malley House había supuesto para ella un golpe tan duro como para Connor, pero su actitud ante la nueva vida que les esperaba en Londres era muy distinta. Solo tenía dieciséis años y estaba expectante ante la cantidad de cosas maravillosas que le depararía el futuro.

—Llegaremos pronto, niña.

Deirdre se volvió hacia él y le sonrió, no solo con los labios, sino también —y sobre todo— con sus grandes ojos azules. Su hermana tenía la virtud de tranquilizar su ánimo con un simple gesto, y Connor le devolvió la sonrisa.

—¡Estoy deseando ver Londres! ¿Tú no?

—Claro —respondió él, tratando de sonar más animado de lo que en realidad se sentía—. Pero hoy deberías irte a dormir pronto. El viaje ha sido agotador.

—No estoy cansada. He dormido en el barco.

Deirdre sacó un pequeño espejo de su bolso y se contempló sujetándolo con una mano mientras que con la otra trataba de recomponerse el peinado. Su cabello era negro y ondulado, largo hasta la cintura, y se lo había peinado en una complicada trenza que le caía sobre el hombro. Connor sonrió ante su femenina coquetería. Era algo nuevo, en realidad, pues en Irlanda nunca le había importado su apariencia externa, pero suponía que la perspectiva de vivir en la gran ciudad de Londres había despertado en su hermana ese nuevo interés por su aspecto.

Él estaba un poco más preocupado. Bastante más, si tenía que ser sincero. Pero eran cuestiones que no tenía por qué compartir con su hermana, aún una niña en muchos aspectos. En realidad, después del fallecimiento de su padre, de descubrir las graves deudas que le había dejado en herencia y de haberse visto obligado a vender Malley House para pagar a los acreedores, las cosas solo podían ir a mejor. Pero, aun así, Connor no podía quitarse de encima la sensación de que no las tenía todas consigo.

Todos los conocidos y amigos de Connor —los *lores* y *ladies* que vivían en las mansiones vecinas, los condes y barones con los que su padre había salido

tan a menudo a cazar, y las dignas señoras que aseguraban provenir de los antiguos reyes de Irlanda, y que con tanta insistencia sugerían presentarle a sus hijas casaderas—, todos ellos le habían vuelto la espalda al enterarse de que Cirian O'Malley había muerto debiendo a sus acreedores el equivalente al valor de Malley House y todos sus terrenos circundantes. Connor había sido incapaz de comprender cómo su padre había llegado a tal endeudamiento hasta que el anciano lord Cavannagh, cuyas tierras colindaban con las suyas, le insinuó, más bien de manera desagradable, que tal vez el asunto tuviera algo que ver con las carreras de caballos. No era infrecuente que un terrateniente irlandés se divirtiera apostando en las carreras, sobre todo teniendo en cuenta los proverbiales conocimientos equinos de los irlandeses, pero que su padre hubiese perdido tantísimo dinero y que, además, lo hubiera guardado en el más absoluto secreto, fue algo que conmocionó a Connor casi tanto como su propio fallecimiento.

Después vinieron los comentarios crueles de los vecinos; el mal trago de tener que despedir a los trabajadores de Malley House, a quienes Connor conocía desde su infancia, y la búsqueda de un comprador. Finalmente, un americano que había hecho fortuna en el ferrocarril se interesó por la mansión, asegurando que era justo lo que buscaba para pasar largas temporadas en «la Vieja Europa». Aceptó el precio que había marcado Connor y este pudo zanjar la cuestión con los acreedores. Deirdre le obligó a repetírselo tres veces, sin creerle, cuando le explicó que tenían un mes como máximo para dejar su hogar. Cuando le preguntó en qué lugar de Irlanda vivirían después, Connor no supo qué contestar. No tenían dinero para comprar otra casa. Las cosas ya estaban lo suficientemente mal allí, debido a la presión inglesa, y a menos que uno fuera un terrateniente adinerado —lo que habían sido ellos hasta entonces, por otra parte—, no era fácil salir adelante.

Connor pasó días enteros sin dormir, tratando de encontrar una solución. Y cuando llegó desde Londres la carta de un viejo amigo inglés de su padre, William Peterson, ofreciéndole un empleo y un nuevo comienzo en otra ciudad, le pareció que era lo único sensato que podían hacer. No era que deseara abandonar Irlanda, pero si debía dejar la casa donde había nacido y sido feliz durante sus treinta años de vida, al menos tendría cerca al único

amigo que les quedaba. Llenaron cada uno un baúl con sus ropas y objetos más queridos y salieron hacia el puerto de Dublín en un doloroso silencio, dejando atrás los prados color esmeralda y los mantos de brezo.

Llevaban ya tres días de viaje, y esa punzante sensación de dolor y de pérdida no se mitigaba en su interior ni siquiera un poco. Deirdre, en cambio, se había ido animando en el barco al conocer, nada más cruzar la pasarela, a una joven inglesa que le habló de las maravillas de Londres. Mientras ellas parloteaban frente a sendas tazas de té en el interior de la nave, Connor había permanecido largo rato en cubierta, apoyado en la barandilla y contemplando el mar. Había hecho un tiempo horrible durante toda la travesía, y el aire estaba cargado de rociaduras que le azotaban el rostro y le humedecían el abrigo, dejándole los labios con sabor a sal y los ojos irritados por el viento. Pero había continuado allí hasta que sintió todos sus huesos traspasados por el frío. No podía dejar de pensar en la tierra que habían dejado... *Antes de que este valle florecido se desvanezca de mi corazón.*

El tren entró en la estación de Waterloo y aminoró poco a poco la velocidad. Deirdre se había puesto ya en pie, sin esperar a que se detuviera del todo, y estaba intentando alcanzar sin mucho éxito una de las bolsas de la rejilla sobre sus cabezas. Connor se levantó y la cogió fácilmente. Bajó también la otra bolsa y los abrigos de ambos. De los baúles se ocuparía algún mozo de la estación.

—Tienes suerte de ser tan alto —le dijo ella. Su dulce rostro en forma de corazón estaba iluminado por la excitación de haber llegado al fin.

Connor le guiñó el ojo.

—Siempre a tu disposición.

Se dirigieron a la puerta del vagón, Connor con una mano protectoramente sobre el hombro de Deirdre, que iba delante, para que no se cayera al frenar el tren. Ella volvió la cabeza para hablarle:

—Nos irá bien aquí, Connor. Estoy segura.

Él solo hizo un gesto de asentimiento, esbozando una mueca que no llegaba a ser sonrisa. «Ojalá me pareciera un poco a ella», pensó.

Abrieron las puertas del tren y la ciudad de Londres se extendió ante ellos.

En la estación los esperaba el amigo de su padre, William Peterson. Era el editor jefe del *Daily Sun*, y le había asegurado que podría darle una columna semanal que le serviría para mantenerse con cierta holgura en Londres. Connor había contestado a su carta explicándole que él no era, ni mucho menos, periodista y que jamás había escrito en ningún sitio, aparte de en los libros de contabilidad de la finca y en los contratos con los aparceros. Pero William había insistido.

Había sido amigo de su padre desde que, veinte años antes, siendo un joven reportero, su jefe lo había enviado a Irlanda para investigar acerca de los rebeldes que, según se decía, se ocultaban en las colinas del condado de Wicklow. William no consiguió sacar nada en claro sobre el tema en ese primer viaje, pero en cambio conoció en una taberna al señor de Malley House y, entre pintas de cerveza negra, se hicieron amigos. Cuando supo de su fallecimiento, no dudó en tomar un barco para asistir al funeral y ofrecer sus condolencias a sus hijos. Fue entonces cuando se enteró de la grave situación económica que les había dejado a estos como herencia, y prometió a Connor que haría lo posible por ayudarles. El muy británico William, de hecho, había sido el único en preocuparse por ellos en un momento en que todos sus *amigos* irlandeses les volvieron la espalda.

La estación de Waterloo era un hervidero de gente. Ruidosa y bulliciosa, deambulaban por sus andenes multitud de personas que se apresuraban a tomar el tren o que esperaban la llegada de algún viajero. Connor miró hacia ambos lados en busca de William mientras Deirdre se afanaba en atarse con elegancia las cintas de su sombrero. Un joven pelirrojo se acercó sonriente.

—¿Puedo ayudarlo con su equipaje por unas monedas, señor?

Antes de que pudiera contestar, una voz conocida respondió por él:

—No hará falta, muchacho, gracias.

Connor sonrió y estrechó la mano manchada de tinta que William Peterson le tendía. Este era un hombre corpulento y de mediana estatura, con escaso pelo plateado y bigote y barba grises. Tenía más de cincuenta años, pero conservaba una expresión jovial en su rostro rubicundo y una mirada vivaz y alerta.

—¡Connor, es un placer teneros aquí por fin!

—Me alegro de verlo de nuevo, señor Peterson.

—¡Por favor, hijo, no me llames así! Sé que no nos veíamos demasiado, pero me gustaría que me tutearas y me llamaras William desde ya... ¡Deirdre, querida, bienvenida a Londres! Connor, tendrás que vigilar a tu hermana. Dentro de nada empezará a romper todos los corazones masculinos de la ciudad. ¡No, no, no intentes levantar esa bolsa! Tengo por aquí a Daniel, mi cochero y mano derecha, que se encargará del equipaje. Vamos hacia el coche. ¿Qué tal el viaje?

A Connor le pareció que una parte del peso que sentía dentro se liberaba gracias al recibimiento de William. Su manera de hablar, rápida y enérgica, pasando de un tema a otro velozmente, era reflejo de su personalidad entusiasta e intensa, y contar con un amigo así era justo lo que necesitaba en ese momento. Él los ayudaría a encontrar su lugar en la ciudad.

Fuera de la estación los esperaba una pequeña berlina negra con las ruedas pintadas de verde oscuro, a juego con el tapizado de los asientos. El cochero, ayudado por un empleado de la estación, subió el equipaje después de que ellos se acomodaran en el interior, y en pocos minutos estuvieron en marcha.

—Debéis disculpar estas estrecheces —dijo William tratando de amoldar su corpulencia al reducido espacio—, realmente este coche está diseñado solo para dos personas. Pero como mi mujer y yo no tenemos hijos, siempre nos ha resultado suficiente.

—No importa. Deirdre es tan poca cosa todavía que apenas ocupa media plaza.

—¡Connor! —se quejó la aludida. Él sonrió a su hermana, disculpándose sin palabras por la pequeña broma.

—Seguro que estaréis agotados del viaje. Tenemos que cruzar el Támesis por el puente de Waterloo, pero una vez al otro lado ya no tardaremos mucho. No esperéis demasiado de mi casa, es solo una vivienda pareada sin demasiados lujos, pero estaréis cómodos esta noche.

—No quiero abusar de vuestra hospitalidad, William. Mañana mismo buscaremos una casa para nosotros.

—No hay ninguna prisa. Mañana nos reuniremos en las oficinas del *Daily Sun* para hablar de las condiciones de tu nuevo empleo. Espero que lo tengan todo dispuesto, aunque esas manifestaciones de Trafalgar Square nos han tenido medio locos desde el final del verano... Sobre todo, desde hace un par

de semanas, cuando la policía empezó a actuar. Yo entiendo que no pueden permitir que se bañen en la fuente ni orinen en la columna de Nelson, ¿pero acaso no tienen derecho a protestar por su situación?

Connor frunció el ceño, tratando de desentrañar el significado de lo que decía. Deirdre, que había estado contemplando a través de la ventanilla los barcos que se deslizaban por el Támesis, se giró con expresión levemente escandalizada en cuanto oyó el final de la frase para atender también.

—Lo siento, pero no sé de qué hablas, William. ¿La situación de quién?

—¡Oh, muchacho, se me olvida que venís de la apacible Irlanda!

—No tan apacible, me temo —apuntó Connor.

—Bueno, ya sabéis a qué me refiero. ¡Esa mansión tan apartada y esas colinas remotas donde todos los días trascurren iguales! En fin, a mí me encanta la ciudad, no viviría fuera de Londres ni por un millón de libras, pero reconozco que no hay nada como una escapada al campo de vez en cuando...

—Entonces, ¿qué es lo que ocurre en Trafalgar Square? —lo interrumpió con delicadeza. Se había percatado de la necesidad de ir guiando la conversación con el periodista, dada su tendencia a saltar de un tema a otro de esa forma tan ligera.

—Vosotros mismos lo veréis dentro de un momento, pasaremos por delante. Pero sin entrar en demasiados detalles, lo que ocurre es ni más ni menos que el reflejo de lo que pasa en la ciudad entera. Desde este verano se han empezado a reunir en la plaza decenas de desempleados como forma de protesta. Poco a poco se han ido uniendo más y más, y ahora hay manifestaciones prácticamente cada día. Muchos duermen en la plaza y utilizan las fuentes como si fueran unas enormes bañeras, y claro... a los londinenses no les hace mucha gracia la imagen que ofrece su ciudad. No hacen más que enviarnos cartas para que las publiquemos en el periódico, pidiendo que alguien haga algo para zanjar la situación... —Los ojos castaños de William brillaban de emoción. «Para él, un problema así es más bien una oportunidad de aumentar las ventas», se dijo Connor sin saber muy bien qué opinar. El periodista continuó hablando—: Con ese panorama la policía no ha tenido más remedio que actuar. Intentan dispersar a los manifestantes casi todos los días, pero no hay manera. Cada vez hay más tensión. Y ahora parece que se han unido los inmigrantes...

—¿Quieres decir las personas como nosotros? —inquirió Connor con suavidad.

—No, quiero decir las personas que han venido a armar jaleo. Sabes que no tengo nada contra los irlandeses, tu padre lo era y creo que fue uno de los mejores hombres que he conocido, pero reconocerás que los fenianos...

—Dudo que haya fenianos entre los que protestan en la plaza.

—¡Cualquiera sabe! —Se encogió de hombros como sin darle importancia y señaló a su derecha—. Ahí lo tenéis.

Connor y Deirdre se inclinaron hacia la ventanilla del lado que daba a la plaza. La gran extensión estaba ocupada por unas cien personas que se agrupaban entre pancartas, sentadas o tumbadas sobre jergones, con todo un campamento desplegado a su alrededor, reflejando con claridad que aquella multitud se aseaba, comía y pasaba todo el día allí.

—Ahora no son demasiados, pero más tarde vendrán más. Depende de las idas y venidas de la policía.

—¡Pobre gente! —exclamó Deirdre—. Deben de vivir en condiciones terribles si se ven obligados a protestar de esta forma.

—Sí, desde luego, pero no creo que vayan a solucionar nada así —opinó William—. Bien, ya habéis visto una de las peores facetas de la ciudad hoy en día, pero no debéis preocuparos. No os afectará demasiado.

La plaza quedó atrás y el cochero se internó por calles más tranquilas hasta detenerse frente a una casita blanca pareada, estrecha pero de aspecto cuidado, separada de la acera por una verja de hierro y tres o cuatro escalones. En cuanto descendieron del coche, la puerta pintada de rojo se abrió y una mujer madura pero aún atractiva se adelantó a saludarlos.

—¡Bienvenidos! Estaba sentada junto a la ventana, esperando a que llegarais. Soy Elaine, la esposa de William. Pasad, por favor. Estaréis deseando tomar un refrigerio después de ese viaje tan largo desde Irlanda...

Connor posó la mano sobre el hombro de Deirdre mientras seguían a William y su mujer al interior. Ella parecía igual de expresiva y afable, y los dos parloteaban a la vez sobre lo contentos que estaban de tenerlos allí. Empezó a relajarse y presintió que en adelante todo marcharía bien.

«No es exactamente favorecedor», pensó Lillian mientras giraba ante el gran espejo de cuerpo entero para verse también por detrás.

Era su primer día de trabajo en casa de los Wolverton, y había elegido un austero vestido gris oscuro de lana, con sencillos botones negros que cerraban el corpiño hasta la base del cuello, mangas largas y un discreto polisón. Nunca había sido aficionada a los vestidos excesivamente lujosos o llamativos; prefería prendas elegantes pero sencillas, que no la hicieran a ella el centro de atención. Y aquel traje gris era perfecto para pasar desapercibida. Demasiado, quizá.

Durante los interminables té que celebraba su madre con sus amigas había podido escuchar de vez en cuando maliciosas historias acerca de caballeros que se acercaban demasiado a las institutrices de sus hijos. Cuando charlaban sobre ello, las respetables damas echaban inexorablemente la culpa a las jóvenes preceptoras. «Demasiado bien vestida», «demasiado hermosa», «demasiado à la *mode*», solían sentenciar agitando en el aire las tazas de porcelana con el dedo meñique alzado. Al parecer, los padres de familia que engañaban a sus esposas acorralando a las institutrices en el hueco de la escalera o en el fondo de la biblioteca para intentar manosearlas eran por completo inocentes...

«Bien, nadie podrá culpar a esta institutriz», se dijo Lillian. Los otros vestidos, ya dentro del baúl a los pies de su cama, eran todos del mismo estilo: colores neutros, cortes aburridos y carencia casi absoluta de adornos. Su cabello castaño oscuro estaba recogido pulcramente en un moño sencillo. No llevaba una sola joya. Dudaba, por otra parte, que lord Wolverton fuera de la clase de hombres que mostraban algún interés por las institutrices de sus

hijas. Era miembro del Parlamento y se decía de él que estaba por completo absorbido por la política y que apenas le interesaba nada más. No se le conocía ni un solo escándalo, ni un solo acercamiento fuera de lugar a una dama que no fuera su esposa. Se decía, de hecho, que era más bien un hombre aburrido. De lady Wolverton siempre había oído —sobre todo por parte de su hermana Elizabeth, la cual iba a la misma modista— que era una mujer aún joven y muy bella, y que sentía verdadera pasión por la moda y las joyas. La semana anterior había podido comprobarlo ella misma cuando acudió a la mansión para ser entrevistada de cara a su futuro empleo.

Lady Wolverton le había preguntado, entre otras cosas, por qué deseaba el puesto, y Lillian se había puesto a disertar un buen rato sobre lo mucho que admiraba a su antigua institutriz y lo importante que le parecía que las niñas tuvieran la más amplia educación posible antes de salir al mundo. Cuando por fin dejó de hablar, lady Wolverton solo asintió, mirándola pensativa, y Lillian supo que no había respondido a lo que de verdad quería saber: por qué una joven de clase alta como ella dejaba su casa y se ponía a trabajar como institutriz justo cuando se encontraba en la cima de su juventud y belleza, justo cuando debía estar asistiendo a bailes casi cada noche y sacudiéndose pretendientes de encima como si fueran pesados moscones en una tarde de verano.

En realidad, no se trataba tanto de que le preocupase educar correctamente a las niñas antes de ser lanzadas a la vorágine social, sino más bien de huir ella misma de tal vorágine. Todas las chicas que conocía disfrutaban de ella, pero a Lillian le parecía un fastidioso teatro, un triste circo. Y la función que se representaba ni siquiera solía terminar bien: su hermana Elizabeth, sin ir más lejos, había sido la más bella mariposa de la temporada social ocho años atrás; había revoloteado feliz durante varios meses, había tenido una boda preciosa con lord Ashton y un niño adorable un par de años después... y ahora languidecía en su mansión de Mayfair. Su marido la ignoraba a todos los efectos, los bailes la aburrían hasta lo indecible y todo lo que podía hacer era tocar el piano, acudir a la modista y esperar a que alguien la visitara a la hora del té. Lillian sentía casi pánico a acabar de esa manera. Al parecer, ese era el destino de las mujeres casadas de su clase, y a ella le asombraba que ninguna se quejara de ello. Parecían aceptarlo como algo natural, inevitable y

perfectamente aceptable, incluso deseable. Su madre había empezado ya a presionarla para que siguiera la misma senda, y las amistades de la familia estaban convencidas de que estaba prometida en secreto... Podría, por supuesto, ignorarlos a todos y quedarse en casa como una digna solterona, acompañando a sus padres en su vejez, pero su orgullo no se lo permitía. Quería hacer algo útil con su vida, ser independiente y demostrar que una mujer, incluso perteneciente a una familia acomodada, tenía otras opciones donde elegir.

Lillian cerró el baúl y miró a su alrededor, más tratando de localizar objetos que pudiera haber olvidado que sintiendo nostalgia por dejar su casa. Estaba a punto de ponerse el sombrero cuando se abrió la puerta. Su madre rara vez llamaba antes de entrar en su cuarto, pues daba por hecho que, como madre, nada de lo que estuviera haciendo su hija en un momento dado podría exigir *tanta* privacidad...

—¿Ya tienes todo listo? —Caroline Simmons avanzó hasta el centro de la habitación y miró de arriba abajo a su hija menor—. ¿Por qué te has puesto eso?

—Bueno, mi otra opción era un vestido de baile color rojo sangre para impresionar a mis alumnas el primer día... —rió Lillian, pero dejó la frase sin terminar cuando vio que su madre ni siquiera sonreía. Caroline nunca había apreciado su sentido del sarcasmo.

—No te favorece. Vestido gris, ojos grises, pelo oscuro... Deberías ponerte algo de color. Algo un poco más animado.

No contestó. Durante las últimas semanas ya habían discutido bastante sobre la decisión de Lillian de convertirse en institutriz, y esa conversación sobre su atuendo solo podía desembocar en una nueva disputa.

—¿Podrías llamar para que bajen mi baúl, por favor? El carruaje de los Wolverton vendrá a recogerme en diez minutos.

Caroline seguía plantada en mitad de la habitación, con las manos apoyadas en las caderas y una mirada lastimera en sus ojos verdosos. Era bastante más baja que Lillian, quien le sacaba casi cuatro pulgadas, pero nunca se podría decir de ella que era una señora insignificante... Tenía un rictus de desaprobación en su boca de labios finos y miraba a su hija como si hubiera cometido la mayor de las traiciones.

—¿De verdad vas a hacer *esto*?

Lillian suspiró y se sentó en el borde de la cama. Contó mentalmente hasta diez antes de hablar.

—Mamá, no estoy haciendo nada malo. Quiero trabajar.

—¿Por qué? ¡No hay ninguna necesidad! —Caroline se sentó al lado de su hija y tomó una de sus manos—. Quizá no seamos tan ricos como los Wolverton, pero...

—No se trata del dinero —interrumpió Lillian. Había tratado de explicárselo varias veces, pero parecía no comprenderlo—. Tengo otras razones.

—¿Cuáles pueden ser? ¿Que desees ir todo el día detrás de dos niñas mimadas? ¿Que te gusta la idea de pasar lo que queda de tu juventud repitiendo aburridas lecciones de Historia y Literatura? ¿O que te apetece vivir a las órdenes de una señora caprichosa, como una chica más del servicio? —Caroline dirigió su mirada al techo, como haría la víctima de un sacrificio justo antes de morir—. ¡Mi hija, una criada!

—Sabes que las institutrices no forman parte del servicio...

—¡Tampoco de la buena sociedad! ¿Quién en su sano juicio querría casarse con una educadora, aparte de un profesor pobre o un comerciante de poca monta? Vas a desperdiciar tu juventud, tu belleza, tu buena posición...

—Como ya te he explicado en varias ocasiones, no tengo la menor intención de casarme, madre —replicó Lillian con cansancio.

Se levantó, alisándose el vestido, y se situó frente al espejo de nuevo para ponerse el sombrero. No quería mirar a su madre, que había caído en un silencio resentido. Le dolía decepcionarla de esa forma, pero no iba a cambiar de opinión. Esperaba que con el tiempo se acostumbraría. Aunque, como todas las niñas de su clase, Elizabeth y Lillian habían sido educadas por *nannies* e institutrices, Caroline había sido una madre bastante protectora y aun ahora, cuando Lillian ya había cumplido los veintitrés años, seguía estando muy encima y no dejaba de recordarle a cada momento lo que, según ella, debía o no debía hacer. Lillian amaba a sus padres, pero estaba deseando salir de su casa y dejar de sentirse como una niña por fin. Se volvió hacia ella y trató de sonreír.

—Voy a despedirme de papá. Te veré en mi día libre.

Besó a Caroline con suavidad en la mejilla y salió de la habitación. De camino al piso inferior pidió a Martha, la doncella, que se ocupara de que bajasen su baúl a la puerta.

La casa de los Simmons se alzaba en una calle secundaria del barrio de Belgravia. Era una vivienda de fachada blanca, con cuatro escalones que subían hasta la puerta de entrada adornada con vidrieras de colores, un pesado macetero de hortensias a cada lado y grandes ventanales. El interior no llamaba la atención por sus lujos, pero era una casa amplia, cómoda y con buenos muebles. Lillian descendió la ancha escalera alfombrada y se dirigió al despacho de su padre. La puerta, como siempre, estaba entreabierta, pero aun así llamó con suavidad antes de entrar.

Harold Simmons estaba detrás de su gran escritorio de roble, inclinado sobre un fajo de papeles que tenía ante sí, con las gafas de montura dorada casi en la punta de la nariz. Pasaba mucho tiempo en su despacho, una habitación pequeña pero luminosa, con las paredes forradas de paneles de madera oscura y el suelo cubierto con una alfombra algo raída en tonos naranjas y marrones. Aunque camino ya de los sesenta años, no tenía intención de bajar su ritmo de trabajo. Harold había hecho una buena fortuna como asesor financiero, gracias sobre todo a su reputación de hombre íntegro y de elevada moral, la cual le proporcionaba numerosos clientes y amplios beneficios.

—Papá, vengo a despedirme.

Harold levantó la cabeza y sonrió al ver a su hija.

—¿Ya te vas? —Se quitó las gafas, que dejó sobre la pila de documentos, y se levantó, rodeando la mesa para acercarse a Lillian—. Va a resultarme extraño no tenerte en casa, querida.

—Lady Wolverton me dijo que tendré la tarde de los sábados y todos los domingos libres. Vendré a veros a menudo, y dormiré aquí esas dos noches.

—Eso está bien. —Harold sonrió y apretó cariñosamente el hombro de su hija. Aunque de porte elegante, era un hombre alto y corpulento, y a su lado, la espigada Lillian parecía casi una niña—. ¿Te has despedido ya de tu madre?

Lillian suspiró y miró a los ojos grises de Harold, tan parecidos a los suyos, aunque rodeados de profundas arrugas.

—Sí. Tienes que hablar otra vez con ella, papá. Sigue sin aceptarlo.

—Debes tener paciencia. Necesitará tiempo para acostumbrarse a esta situación. Tienes que admitir que es algo extraña...

—¿Extraña? —repitió ella, sintiéndose un poco decepcionada. Hasta ese momento, había estado convencida de que su padre la apoyaba sin ambages—. Pero a ti no te parece mal lo que voy a hacer, ¿verdad?

Harold se quedó mirándola sin decir nada durante un instante. Su rostro, de expresión inteligente y noble, se había ensombrecido.

—No me parece mal, Lillian, si es esto lo que de verdad quieres. Pero me preocupa que estés eligiendo la vida equivocada.

—¿Qué quieres decir? —No podía creer que, a esas alturas, después de semanas de hablarlo, cuando su baúl esperaba en la puerta y el carruaje podía llegar en cualquier momento, su padre le hiciera eso. Lillian siempre había tenido una enorme seguridad en sí misma, pero había algo que podía quebrar todas sus convicciones en un solo segundo, y ese algo era la opinión de Harold.

—¿Realmente quieres ser institutriz? ¿Estás segura de que esa es tu vocación? Si es así, no tengo nada que reprocharte, y seré feliz sabiendo que tú lo eres. —Harold se frotó con gesto cansado la marca que habían dejado las gafas sobre su nariz y continuó hablando; su voz era grave pero serena—: Sin embargo, me pregunto si no lo haces porque estás huyendo de algo...

—¿De qué? —inquirió ella—. Solo quiero que mi vida tenga un sentido pleno. Quiero hacer algo más que asistir a bailes, conocer pretendientes y escuchar cotilleos sobre los demás...

—¿Y crees que la única alternativa a eso es irte de tu casa para trabajar en la de los Wolverton? —interrumpió él con suavidad—. Podrías quedarte aquí, quizá ayudarme con mi trabajo si lo que deseas es mantenerte ocupada...

—¿Para darle tiempo a mamá a que me encuentre un marido adecuado?

El timbre de la puerta sonó y Harold y Lillian interrumpieron la discusión y se quedaron mirándose en silencio. El carruaje que los Wolverton habían enviado para recogerla había llegado y, con él, el momento de despedirse.

Martha llamó ligeramente a la puerta entreabierta y asomó la cabeza tocada con cofia blanca.

—El carruaje de los Wolverton la espera, señorita Lillian.

—En seguida voy.

Lillian abrazó a su padre y se puso de puntillas para depositar un beso en su mejilla bien afeitada. Aspiró su aroma a limón y supo que, de la vida que dejaba atrás, poder verle todos los días sería lo que más echaría de menos. Notó que sus ojos se humedecían y, por primera vez, sintió algo de inquietud. Ya no tendría tan cerca a su padre para protegerla y aconsejarla, y tampoco tendría un esposo que cuidara de ella. Estaría sola. A partir de aquel momento sería una mujer adulta e independiente, sí, y de pronto, al hilo de ese pensamiento, sintió una punzada de miedo en lugar de la alegría y el alivio que había experimentado hasta entonces... Duró solo unos segundos; su lado racional y sus firmes convicciones se impusieron y apartó toda aprensión a un lado como quien descorre un pesado cortinaje.

—Te veré el sábado, papá.

Su voz había sonado firme, y se congratuló de ello. «Es natural que esté un poco nerviosa, pero estoy haciendo lo correcto. Despidete rápido, y nada de llorar».

Harold la besó en la frente. También tenía los ojos ligeramente vidriosos.

—Cuídate, querida. Y no te preocupes, volveré a hablar con tu madre.

Lillian sonrió y salió del despacho seguida de Martha. Fuera de la casa esperaba una elegante berlina negra con remates dorados y dos magníficos caballos castaños. Mientras Martha y Parker, el mayordomo de los Simmons, se afanaban en colocar el baúl en el portaequipaje, el cochero saludó a Lillian con una ligera reverencia. Era un hombre alto y delgado, de unos cuarenta años, con un rostro de rasgos vulgares, pero de expresión amable.

—Me llamo Samuel, señorita Simmons. La llevaré a casa de lord Wolverton.

—Encantada de conocerle, Samuel.

El cochero la ayudó a subir y Lillian se acomodó en el lujoso interior, todo caoba, adornos dorados y cuero color crema. Solo tuvo tiempo de decir adiós con la mano a Martha y a Parker antes de que el carruaje empezara a moverse y de que su casa quedara atrás.

Lillian había sido recibida ceremoniosamente por el lacayo de la casa, un joven rubio y pecoso que se presentó como «James, para servirla», y que le suplicó que aguardara en la sala de estar. Cuando entró en la habitación que le indicó, se dijo que debía de tratarse con toda seguridad de un error. Era imposible que ese fuera el lugar destinado a que la institutriz esperara a ser saludada por sus señores.

Se trataba de una sala de tamaño considerable y grandes ventanales, pero lo que más impresionaba de ella era la decoración, tan lujosa que resultaba casi excesiva. Las paredes estaban cubiertas de una delicada seda color aguamarina, a juego con el tapizado de los sillones. Había molduras doradas y el techo, altísimo, estaba decorado con un fresco que representaba una escena pastoril, con profusión de tonos oro, rosados, verdes claro y azul celeste. La chimenea era de mármol, y sobre ella había una repisa con adornos de porcelana y un espejo grande. Vio también aquí y allá mesitas con jarrones chinos desbordantes de rosas rojas que desprendían una intensa fragancia. El suelo estaba cubierto por una gran alfombra persa en tonos pálidos, y en un rincón había un reluciente piano de cola. De inmediato recordó a su hermana. Elizabeth adoraba tocar el piano, y disponía de uno parecido en su casa, pero desde hacía un tiempo las melodías alegres que solía tocar habían sido sustituidas por composiciones sombrías y melancólicas. Lillian estaba felicitándose una vez más por lo bien que hacía alejándose del matrimonio cuando la puerta se abrió, dando paso a lady Wolverton.

—Siento mucho haberte hecho esperar, Lillian. Olvidé por completo que venía la ayudante de mi modista a tomarme medidas, y acabamos de terminar. Ya sabes cómo son estas cosas... —Lillian alzó las cejas sin saber si esperaba que contestase a eso; ella no tenía ni idea de cómo eran *esas cosas* —. Si no, que te cuente tu hermana. ¡Un pequeño descuido y te quedas sin traje!

—No se preocupe, lady Wolverton. No he esperado mucho, y estoy segura de que el vestido le quedará maravilloso —respondió. Por algún motivo, una vez dicho no le sonó como una contestación adecuada, pero lady Wolverton no parecía molesta.

—¡Eso espero! Creo que he engordado un poco durante el verano. Cada

noche rezo para que los corsés no pasen nunca de moda.

La observó con disimulo mientras se sentaba en una butaca tapizada de brocado. Lady Wolverton le parecía la mujer más esbelta y hermosa que había visto. Era alta y delgada, con un rostro de belleza clásica, piel cremosa y cabello rubio peinado en un complicado recogido en lo alto de la cabeza, lleno de rizos y finas trenzas. Sus ojos azules, de expresión inocente, parecían los de una muñeca bajo las cejas delicadamente arqueadas. Iba vestida con demasiada elegancia para estar en casa: el traje de seda color marfil tenía bordados plateados y rojos de estilo oriental en la falda y en las mangas largas, rematadas con crespón blanco. No pudo evitar fijarse en el collar de perlas negras de varias vueltas que lucía sobre el amplio escote. «¿Qué se pondrá para asistir a una fiesta si en su propia casa se viste así?».

—Siéntate, por favor. Ahora te presentaré a Lucy y a May. Han estado muy nerviosas todo el día esperando tu llegada —comentó con una sonrisa. Accionó un tirador que se encontraba detrás de ella y en pocos segundos apareció James.

—James, ve a buscar a las niñas y diles que pueden pasar a conocer a su nueva institutriz.

—En seguida, milady.

Cuando volvió a salir, lady Wolverton se inclinó hacia Lillian como si fueran íntimas amigas compartiendo confidencias en un baile.

—Me han estado volviendo loca desde que la señorita Gray se marchó para casarse. Lucy asegura que ya no necesita institutriz, ¡pero espera a escuchar su versión del descubrimiento de América o su forma de pronunciar el francés! Solo pude convencerla para que continuara sus estudios cuando la avisé de que ningún caballero la tomaría nunca en serio si seguía diciendo *enchantée* de la manera en que lo dice...

La puerta volvió a abrirse y dos muñecas rubias y pálidas aparecieron en la habitación.

—¡Oh, aquí estáis! Lucy, May, acercaos a saludar a la señorita Simmons.

Las niñas se acercaron e hicieron una pequeña reverencia ante Lillian. Trataban de mantener un aire sumiso y refinado, pero los dos pares de ojos azules, idénticos a los de su madre, la miraban con franca curiosidad. Parecían dos potrillos vestidos de color pastel y deseosos de librarse de las

riendas para salir trotando libremente.

—Me alegro de conoceros, niñas —las saludó con una sonrisa.

—Creo que ya te conté en nuestra entrevista que Lucy tiene doce años —explicó lady Wolverton mientras señalaba a la niña más alta, casi una adolescente, peinada con tirabuzones que le caían hasta la mitad de la espalda—. Y esta es mi pequeña May —añadió. Abrazó a su otra hija por la cintura y la atrajo hacia ella para besarla en la cabeza. La niña soportó las muestras de cariño con ostensible resignación—. May tiene nueve años y por lo general es muy buena... ¡cuando no se deja arrastrar por su hermana!

—¡Mamá, eso no es justo! —protestó Lucy.

—Dejemos lo que es justo o injusto para los debates en los que participa tu padre en su club. Por cierto, ¿está en casa?

—No, mamá. Dijo que almorzaría con lord Rutherford. ¿Es que no lo escuchabas en el desayuno?

Lillian frunció el ceño al oír la respuesta de Lucy. Aún no había empezado oficialmente su trabajo, por lo que no dijo nada, pero se hizo una primera anotación mental acerca de la disciplina que tendría que inculcar a la hija mayor de los Wolverton. Sin embargo, su madre no la regañó, sino que exclamó con un suspiro:

—¡Cariño, tenía tantísimas cosas en qué pensar durante el desayuno...! —Se puso en pie de repente y Lillian se apresuró a imitarla—. Bien, ahora volved a vuestras habitaciones. Mañana tendréis la primera clase con la señorita Simmons.

Cuando salieron de la sala de estar, las niñas desaparecieron escaleras arriba y lady Wolverton llamó a una doncella para que enseñara a Lillian su dormitorio. En seguida volvió a entrar en otra habitación, cerrando la puerta tras ella.

La criada se presentó como Betty. Tenía más o menos su edad y era bonita y tímida, con el pelo castaño recogido pulcramente bajo la cofia blanca. La guio por los pasillos del piso superior explicándole en voz baja los horarios de las comidas y las reglas de la casa.

—Supongo que ya ha conocido a James, el lacayo. Más tarde conocerá al señor Abbott. No es muy simpático, pero a usted la tratará con respeto.

—¿Quién es el señor Abbott?

—El mayordomo. Lleva muchísimo tiempo aquí.

—¿Cuántos miembros de servicio hay en la casa? —quiso saber. Betty parecía simpática y aquella era una buena oportunidad para enterarse de lo que le esperaba allí.

—Bueno, están el señor Abbott y James, como ya le he dicho. Está Samuel, que es quien la trajo en el coche, y también Rose, que es la doncella personal de lady Wolverton. También está la señora Calvert, nuestra cocinera, y algunos más... —La chica se detuvo frente a una puerta al final del largo pasillo—. Este es su dormitorio. Nosotros dormimos en los cuartos del ático, que son mucho más pequeños, pero por supuesto la institutriz debe estar cerca de las niñas. Tiene suerte, es un dormitorio bastante bonito.

Betty la dejó sola. La habitación que le habían asignado no contaba con la decoración lujosa del resto de la casa, pero era amplia y cómoda. Había una cama blanca, con cabecero de barras doradas y edredón de satén, un pequeño escritorio y un armario de madera labrada. El suelo estaba cubierto por una alfombra mullida, y había cortinas de un alegre tono azul en la ventana. Las paredes estaban adornadas por algunos cuadros de escaso valor, pero agradables a la vista, casi todos paisajes, y sobre la mesita de noche alguien había colocado un jarrón de loza con margaritas amarillas.

Cuando abrió el armario descubrió que ya habían ordenado sus vestidos y sus otras prendas mientras hablaba con lady Wolverton, y se dio cuenta de la curiosa posición en que se hallaba: estaba muy por encima de los miembros del servicio, pero no pertenecía a la familia ni era una invitada. ¿Cómo sería su vida en los días sucesivos? Confió en poder manejarse bien en su nueva situación... Estaría a las órdenes de lady Wolverton, pero no de la misma manera que Betty. Y cuando regresara a casa el fin de semana, sería de nuevo la hija de una familia acomodada. A su madre, como a la mayoría de las señoras de buena familia de la ciudad, no le gustaba nada esa ambivalencia. Las criadas eran criadas; las señoritas, señoritas. Pero a Lillian le producía una grata sensación de alivio y de esperanza: significaba que, independientemente del punto de partida, una podía decidir su propio destino.

Cuando se despertó al día siguiente, necesitó un momento para comprender dónde estaba. El dosel blanco de su cama había desaparecido, y Martha tardaba demasiado en entrar con la taza de té que tomaba mientras se vestía cada mañana, antes de bajar a desayunar. Pero al ver el jarrón de flores amarillas se puso en situación con rapidez y se levantó de un salto.

Según lo que le había explicado Betty, la institutriz desayunaba y almorzaba con la familia, y cenaba en su dormitorio o en la habitación de las niñas. La propia Betty le había llevado una bandeja con la cena la noche anterior, así que aún no había tenido oportunidad de sentarse en el comedor ni de conocer a lord Wolverton. Este la saludó con cortesía distante; era un hombre alto y de porte distinguido, con pelo negro peinado con raya lateral y un cuidado bigote. Le pareció amable pero distraído, absorto en sus asuntos y, durante el tiempo que compartieron mesa, en las páginas del *Times*. Cuando el reloj de pie de caoba que se erguía en la pared del fondo dio las nueve, dobló con elegancia su servilleta de hilo, se levantó y se fue sin apenas dirigir unas palabras de despedida a sus hijas.

A las niñas no parecía importarles que su padre no les prestara demasiada atención ni que su madre no bajara a desayunar con ellas. Lucy y May se levantaron también en cuanto lord Wolverton salió del comedor y condujeron resueltamente a Lillian hasta la sala donde se desarrollaban las clases. Se trataba de una habitación no muy grande, situada en la misma ala de la casa donde se encontraban los dormitorios de las niñas. Tenía estanterías de madera oscura llenas de libros, mapas en las paredes y una buena iluminación gracias a los dos grandes ventanales. El suelo estaba cubierto por alfombras pequeñas algo viejas, pero con bonitos dibujos de flores.

Se sentaron en una amplia mesa redonda en el centro de la habitación y, después de conversar un rato con ellas para averiguar su nivel de conocimientos, dio inicio la primera lección de su programa, que era de Geografía. Esta discurrió sin demasiados problemas, pero cuando le tocó el turno a la Literatura, tuvo que armarse de paciencia.

—No entiendo por qué tenemos que estudiar a Shakespeare —se quejó May.

—Shakespeare es el mejor escritor que ha habido en Inglaterra, y probablemente en el mundo.

—¡Pero no comprendemos lo que dice!

—Eso es porque utiliza el estilo literario del siglo XVI, pero lo importante es que entendáis las características de...

—¿Y no podríamos mejor leer a Jane Austen? Nos gusta Jane Austen.

—No creo que sea lo más adecuado.

—Me encanta el señor Darcy. —Lucy se echó hacia atrás en la silla con expresión soñadora—. Al principio parece muy serio, pero luego es muy bueno con Elizabeth. Aunque Heathcliff es mejor todavía. ¡Amo a Heathcliff!

Lillian se quedó mirándola un momento con perplejidad. Aún no conocía mucho a Lucy, pero ya se había percatado de que poseía una energía difícil de manejar; no solo era inteligente y voluntariosa, sino también muy romántica y dispersa. May parecía más manejable y disciplinada, aunque admiraba a su hermana mayor demasiado para su propio bien.

—Lucy, sabes que Heathcliff no es un personaje de Jane Austen, ¿verdad?

—¿Y qué importa eso?

—No hables así. Importa, y mucho. Además, no se trata precisamente de un personaje al que debas *amar*.

—¿Por qué no?

Cerró con resignación el volumen de Shakespeare que tenía ante ella. Quizá necesitaban más una buena charla sobre la vida antes de empezar con los dramas históricos.

—Heathcliff es cruel y desalmado, casi inhumano. Su único objetivo en la vida es la venganza.

—¡Sin embargo Cathy lo ama!

—Ella tampoco es un buen ejemplo —sonrió.

—Pero están enamorados —insistió la niña con mucha seguridad. Lillian suspiró y se aclaró la voz mientras pensaba cómo enfocar el asunto.

—Las relaciones entre las personas no deben ser así —comenzó. Lucy puso los ojos en blanco; May parecía aburrída sin más—. No hay que dejarse arrastrar por semejantes emociones. Ese tipo de sentimientos que muchas personas creen experimentar resulta ser solo una ilusión que, con el tiempo, conduce a la decepción y al desencanto.

—Yo estoy deseando enamorarme —anunció Lucy como si no la hubiera escuchado en absoluto—. Cuando haga mi presentación en sociedad, tendré

un montón de pretendientes y elegiré al más guapo. Mamá dice que dentro de pocos años seré lo bastante hermosa para poder conseguir al que yo quiera.

—Deberías aspirar a algo más, ¿no te parece?

—¿Qué puede haber mejor que casarse con un caballero rico y apuesto?

Lillian se quedó atónita. ¿Qué tipo de educación habían recibido esas niñas de su anterior institutriz? ¿Qué clase de conversaciones tenían con su madre? Trató de convencerse a sí misma de que quien hablaba así era solo una jovencita de doce años, que aún tenía que crecer y madurar. Todavía estaba a tiempo de reconducir sus erradas creencias.

—Hay mucho más que hacer en esta vida que ir a fiestas y casarse. Podrías dedicarte a ayudar a los necesitados, viajar, desarrollar tus talentos...

—Mis talentos son mi belleza y la fortuna de mi familia, señorita Simmons —repuso con una frialdad que la horrorizó—. Y es cierto que se espera cierto nivel de cultura general en una dama. Por eso mis padres contratan institutrices para nosotras. Pero nada más; es todo lo que necesitamos.

—¿Tú piensas igual, May?

La otra niña se encogió de hombros.

—Eso es lo que hacen todas las niñas como nosotras cuando crecen.

Se dio cuenta de que por el momento sería imposible hacerlas cambiar de opinión. Tenía un duro trabajo por delante; aunque, por otra parte, ¿qué derecho tenía ella a transformarlas en algo que no querían ser? Quizá sería mejor que descubrieran por sí mismas la realidad: el amor romántico era algo que ocurría solo en las novelas, y el matrimonio, un contrato cuyas condiciones podían ser las más duras y degradantes que una mujer soportase en su vida.

—El señor Hammon aún no ha llegado —les advirtió el joven con aire atareado que recogió sus abrigos en la entrada de la redacción—. No creo que tarde mucho.

—Esperaremos en mi despacho, John. ¿Cómo va esa historia sobre el Primer Ministro?

—Avanza, jefe. La tendrá en su mesa en menos de una hora.

—¡Ojalá sea cierto!

El despacho de William estaba muy cerca de la entrada, por lo que Connor solo tuvo tiempo de echar un rápido vistazo a la redacción del *Daily Sun*. Le pareció un lugar ruidoso, caótico, con numerosos escritorios de madera de pino separados por mamparas tras los que se afanaban alrededor de quince hombres. De vez en cuando alguno se levantaba y atravesaba con rapidez la sala, para desaparecer después tras otra puerta o salir a la calle con un bloc de notas en la mano y el abrigo a medio poner. No estaba muy seguro de encajar en aquel ambiente, pero no tenía otra opción. Agradecería a William el empleo que pudiera darle.

Entraba en el despacho justo cuando un timbre estridente empezó a sonar en la sala de redacción y se giró para buscar la procedencia del sonido: uno de los redactores ya estaba junto a un aparato instalado en la pared, descolgando el auricular.

—¿Es un teléfono? —le preguntó a William. Este sonrió con orgullo y le echó una mirada antes de cerrar la puerta del despacho. El alboroto de la sala de redacción se amortiguó de inmediato.

—Así es. No imaginas cuánto nos ha facilitado el trabajo ese trasto, aunque al principio nos costó acostumbrarnos —comentó. Se apoyó en el borde de su

gran escritorio, aplastando una pequeña montaña de papeles—. Siéntate, muchacho.

Connor tomó asiento en una de las dos sillas de cuero que había junto a la mesa y miró alrededor. El despacho de William era amplio, con las paredes cubiertas de libros y carpetas. En todas las superficies visibles había pilas de papeles, cuadernos y ejemplares de periódicos, tanto del propio *Daily Sun* como también del *Times* y del *Daily Telegraph*. No vio objetos decorativos ni muebles innecesarios; solo había algunas plantas cerca de la ventana, cuyas hojas estaban cubiertas de una fina capa de ceniza. William sacó una pipa de alguna parte de su persona y empezó a llenarla.

—Te gustará esto. Se trabaja mucho y apenas queda tiempo para la familia, pero tú solo escribirás una columna semanal, así que no tendrás que venir todos los días. Buena parte la podrás hacer desde tu casa.

—¿Qué haré exactamente?

—Escribir sobre la vida en el campo. Darás consejos sobre los cultivos, la cría de caballos, las cacerías, los mejores mercados agrícolas y de ganado...

—No estoy seguro de saber de esos temas más que los trabajadores que teníamos en Malley House, William. —Él no era un agricultor ni un ganadero. Ni siquiera le gustaba cazar. Solo sabía de la vida en el campo lo necesario para llevar las cuentas de la finca y para elegir los mejores caballos en la feria del condado. Lo demás lo había dejado siempre en manos de su capataz.

William hizo un gesto con la mano como restándole importancia. El olor que desprendía la pipa llegó hasta él, intenso y penetrante.

—Lo interesante es que será el punto de vista de un caballero que ha vivido en Irlanda. Los ingleses se creen que solo ellos saben manejar propiedades rurales. ¡Les encantará devorar tu columna cada semana en busca de cualquier signo de debilidad!

Connor no tuvo tiempo de replicar; la puerta se abrió con brusquedad dando paso a un hombre algo más joven que William, alto y delgado, con pequeñas gafas redondas, patillas cobrizas y elegante traje oscuro.

—John me dijo que habíais llegado ya —dijo sin ningún tipo de saludo previo. William y Connor se pusieron de pie—. No tenía pensado pasarme hoy por la redacción, pero mi secretario me recordó que vendrías con el señor

O'Malley.

—Buenos días, señor Hammon —lo saludó William sin perder su aire afable, ignorando el gesto adusto y el aire arrogante de su jefe—. Connor, te presento al director del *Daily Sun*.

—Es un placer conocerle, señor Hammon. —Le tendió la mano y este se la estrechó de forma breve y fría.

—Lo mismo digo. Bien, William dice que viene usted de Irlanda, y que allí vivía en un castillo en mitad del campo. Se ha propuesto que escriba una columna sobre ello.

El señor Hammon tomó asiento, y William y Connor lo imitaron, ocupando los mismos lugares de antes. Se dio cuenta de que Hammon lo miraba con cierto escepticismo, como si no lo tomara en serio en absoluto pero se hubiera visto obligado a recibirlo.

—Bueno, no se trataba de un castillo, sino solo de una casa, aunque bastante grande... Pero sí, en líneas generales lo que ha dicho es cierto.

Hammon no respondió. William dejó la pipa a un lado, exhalando humo y esperando con paciencia a que su superior aceptara el proyecto. Connor empezó a sospechar cuál sería su decisión, pero se negó a parecer nervioso.

—William, esta idea tuya no me habría parecido mal hace diez o quince años, si hubiera sido el director entonces. Pero ahora... —Hammon sacó un pañuelo y se dedicó a limpiar los cristales de las gafas con exagerada meticulosidad—. No necesitamos una columna sobre asuntos rurales. La gente ya no está interesada en esos temas. Quieren historias sobre asesinos en serie, cotilleos de la familia real, escándalos de los políticos o la aristocracia, noticias sobre la vida social en Londres... No les hace falta que nadie les cuente cómo elegir a los mejores cerdos de la feria.

—Pero, señor Hammon, precisamente porque ya nadie habla de ello en los periódicos sería un éxito —argumentó William. Connor se mantuvo en silencio; sabía que Hammon ya había dado su dictamen y que nada de lo que pudiera decir su amigo serviría para cambiarlo, pero este continuó tratando de convencerlo—: Sería una visión fresca y original, desde el punto de vista de un terrateniente recién llegado de Irlanda. ¡A nuestros lectores les encantará!

—Lo dudo mucho. —El director volvió a ponerse las gafas y cruzó las piernas—. William, no tenemos dinero para pagar algo así; lo necesitamos

para cosas más importantes.

—No sería demasiado dinero, solo...

—Lo comprendo, señor Hammon —interrumpió Connor. No le apetecía seguir sentado allí mientras los dos hablaban de él como si no estuviera presente. Era todo demasiado humillante. Se levantó de la silla e inclinó la cabeza con elegancia a modo de despedida—. Gracias por recibirme.

—Lo siento, señor O'Malley. Tengo que velar por los intereses de mi periódico.

William saltó del borde de la mesa y se apresuró a evitar que saliera.

—¡Un momento, Connor! —A continuación, le habló en voz baja—: Espérame fuera; trataré de convencerlo.

Salió cerrando la puerta con suavidad y se acercó a la pared acristalada desde la que se veía la sala de linotipistas. Connor había leído algo acerca de lo mucho que había hecho avanzar ese invento a la industria de la prensa. Sin pensar en nada, pero notando todos los músculos de su cuerpo en tensión, observó durante largo rato a los trabajadores, que no repararon en él, hasta que notó una mano en el brazo. Se volvió.

—Se niega a aceptar mi idea. —William mostraba una expresión tan profundamente compungida que sintió pena por él—. Ha dicho que tenía que irse y que si había algo más sobre lo que pudieras escribir que se lo dijera. Quizá podríamos intentarlo con una columna de sociedad.

—Ambos sabemos que eso es imposible —señaló con calma—, no conozco a nadie en Londres aparte de a ti. No tendría ningún sentido.

—Pensaremos en otra cosa...

Connor apretó su antebrazo con afecto y trató de sonreír.

—Te agradezco tus esfuerzos para ayudarme, pero es evidente que este no es mi sitio.

William suspiró y se rascó la cabeza.

—Me siento culpable. Vinisteis hasta Londres porque yo te prometí este empleo...

—Habríamos venido de todas formas —mintió—. Aquí encontraré trabajo con más facilidad.

—Le prometí a tu padre que cuidaría de vosotros.

—Y lo estás haciendo, William. No te atormentes por lo que ha ocurrido.

Vio su abrigo y su sombrero colgados en un perchero y los recogió. Se encaminaron a la salida.

—¿Qué harás ahora?

—Buscaré una casa. Y una forma de mantenernos. Estaremos bien.

—Sabes que podéis quedaros con nosotros todo el tiempo que quieras.

Se puso el abrigo y negó con la cabeza. Ni él ni Deirdre vivirían de la caridad de nadie, ni siquiera de un amigo de su padre.

—Tenemos que iniciar nuestra vida independiente cuanto antes.

William asintió, aún apesadumbrado. El redactor que los había recibido se acercó a ellos con unos papeles en la mano.

—Señor Peterson, lo he terminado. ¿Quiere echarle un vistazo?

—¡Dentro de un momento, John! —le contestó con brusquedad.

Connor sonrió al atribulado joven y luego se dirigió a William.

—Vuelve al trabajo; sé que estáis muy ocupados. Yo iré a buscar algún alojamiento que nos convenga para marcharnos mañana.

—Pero os quedaréis esta noche en casa, ¿verdad? —le preguntó con tono preocupado. Parecía muy importante para él que al menos pudiera garantizarles su hospitalidad una última noche.

—Sí, nos veremos allí. —Abrió la puerta de la redacción—. Gracias por intentarlo, William.

Salió a la calle y comenzó a caminar manteniendo la cabeza erguida y un aire resuelto, pero sin tener ni idea de hacia dónde dirigirse.

La segunda y última noche en casa de William y Elaine resultó mucho más deprimente que la primera, pero Connor se negó a que sus anfitriones o Deirdre se percataran de ello. Después de salir de la redacción del *Daily Sun*, su primera intención había sido buscar directamente algún piso disponible en alquiler, pero en seguida comprendió que primero tendría que hacer un estudio exhaustivo del estado de sus finanzas, y regresó a la casa. Se sentó en el estudio de William, desocupado hasta que este regresara de trabajar, y tras una hora de hacer cálculos y previsiones del dinero que les quedaba y del que

necesitarían para vivir más o menos a medio plazo, se levantó y fue al salón para servirse un *whisky* de la colección de botellas que había tras la vitrina.

Elaine había salido con Deirdre para enseñarle un poco la ciudad, según le dijo la doncella, así que se sentó solo en un sillón frente a la chimenea y sorbió el *whisky* despacio, mientras miraba las llamas. La situación era peor de lo que había previsto, ya que por la mañana se había levantado contando con el empleo como redactor y ahora no lo tendría; hasta que encontrara otro trabajo se verían obligados a vivir del escaso dinero que les quedaba. No estaba seguro del precio de las viviendas en Londres, pero sí de que cualquier casa de la zona quedaba por completo descartada. Tendría que preguntarle a William dónde se encontraban los alquileres más bajos. Sospechaba que entonces él se negaría a decírselo y se empeñaría en prestarle dinero para que se quedaran cerca de ellos, o insistiría en que continuaran viviendo en su casa... Pero eso no podía permitirlo. Estuvo a punto de servirse un segundo vaso, pero se lo pensó mejor y no lo hizo; tenía que mantener la cabeza despejada y no dejarse llevar por la ansiedad. Deirdre dependía de él.

Cuando llegó William se encerraron los dos en el estudio y, después de discutir un rato, su amigo aceptó su deseo de independencia y le dijo que al día siguiente le llevaría a conocer a una tal señora Smith, una mujer de avanzada edad dueña de dos o tres viviendas en la zona del East End. Al parecer, los unía cierto grado de amistad gracias a algunos trabajos periodísticos que William había llevado a cabo en la zona, y estaba convencido de que podría alquilarles uno de sus apartamentos por muy poco dinero. El problema, según dijo William, era que no se trataba de «la clase de ambiente» al que él y Deirdre estaban acostumbrados. Connor no entendió exactamente a qué se refería con eso, pero para que se quedara tranquilo le prometió que en cuanto consiguiera un trabajo se mudarían a un barrio mejor.

Durante la cena tuvo que explicarle a su hermana que no había conseguido el puesto de redactor, y cuando le aseguró que todo iría bien y que él haría que salieran adelante, ella se limitó a sonreírle con dulzura, servirse más pastel de cangrejo y decir: «Por supuesto que sí» con una convicción que lo emocionó y lo hizo sentir aún peor. Cuando por fin pudo retirarse a su dormitorio, necesitó varias horas para quedarse dormido.

Por la mañana, subieron de nuevo al carruaje de William y atravesaron la

ciudad. Deirdre le señalaba varios sitios que ya conocía gracias a su paseo con Elaine, pero Connor apenas prestó atención. Desde el día anterior no podía pensar en nada que no fuera dinero. O, más bien, la falta de él.

El carruaje se internó por calles que le parecieron aún más degradadas que los peores suburbios de Dublín, y cuando se detuvo frente a un edificio de tres pisos, de paredes sucias y puerta de madera barata, Connor tuvo que apretar los labios para no emitir un juramento. Deirdre no articuló palabra durante todo el tiempo que pasó entre que descendieron del carruaje y entraron en el frío espacio interior, pero la expresión de su rostro era elocuente.

William llamó con suavidad a la puerta de una de las viviendas del primer piso y al cabo de un momento abrió una mujer mayor vestida de negro. Tendría unos sesenta y cinco años y era de pequeña estatura, algo entrada en carnes, con un rostro redondo y sonrosado, nariz pequeña y una boca parecida al capullo de una flor. Sus ojos azules, pequeños y rodeados de arrugas, se iluminaron al ver a William.

—¡William, querido, me alegro de verte! —Su voz era chillona y su acento algo vulgar, pero a Connor le gustó nada más verla.

—Señora Smith, no me perdono haber estado tanto tiempo sin pasar por aquí —la saludó William con galantería. Besó su mano callosa y la anciana rio.

—No me vengas con monsergas, William. Y te tengo dicho que me llames Beatrice.

—No podría tomarme esas confianzas con una respetable viuda como usted. — Le guiñó un ojo; ella suspiró de forma teatral y los dos volvieron a reír. William se apartó un poco para que la mujer pudiera verlos a ellos, que esperaban detrás—. Le presento a mis protegidos, recién llegados a Londres desde Irlanda: el señor Connor O'Malley y su hermana, la señorita Deirdre. Necesitan un apartamento barato. ¿Queda alguno en el edificio?

La señora Smith, que les había dedicado una cálida sonrisa a cada uno de ellos durante las presentaciones, reflexionó un segundo y asintió.

—Sí, tengo libre uno en el segundo piso. Os lo enseñaré.

Subieron por la escalera, estrecha y oscura, y la casera sacó una llave del bolsillo del mandil. Connor llevaba toda la mañana preparándose

mentalmente, pero Deirdre ahogó una exclamación cuando entraron en la pequeña estancia apenas amueblada. Hacía frío, y las paredes presentaban varias grietas y manchas de humedad. La salita de estar solo tenía una mesa, un par de butacas con una vieja tela de flores y algunas sillas con asiento de mimbre. En un rincón había una estufa, y al fondo se intuía una cocina oscura. A la derecha vio un pasillo que debía de conducir a los dormitorios. «Si es que hay más de uno», pensó mientras la señora Smith hablaba de precios y explicaba la localización de los cuartos de baño («en el pasillo de fuera, uno para cada planta»).

Descubrió que, en efecto, había dos dormitorios, tan pequeños y austeros que parecían las celdas de un convento de clausura. Pero el precio era adecuado, y aquella mujer parecía haber congeniado con Deirdre.

—Me recuerdas mucho a mi nieta Sue. Mi hija se fue a vivir fuera de la ciudad cuando se casó, y ahora no las veo casi nunca... ¡Será una alegría para mí tener cerca a una jovencita como tú!

Deirdre depositó un beso en su mejilla y el rostro de la mujer resplandeció de alegría con su espontáneo gesto. Connor esbozó una sonrisa melancólica; su hermana siempre había tenido ese don de conquistar los corazones de todos los que la conocían. Ella parecía haberse recompuesto después de la primera impresión al entrar en el apartamento, y ahora se paseaba por la fría vivienda destacando aquellas características que, a su parecer, la hacían «acogedora» y «cómoda». La siguió con la mirada, apoyado en el muro del pasillo: su abrigo de terciopelo azul claro con remates de visón en las mangas, y su femenino sombrerito adornado con plumas y flores de seda destacaban penosamente entre los viejos muebles como un rayo de luz en la oscuridad. «Por todos los infiernos, Deirdre, esto es cualquier cosa menos acogedor».

Después de concretar los detalles con la señora Smith, volvieron a casa de William en el carruaje, envueltos en un ominoso silencio. Recogerían el equipaje y se trasladarían esa misma tarde; temía que, si se lo pensaba demasiado, acabaría huyendo a la estación y tomando el primer tren que saliera de la ciudad.

Durante el resto de la mañana, William no hizo más que mover la cabeza con actitud contrita y expresar una y otra vez lo culpable que se sentía.

—Deja que te preste algo de dinero y busca un sitio mejor donde vivir, hijo.

—Gracias, William, pero estaremos bien allí. Además, será algo temporal. Encontraré un empleo muy pronto —le aseguró. Connor se daba perfecta cuenta de que era a sí mismo a quien trataba de convencer con esas palabras.

Cuando fue a avisar a Deirdre de que había llegado la hora de irse, la encontró mirando por la ventana de su dormitorio. La habitación que Elaine había dispuesto para ella era agradable y cálida. Todo lo contrario del cuarto donde pasaría esa misma noche.

—¿Estás lista?

Ella se giró y asintió. Connor se dio la vuelta para salir, pero se detuvo cuando la escuchó decir:

—He estado pensando mucho desde esta mañana.

—¿En qué?

Deirdre se apartó de la ventana y se acercó a él. Tenía en su rostro la misma expresión que aparecía cuando estaba a punto de pedirle algo que sabía que no le iba a gustar.

—No sé por qué debes ser tú el único que trabaje.

—No te entiendo. —La había entendido perfectamente, pero no se embarcaría en esa conversación con ella. Se giró para marcharse—. Tenemos que irnos ya.

—¡Yo también puedo buscar un empleo! —la oyó protestar.

Inspiró hondo.

—No, Deirdre.

—Podría ser dependienta en una tienda, o aprender a coser...

—¿Qué? —bramó. Era lo que le faltaba por oír. Su hermana, nacida para convertirse en la esposa de algún noble irlandés, convertida en costurera o dependienta de cualquier tienducha de la ciudad—. ¡Ni hablar!

—Pero, Connor...

—No. Es mi última palabra. —Suspiró al ver la mirada turbada de sus ojos azules y añadió con voz más suave—: Deja que lo solucione yo, niña. Confía en mí.

Antes de que Lillian se diera cuenta, el sábado llegó. Por la mañana solo tenía que salir con las niñas a dar un paseo y, después, podía irse a disfrutar de su día y medio libre. Su experiencia como institutriz estaba resultando bastante satisfactoria, aunque había cosas muy diferentes a como se las había imaginado. Lucy y May no siempre tenían ganas de estudiar y atender a sus explicaciones; la mayor parte del tiempo sentía que libraba una encarnizada lucha contra su desidia y su desinterés para conseguir que siguieran la lección durante más de diez minutos seguidos. La única forma de motivarlas era advertirles que necesitarían esos conocimientos cuando el día de mañana se incorporaran a la sociedad, pero Lillian no quería recurrir a ese truco más de lo imprescindible. Lo último que deseaba era reforzar sus ansias de encontrar pretendientes y tener éxito en los salones de Londres.

Ella siempre había ansiado el conocimiento; desde pequeña le había encantado aprender cosas nuevas, descubrir las respuestas a los numerosos interrogantes que el mundo le planteaba cada día. Tanto su padre como su antigua institutriz le habían inculcado esos deseos de educarse en el sentido más amplio posible, y al final de su primera semana con los Wolverton, Lillian empezó a temer que ella no tuviera la capacidad para hacer lo mismo por sus alumnas.

Cuando llegó a su casa, era ya la hora del almuerzo. Martha la recibió, recogió su abrigo y la escoltó directamente hasta el comedor, donde ya esperaban sentados sus padres y su hermana Elizabeth, que había acudido en compañía de su pequeño hijo, Bobby.

—¡Por fin has llegado! —la saludó Harold—. ¿Qué tal te ha ido?

—Hola, papá. No me ha ido mal. —Recorrió la mesa para saludar con un beso en la mejilla a sus padres, revolvió con cariño el pelo de su sobrino y se dejó caer en su sitio de costumbre.

—Me alegro de verte, Lillian —dijo Elizabeth con su usual tono contenido. Tenía una voz muy suave, a juego con sus rasgos faciales. Todo en ella (su aspecto, su voz, sus movimientos) era delicado y armonioso, aunque ligeramente inexpresivo—. Estoy deseando saber cómo son las hijas de Sarah. Ella siempre asegura que parecen ángeles.

—Será en su apariencia física —respondió mientras Martha le servía agua en su copa. Le dedicó una sonrisa a su sobrino, sentado entre ella y su

hermana. A pesar de que Bobby tenía solo cinco años de edad, se mantenía muy erguido en su silla y comía en silencio, sujetando los pesados cubiertos de plata con toda la habilidad que le permitían sus manitas.

—Cuéntanos cómo ha sido tu primera semana como institutriz —insistió Harold.

Comenzó a hablarles de los Wolverton, de las niñas y de cómo era la casa. Omitió intencionadamente las dificultades que le planteaban sus alumnas para no tener que escuchar ningún «te lo advertí» por parte de su madre. Cuando terminó de hablar ya tenían ante sí los platitos con tarta de manzana que había de postre.

—¿Y qué tal las cosas por aquí?

—Como siempre, querida —contestó Caroline—. El jueves vinieron a tomar el té Harriet y Florence. Lo pasamos muy bien. Me preguntaron dónde estabas.

—¿Dónde estaba yo?

—Sí. —Caroline apartó la tarta lejos de sí. «Seguro que está otra vez a régimen», se dijo Lillian. Su madre cuidaba mucho su figura; Elizabeth y ella, en cambio, no engordaban por más que comieran—. Como suelen verte deambulando por casa con un libro en las manos siempre que vienen... Les dije que habías salido a comprarte un sombrero. —Se rio entre dientes—. ¡Ojalá fuera cierto!

Dejó el tenedor en el plato y miró a su madre de hito en hito, sin acabar de comprender.

—Pero... Pero ¿por qué dijiste eso?

—¿Y qué iba a decir si no?

—¡Pues la verdad!

—¡Oh, hija, no seas ridícula! ¿Qué iban a pensar mis amigas?

Miró a su padre, que tenía el ceño fruncido para dejar claro que desaprobaba la actitud de Caroline, pero no intervenía, y a Elizabeth, que ayudaba a Bobby con su trozo de tarta en silencio. ¿Es que no había allí nadie que se pusiera de su parte?

—¿Por qué iban a pensar algo malo tus amigas? ¿Es que el hecho de que tu hija sea institutriz te avergüenza? ¿Es eso? —Notaba que su rostro empezaba a enrojecer de rabia. Caroline suspiró.

—No es que me avergüence, pero no creo que lo comprendieran.

—Tú tampoco lo comprendes.

—Lo cierto es que no —admitió Caroline—. No puedes enfadarte porque no aplauda esa decisión tuya tan absurda, Lillian.

—Ya es suficiente —intervino al fin Harold al tiempo que soltaba sus cubiertos. El ruido de la plata al chocar contra los bordes del plato de porcelana llenó el comedor—. No quiero que haya peleas en nuestro primer almuerzo juntos desde que Lillian está con los Wolverton.

—No sería nuestro primer almuerzo juntos si ella no se hubiese marchado —replicó su madre con tono indiferente.

—Caroline, nuestra hija es una mujer adulta. Ha decidido la vida que desea llevar; déjala en paz de una vez.

—Pero querido, ¿no te gustaría a ti también que encontrara un buen partido, como ha hecho Elizabeth, y verla bien establecida y feliz?

—Yo la veo bien establecida, y bastante feliz.

—¡Oh, por el amor de Dios, Harold!

Lillian arrojó su servilleta sobre la mesa y se levantó con brusquedad. Sus movimientos solían ser siempre suaves y elegantes, pero estaba demasiado molesta para cuidar sus modales. Odiaba que hablaran así de ella, como si no estuviera ahí en absoluto, y odiaba también que su madre continuara cuestionando todo lo que hacía.

—Es increíble, madre. Preferirías que pasara los días flirteando con todos los caballeros de Londres y probándome sombreros en vez de verme desarrollando un trabajo intelectual y ayudando a unas niñas a formarse.

—Lillian, vuelve a sentarte, por favor —oyó decir a su padre desde el otro lado de la mesa. Lo ignoró.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó a Caroline—. ¿Mentir a todo el mundo durante el resto de mi vida?

—¡Oh, Dios, no! ¡Confío en que esta locura te dure bastante menos tiempo!

Supo que era inútil decir nada más y salió del comedor después de murmurar una disculpa. Odiaba que la discusión con su madre ensombreciera el fin de semana que iba a estar allí. Había echado de menos a su familia y estaba deseando disfrutar de ese tiempo con ellos, pero no podía pasar por alto una cosa así. Se sentía dolida y humillada; su madre se avergonzaba de

ella. «¡Como si fuera una prostituta o una delincuente!».

Después de comer, Caroline solía retirarse a su dormitorio para descansar un poco y Harold se encerraba en el despacho, así que entró en la silenciosa sala de estar y se sentó en un sofá junto a la ventana. Contempló las ramas casi desnudas del árbol que había junto a la fachada, al otro lado del cristal, hasta que oyó abrirse la puerta. Durante un segundo creyó que su madre acudía a pedirle disculpas, o al menos a suavizar las cosas entre ellas, pero quien apareció fue Elizabeth, con Bobby cogido de su mano.

—¿Podemos pasar?

—Claro.

Elizabeth le entregó a su hijo un libro de ilustraciones para que se entretuviera y se sentó en el sofá junto a Lillian. Bobby se tumbó sobre la alfombra, boca abajo, mientras pasaba las hojas con actitud reflexiva. Parecía un hombrecito y no un niño de solo cinco años.

Siempre que miraba a su hermana mayor se sentía casi abrumada por su melancólica hermosura y su aire digno y sereno. Tenía los ojos grises, igual que su padre y que ella misma, pero con un toque de verde que los hacía más dulces y misteriosos. Su nariz era un poco larga, pero los demás rasgos de su rostro lo compensaban, dotándola de un tipo de belleza seria y un poco fría. Su hermoso cabello castaño oscuro estaba elegantemente recogido y sujeto con dos peinetas de perlas, y ahora que veía a diario a lady Wolverton, pudo reconocer el estilo de la modista que compartían en el vestido de su hermana, aunque en su caso el escote era menos acusado y los adornos no tan profusos.

Elizabeth cogió su mano y sonrió.

—No vale la pena que te enfades con mamá. Ella no puede comprender lo que haces.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Su hermana bajó los párpados y respondió con tranquilidad—: Yo creo que es una suerte tener tan claro lo que deseas de la vida. No debes dejar que te influyan las opiniones de los demás. Y mamá tampoco debería, pero es superior a ella. —Emitió una suave risita, y Lillian empezó a sentirse mejor.

—A ella le encantaría que siguiera tus pasos —comentó.

Elizabeth guardó silencio durante un rato y contempló a su hijo, tumbado

en la alfombra con el libro; sus ojos se volvieron tan insondables y sombríos como un estanque del bosque.

—Prométeme que harás siempre lo que te dicten tu cabeza y tu corazón, Lillian —le pidió finalmente, bajando la voz—. Yo no lo hice, y mira lo que ha sido de mí.

—¿Por qué te casaste con Robert? —No pretendía ser brusca, pero Elizabeth ya le había confesado una vez, en un raro arranque de expresión de sus sentimientos, que nunca había estado enamorada de su marido, y ahora le parecía una buena oportunidad para volver a sacar el tema. Su hermana no pareció molestarse por la pregunta.

—Imagíneme hace ocho años. —Suspiró como si no le gustara nada la imagen de sí misma que se disponía a evocar—. Acababa de hacer mi presentación en sociedad por todo lo alto, gracias a la insistencia de nuestra querida madre. Aunque esté mal decirlo, fui la joven con más éxito de la temporada; todo el mundo me decía que podría conseguir al mejor partido. Tuve muchos pretendientes, pero sin duda el más rico y respetable era Robert. Lord Ashton. Él empezó a cortejarme con mucha obstinación. ¡Seguro que recuerdas que me enviaba ramos de rosas blancas a casa casi todos los días! —Lillian asintió. Se acordaba de que en aquella época siempre estaban recibiendo ramos de flores para su hermana, y que la mayoría eran de parte de lord Ashton. Caroline no cabía en sí de alegría cada vez que llegaban sus rosas—. Yo no tenía especial interés por ninguno de mis pretendientes, aunque había algunos que me gustaban más que otros. Robert no era uno de ellos. Desde el principio me pareció frío y arrogante, pero mamá me aseguraba que ese era el comportamiento normal en un caballero tan encumbrado como él. Los dos insistieron tanto en que nos casáramos que al final fue como si, sencillamente, esa fuera la única opción razonable. Así que acepté y me convertí en lady Ashton. Me limité a ignorar mis instintos y a silenciar la voz que oía dentro de mí diciéndome que no lo hiciera... Yo solo era una jovencita tonta y manipulable. Siempre he envidiado tu carácter fuerte e independiente, Lillian.

Aunque a ella se le habían llenado los ojos de lágrimas al escuchar la historia, Elizabeth no parecía triste mientras la contaba. Exponía los hechos con serenidad, con el convencimiento de que solo sus decisiones eran las

culpables de su situación, y que ya no había nada que pudiera hacer al respecto. Lillian sintió una mezcla de conmiseración y profunda admiración hacia ella.

—¿Por qué no dejas a Robert? Después de todo, tú estás segura de que tiene una amante, ¿no? Esa debería ser razón suficiente para que te conceda el divorcio.

—No quiero divorciarme.

—No te entiendo. ¿No quieres ser libre?

—Robert haría lo imposible por quitarme a Bobby si me divorciara —susurró, y miró una vez más a su hijo—. Seguiré junto a él, aunque solo sea para tener a mi niño conmigo. Además, no me importa en absoluto que tenga una amante. ¿Cómo puede importarte lo que haga alguien que te es por completo indiferente? Por otra parte, así está entretenido y lo mantengo alejado de mí. Solo tengo que cumplir con mis obligaciones maritales una o dos veces al mes, y aparecer en público como pareja de vez en cuando. El resto del tiempo me deja tranquila.

Lillian no sabía qué decir. Sabía que su hermana era desgraciada en su matrimonio, y esa había sido la prueba definitiva para reforzar sus propias teorías acerca de él, pero nunca había hablado de forma tan abierta y lacerante acerca de cómo era su vida conyugal.

—Siento que no seas feliz, Elizabeth —musitó con un hilo de voz. Ella le dio unos golpecitos sobre la falda de un modo que pretendía ser despreocupado.

—No soy exactamente infeliz. No te preocupes por mí, querida. —Se levantó y fue a sentarse en el suelo junto a Bobby—. Solo asegúrate de hacer siempre lo que a ti te parezca correcto.

Connor había vuelto a salir en busca de empleo. Lo había oído levantarse muy pronto y cerrar la puerta principal, aunque notó que procuraba hacer el menor ruido posible para no despertarla. Pero Deirdre llevaba ya un buen rato despierta, esperando a que su hermano se fuera.

Se levantó de la cama y se apresuró a vestirse; la habitación estaba helada, ya que la única estufa era la de la horrible sala de estar. El vestido que eligió era el más sencillo que tenía, con una trama de diminutos cuadritos blancos y negros, cerrado por una fila de botones negros y sin más adorno que un cuello de encaje. Esperaba que fuera lo suficientemente modesto para que no llamara la atención, aunque no estaba segura. ¿Cómo se vestirían las jóvenes que trabajaban en las fábricas? Nunca había tenido la oportunidad de conocer a ninguna. Quizá debía haber pedido algo de ropa a la señora Smith.

Cogió la capa y el papel donde había apuntado la dirección y salió del edificio. Aún no se había podido acostumbrar a vivir allí. La casa le parecía cada día más fría y deprimente, y el barrio donde se hallaba, más sucio y desagradable. A veces se arrepentía de haber insistido en que se quedaran, pero sabía cuál era la situación económica. No quería que su hermano se viera obligado a pagar más de lo necesario solo porque pensara que ella deseaba algo mejor. Y por supuesto que lo deseaba. ¡Habían estado tan bien en la casita de William! No era lujosa, pero le encantaba el dormitorio en el que había dormido. Había un cuarto de baño moderno —no como el espantoso lugar que compartían con todos los inquilinos de su piso—, chimenea en casi todas las habitaciones, y las comidas eran abundantes y deliciosas. Comprendía que Connor no deseara abusar de la hospitalidad de los Peterson, pero en ese caso, ¿por qué tenían que seguir en Londres? Si ya

no iba a trabajar en el periódico, ¿por qué no regresaban a Irlanda y buscaba un trabajo allí? Al fin y al cabo, Irlanda era su hogar, no esa inhóspita y enorme ciudad.

Esperó a que pasara un carro cargado de ropa vieja y cruzó la calle. Debía llegar hasta Whitechapel, encontrar la parada del tranvía, asegurarse de que tomaba el correcto y después bajar en el lugar adecuado. Odiaba caminar sola por esas calles casi tanto como odiaba mentir a su hermano. Era la primera vez que hacía algo así. Sin embargo, Connor siempre había cuidado de ella, y le parecía que había llegado el momento de corresponder.

La búsqueda de empleo por parte de su hermano no iba nada bien. Fuera adonde fuera, siempre le decían lo mismo: que no había nada para un caballero como él. Para no faltar a la verdad, sus habilidades eran muy limitadas, pero eso no era culpa suya: había nacido para heredar Malley House, cuidar las tierras, casarse y tener un hijo al que nombrar su heredero. Deirdre estaba segura de que en su caso lo tendría más fácil: aún era una adolescente y confiarían en ella para darle un puesto como aprendiz.

El día anterior había oído por casualidad la conversación entre dos jóvenes que caminaban delante de ella por la calle. Hablaban de otro amigo, que había empezado a trabajar hacía poco en una fábrica textil. Eso era algo que no se le había ocurrido, ni tampoco a su hermano: ¡las fábricas! ¡En las fábricas siempre necesitaban trabajadores! Detuvo a los chicos para preguntarles dónde estaba ese lugar, y aunque la miraron con extrañeza, acabaron dándole la dirección. Cuando después entró en casa y vio a Connor, decidió que sería ella misma la que fuera a pedir un empleo allí. Él era demasiado elegante y distinguido para eso. Pero era consciente de que la encerraría bajo llave antes que permitirle ir, por lo que no le contó su plan. Y ahora ahí estaba ella, atravesando Whitechapel, evitando las miradas lascivas de los hombres y esquivando a las prostitutas. Pensó que era increíble que ya estuvieran en la calle a esas horas de la mañana, tan maquilladas y expuestas... Pero enseguida se sintió mal por juzgarlas. «Hacen lo que pueden por ganarse la vida, como nosotros».

Se alegró cuando pudo sentarse en el tranvía tirado por mulas. Era más incómodo que un coche de caballos, pero también más barato. Y, desde luego, mucho mejor que ir caminando. Cuando llegó a la parada indicada, se

bajó; tuvo que preguntar a una mujer por la fábrica, pero no tardó en encontrarla. Era un edificio enorme, que se divisaba a distancia, con una gran puerta doble y varias chimeneas altísimas de las que salía un humo oscuro y maloliente.

Con el corazón latiendo con violencia, empujó la puerta. Descubrió que pesaba mucho, y tuvo que emplear todas sus fuerzas para abrirla. Al entrar, encontró un panorama que jamás se había imaginado. Estaba en una sala gigantesca, tan grande que no distinguía dónde terminaba. A cada lado había dos largas hileras de bancos de trabajo, con unas cincuenta mujeres y niños trabajando sentados sobre taburetes. Detrás de ellos, junto a las paredes, vio barras de las que colgaban numerosas perchas, en las que iban colocando las prendas una vez terminadas. Sobre los tableros que tenían ante sí había una serie de recipientes, así como rodillos y extraños telares. Varios hombres de expresión torva se paseaban arriba y abajo entre las dos hileras, dirigiéndose de vez en cuando a alguna de las trabajadoras con gesto hosco.

Deirdre contempló la escena sin saber qué hacer. Olía de una manera desagradable, como si el aire tuviese una calidad tóxica. Se imaginó sentada en uno de esos incómodos taburetes, manejando aquellos instrumentos, trabajando en silencio sin apenas mirar a sus compañeras durante horas. Aquello parecía mucho más duro y terrible de lo que había creído. Sintió una oleada de compasión por los niños que vio, los cuales hacían lo mismo que las mujeres adultas que había a su lado. «¿Por qué no están en la escuela o, al menos, en sus casas? ¿Cómo puede el Gobierno permitir esto?». ¿Ocurría lo mismo en Irlanda, y ella no se había enterado?

Aunque la visión de los niños la entristecía, también le sirvió como estímulo para continuar con su plan. Si esos pobres chiquillos podían resistirlo, ella no sería menos. Se puso derecha, respiró hondo y se dirigió a uno de los hombres que paseaban entre las dos filas.

—Perdone, señor. ¿A quién debo dirigirme para solicitar un puesto?

El hombre se quedó mirándola como si le hubiera hablado en un idioma extranjero.

—¿Qué dices?

—Me gustaría obtener un puesto de trabajo —repitió. Y añadió, en un intento de ser lo más clara posible—: Aquí, en la fábrica.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y lanzó una larga carcajada. Deirdre esperó a que terminara de reírse, incómoda.

—¿Tú te has visto, niña? —la increpó mientras describía un amplio gesto con el brazo que la abarcaba desde los pies a la cabeza—. ¿De dónde sales, del palacio de Buckingham?

—¿Qué? No le entiendo —farfulló confusa—. Solo deseo saber con quién debo hablar para...

—Sal de aquí y no me hagas perder más el tiempo —la interrumpió cambiando su sonrisa sardónica por una mueca de irritación.

Su primer impulso fue obedecerlo y salir de aquel siniestro lugar lo antes posible, pero la rabia que le producía que aquel individuo no la tomara en serio la impelió a insistir una vez más.

—Mire, señor, lo único que quiero es trabajar. No puede echarme sin antes ver de lo que soy capaz.

—¿De lo que eres capaz? ¡Sí, me figuro que tocas el piano de maravilla y que haces unos bordados dignos de admiración! —Se dirigió a otro de los capataces—. ¡Eh, Jerry, ven aquí, no te pierdas esto!

Su compañero, un hombre corpulento con barba color jengibre, se acercó a ellos.

—¿Quién es esta? —Se quedó mirándola igual que había hecho el otro.

—¡Pretende trabajar aquí! Ya le he dicho que se largue por donde ha venido.

El segundo hombre tenía una cara aún más huraña que el primero y no se rio. Solo puso los ojos en blanco y dijo:

—No podemos aceptar a damiselas como tú. Fíjate en tus manos y en lo poca cosa que eres. A los dos días de trabajar aquí te pondrías enferma, y entonces, ¿de qué nos servirías? La empresa perdería dinero, y los jefes nos echarían la culpa a nosotros, por contratar a niñas de barrio rico.

—¡No soy una niña de barrio rico, ni una... ni una damisela! —protestó, pero los dos hombres le dieron la espalda sin añadir nada más y volvieron a sus paseos entre las hileras de trabajadores.

Deirdre salió a la luz de la mañana y se apoyó contra el muro, tratando de decidir qué hacer. Quizá la aceptaran en otra fábrica. Volvería a intentarlo otro día.

—¿Eres la hija de uno de los jefes o algo así? —dijo una voz femenina de áspero acento detrás de ella. Se giró para encontrarse con una joven algo mayor que ella, alta y huesuda, de cabello color cobre cuyos rizos asomaban de la pañoleta de algodón oscuro.

—No, yo... He venido a pedir empleo, pero me han echado.

La chica sonrió, dejando ver unos dientes irregulares y algo amarillentos. No era bella, pero tenía un rostro agradable, con pecas anaranjadas bajo unos asombrosos ojos verdes y una boca grande de voluptuosos labios.

—No me extraña, pareces una princesita. No te aceptarán en ninguna fábrica. ¿Por qué quieres trabajar aquí? No tienes pinta de necesitar un empleo así. ¡Ni ningún otro, ya que estamos!

—¡Pues lo necesito! —replicó a la defensiva. Estaba cansada de escuchar aquello.

La joven pelirroja se rio y se ajustó el viejo chal de lana negro que llevaba alrededor del cuerpo.

—¡Bueno, tranquila! No te enfades. A mí me acaban de dar la patada también. Llevaba tres años ya dándole al telar, pero descubrieron que estaba preñada y no les gustó.

Deirdre enrojeció. No estaba acostumbrada a esa forma de hablar, e intentó no mirar hacia su tripa, levemente curvada bajo el chal.

—Lo siento...

—Son unos malnacidos. Pero da igual, ya encontraré otra cosa. —Se encogió de hombros y comenzó a caminar. Sin pensarlo, Deirdre caminó junto a ella—. Mi novio es carpintero, y sus compañeros y él están construyendo una casa para poder vivir en ella cuando nazca el bebé. Nos casaremos pronto. Me llamo Katie, por cierto.

—Yo soy Deirdre.

—No eres de por aquí, ¿no? No pareces muy suelta, la verdad. Y además tienes un acento... ¿Eres irlandesa?

—Sí. He llegado a Londres hace poco con mi hermano.

—Conozco a varios irlandeses aquí —comentó Katie—. No están lo que se dice contentos. ¡Pero quién lo está hoy día! Los ricachones del West End, claro...

—¿De dónde eres tú?

—Soy escocesa. De Glasgow. Aunque he vivido aquí con mi madre desde los ocho años. —Pasaron junto a un puesto de fruta y doblaron la esquina. Entonces Katie sacó dos manzanas rojas de debajo del chal y se echó a reír—. ¡Llevo siglos birlando piezas de fruta a ese bobo y nunca se da cuenta! —Le tendió una manzana a Deirdre, y esta la aceptó de mala gana. No le parecía correcto que robara al pobre frutero, pero la manzana tenía un aspecto delicioso. Cuando le dio un mordisco, se alegró de haber conocido a Katie.

—¡Está riquísima! No deberías haberlo hecho, pero la verdad es que llevaba días sin comer fruta.

La escocesa mordió la suya y le dirigió una mirada llena de curiosidad.

—Sé que nos acabamos de conocer, Deirdre, pero me huelo que tienes una historia interesante que contar. Pareces tan delicada y elegante como esas damas que van a bailes y tienen criada, pero antes has dicho que necesitas dinero. ¿Qué te ha pasado?

Deirdre dudó antes de hablar. Como ella misma había dicho, apenas se conocían, pero aquella joven le inspiraba confianza. Y necesitaba desesperadamente tener una amiga, poder contarle a alguien sus preocupaciones...

Katie entrelazó el brazo con el suyo y Deirdre se sintió reconfortada por aquel gesto amistoso. Mordió de nuevo su manzana y, cuando hubo tragado la dulce y jugosa carne, empezó a hablar.

Había sido otra mañana desastrosa. Connor no había escuchado más que negativas: algunas corteses y amables; otras sin demasiadas contemplaciones. La cuestión era que seguía sin encontrar trabajo. Apenas llevaban una semana allí, pero empezaba a odiar aquella ciudad.

Cuando entró en el deprimente apartamento, sintió ganas de volver a salir por la puerta. Pero ahí estaba Deirdre, al fondo de la cocina, sonriendo como si nada y preparando el té para los dos.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó al tiempo que sacaba dos tazas desportilladas de la alacena.

—No muy bien —gruñó. Dejó el abrigo y el sombrero sobre una silla y cogió la taza humeante que le tendía.

—No te preocupes. —Para Deirdre, nada parecía ser objeto de preocupación—. William pasó por aquí hace poco. Tenía que ir a algún sitio cerca por cuestiones del periódico y quiso subir a saludarnos.

—¿Dijo algo acerca de si tenía algún trabajo para mí?

—No. Pero nos ha invitado a cenar en su casa esta noche.

Connor sorbió el té en silencio. No estaba de humor para cenar con William y su esposa, pero no iba a rehusar. Sabía que se preocupaban por ellos y, además, su comida sería mucho mejor que los correosos pasteles de carne que había pensado comprar en la tienda de abajo.

A las ocho estaban sentados en la mesa de los Peterson, disfrutando de una deliciosa sopa de pescado. Se alegraba de haber aceptado la invitación; el rostro de Deirdre estaba iluminado y parecía muy contenta por tener ocasión de lucir uno de sus vestidos más bonitos, que habían quedado olvidados en el fondo del armario desde que vivían en el East End.

—Estás adorable, Deirdre —le dijo Elaine con una sonrisa—. Ese tono de rosa te favorece mucho.

—Sí, es cierto —confirmó William—. Y si fueras un par de años mayor, podrías acompañar a tu hermano a la fiesta de sir Francis Bailey.

—¿Qué fiesta? —Connor enarcó las cejas con una mezcla de curiosidad y recelo. William no le había dicho que fuera a ir a ninguna fiesta.

—Me encontré con sir Francis esta mañana y me invitó a desayunar en su club. Seguramente no lo sepas, pero conocía a tu padre de las carreras de caballos. Viaja a Irlanda al menos una vez al año para poder acudir, le entusiasman casi tanto como le gustaban a vuestro padre —explicó su amigo. «Entonces ese hombre tiene muchas posibilidades de dejar en la ruina a sus herederos», pensó Connor en un arranque de amargura—. No sabía que había fallecido, y cuando se lo comenté, se quedó muy afectado. Me pidió que te trasladara sus condolencias y que te invitara a una pequeña fiesta que celebrará mañana por la noche.

—Sir Francis es muy amable, pero no estoy seguro de que deba asistir...

—¡Por supuesto que sí! —exclamó William. Le sirvió un poco más de vino en su copa—. Necesitas hacer nuevos amigos, Connor. Y te vendrá bien un

poco de diversión. Las fiestas de sir Francis suelen ser muy entretenidas.

—¿Tú asistirás?

—Oh, no lo sé. ¡Tenemos tanto trabajo esta semana!

Connor bajó la mirada hacia su plato y comió un poco más mientras dudaba. William tenía razón en algo: necesitaba distraerse. Los últimos días habían sido desalentadores, y cada mañana le costaba más levantarse de la cama. Se sentía desanimado y abatido. Y tampoco le iría mal conocer a más gente... Pero no deseaba inspirar compasión. No quería entrar en un salón lleno de aristócratas ingleses y que a los diez minutos todos murmurasen acerca de su penosa situación. Si iba a esa fiesta, asistiría como un auténtico caballero, despreocupado y próspero.

Deirdre se adelantó a su respuesta, y lo que dijo demostró una vez más lo mucho que lo conocía:

—No tienes por qué contar lo que nos está pasando, Connor, ni tampoco que papá dejó todas esas deudas de apuestas al morir. William no le ha explicado nada de eso a sir Francis, ¿verdad?

—¡Claro que no! —aseguró este.

Deirdre dirigió una sonrisa complacida a William y continuó diciendo con su voz dulce:

—Ve a la fiesta, Connor. Estarán los caballeros y las damas más respetables de Londres. Ese es el ambiente al que perteneces de verdad.

Connor asintió lentamente. Aceptaría la invitación y sería de nuevo lo que había sido hasta su llegada a la ciudad. Al menos, durante lo que se alargara la fiesta.

El sombrío estado de ánimo de Connor persistió todo el día siguiente. Sin embargo, empezó a sentirse mejor cuando llegó a las nueve en punto a la casa de sir Francis y un lacayo lo recibió con una reverencia en el vestíbulo de mármol y le ofreció una copa de champán. Se oía una alegre música de piano proveniente del salón principal, y el lacayo lo acompañó hasta allí.

Calculó que habría unas cuarenta personas. La mayoría conversaban en

grupitos, de pie o sentados en los sillones de estilo francés, pero algunas parejas ya estaban bailando al fondo de la habitación, cerca de donde una mujer de mediana edad tocaba el piano. Un hombre de unos cuarenta años, de rostro agradable y escaso pelo castaño peinado hacia atrás, se fijó en él esperando en el umbral y se acercó con una sonrisa.

—Usted debe de ser el señor O'Malley, el amigo de William —dijo. Connor asintió y le estrechó la mano que le ofrecía—. Soy Francis Bailey; bienvenido a mi casa.

—Gracias por su invitación, sir Francis.

—Era lo mínimo que podía hacer por el hijo de Cirian. Cuando William me dijo que había fallecido me llevé un disgusto. Lo siento mucho.

Connor hizo un gesto de agradecimiento y entró con él en el salón. Sir Francis le presentó a varias personas, que lo acogieron con entusiasmo, y a los pocos minutos empezó a recordar lo que se sentía al no tener más obligación que divertirse. Suponía un alivio que toda esa gente no estuviera enterada de sus apuros; era como si durante unas horas se le hubiera concedido la oportunidad de vivir la vida que en teoría iba a disfrutar en Londres. Mientras ellos lo trataran como al caballero que era antes, él también se sentiría así.

—¿Le apetece un poco de caviar?

Una joven de deslumbrante sonrisa le ofrecía pequeños blinis de caviar y crema agria en una bandeja de plata. Llevaba un vestido verde esmeralda de corpiño tan ajustado y escote tan profundo que sus pechos sobresalían como si estuvieran a punto de desbordarse. Trató de mirarla solo a la cara y sonrió.

—Gracias. —Cogió uno de la bandeja y se lo llevó a la boca con elegancia. La mezcla de sabores lo inundó y tuvo que reprimirse para no tomar otro inmediatamente. Hacía mucho que no probaba nada así.

—Sé que no está bien visto que las damas se presenten ellas mismas a un caballero, pero siendo usted forastero aquí creo que se puede hacer una excepción. Soy Edith, la sobrina de sir Francis. Mi tío me ha contado que acaba de llegar de Irlanda.

Antes de que pudiera contestar, otra mujer, con algunos años más pero igualmente escotada, apareció a su lado con un gran abanico de plumas desplegado.

—Edith, preciosa, el señor O'Malley es demasiado mayor para ti —dijo con una risita—, deja que conozca a algunos adultos.

—Puede que sea *un poco* mayor para mí, Charlotte, pero sin duda me lleva menos años que tú a él.

«¿Se están peleando por hablar conmigo? ¿Esto es a lo que se dedican las inglesas en las fiestas?». Sin embargo, las dos mujeres se echaron a reír y empezaron a turnarse para acosarlo a preguntas. Connor respondió como pudo, limitándose a explicar que, tras la muerte de su padre, su hermana y él habían decidido pasar una temporada en Londres para cambiar de aires y animarse un poco.

—Lo comprendo perfectamente —aseguró Charlotte dándose aire con el abanico y asintiendo con la cabeza—. Cuando ocurre una tragedia como esa, lo mejor es venir a la ciudad y entretenerse un poco. No conviene quedarse encerrado y regodearse en el desconsuelo.

Connor se preguntó si en algún momento aquella mujer se habría regodeado en algún tipo de desconsuelo. Sospechaba que no. Aceptó otra copa de champán y cambió de tema:

—Creo que sir Francis es un gran aficionado a las carreras de caballos. A mí también me gustaban en Irlanda. ¿Se organiza alguna cerca de Londres a la que merezca la pena asistir? —preguntó.

Se sorprendió del tono de voz que había utilizado, un poco hastiado, como si ya hubiera probado todos los entretenimientos que Londres pudiera ofrecerle y estuviese muerto de aburrimiento. ¿De dónde había sacado ese tono?

—Por supuesto que sí, señor O'Malley; no debería perderse las de Ascot —respondió Charlotte, y se embarcó en una detallada descripción acerca de lo bien que lo había pasado la última vez que fue.

No tuvo que esforzarse demasiado para conocer a más invitados. Sir Francis se aseguraba de que tuviera siempre la copa llena y alguien con quien charlar, y lo llevaba de un lado a otro del salón presentándole a amigos suyos, casi todos, según aseguraba, «las personas más interesantes de la ciudad». Connor sonreía, conversaba y besaba la mano de las damas. Perdió la cuenta de las copas de champán que bebió y de los deliciosos *hors d'oeuvre* que probó. Cuando pensó que ya no podía comer más, dos lacayos abrieron unas puertas

correderas que daban paso a otra habitación en la que habían dispuesto un magnífico *buffet* frío. Las bandejas con lubina salvaje, ensaladas, *roast beef* y pudines de todas las formas y sabores imaginables llenaban dos largas mesas cubiertas por manteles niveos. Le pareció increíble que alguien tuviera todavía hambre después de todos los aperitivos que habían comido, pero entonces se dio cuenta de que no se trataba de llenar los estómagos: la finalidad de aquel despliegue era más bien ornamental, una cuestión de atraer, impresionar y suscitar admiración. Todo en esa fiesta era así.

En Irlanda las cosas se hacían de manera un poco distinta. Ciertamente que los banquetes en Malley House eran espléndidos y las fiestas suntuosas, pero las viandas eran más sencillas, y lo que sobraba se repartía siempre entre los trabajadores de la finca; las mujeres no llevaban esas deslumbrantes joyas y los hombres no parecían tan pálidos y estirados. En Irlanda se bailaban tonadas campesinas y se brindaba con grandes jarras de cerveza o generosos vasos de *whisky* en vez de con delicadas copitas de champán. Una oleada de nostalgia por su tierra lo invadió, pero entonces recordó cómo todos sus conocidos le habían vuelto la espalda en su peor momento... Los amigos de sir Francis eran frívolos y pretenciosos, pero al menos lo habían acogido con entusiasmo. «Claro; hasta que se enteren de que tienes que contar cada penique antes de comprar cualquier cosa», le susurró una voz amarga en su interior.

Sir Francis se acercó a él de nuevo, haciendo equilibrios con su copa y un plato lleno de *roast beef* con salsa.

—Espero que lo estés pasando bien, Connor.

—Desde luego, sir Francis.

—Llámame solo Francis —le pidió—. La semana que viene daré una pequeña cena para celebrar mi cumpleaños; será algo sencillo, solo quince o veinte invitados. Me gustaría mucho que te unieras a nosotros.

Connor sonrió.

—Será un placer.

Edith, que había aparecido de pronto, le quitó su copa sin miramientos y la dejó sobre la mesa; luego tomó su mano y lo arrastró hacia el salón, donde aún seguían tocando el piano.

—¡Aún no hemos bailado, señor O'Malley!

Él lanzó una carcajada y siguió a la joven de buen grado. La vida era divertida dentro de la casa de sir Francis.

Lillian atravesó la entrada de Hyde Park más próxima a Grosvenor Street poco después de dar las once. Lucy y May caminaban tres pasos por delante, charlando entre ellas, como siempre, en un tono de voz algo más alto de lo que Lillian hubiera deseado. Había llovido durante toda la noche y el camino principal estaba sembrado de charcos que reflejaban la difusa luz y un cielo gris pálido.

A mediados de noviembre, y a esas horas de la mañana, había poca gente en el parque. Normalmente los londinenses preferían las últimas horas de la tarde para dejarse ver por los caminos, después de haber disfrutado del té de las cinco. Y, además, los mejores meses para pasear cerca del lago o recorrer a caballo el Rotten Row eran los de primavera y verano, coincidiendo con la temporada. Tan avanzado el otoño, la mayor parte de las personas con las que se cruzaban eran nodrizas vestidas de negro que empujaban elegantes carritos de bebé, señores de edad que leían el periódico sentados en los bancos de hierro o niños que jugaban con un aro o que corrían detrás de una pelota bajo la atenta mirada de sus niñeras e institutrices. Y, por haberse convertido en una de ellas, Lillian estaba allí ahora. Sonrió, satisfecha. Estaba contenta con su decisión, y ni siquiera se paraba a pensar qué pasaría si se encontrase durante alguno de sus paseos con amigos de sus padres o con algún antiguo pretendiente, es decir, con alguien que la conociera de su «vida anterior».

Recorrieron uno de los caminos secundarios en dirección al Serpentine. Lillian empezó a preguntarse si realmente había sido buena idea salir esa mañana, después de toda una noche de lluvia, en el momento en que May, que miraba hacia las ramas de los árboles en busca de ardillas, metió su impoluto botín blanco en un gran charco, ensuciándose de barro las medias

bordadas y el bajo de su abrigo de terciopelo rosa.

—¡Por todos los santos, May! —exclamó Lillian agarrándola de la manga para alejarla del charco.

—¡Lo siento, señorita Simmons! ¡Qué gran desastre!

Se mordió el labio para no reírse; le costaba enfadarse con la pequeña. Y aquella mañana, además, estaba de buen humor. Le encantaba el parque. Le gustaba oler la hierba mojada, sentir el aire fresco en el rostro y caminar bajo los robles y castaños, que formaban una cúpula incandescente en rojos y naranjas. Muchas de las hojas se habían caído ya y cubrían el suelo. A Lillian le impresionaba más aquel escenario que los lujosos salones de la casa de los Wolverton, y caminaba con sus jóvenes pupilas como si se pasease por un palacio renacentista, casi deslizándose sobre la mullida alfombra de barro y hojas, con un deslumbrante techo carmesí sobre su cabeza. De vez en cuando notaba gotas que caían desde las ramas en sus hombros y sobre el sombrero, pero no le importaba.

Al cabo de un rato llegaron a la orilla del Serpentine y se sentaron en un banco. Cerca, unos niños jugaban con una pelota y con el perrito de uno de ellos, una bola de pelo gris y arena que trotaba a su alrededor entre jadeos, encantado de participar en el juego.

—¿No os parece que está precioso el parque? —preguntó Lillian a las niñas, entusiasmada.

—Tengo frío —contestó May.

—¡Y yo, hambre! —añadió Lucy.

—¿Por qué no vais a mirar los cisnes?

May se acercó obedientemente a la orilla, pero Lucy permaneció sentada en el banco. Tenía la cabeza girada hacia la izquierda, y miraba algo con insistencia. Lillian siguió la dirección de su mirada y encontró que ese algo era más bien alguien. En el banco contiguo, un hombre vestido con un elegante abrigo oscuro con cuello rematado en piel miraba fijamente los cisnes, aunque en realidad parecía estar muy lejos de allí. Tenía una expresión abstraída en sus ojos, que eran de un resplandeciente azul celeste. Lillian nunca había visto unos ojos de ese tono de azul tan llamativo, que le daban al rostro del hombre un aire casi ultramundano. Sus pómulos eran muy marcados, y la nariz, recta, aunque algo ancha. Parecía un personaje salido de

los libros de cuentos de May; en su mente irrumpió un torbellino de elfos, príncipes de las hadas y duendes seductores.

El perrito ladró y una bandada de palomas asustadas levantó el vuelo desde las ramas de los árboles. El ruido de sus alas alertó al hombre, que regresó de allá donde estuviera y se percató de que Lucy le observaba. El hombre esbozó una sonrisa distraída en su dirección y dedicó a Lillian un cortés toque del ala de su sombrero de copa.

—¿No es el caballero más apuesto que ha visto jamás, señorita Simmons?

Lucy, como de costumbre, no había creído necesario bajar la voz a un nivel que no pudiera oír cualquier humano en un radio de cincuenta yardas.

—¡Lucy, por favor!

El hombre lanzó una carcajada y Lillian supo que las había escuchado. Sintió que sus mejillas enrojecían.

—Por favor, disculpe a la niña, señor.

El hombre sonrió de nuevo. Sus dientes eran blanquísimos y muy regulares. Cuando habló, lo hizo arrastrando las vocales y pronunciando mucho las *r*; su acento era inequívocamente irlandés:

—¿Disculparla de qué? Resulta muy agradable escuchar un cumplido de vez en cuando.

Lillian estaba convencida de que aquel caballero debía de escuchar cumplidos con mucha más frecuencia que de vez en cuando, y desde luego no únicamente de niñas tontas de doce años. No solo era guapo; poseía un atractivo vital y magnético. No supo qué contestar y se limitó a mirar a su alrededor, tratando de disimular su turbación. El cielo estaba de un gris más oscuro que cuando habían salido, parecía probable que empezara a llover de nuevo en cualquier momento.

—Será mejor que volvamos a casa, niñas, parece que va a empezar a llover.

—No creo que llueva hasta la noche, señorita —opinó el caballero—. Y si lo hace, les prestaré mi paraguas. Es lo suficientemente grande para que se resguarden las tres.

—Oh, es usted muy amable, señor, pero eso no será necesario...

May, que había vuelto al banco al percatarse de que allí estaba ocurriendo algo mucho más sugestivo que la lenta evolución de los cisnes en el lago, se sentó resueltamente junto al hombre y levantó el rostro hacia él.

—Qué ojos más azules...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Lillian mortificada. Se puso en pie casi de un salto—. ¡Niñas, no podéis dirigiros de esa manera a un caballero desconocido, y mucho menos hacer comentarios personales! ¿Dónde está vuestra educación?

—No las regañe, son encantadoras... Y la culpa es mía, en realidad: si me hubiera presentado como es debido ya no sería un desconocido.

El hombre se levantó e hizo una pequeña reverencia, levantando a la vez el sombrero. Ella advirtió su elevada estatura y lo oscuros que eran los rizos que habían quedado al descubierto.

—Connor O'Malley para servir las, señoritas.

Lillian se limitó a inclinar la cabeza con una tensa sonrisa. No era tan tonta como para presentarse —después de todo, solo era una institutriz, él tenía que ser consciente de ello y, desde luego, era *imposible* que le importara su nombre—, aunque tampoco quería ser descortés... Pero ahí tenían a Lucy, que tomó encantada las riendas de la situación.

—Yo soy la señorita Lucy Wolverton. Esta es mi hermana May, y esta, nuestra institutriz, la señorita Simmons.

—Es un honor conocerlas.

—Sí, gracias, lo mismo digo... —contestó Lillian atropelladamente, antes de que Lucy pudiera decir algo más.

¿Por qué tenía que mirarla aquel hombre de esa forma tan intensa? Era como si quisiera ahogarla en esas lagunas glaciares que tenía por ojos. De pronto se sentía nerviosa, con ganas de volver a casa. El parque había perdido su encanto otoñal, y ahora le molestaba la textura blanda del barro bajo las botas y le irritaba el graznido de los cuervos.

—Tenemos que irnos ya, o llegaremos tarde al almuerzo. Que tenga un buen día, señor O'Malley.

—Espero encontrarlas por aquí en otra ocasión —sonrió él.

Lillian enfiló el sendero muy erguida y se alegró de comprobar que las niñas la seguían sin más comentarios. El caballero estaba equivocado, pues en cuanto llegaron al camino principal empezó a chispear. Caminaron deprisa y en silencio durante un rato, acompañadas solo del sonido de la lluvia entre las ramas.

—¿Cree que volveremos a verle, señorita Simmons?

—¿A quién, May?

—Al caballero de los ojos azules.

—¡Oh, May! —suspiró Lillian—. Ya deberías haberte olvidado de ese señor. No ha sido nada correcto que os mostrarais tan exaltadas en su presencia.

—Pero era guapo, ¿verdad? —señaló Lucy con aire soñador—. Parecía Oberón, el Rey de las Hadas...

Qué curioso, eso era casi lo mismo que había pensado ella al verle...

La lluvia empezó a caer con mayor intensidad. Sin contestar nada, Lillian cogió de la mano a May y tiró de ella para que fuera más deprisa.

No había pasado ni una semana desde que hablaron por primera vez, pero Deirdre tenía la impresión de conocer a Katie desde siempre. Le hubiera encantado tener una amiga así en Irlanda, poder dar largos paseos juntas por las colinas, ir a pescar, a montar a caballo y a bailar con los muchachos del pueblo. Estaba segura de que Katie hubiese disfrutado muchísimo. Pero allí estaban, en cambio, deambulando por las sucias calles del East End, haciéndose confidencias y tratando de pasar el tiempo lo mejor posible. Al menos, se tenían la una a la otra.

—¿No echas de menos Escocia, Katie? —le preguntó al pasar junto a un puesto de flores que le recordaron a las que crecían en el jardín de Malley House. Su amiga se encogió de hombros.

—Nos fuimos de allí cuando tenía solo ocho años. ¡Ya ni me acuerdo!

—Yo sí añoro Irlanda.

—En realidad, esta ciudad sería estupenda si los pobres no lo fuéramos tanto. Imagina lo bien que se lo pasan las chicas que no tienen que trabajar, que van a bailes todas las noches, que pasean a caballo en Hyde Park por las tardes y luego vuelven a su mansión a tomar té con pasteles... —Lanzó una mirada divertida a Deirdre y añadió—: ¡Eso viene a ser lo que hacías tú en Irlanda, ahora que caigo!

—No creas, nuestra casa estaba en medio del campo, en un lugar muy solitario. Montaba mucho a caballo, eso sí, pero las únicas fiestas a las que asistía eran las que mi padre organizaba de vez en cuando.

Le había contado a Katie todo lo ocurrido durante el último año: la muerte de su padre, el descubrimiento de su afición a las apuestas altas en las carreras, las deudas que Connor había tenido que pagar y la triste pérdida del

que había sido su hogar. Katie la había escuchado con atención, pero no había hecho un drama de aquello. Deirdre supuso que, desde su punto de vista, lo que les había ocurrido a ellos no era peor que lo que vivían cada día sus propios vecinos.

Por otra parte, había temido que Katie se alejara de ella al descubrir que procedía de la clase alta, pero su reacción había sido muy distinta: la había acogido bajo su ala, como una gallina clueca, y se había preocupado por inculcarle nociones útiles acerca de la vida en los barrios bajos o, como ella lo llamaba, «supervivencia de las cloacas». Le había enseñado a caminar pegada a los muros, para que fuera más difícil que le robaran; a evitar los callejones peor iluminados; a no responder nunca a las provocaciones de los borrachos y a contar siempre bien el cambio cuando comprara cualquier cosa, puesto que a veces los vendedores no resultaban ser las personas más honestas del mundo.

Katie también le había contado muchas cosas sobre sí misma: tenía casi diecinueve años y vivía en una planta baja con su madre, a unas tres manzanas de la casa de Deirdre. Su padre había muerto cuando era muy pequeña, víctima de unas fiebres. Su novio se llamaba Mike y estaba deseando terminar la vivienda que construía con sus compañeros, para así poder casarse antes de que naciera el bebé. A Katie le encantaba comer pastel de chocolate y beber sidra, aunque solo se lo podía permitir de vez en cuando. Y pensaba llamar a su hijo Graham si era un varón, en recuerdo de su abuelo.

Deirdre se sentía muy cómoda con ella, y deseaba que Connor encontrara también un amigo. Aunque tenían a William, este era un señor ya mayor, casado y con la vida hecha. Connor necesitaba a alguien de su edad, con quien compartir sus inquietudes y sus sueños. Un verdadero amigo... o una novia. Parecía que se había divertido en la fiesta de sir Francis, pero hablaba de las personas que había conocido allí de una manera casi despectiva.

—¡Mira *pa'acá!* —La voz excitada de Katie la sacó de sus pensamientos. Estaba señalando un cartel pegado al muro que anunciaba una gran protesta en Trafalgar Square. Katie había aprendido a leer bastante bien, al contrario que la mayoría de los trabajadores de las fábricas—: «Únete a nosotros el próximo domingo 13 de noviembre. Por la liberación de William O'Brien.

Por la libertad del pueblo irlandés. Por los derechos de los trabajadores y el derecho *a trabajar* de los desempleados. SDF y RF».

—¿Qué significa eso último? —Deirdre todavía estaba intentando entender por qué se mezclaban en aquel mensaje las protestas obreras con los problemas de Irlanda, y las siglas con que firmaban no significaban nada para ella.

—La Federación Social Democrática y la Federación Radical. Son los que organizan la protesta... —Katie parecía cada vez más emocionada—. ¡Los socialistas, Deirdre! Ellos son los que luchan por nuestros derechos, por todas las injusticias que sufrimos. ¡Tenemos que ir y apoyarlos!

En ese momento recordó lo que había visto cuando pasaron en el carruaje de William junto a la plaza, el día que llegaron a Londres.

—Oh... Sí, recuerdo que vi a mucha gente en Trafalgar Square. Nuestro amigo William nos explicó que se habían instalado allí como forma de protesta, y que la policía intentaba echarlos casi todos los días.

—¡Sí, pero esto va a ser mucho más grande! El domingo nos uniremos todos los trabajadores, los inmigrantes que malvivimos en el East End por culpa de los ricos que nos lo quitan todo...

—¿Los ricos nos lo quitan todo? —balbuceó aturdida. La cabeza empezaba a darle vueltas, y se sentía un poco tonta, pero Katie no pareció oírla.

—Tenemos que ir nosotras también. Se lo voy a decir a Mike.

—¿No será peligroso?

Katie la miró como si no la comprendiera en absoluto.

—No creo, pero ¿qué más da? Conseguir lo que uno quiere no es fácil. ¡Además, tendremos a Mike para cuidarnos!

—No sé... —titubeó, indecisa—. No creo que mi hermano me permita ir.

—No se lo digas. —Katie tiró de su mano para seguir caminando. Había adoptado un aire aún más resuelto del que ya solía tener—. Piensa que vamos también por él, Deirdre. Sois irlandeses, y no tenéis empleo. Esta protesta está hecha para vosotros. Y para mí. Para todos los que vivimos aquí.

Contempló de refilón la expresión decidida de Katie mientras caminaban y no lo pensó más. Su pasión era contagiosa.

—De acuerdo, iremos juntas —aceptó, y la sonrisa con que la obsequió al escuchar su respuesta fue como un premio para ella.

El domingo, Deirdre encontró a Katie con facilidad en la esquina donde habían quedado. La acompañaba su novio, Mike, un joven que era tan pelirrojo como ella, larguirucho y con la cara llena de pecas, y un amigo de este. Katie los presentó rápidamente y en seguida se pusieron en marcha.

Había esperado ver grandes masas de vecinos del East End dirigiéndose como ellos hacia Trafalgar Square, pero la vida en el barrio parecía igual que siempre. Sin embargo, se alegró de que Mike y su amigo fueran con ellas. Deirdre estaba convencida de la necesidad de aquella protesta, pero no por eso dejaba de sentirse un poco asustada. Le había dicho a Connor que salía con Katie a dar una vuelta; su hermano parecía tan ensimismado en sus propios asuntos que ni siquiera le había preguntado quién era Katie, adónde iba o cuándo pensaba volver. Pero estaba bastante segura de que, si lo hubiera sabido, no le habría permitido ir.

Cuando estuvieron a unas cuatro manzanas de la plaza empezaron a ver a más gente que parecía dirigirse a la protesta. La mayoría eran hombres y mujeres jóvenes o de mediana edad: desempleados, trabajadores de las fábricas e inmigrantes, en especial irlandeses. Algunos portaban pancartas en las que se leían frases relativas a su derecho a protestar o a la independencia irlandesa y carteles con los emblemas de la Federación Radical y la Federación Social Democrática. Deirdre seguía sin tener muy claro en qué consistían tales grupos, pero suponía que si Katie y los demás parados que vivían casi en la pobreza estaban de acuerdo con ellos, no podían ser malos. Después de todo, su amiga tenía razón: Connor y ella también eran inmigrantes y desempleados.

Antes de que se diera cuenta, se habían unido a una enorme columna de personas que gritaban consignas y se movían con lentitud.

—Quedaos detrás de nosotros, chicas —les ordenó Mike—. ¡No os separéis!

—Dame la mano, Deirdre. —Katie agarró su mano con firmeza y tiró de ella mientras andaban para que no se quedara atrapada por la multitud.

Sin embargo, no pudieron caminar mucho más. De pronto la columna se detuvo, y los gritos aumentaron. Deirdre se puso de puntillas para tratar de

ver el motivo, pero había demasiada gente delante, y ella no era precisamente una chica alta.

—¿Qué está pasando, Mike? —le preguntó Katie a su novio. Este era lo suficientemente alto para poder ver un poco por encima de las cabezas.

—¡Creo que es la policía! ¡Están intentando evitar que lleguemos a la plaza!

Un hombre que estaba junto a ellos asintió.

—Tendríamos que haber imaginado que tratarían de contenernos —dijo. Deirdre reconoció en seguida su propio acento irlandés, aunque con un deje mucho más tosco—. ¡Quizá sea mejor retroceder e intentar llegar desde otra calle!

—¿Y si están esperando en todas las calles que llevan a la plaza?

El hombre se encogió de hombros y desapareció entre la multitud.

De pronto la columna volvió a moverse. La gente se dividió en varios grupos que intentaban retroceder o desviarse por los callejones laterales. Mike y su amigo optaron por esa opción; Katie tiró de ella para poder seguirlos de cerca.

El callejón estaba algo más despejado, y no les costó demasiado atravesarlo. Después de unos cuantos giros por otras calles secundarias relativamente despejadas, Deirdre vislumbró por fin la plaza. Sus ojos se abrieron de estupor al ver a las miles de personas que se concentraban allí y, lo que era más preocupante, a los cientos de policías que trataban de dispersarlos con porras negras que blandían en el aire. Los cuatro se quedaron mirando durante unos segundos antes de avanzar más.

—Katie, deberías volverte. Esto puede ser peligroso para ti —le advirtió Mike con expresión preocupada, dirigiendo miradas alternas llenas de inquietud a la plaza y a su novia embarazada.

—Es peligroso para todos —replicó ella—. Si os quedáis, yo también.

—¡Nosotros tres no estamos embarazados! —rezongó él. Pero Katie mantenía la cabeza alta, y sus ojos verdes lanzaban destellos, y Deirdre supo que no se marcharía. La admiración que sentía por ella creció; se preguntó si algún día podría ser igual de valiente. Mike tuvo que claudicar. Se unieron de nuevo a la multitud, y por fin pisaron la plaza. Había tantísima gente allí y la confusión era tan grande que ya no pudieron comunicarse más entre ellos;

retroceder era tan imposible como avanzar.

Una descarga de adrenalina recorrió el cuerpo de Deirdre al verse en medio de todo aquello. Deseó con todas sus fuerzas que la protesta tuviera éxito, que sirviera para algo, que al día siguiente saliera en las páginas de los periódicos de toda Europa. Por primera vez en su vida sintió que lo que estaba haciendo era útil de verdad, que formaba parte de algo importante y trascendental.

Entonces docenas de policías a caballo entraron en la plaza y el caos se desató. Algunos manifestantes se enfrentaron a ellos; otros intentaron retroceder y salir de allí entre empujones. Y, de repente, ya no tenía la mano de Katie en la suya.

Miró alrededor en busca de Katie o de Mike, pero habían desaparecido. Incapaz de moverse, gritó su nombre varias veces, pero en seguida se dio cuenta de que era inútil. Estaba sola en mitad de aquella locura. Respiró hondo y se quedó donde estaba, con la esperanza de que sus amigos la encontraran a ella.

Cuando el primer hombre cayó bajo los golpes de uno de los policías montados, supo que debía salir urgentemente de la plaza. Trató de escapar, pero no llegó a dar tres pasos. De pronto, sin que ella viera cómo había ocurrido, alguien la empujó y la tiró sobre el empedrado. Y en seguida otra persona cayó sobre ese alguien, y luego otra más sobre la anterior, provocando una reacción en cadena de gente tropezando, empujándose y cayendo sobre ella, hasta que ya no logró hacer el más mínimo movimiento para intentar levantarse y solo pudo permanecer quieta, en el suelo, hecha un ovillo.

No veía nada, todo su campo visual se había convertido en meros retazos de oscuridad y algunos puntos de luz aquí y allá; ni siquiera era capaz de distinguir cuántas personas había sobre ella. Solo podía percibir el olor de los cuerpos, de la sangre, de la suciedad de la plaza y de los caballos de los policías... pero eso significaba que al menos aún podía respirar.

Lo que no podía, por mucho que lo intentara, era moverse. «¡Esto es lo que debe de sentirse cuando te entierran vivo!», pensó frenética. ¿Iba a morir? ¿Iba a morir allí mismo, dentro de unos minutos, sin que Connor lo supiera? Imaginó por un momento cómo se sentiría él cuando se enterara, cuando alguien llamara a su puerta y le dijeran que había muerto en medio del

tumulto. ¿Lloraría? ¿Llevaría su cuerpo de vuelta a Irlanda? ¿Se enfadaría con ella por haber sido tan tonta? ¡Oh, Connor, Connor! Nunca podría decirle cuánto lo sentía. Ella, desde luego, estaba enfadada consigo misma. Furiosa. Pero aquel fue un sentimiento que duró muy poco... Porque, aunque su corazón latía cada vez más rápido y fuerte, su cerebro se iba apagando por segundos. Y al fin, llegó un momento en que ya no pudo pensar más y solo sintió el tremendo peso sobre ella y el cada vez mayor esfuerzo que le costaba respirar.

Se rindió. No había manera de salir de allí. Era solo una niña, apenas pesaba cincuenta kilos y no podía ni gritar pidiendo ayuda. ¿Para qué, si a su alrededor ya estaban todos gritando? Se había acabado. Cerró los ojos y simplemente esperó, casi con resignación. No era que no tuviera miedo a la muerte, pero se sentía tan cansada... Los ruidos de la plaza se apagaron por fin, e igual que primero había dejado de pensar, también dejó de percibir el exterior. El mundo había desaparecido; sencillamente se había apagado, como cuando soplas la llama de una vela. Era algo parecido a deslizarse hacia abajo por un túnel invisible en la más absoluta oscuridad, o a caer por un pozo interminable. No había sonidos, ni colores, ni formas. No existían el tiempo ni el espacio. Era curioso, y también aterrador...

Y entonces algo tiró de ella, algo que la arrancaba de ese etéreo abismo por el que caía y que, de alguna manera, consiguió que volvieran los sonidos, la luz, el mundo, todo. De pronto ya no estaba debajo de una montaña humana y podía ver el cielo nublado sobre ella y notar los duros adoquines de la plaza bajo su cuerpo. Inspiró aire frenéticamente, con voracidad, percibiendo cómo sus pulmones, su sangre y todo su organismo se llenaban de oxígeno. Sentía más dolor del que recordaba haber sentido jamás y, al mismo tiempo, un alivio tan extremo que se echó a llorar en brazos del desconocido que la sostenía.

Aquel estaba siendo uno de los días más duros desde que Erik Tanner era sargento de Scotland Yard. Desde el verano había tenido que ir de vez en

cuando a cerciorarse de que las cosas no se descontrolaban demasiado en Trafalgar Square; las protestas lo tenían ya bastante harto, pero normalmente se encargaban de ellos sus subordinados. Él solo tenía que dar órdenes a los oficiales y vigilar que se cumplieran. Pero lo ocurrido ese domingo había adquirido proporciones inimaginables, y dos mil agentes, además de sus sargentos, habían sido movilizados. Las órdenes eran no utilizar la violencia y no herir a nadie, pero dudaba mucho que tal mandato se hubiera acatado. Incluso aunque de verdad los agentes no hubieran hecho uso de las porras más allá de agitarlas con actitud amenazante, la intervención de los policías a caballo había provocado tal pánico que debía de haber numerosos heridos, si no muertos, aplastados por la multitud aterrorizada o bajo las patas de los animales.

La jovencita que tenía en sus brazos era un buen ejemplo. Había visto cómo quedaba aplastada por una decena de hombres desde una distancia de unos veinte pasos, y había corrido para sacarla de allí. A la pobre chica debía de haberle parecido una eternidad, aunque solo habían transcurrido unos segundos. Ahora lloraba quedamente contra su pecho mientras galopaban camino de su casa, después de que hubiese conseguido que se tranquilizara lo suficiente para que le dijera su dirección de una forma que pudiera entender.

Erik no era de los que habían entrado con el caballo en la plaza, sino que lo había dejado atado fuera. Tenía treinta y dos años; solo llevaba catorce meses como sargento, pero había adivinado desde el principio lo que iba a pasar si la caballería entraba. Nunca cuestionaría las órdenes de sus superiores, pero él tenía potestad para intervenir en la protesta de la forma que considerara mejor, siempre que no utilizara la violencia. Y, bajo su punto de vista, irrumpir con animales de más de novecientas libras de peso en un lugar donde se amontonaban miles de personas era sin duda utilizar la violencia.

Bajó la mirada hacia la joven y la sujetó con más fuerza contra él; por fin había dejado de llorar, pero ahora parecía a punto de desmayarse. No podía tener más de dieciséis o diecisiete años, y a Erik le había parecido sumamente frágil al mirarla con calma una vez a salvo del tumulto. También le había parecido sumamente bella, si debía ser sincero. Tenía el rostro en forma de corazón, con barbilla puntiaguda y rasgos delicados y dulces. Sus ojos eran muy azules, sombreados por pestañas oscuras, y el cabello, que se le había

soltado en algún momento del disturbio, le caía como una cascada de ondas negras hasta la cintura. Se había hecho una herida en la frente, pero no parecía grave. Ahora estaba hecha un asco, por supuesto, con el vestido sucio y desgarrado por varios sitios y la cara manchada de barro y de sangre, pero aun así era, con mucha seguridad, una de las adolescentes más hermosas que había visto nunca.

Entre sollozos, le había dicho que se llamaba Deirdre y le había dado una dirección del East End. A Erik le sorprendió que viviera allí, aunque no habría sabido decir por qué. Quizá era por su vestido, muy sencillo pero de buena calidad, o por sus manos, demasiado suaves y cuidadas... Pero, cuando llegaron al edificio, ella le confirmó que esa era su casa. Erik la sostuvo un momento en sus brazos después de ayudarla a bajar del caballo para asegurarse de que no se desplomaba, y subieron despacio hasta el segundo piso.

Aunque Erik era bastante alto, el hombre que abrió la puerta le sacaba casi una cabeza. Miró horrorizado a Deirdre, con unos ojos de un extraño color celeste, y los hizo pasar al interior del pequeño apartamento sin cesar de hacer preguntas.

—No se preocupe, señor —se apresuró a tranquilizarlo Erik, después de haberse identificado como agente de Scotland Yard—. La chica está bien. Un poco asustada, claro, pero la herida de la frente no es grave.

Mientras el hombre iba a por agua y toallas para limpiarla, Erik se quedó junto a Deirdre. Se había derrumbado en una butaca de estropeada tapicería, aunque parecía sentirse mejor.

—Es mi hermano Connor —le explicó en voz baja—. Siempre se preocupa mucho por mí. Se va a enfadar bastante cuando se entere de lo que ha ocurrido.

—Es natural. No debiste meterte en las protestas.

—No podía no hacerlo —suspiró ella. Sonrió un poco y añadió—: Aún no le he dado las gracias por salvarme la vida, agente. Si no fuera por usted, no sé lo que habría sido de mí...

Erik sí sabía lo que habría sido de ella. Un escalofrío le recorrió la espalda y sintió deseos de regañarla por su temeraria conducta, pero se contuvo. Seguramente ya había aprendido la lección y, de todos modos, no era asunto

suyo. Recordó que todavía no le había dicho su nombre.

—Soy el sargento Erik Tanner.

—Sargento Erik Tanner —repitió—. Gracias de nuevo por su ayuda, y por llevarme en su caballo.

La chica le dedicó otra sonrisa, cálida y dulce. Cuando sonreía, resultaba aún más hermosa. Erik se perdió durante un instante en el sereno azul de sus ojos, pero en seguida se reprendió a sí mismo. «¡Por Dios, Erik, apenas es una niña!».

Su hermano regresó entonces con una palangana llena de agua tibia y algunas toallas pequeñas, y después de arrodillarse frente a ella empezó a limpiarle la herida de la frente.

—¿Qué demonios te ha ocurrido, Deirdre? —El tono de su voz ronca era de preocupación y miedo a partes iguales.

Deirdre miró a Erik antes de contestar; este comprendió que le estaba dando la oportunidad de mentir por ella, sin duda para evitar que su hermano se enfadara. Pero no podía hacer eso. Cuando ella asumió que no le quedaba más remedio que decir la verdad, bajó los párpados de una manera que a Erik le pareció encantadoramente resignada y musitó:

—Fui con Katie a las protestas de Trafalgar Square.

Connor dejó de limpiarla al instante. Abandonó la toalla en el suelo y se puso de pie con brusquedad.

—¿Que hiciste qué? —bramó. Ella alzó la cabeza para seguir mirándolo desde su posición sentada. A Erik no le pareció que estuviese asustada en absoluto.

—Lo siento, Connor, pero Katie me explicó que esa es la única manera de que nos hagan caso, de que la reina y los políticos se fijen en la terrible situación de...

—Tú no tienes que hacer nada de eso, maldita sea —la interrumpió él con aspereza. Su anguloso rostro estaba rojo de furia, aunque era evidente que trataba de controlarse—. ¿Y quién es esa Katie?

—Es amiga mía —respondió ella. Recogió la toalla, la hundió en la palangana y empezó a limpiarse ella misma el barro de las manos—. Katie me contó que hoy habría una gran manifestación para que todos los desempleados e inmigrantes de la ciudad pudieran protestar... ¡Y nosotros

somos ambas cosas, Connor!

—No digas tonterías.

—¡Es todo tan injusto! El día que conocí a Katie la acababan de echar de la fábrica donde trabajaba porque está embarazada, y a mí tampoco me dejaron trabajar allí, así que...

—¿Cómo? —volvió a interrumpirla Connor—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué fábrica?

Deirdre enrojeció al darse cuenta de lo que había dicho. Erik, que había sido testigo silencioso de toda la conversación mientras permanecía de pie, se encontró de repente sentado en la otra butaca. Ya debería haberse marchado, teniendo en cuenta que la chica estaba a salvo y bajo los cuidados de su hermano, pero era incapaz de moverse de allí.

—Fui a pedir trabajo en una fábrica textil —confesó ella sencillamente.

Connor la miró con fijeza durante un momento y luego se pasó los dedos por los ondulados y largos mechones de su cabello oscuro en un gesto de exasperación.

—Has perdido la cabeza por completo. ¿Qué pretendías hacer?

—¡Solo quería ayudar! Pensé que si yo encontraba trabajo...

—¡El único que tiene que encontrar trabajo aquí soy yo! ¡Soy yo el que debe sacarte a ti adelante, y no al revés! ¡Eres solo una niña! ¿Te das cuenta de lo que podría haberte pasado? —Volvió a arrodillarse para que sus caras quedaran a la misma altura y la zarandeó ligeramente—. ¡Podrían haberte detenido! ¡Podrías haber muerto!

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Perdóname, Connor.

Deirdre le tendió los brazos a su hermano con expresión suplicante, y este solo titubeó un segundo antes de abrazarla. Erik carraspeó y se puso en pie.

—Debo marcharme ya.

Los hermanos se separaron y Connor se incorporó, esforzándose por recuperar la compostura.

—Perdone, agente. Esta niña idiota me ha alterado tanto que ni siquiera le he dado las gracias aún. No sé cómo agradecerle que haya traído a mi hermana sana y salva.

—No tiene importancia —contestó—. Y no la regañe demasiado. Ha sido

una tontería por su parte meterse ahí, pero no se puede negar que es una joven muy valiente. —Le dirigió una sonrisa a Deirdre, que se levantó de la butaca con esfuerzo.

—Gracias de nuevo, sargento Tanner.

Erik estrechó con suavidad la manita que le tendía. Sintió que algo en su interior se derretía un poco, pero se negó a recrearse en tan absurda sensación.

—Ha sido un placer conocerte, Deirdre —dijo, y eligió un tono estudiadamente paternal para añadir—: Cuídate, y no te busques más problemas, jovencita.

Le dirigió una leve inclinación de cabeza a su hermano y salió del apartamento.

Fuera ya era casi de noche. Había sido un día muy largo, y ahora que había terminado la acción empezaba a sentir los efectos. Estaba agotado. Pero también se sentía más vivo que nunca.

El lunes por la tarde, la clase de arte se tornó complicada debido a la insistencia de Lucy de plasmar un paisaje en lugar de la cesta de frutas que Lillian había situado frente a ellas.

—¿No crees que sería mejor dejar los paisajes para cuando hagamos una salida al campo? Así podrías pintar al natural —trató de convencer a su alumna, aunque sabía que no serviría de mucho.

—No, señorita Simmons. Quiero intentar dibujar el parque, los cisnes y los árboles rojos —respondió ella con decisión. Abrió su bloc por una página en blanco y empezó a elegir entre los lápices de colores.

—De acuerdo —accedió Lillian. En el fondo le resultaba indiferente. El dibujo no era la disciplina que mejor se le daba, pero estaba dentro del programa que había sugerido lady Wolverton y tenía que incluir al menos dos horas semanales—. ¿Y tú, May? ¿Vas a dibujar las frutas?

—Creo que yo también intentaré los cisnes.

No le sorprendió; May imitaba a Lucy siempre que podía. Mientras las niñas empezaban a trabajar, se acercó a la ventana y contempló el exterior. Era una tarde oscura y fría, y había comenzado a caer una fina llovizna. Sin embargo, estaba contenta: el segundo fin de semana con sus padres había ido mejor que el primero. Quizá estuvieran empezando a acostumbrarse por fin a su nueva situación.

—¿No me sale bien el cuello del cisne, parece una jirafa! —se lamentó May al cabo de unos minutos.

Lillian sonrió y volvió a la mesa para ayudarla. Después de bosquejar ella un cisne para que viera cómo se hacía, echó un vistazo al dibujo de Lucy. Su alumna mayor dibujaba bastante bien: había resuelto la complicada

perspectiva del río, los árboles y los bancos del camino, y utilizaba con habilidad el color. Incluso intentaba jugar con las luces y las sombras. A la derecha de la hoja había una serie de árboles en tonos ocres y amarillos. A la izquierda, una figura masculina sentada en un banco... Lillian suspiró al sospechar a quién representaba.

—Lucy, ¿has dibujado al señor que vimos el otro día?

La niña la miró con sus ojos de muñeca y asintió con la cabeza.

—¿No te dije que no era correcto que os exaltarais tanto por ese caballero?

—No entiendo por qué no podemos pensar o comentar nada sobre él... ¿Y ahora tampoco debo pintarlo? —inquirió con tono distraído. Dejó el lápiz amarillo y cogió el marrón para terminar los troncos de los árboles.

—No es eso, pero...

—Estaba allí, y era parte del paisaje. Si dibujó los cisnes, ¿por qué no a él?

Lillian no respondió. El punto de vista de Lucy era bastante lógico, pero por algún motivo a ella le molestaba. Quizá porque esa niña era como un recordatorio constante de todas las ideas que rechazaba.

—Ya es casi la hora del té —anunció aliviada después de mirar el reloj de cuco que colgaba de la pared—. Podéis empezar a recoger, seguiremos el próximo día.

Las niñas se levantaron y empezaron a guardar los utensilios de dibujo. La puerta se abrió; lady Wolverton, como siempre, estaba deslumbrante con una falda color rosa encendido y una blusa blanca con encajes y cuello alto. Llevaba pocas joyas para ser ella: solo un broche en forma de rosa con diminutas perlas y rubíes, y unos pendientes de esmalte. Sonrió a sus hijas con su habitual aire distraído.

—Niñas, id a tomar el té. —Las dos salieron obedientemente de la sala de estudio, pero lady Wolverton se quedó en el umbral mirando a Lillian con una sonrisa tensa—. ¿Podríamos hablar un momentito?

—Por supuesto, milady.

Lady Wolverton se sentó en una de las sillas y le indicó a ella que la imitara. Lillian tomó asiento, preguntándose qué querría decirle.

—¿Cómo se portan mis hijas? —preguntó mientras paseaba la mirada por la habitación sin mucho interés. Lillian sospechó que no era eso de lo que de verdad deseaba hablar, pero contestó con cautela:

—En general bien, milady. En ocasiones les cuesta prestar atención, pero nada que no sea normal en las niñas de su edad.

Lady Wolverton asintió y se llevó una mano al broche que cerraba el cuello de la blusa. Sus pálidos dedos jugaron con el cierre durante unos segundos.

—Lucy me preguntó anoche si las institutrices no hacen su presentación en sociedad —dijo por fin—. Contesté que, en general, no, pero que tú sí la habías hecho. Creo que eso era lo que ella deseaba averiguar en el fondo.

—¿Por qué no me lo preguntó a mí?

—A eso quería llegar, querida Lillian. —Lady Wolverton la llamaba por su nombre, ya que conocía a Elizabeth y, como deferencia hacia su familia, la trataba de forma más cercana que a cualquier empleada. Sin embargo, Lillian deseó que no hiciera esa distinción con ella. Así resultaba todo más extraño todavía—. Lucy también me comentó que las niñas cuando hablan de esas cosas.

—¿De *esas cosas*? —Lillian enarcó las cejas.

—Sí. De sus deseos de asistir a bailes en el futuro, de tener pretendientes, de prepararse para el matrimonio...

—Solo tiene doce años, queda tiempo para eso. Creo que ahora debería centrarse en sus estudios y en adquirir cierta disciplina.

—Por supuesto, pero no olvides que todo está relacionado. La formación de mis hijas debe ir encaminada a que el día de mañana ocupen su lugar en la sociedad y encuentren un buen partido.

—¿Y si no desearan casarse? —preguntó, aunque sabía que eso era tan improbable como que nevara en agosto—. ¿Entonces no valdría la pena que estudiaran?

—Supongo que entonces tendrían que estudiar *más* —repuso lady Wolverton. Lillian intentó comprender su enrevesada lógica, pero no lo consiguió. No solía mantener conversaciones largas con ella, pero cuando lo hacía le parecía como si fueran habitantes de planetas distintos. Optó por tratar el tema desde la óptica que más le interesaba a su jefa.

—Lady Wolverton, si tanto le preocupa el porvenir social de sus hijas, debo comentarle que las dos son excesivamente idealistas respecto al amor romántico, sobre todo Lucy. Piensa que su futuro será como un cuento de

hadas.

—¿Y por qué no puede ser así?

No supo cómo responder a eso y, para ganar tiempo, se dedicó a guardar todos los lápices que las niñas habían dejado olvidados sobre la mesa.

—Usted sabe que no siempre los matrimonios resultan como una desearía —se atrevió a decir por fin. Esperó su reacción, confiando en no haberla ofendido demasiado; no estaba sugiriendo que el matrimonio de los Wolverton fuera un fracaso (aunque tampoco parecían una pareja muy unida), pero ella podía tomárselo así.

—¡Desde luego, querida! —respondió la mujer. Se sorprendió de que estuviera de acuerdo con ella—. Por eso, lo más adecuado es buscar con la cabeza fría hasta dar con un hombre respetable y de buena posición, que te convierta en la señora de una gran casa.

—¿Entonces está de acuerdo en que el romanticismo no tiene mucho que ver a la hora de contraer matrimonio?

—¡Claro que sí! Por eso se les llama matrimonios de conveniencia... —sonrió—, ¡porque son los más convenientes! Pero ¿por qué quitarle a Lucy la ilusión tan pronto?

—Yo... no sé qué decir —titubeó Lillian. La conversación le parecía cada vez más absurda. ¿Entonces qué pretendía lady Wolverton? ¿Tener a sus hijas engañadas?

—Mira a tu hermana —señaló ella a continuación. «Qué oscuro ejemplo», pensó Lillian, y se mordió el labio para evitar decirlo en voz alta—. Elizabeth no se anduvo con tonterías. En su primera temporada ya supo que debía aprovechar el cortejo de lord Ashton y convertirlo en su esposo. Para serte sincera, Lillian, no comprendo por qué tú no haces lo mismo.

—No deseo casarme por conveniencia. Creo que el matrimonio no es para mí.

—¡Qué tontería! —rio lady Wolverton—. El matrimonio es el destino natural de todas las mujeres, especialmente de las de buena posición. ¡Claro que es para ti!

Lillian no estaba dispuesta a discutir eso con ella.

—Milady, si así lo desea no desengañaré a Lucy respecto a este tema, pero de veras considero que de momento debe concentrarse en sus estudios. Aún

tiene mucho que aprender. Estos días he podido comprobar que su anterior institutriz dejó en las niñas numerosas lagunas.

—Como ya te dije, la señorita Gray nos abandonó repentinamente para casarse...

—Eso no me sorprende —repuso. Elevó la mirada hacia el reloj de la pared y comprobó que ya eran más de las cinco—. ¿No cree que debería ir a acompañar a las niñas mientras toman el té? —insinuó al tiempo que se levantaba. Lady Wolverton parpadeó.

—Sí... —Se puso en pie también con un grácil movimiento, haciendo crujir su falda—. Sí, por supuesto. Gracias, Lillian.

La institutriz hizo una pequeña inclinación de cabeza mientras dejaba que saliera delante de ella y sonrió a sus espaldas. Si lady Wolverton creía que ella era como la señorita Gray, estaba muy equivocada.

Deirdre había pasado el resto del domingo preocupada por Katie. No sabía qué había sido de ella, de Mike y de su amigo; quizá estaban heridos, o arrestados en los calabozos de Scotland Yard. Aunque estaba exhausta y le dolía todo el cuerpo, no pudo irse a dormir hasta que Connor prometió que al día siguiente podría ir a visitar a Katie. Además, ella también estaría preocupada por su suerte; después de todo, Deirdre era la menor del grupo y la que se había quedado sola.

Connor no volvió a regañarla, aunque dejó muy claro que no permitiría que trabajase en ninguna parte, y menos aún en una fábrica. A Deirdre le reconfortaba la actitud protectora de su hermano, pero en este caso no lo comprendía, ¿qué había de malo en que ella trabajara? Sabía que eso era algo impensable en el ambiente que le correspondía por nacimiento, pero ahora todo era distinto. Ella nunca se había considerado mejor que nadie y, desde que conocía a Katie, veía con aún más claridad que las diferencias entre ellas eran solo superficiales. Sin embargo, tendría que acatar la voluntad de Connor.

Pasó toda la mañana del lunes durmiendo, y cuando se despertó ya había

transcurrido la mitad de la tarde. Dormir tanto hizo que se sintiera mucho mejor, y dedicó un momento antes de levantarse para agradecer a Dios la presencia del sargento que la había salvado el día anterior. Después, se vistió con rapidez y fue a la cocina. Connor estaba allí, untando unas rebanadas de pan con un poco de mantequilla para tomar con el té.

—¿Cómo te encuentras? Has dormido muchísimo —dijo nada más verla.

—Estoy muy bien. ¡No puedo creer que sea ya esta hora!—. Aceptó la rebanada que le ofrecía y se la comió en pocos segundos. Cuando terminó, le dirigió una mirada impaciente—: ¿Entonces puedo ir a casa de Katie?

Él suspiró y asintió de mala gana.

—Pero ten mucho cuidado.

—Te lo prometo. —«A partir de ahora estará siempre todavía más pendiente de mí», pensó con resignación. Lo besó en la mejilla y se apresuró a salir.

La casa donde Katie vivía con su madre hasta que se casara con Mike no estaba lejos. Había que bajar un pequeño tramo de escaleras para llegar a la puerta, de manera que, desde dentro, lo único que se veía por las ventanas eran los pies de la gente al pasar y las patas de los caballos. Deirdre se alegraba de que por lo menos desde su apartamento pudieran contemplar los tejados y los árboles.

Llamó a la puerta, y pasó un buen rato antes de que una mujer de mediana edad abriera. En cuanto la vio supo que se trataba de la madre de Katie: tenía los mismos rizos rojos y los ojos verdes, aunque serios y rodeados de arrugas y manchas del sol.

—Buenas tardes, señora —saludó con su invariable tono educado—. Soy amiga de Katie. ¿Está aquí?

—Sí. Puedes pasar a verla.

La mujer se apartó para que pudiera entrar en el oscuro interior. Deirdre se sentía aliviada; había temido que la contestación de su madre fuera que Katie estaba en el hospital, o en la cárcel. Pero el silencio que reinaba dentro no parecía indicar nada bueno; Katie era brillante y ruidosa como un ave del bosque, y casi siempre se la podía percibir antes de verla.

—Está en su dormitorio —dijo su madre mientras atravesaban una fría habitación que servía a la vez de cocina y sala de estar—. El médico acaba de

irse; ha dicho que se recuperará. Ella está muy triste, claro, pero...

—¿El médico? —la interrumpió alarmada.

Los ojos verdes de la mujer se abrieron más al comprender que Deirdre ignoraba lo ocurrido. Se detuvo y musitó con sencillez:

—Ha perdido al bebé.

—¡Oh! ¡Pobre Katie!

—Me dijo que alguien la empujó en la plaza y la tiraron al suelo, y que la pisaron un par de veces. Mike la recogió y la sacó de allí en seguida, pero nada más llegar a casa ella empezó a sangrar... —Su madre suspiró y no dijo nada más. Empujó una puerta y entraron en la habitación donde Katie permanecía acostada en una estrecha cama, tapada por una manta de cuadros rojos y verdes. Estaba despierta, con la piel aún más pálida de lo que ya solía ser, y con una expresión de profunda pena en los ojos enrojecidos.

—Hola, Katie. —Deirdre se sentó en el borde de la cama y acarició su mano huesuda y helada—. Siento mucho lo de tu bebé...

Katie se incorporó un poco y trató de sonreír.

—Gracias. —Miró a su madre, que esperaba junto a la puerta—: Mamá, esta es Deirdre; también fue con nosotros a Trafalgar Square, pero nos separamos por la multitud. ¿Podrías hacernos un poco de té, por favor?

—Claro.

Su madre las dejó solas y Katie alzó la mirada de nuevo hacia Deirdre.

—Yo siento que te perdiéramos, ¡me volví loca buscándote! Me alegro de que estés bien.

—Sí. Un policía me sacó de allí y me llevó a casa. Mi hermano se enfadó bastante; me ha prohibido trabajar.

—Quizá yo pueda volver a la fábrica, ahora que no... —Los ojos de Katie se llenaron de lágrimas, y Deirdre se inclinó para abrazarla con cuidado. Siempre había tenido la facultad de sentir el dolor de los demás como suyo propio, y comprendía la pérdida que había sufrido su amiga como si le hubiera sucedido a ella misma.

Permaneció allí alrededor de media hora, mientras tomaban una taza de té tan amargo que solo se lo acabó por pura cortesía. La madre de Katie se disculpó, un poco azorada, por no tener azúcar ni miel para endulzarlo, pero ella le aseguró que lo prefería así. Se despidió de Katie y salió a la calle con

el ánimo abatido. ¿Es que todo lo malo les ocurría a los pobres? ¿No había sido suficiente con que echaran a Katie de su trabajo de una forma tan injusta, sino que también tenía que perder a su hijo?

Estaba tan inmersa en sus pensamientos que no vio a las dos prostitutas peleándose hasta que prácticamente llegó a su lado. Deirdre se había acostumbrado a la presencia de las meretrices de un modo que nunca hubiera creído posible antes de su llegada a Londres. En el East End abundaban, y cuando no estaban trabajando, solían reunirse en pequeños grupos y, a veces, se peleaban unas con otras a causa de un cliente o de un determinado tramo de la calle que «les pertenecía». Era algo que ocurría con cierta frecuencia, y no solía prestar atención cuando se encontraba con tales trifulcas. Sin embargo, en esa ocasión había con ellas un agente de policía que trataba de separarlas, y al cual reconoció de inmediato: era el hombre que la había salvado, el sargento Tanner.

Se quedó mirando mientras separaba a las dos mujeres y les advertía que si seguían así las detendría. Se dirigía a ellas con dureza, pero también con respeto. El día anterior Deirdre había estado demasiado conmocionada por lo sucedido para fijarse bien en él, pero ahora podía observarlo con calma. No era tan alto como Connor, pero sí más fornido: se intuían unos hombros anchos y unos brazos musculosos bajo la ajustada casaca azul oscuro. Llevaba el pelo castaño muy corto, y tenía la nariz un poco aguileña y los labios finos. Era un rostro frío y duro, pero atractivo al mismo tiempo.

Solo cuando las dos mujeres se calmaron y se marcharon cada una por su lado, Erik se fijó en Deirdre. Ella vio cómo su expresión cambiaba de forma automática, de la severidad a la sorpresa, y esperó mientras avanzaba hacia donde se encontraba.

—Buenas tardes, sargento Tanner.

—Hola, Deirdre. Parece que te has recuperado del todo.

—Así es —sonrió.

—Me alegro. —Los ojos oscuros de Erik se iluminaron con suavidad. Deirdre pensó que había un poso de tristeza y cansancio en su mirada, y se preguntó qué clase de vida llevaría, si tendría una esposa e hijos que lo esperaran en casa, preocupados por lo que podría ocurrirle en las calles de la ciudad. De pronto sintió la necesidad de agradecerle de nuevo lo que había

hecho por ella.

—Es una suerte que hayamos coincidido, así puedo volver a darle las gracias por lo de ayer.

—No hice más que mi trabajo —respondió sin darle importancia—. ¿Adónde vas?

—A casa.

—Vamos, te acompañaré.

Echaron a andar lentamente calle abajo. Deirdre se alegraba de estar con él. Le ocurría algo parecido a cuando iba con Connor: a su lado se sentía segura y protegida.

—¿Has leído el periódico esta mañana? —preguntó Erik de pronto.

—No.

—Habla bastante de los disturbios. Creo que no comprenderás bien en lo que te metiste hasta que lo leas.

Reparó en la leve reconvención que se escondía bajo sus palabras y no dijo nada. Optó por cambiar de tema:

—¿Hasta qué hora trabaja? —Por alguna razón, su pregunta hizo reír a Erik. Era la primera vez que lo veía reír abiertamente y, aunque no entendía el motivo, se alegró de haberlo causado.

—Perdona, Deirdre, pero ha sonado como si fuera un empleado de banco... Los policías solemos usar el término «patrullar».

—Oh. Pues, ¿hasta qué hora patrulla?

—Depende del día. A veces hasta la hora de la cena; otras veces me toca el turno de noche. Normalmente voy con un agente o dos que me ayudan, pero después de lo de ayer muchos han tenido que ser reubicados...

—¿Por qué?

—Bueno... Se suponía que ninguno debía emplear la violencia contra los manifestantes, pero no todos obedecieron esa orden. Por eso estoy hoy en esta zona, en realidad me tocaría patrullar en el oeste.

—Creo que no debisteis entrar en la plaza a caballo.

—Yo no lo hice. Pero estoy de acuerdo contigo. Lo que ocurre, Deirdre, es que los agentes de Scotland Yard tenemos que obedecer siempre las órdenes de nuestros superiores.

—Pensaba que los sargentos eran los que mandaban.

Erik volvió a reír ante su inocente comentario.

—Es el segundo rango más bajo, después de los oficiales.

—Pero con el tiempo ascenderás, ¿no?

Erik tardó un poco en contestar. Ya estaban muy cerca de casa, pero Deirdre deseaba saber más sobre él. Aparte de Connor y de Katie, parecía ser la única persona con la que podía hablar.

—No sé si me quedaré en Londres el tiempo suficiente para ascender — contestó al fin—. Quizá vuelva con mi familia, a Manchester.

—¿No estás contento aquí?

—Es una vida un poco solitaria. —Ella esperó a que le contara algo más, pero Erik señaló la puerta de su casa, frente a la que ya estaban, y solo dijo —: Ha sido un placer verte de nuevo, Deirdre. Cuídate.

Lamentó que él hubiera dado por terminada su conversación, pero asintió y dijo:

—Adiós, sargento Tanner.

Cuando ya había abierto la puerta, el policía volvió a llamarla por su nombre. Se giró.

—¿Te parecería bien que viniera a visitarte de vez en cuando? —le preguntó. ¿Por qué la miraba con esa especie de... ansiedad?—. A tu hermano y a ti, quiero decir.

No le pareció una petición rara, y aunque no podía hablar por boca de Connor, pensó que quizá congeniarían los dos.

—Claro. Me gustaría mucho.

Erik sonrió al escuchar su respuesta, pero de pronto pareció incómodo y, después de hacer un breve gesto de despedida, dio media vuelta y se alejó por la calle.

Connor volvía de otro paseo por Hyde Park. Había descubierto que esa actividad le calmaba los nervios y mejoraba su humor, aunque cada vez que iba comenzaba a llover al cabo de un rato y tenía que marcharse de forma abrupta. En Wicklow nunca le había molestado la lluvia ni solía interrumpir ninguna actividad por su causa, pero en Londres resultaba desagradable.

Atravesó el parque hacia la salida como una sombra negra bajo su paraguas. La lluvia arreciaba y el suelo estaba lleno de charcos; era difícil caminar por allí sin destrozarse los zapatos. Aunque no hubiera empezado a llover, era hora de volver a casa. Deirdre estaría allí (o eso esperaba, porque últimamente esa niña estaba llena de sorpresas) y ya habría empezado a preparar la comida. No se le daba nada bien cocinar, pero ¿quién podía culparla? Pocas semanas antes, ni siquiera tenía que abrocharse sola el corsé.

Sonrió al recordar a las niñas que había conocido en el parque días atrás. Por algún motivo, aquel breve encuentro se le había quedado grabado en la memoria, y lo rememoraba de vez en cuando. «Quizá en un futuro cercano Deirdre podría encontrar empleo como institutriz», se dijo. De ninguna manera consentiría que su hermana trabajara en una fábrica, como había pretendido hacer; pero, tal y como estaban las cosas, quizá enseñar a las hijas de una casa respetable sí fuera una opción razonable. Sin embargo, no conseguía imaginar a su hermana haciendo lo mismo que aquella mujer que estaba con las niñas. Ciertamente Deirdre aún no había cumplido los diecisiete, pero dudaba que pudiera adquirir nunca ese aire de suave autoridad, ese elegante autocontrol. La institutriz que habían tenido ellos en Malley House era parecida, aunque no tan hermosa como la joven de ojos grises y serios.

Cuando pasó por delante del atrayente escaparate de una confitería se sintió

tentado de comprar un bizcocho de limón y pasas para Deirdre, pero siguió adelante. Por ese precio, podrían hacer una compra más austera que les durase varios días. Según iba avanzando en su camino hacia casa, se percató de que su ánimo se había ensombrecido, pero no entendió el motivo hasta unas manzanas después: estaba cansado de tener que considerar la necesidad de gastar cada penique, de no poder comprar lo que quisiera; de ir vestido como un caballero, con su abrigo con ribetes de piel, sus guantes de cuero y su caro sombrero, que había traído consigo desde Irlanda, pero no sentirse realmente como uno.

Cuando estuvo en la fiesta de sir Francis se había olvidado por unas horas de su situación real. Allí la vida volvía a ser agradable y placentera, con risas, música, champán, hombres refinados que buscaban su compañía y mujeres despampanantes que lo adulaban. No se trataba de que esas personas le cayeran bien; de hecho, la mayoría le parecían, cuando menos, fastidiosos, pero se sentía extrañamente atraído por todos ellos, como una polilla hacia la luz. A las siete de esa misma tarde estaría de nuevo en esos salones para celebrar el cumpleaños de sir Francis. Saldría de los barrios bajos con su frac, su chistera y su capa de gala, cruzaría la ciudad de vuelta al West End, sería recibido con reverencias, y volvería a reír y a bailar el vals...

Aunque de otra manera, también consiguió evadirse cuando hablaba con las niñas y su institutriz en el parque. Había leído el respeto y la admiración en sus caras, incluso en la de la mujer, y se había sentido halagado y complacido. Estaba empezando a dudar de quién era en realidad. ¿Seguía siendo el mismo hombre que hasta hacía poco tiempo iba a heredar la mansión y las tierras familiares? Cada mañana se repetía que él era Connor O'Malley, que no había dejado de serlo, aunque a su alrededor contemplara aquel deprimente apartamento, pero según pasaban los días le resultaba más complicado creerlo.

El camino desde Hyde Park hasta su casa era largo, así que tuvo que coger el tranvía. Había otros parques en la ciudad que quedaban más cerca, pero ninguno como ese... William se lo había enseñado una mañana, y desde entonces había acudido él solo varias veces. Después de sus desoladoras visitas a empresarios para pedirles un puesto en sus oficinas, después de que le dijeran que no estaba cualificado o que no se ajustaba a lo que necesitaban,

Connor vagaba por los caminos alfombrados de hojas y barro, se sentaba junto al Serpentine y se perdía en sus pensamientos. Luego, tomaba el tranvía y, al bajar, el mundo rutilante y próspero del West End se había esfumado.

Al llegar a casa, encontró a Deirdre sentada en una butaca, envuelta en una manta y con la cara extrañamente lívida. Durante un momento supuso que había vuelto a meterse en algún lío, pero no parecía herida. Sin embargo, tampoco tenía aspecto de estar bien.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó desde la puerta. Dejó el paraguas empapado en un rincón y se quitó el sombrero. Ella levantó los ojos hacia él, pero no se movió.

—No lo sé. Esta mañana me desperté con la garganta un poco irritada, pero no me encontraba tan mal como ahora. ¡Tengo tanto frío!

Se acercó a su hermana y la examinó de cerca. Estaba muy pálida y tenía los ojos nublados, como si no enfocara bien la vista. Pudo escuchar el ruido que hacía al tragar saliva con esfuerzo.

—¿Has salido esta mañana? —Se deshizo con rapidez de los guantes para tocarle la frente. De momento no parecía tener fiebre.

—Sí, fui a ver a Katie —respondió con cansancio—. Ya puede levantarse de la cama, y dimos un paseo.

—No me gusta que pases el día vagando por estas calles. —Esperó a que protestara, pero no lo hizo, y comprendió que debía de encontrarse mal de verdad si ni siquiera intentaba convencerlo. Deirdre solo se frotó los ojos con el puño y tosió—. Métete en la cama, niña. Seguramente has cogido un resfriado por pasar tanto tiempo fuera; te llevaré una taza de té y algo de comer dentro de un momento.

La ayudó a incorporarse y la acompañó por el pasillo hasta la puerta de su dormitorio.

—No he preparado la comida —se lamentó de pronto, como si acabara de darse cuenta.

—No te preocupes por eso. Tú acuéstate —le ordenó. Deirdre entró en su

habitación con tanta mansedumbre como un corderito.

No quiso comer nada cuando le llevó una bandeja, y la dejó dormir con la esperanza de que se encontrara mejor al despertar. Pero cuando fue a verla un par de horas después, la encontró acurrucada bajo las mantas, tiritando y con ojos febriles y espantados.

—He tenido una pesadilla —balbuceó. Connor volvió a posar la mano sobre su frente; estaba ardiendo.

—Tienes fiebre, cariño.

—Estaba todavía en Trafalgar Square, tirada en el suelo debajo de todas esas personas, y nadie venía a ayudarme...

—Tranquila.

Salió del cuarto y revisó el contenido de armarios y baúles en busca de algún jarabe, unguento o preparado de hierbas, consciente sin embargo de que no encontraría nada. No habían traído ningún medicamento en el equipaje, ni lo habían comprado desde que estaban allí. Tendría que salir a buscar a algún boticario.

De repente se acordó de la señora Smith. Quizá ella tuviera algún remedio contra el dolor de garganta. Llenó con rapidez una palangana de agua fría, cogió una toalla, lo llevó al cuarto de Deirdre y colocó la tela húmeda sobre su frente. Luego bajó dos pisos y llamó a la puerta de su casera, rezando para que estuviera en casa. Oyó pasos en el interior y supo que había tenido suerte.

—¡Connor! ¿Necesitas algo? —le preguntó la señora Smith al abrir. Llevaba su habitual vestido de luto, un delantal y la cabeza cubierta por una cofia blanca, y sostenía una labor de punto en la mano.

—Deirdre está enferma —le explicó sin preámbulos—. Tiene fiebre, y dice que le molesta la garganta... ¿No tendría usted algún tipo de medicina?

La señora Smith se llevó las manos al pecho, provocando que se le salieran todos los puntos de la aguja, pero ni siquiera reparó en ello. En muy poco tiempo, Deirdre se había convertido en su debilidad.

—¡Mi pobre pequeña! —exclamó. Desapareció en el interior de la casa y salió al cabo de unos minutos con un frasco en una mano y una cajita metálica en la otra—. Tengo jarabe de regaliz y un poco de pomada de eucalipto. Vamos.

Connor no había pretendido que lo acompañara arriba, pero agradeció en

silencio su presencia. La señora Smith consiguió que Deirdre tragara un par de cucharadas de jarabe mientras se deshacía en palabras cariñosas. Su hermana pareció tranquilizarse un poco con la presencia de ambos, y solo entonces Connor respiró y recordó la cena en casa de sir Francis. Tendría que perdersela.

—En seguida te encontrarás mejor —murmuró de pie detrás de la señora Smith, que ahora se dedicaba a extender la pomada de eucalipto sobre el cuello de Deirdre.

La enfermedad siempre lo incomodaba y lo angustiaba, fuera la que fuera, pero aún más ahora, cuando contaban con pocos recursos. ¿Y si se ponía peor? Seguramente era solo un refriado o una pequeña infección de garganta, pero ¿y si se trataba de algo más grave, o en algún momento del futuro ocurría? No conocía a ningún doctor en Londres, ni se atrevía a calcular sus honorarios en caso de que la enfermedad de Deirdre requiriera un tratamiento costoso. La urgencia de encontrar pronto un empleo lo atormentó otra vez, llenándolo de ansiedad.

—Me duele mucho la garganta —se quejó Deirdre con un hilo de voz. La señora Smith se limpió la pomada de los dedos en su delantal y después le apartó el cabello de la cara sudorosa.

—Esto te aliviará.

Los ojos de Deirdre pasaron de la anciana a Connor.

—¿No era hoy la cena de sir Francis?

Connor se sentó en el borde de la cama y acarició su mano. Estaba helada, aunque tenía el rostro sudoroso a la vez. Trató de ocultar su creciente preocupación.

—Prefiero quedarme contigo —contestó con tono ligero.

—Tienes que ir...

Connor suspiró y le dio unas palmaditas en la mano.

—No seas tonta, niña, es evidente que esta noche voy a quedarme en casa para cuidarte.

—No es necesario.

—Deja de hablar o te dolerá más la garganta.

La señora Smith sumergió la toalla en el agua de la palangana y la retorció para escurrirla antes de depositarla de nuevo sobre la frente de Deirdre.

—Yo me quedaré con ella, Connor. No te preocupes.

—Oh, no, no hace ninguna falta...

La casera lanzó una mirada afectuosa en dirección a su hermana e insistió:

—No es ninguna molestia. Al contrario, me gustaría quedarme a cuidarla. Me recuerda a cuando tenía a mi hija conmigo... ¡Ahí abajo me siento tan sola! —La anciana se percató de que aún seguía dudando y añadió—: La niña no está tan mal, Connor. En cuanto le baje la fiebre, se quedará dormida, y luego se encontrará mucho mejor. Tú vete a esa cena.

Miró a Deirdre.

—¿Te parece bien?

Ella esbozó un intento de sonrisa y asintió.

—Claro. La señora Smith tiene razón; seguramente solo estoy resfriada.

—De acuerdo —accedió—. Pero volveré lo antes posible.

—Y dígame, señor O'Malley, ¿conoce al barón de Gormanston? —le preguntó a Connor el anciano caballero que tenía sentado a su derecha en la mesa de sir Francis. Parecía creer que, por haber vivido en Irlanda, debería conocer a sus numerosos amigos que en algún momento habían pisado la isla. Connor se había armado de paciencia, pero los últimos diez minutos estaban siendo los más aburridos de su vida.

—No, lo siento —respondió cortésmente.

El anciano parecía a punto de intentarlo de nuevo, pero el lacayo que servía el plato principal llegó hasta él y se convirtió en la víctima de toda una serie de preguntas sobre los ingredientes de la salsa para la carne.

—Parece que va a disfrutar de unos segundos de tranquilidad —comentó en voz baja la dama sentada a su izquierda. Lady Sophia era una viuda de treinta y pocos años, rubia y voluptuosa, con quien sir Francis se había empeñado en emparejarlo desde que había llegado.

—Eso creo —sonrió. Contempló la carne guisada con trufas y zanahorias glaseadas que acababa de aparecer ante él. Según las tarjetas con filo de oro en las que habían impreso el menú, aquel era el último plato antes del

sorbete, el plato de quesos y la tarta de limón. La ensalada de langosta y el besugo al horno ya habían quedado atrás, y aunque estaban exquisitos, los platos habían sido retirados prácticamente a medias. Connor no pudo evitar calcular cuánta comida se tiraría en el transcurso de esa noche.

Mientras masticaba el primer trozo de carne, miró a su alrededor. El comedor de sir Francis era tan opulento como el resto de su casa: las paredes estaban cubiertas de paneles de madera oscura hasta media altura y, en la parte superior, de seda color rojo vino. Del techo colgaba una enorme araña de cristal con decenas de velas que iluminaban con suavidad toda la estancia. Sobre el mantel de damasco había un gran centro de flores, y dos más pequeños en los extremos de la mesa con frutas exóticas. La mezcla de la fragancia de los lirios y las rosas, del olor de las frutas y del aroma de la comida resultaba casi mareante. Los colores brillantes de los vestidos de las damas, el tintineo de los cubiertos de plata y de la porcelana, la sucesión de sabores intentos... Todo aquello era un verdadero desbordamiento para los sentidos.

Temió parecer maleducado al contemplar la habitación con tanto descaro y se volvió hacia su compañera de mesa. Descubrió que lady Sophia había estado observándolo a él.

—¿Cuánto tiempo se quedará en la ciudad? —le preguntó ella después de acercarse la servilleta a sus labios rojos sin apenas tocarlos.

—No tengo planes a largo plazo, milady.

—Es usted muy misterioso, señor O'Malley. —Apoyó la barbilla en la palma de la mano y lo miró por debajo de sus espesas pestañas—. Pero me alegro de que vaya a establecerse en Londres por el momento. Espero que lleguemos a ser buenos amigos.

—Eso sería un honor —respondió. Se dio cuenta de que estaba actuando con más rigidez que ella, y decidió adquirir un tono más frívolo. No era que lady Sophia le interesara como mujer (ni siquiera como persona), pero sí podía interesarle entrar en su círculo—. Si vamos a ser amigos, me encantaría que me llamara Connor.

El rostro de ella resplandeció casi con tanto fulgor como la pulsera de brillantes que llevaba en la muñeca.

—¡Connor O'Malley! —exclamó con delectación—. ¡Suena tan... irlandés!

—¿Conoce usted Irlanda?

—No, pero me imagino cómo debe ser. Pueblos diminutos, colinas verdes y hombres fuertes y curtidos.

Connor rio entre dientes. Estaba asombrado por la combinación de elegancia exterior y vulgaridad de la mujer, y se preguntó si habría bebido más vino de la cuenta. Sir Francis había dispuesto uno diferente para cada plato, y él mismo empezaba a sentirse un poco achispado.

Edith, que se sentaba justo enfrente, no les quitaba ojo, pero la amplia superficie de la mesa le impedía intervenir en su conversación. El anciano de su derecha, que debía de haber escuchado el último comentario de lady Sophia, atacó otra vez:

—Mi amigo, el barón de Gormanston, siempre dice que Irlanda está bien para pasar una temporada invitado en algún castillo, pero que no se puede comparar con la cultura y el poder de Inglaterra.

—¡Oh, lord Conningham, no estoy en absoluto de acuerdo! —declaró lady Sophia con jovialidad. El caballero la ignoró y llamó al lacayo para hacer alguna otra petición. Connor casi pudo escuchar el suspiro interior del joven uniformado, que llevaba toda la noche atendiendo sus cansinos requerimientos.

—Es usted muy amable, lady Sophia —le agradeció Connor—. Pero ¿cómo puede asegurar que no está de acuerdo si nunca ha estado allí?

Ella emitió una risa musical, tan modulada y estudiada como si fuera una corta melodía.

—Jamás estaría de acuerdo con nada de lo que opine lord Conningham, fuese lo que fuese —susurró. Volvió a hablar con un tono de voz normal—: Sin embargo, como ya le he dicho antes, unas tierras cuyo fruto son caballeros de su talla tienen que ser por fuerza excepcionales.

Connor contuvo una carcajada y levantó su copa de vino.

—Brinde conmigo, milady. Aún no han traído los postres, pero ya puedo afirmar que esta cena está siendo de lo más deliciosa.

Ella cogió su copa y se humedeció los labios. Se asemejaba a una gata persa, afable y presumida, con su pequeña lengua rosada y su sedoso cabello dorado.

—Estoy convencida de que el postre será el broche final —sonrió. Connor

no estuvo seguro, pero le pareció que le guiñaba un ojo. Levantó la copa hacia él—. ¡Por las nuevas amistades!

La luz de la luna entraba a través de la ventana del dormitorio de lady Sophia, perfilando los contornos de los muebles y los del cuerpo dormido de la mujer —en ese momento, para Connor no existía gran diferencia entre ambos—. Lady Sophia había insistido en dejar las cortinas descorridas, ya que la luz de las lámparas le parecía «poco favorecedora», y la oscuridad total, «pudorosa en exceso». Y a saber cuántas tonterías más que él no tenía ningún interés en escuchar habría dicho si Connor no le hubiese cerrado la boca con un largo beso. Por suerte, después de aquello ya no había habido conversación de ningún tipo durante casi dos horas. La dama podía darse por satisfecha.

Connor contemplaba el alto techo de la habitación tumbado boca arriba sobre las sábanas revueltas. Lady Sophia dormía de lado, con la cabeza rozando el hombro de él y el cabello rubio esparcido sobre las almohadas. Roncaba. Connor nunca había oído roncar de esa manera a una mujer, y esperaba que nunca tuviera que volver a hacerlo. Había resultado ser una amante apasionada y desinhibida, pero ahora que la tenía dormida a su lado, todo lo que deseaba era alejarse de ella. Se sentía saturado, agotado, mucho más a nivel mental que de un modo físico... En Irlanda había tenido varios escauceos, nada demasiado serio, sobre todo con jóvenes que trabajaban en sus tierras, pero las damas ricas inglesas lo tenían perplejo. Parecían tan dignas, tan distinguidas y distantes... Y luego, en privado, se despojaban de ese velo de mojigatería y se convertían en algo completamente distinto.

Durante la cena había oído a lady Sophia y a otra mujer criticar a una tercera, ausente, a causa de sus muchos amantes. Habían utilizado calificativos que él, en el condado de Wicklow, no había escuchado decir ni a la más vulgar verdulera del mercado de los jueves. Luego, cuando se habían quedado a solas, ella le aseguró que era «una viuda respetable» a la vez que posaba su blanca mano llena de anillos sobre la entrepierna de él,

conservando todo el tiempo en el rostro una expresión de lo más inocente... A Connor le había excitado en ese momento, pero ahora le asqueaba.

Se preguntó si todas las inglesas que le quedaban por conocer serían así. ¿Y Deirdre? ¿Se convertiría también en *eso* cuando hiciera su presentación en sociedad si para entonces continuaban viviendo en Londres? Tuvo que contener una risa llena de amargura. Si su situación económica no mejoraba, esa cuestión no debía preocuparle en absoluto... Deirdre no se presentaría en sociedad. No se mezclaría nunca con la flor y nata del West End londinense. En realidad, era solo cuestión de tiempo que él mismo quedara en evidencia.

Pensar en su hermana lo llenó de inquietud, y se sintió culpable por haber pasado tanto tiempo fuera de casa. Incapaz de continuar allí tumbado ni un minuto más, se incorporó sobre los codos y miró a su alrededor. Su ropa estaba diseminada por toda la habitación, y el sombrero descansaba sobre la silla del tocador. No vio su capa, y trató de recordar si se la había quitado al entrar en la casa o una vez arriba. Al llegar, lady Sophia le había dicho al mayordomo que iban a tomar una copa rápida en el salón y que podía retirarse, al igual que su doncella personal, que solía esperarla por las noches para ayudarla a desvestirse. Connor había sido tan ingenuo como para creer que de verdad iban a tomar esa copa, pero en cuanto el mayordomo desapareció, lady Sophia lo tomó de la mano y prácticamente lo arrastró escaleras arriba...

Confiaba en poder salir de la casa sin ser visto ni oído. Se levantó de la cama muy despacio y se vistió de igual forma, recogiendo una a una sus prendas y mirando de vez en cuando a la mujer para comprobar que no se despertaba. No estaba seguro de si ella esperaba que se quedara a dormir, pero suponía que no. Aunque su periodo de luto había acabado hacía ya varios años, dudaba que ser visto por algún criado saliendo de su dormitorio por la mañana beneficiara su reputación lo más mínimo.

«Cuánta hipocresía», pensó mientras se abrochaba los botones de la camisa. Odiaba esa doble moral. Odiaba el derroche de comida, vinos y champán que había presenciado en la cena. Le repugnaba aquel despliegue de criados, los grititos frívolos de las mujeres al charlar entre ellas fingiendo que se escandalizaban con las historias que oían; la arrogancia de los caballeros, sus comentarios despectivos y su actitud condescendiente... Connor no quería

contemplar la posibilidad de que él mismo estuviera cayendo en esa falsedad que tanta aversión le suscitaba, fingiendo ser alguien que ya no era, comportándose como uno más entre aquellos a los que despreciaba. En aquel momento solo alcanzaba a sentirse cada vez más irritado y resentido... Deirdre merecía algo mejor: mejor que la pobreza, y mejor aún que aquella sociedad.

Encontró la capa en un rincón y se la puso. Cuando recogió el sombrero no pudo evitar fijarse en lo que había sobre el tocador: aparte de un frasco de perfume francés, de una caja de polvos y de un juego de cepillo y peine de plata, sobre el tablero reposaban las joyas que lady Sophia había lucido aquella noche y que se había quitado precipitadamente. Connor contempló los pendientes de diamantes en forma de flor y la pulsera de brillantes. También había una bandeja redonda en la que se mezclaban con indolencia un collar de perlas, algunos peniques, una pluma de faisán de las que se utilizaban para adornar sombreros, un racimo de uvas a medio comer, unos sellos de correos, algunas horquillas doradas y un par de anillos engarzados con piedras preciosas. Algo en aquella mezcla de objetos le molestó profundamente.

Miró hacia la cama. Lady Sophia, sin despertarse, había intuido que ahora tenía todo el lecho para ella sola y se había colocado boca arriba, extendiendo sus extremidades de forma voluptuosa, con las piernas desnudas asomando bajo las sábanas hasta los muslos. En aquella posición, sus ronquidos sonaban aún más insoportables.

Los ojos de Connor se convirtieron en esquirlas de hielo. Su mano derecha se posó sobre el tocador. Recordó cómo brillaba la pulsera en la muñeca de lady Sophia. Visualizó los escasos muebles de su propio apartamento y sus dos diminutos dormitorios; sintió como si estuviera allí el frío que se colaba por cada rendija... Deslizó la mano hasta rozar la pulsera, hasta sentir el helado tacto de los brillantes en las yemas de los dedos. Imaginó a Deirdre pasando su vida en el East End, entre esas cuatro paredes con manchas de humedad.

Volvió a mirar hacia la cama mientras una oscura idea se abría camino en su mente. ¿Cuántos cientos de libras costaría esa joya? ¿Y cuántas más tendría esa mujer en los cajones de su cuarto? Su corazón latía rápido y con

fuerza; casi temió que lo oyera lady Sophia. Pero seguía dormida. No se enteraba de nada... Ninguno de aquellos idiotas presuntuosos se enteraba nunca de nada.

Ni siquiera volvió a bajar sus ojos hacia el tocador. Fue tan fácil... Simplemente cerró los dedos sobre la pulsera que rozaban y un segundo después ya estaba dentro del bolsillo de la capa. Salió del cuarto cerrando la puerta con cuidado y prácticamente se olvidó de respirar hasta que sintió el frío aire de la madrugada como una bofetada y se dio cuenta de que ya estaba fuera de la casa.

A Connor le costaba concentrarse en lo que decía William. Greens era un local ruidoso y acogedor, que olía a tabaco y a café recién molido, muy apreciado por una clientela a base de artistas, escritores y periodistas como su amigo. Había aceptado su invitación de reunirse con él allí a media mañana, pero ahora se arrepentía. William no hacía más que hablar y hablar sobre temas intrascendentes, y Connor tenía la cabeza en otro sitio. Concretamente, en la casa de lady Sophia.

Todavía no podía creerse lo que había hecho. Había robado. Había salido de allí con una pulsera de brillantes en la madrugada del jueves, y ahora, un día y medio después, no hacía más que preguntarse si alguien sospecharía de él... No si lo que había hecho estaba bien o mal, sino solo si alguien se enteraría. ¿Qué le estaba pasando?

William terminó su diatriba sobre el próximo debate parlamentario y echó tres terrones de azúcar en su segunda taza de café. Como buen periodista, tomaba entre cuatro y cinco tazas al día, sin leche y con mucho azúcar.

—Aún no te he preguntado por nuestra pequeña Deirdre. ¿Cómo está?

Connor bajó la mirada hacia su taza para evitar tener que mirarlo a él a la cara.

—Muy bien. Se ha hecho amiga de una chica del barrio, y están todo el día juntas por ahí...

En realidad, Deirdre no había salido de casa en dos días. Ya no tenía fiebre, pero no acababa de recuperarse, y pasaba las horas recorriendo el apartamento como un alma en pena, pálida y apática, quejándose de dolor de garganta. Ni el jarabe ni la pomada de la señora Smith acababan de aliviarla. Pero no quería contar todo eso a William e iniciar con ello la previsible serie

de ruegos para que aceptara su dinero, para que le permitiera enviar a su médico personal y para que se trasladaran a su casa. Lo más probable era que se recuperara pronto, pero si no, tenía los brillantes. Connor aún no había decidido qué hacer con ellos —apenas se atrevía a *pensar* en ellos—, y de momento los tenía escondidos debajo de su colchón, en una caja vacía de picadura de tabaco.

—Me alegro de saber que ya ha hecho amigas. Aunque no sean exactamente de su clase... —William se limpió los labios con su pañuelo de cuadros y después se aclaró la garganta—. Muchacho, ahora que ya te conozco bien sé que eres orgulloso y que deseas ser independiente, pero mi conciencia y el afecto que sentía por tu padre me obligan a repetirte que puedes contar conmigo si necesitáis algo. Londres puede ser una ciudad dura para los forasteros, especialmente para los que no cuentan con un empleo, y...

—Estamos bien, de verdad —se apresuró a decir—. Aún me queda algo de dinero; encontraré un trabajo y, cuando ahorre lo suficiente, podremos mudarnos a una casa mejor. —Le sorprendió el convencimiento que reflejaba su tono. Si en realidad pudiera creerse sus propias palabras, quizá podría deshacerse de aquel nudo permanente en el estómago y de esa palpitación en las sienas.

—No puedo evitar sentirme un poco culpable.

—No tienes por qué —respondió de forma mecánica como siempre que lo mencionaba. Cambió de tema—: ¿Cómo van las cosas por el *Daily Sun*?

—¡Oh, bastante agitadas, como siempre! —William se irguió en su silla con los ojos brillantes. Le encantaba hablar del periódico—. Todavía estamos lidiando con el follón del domingo pasado en Trafalgar Square, y al parecer se prepara otra buena para este fin de semana.

—¿Otra manifestación?

—Ahora quieren protestar porque la policía no les permitió protestar ese día... Así que volverá a haber docenas de heridos y detenidos, y la próxima semana a empezar de nuevo. No sé cómo nadie se da cuenta de que ese problema no se va a solucionar nunca.

Connor se estremeció al imaginarse una vez más a Deirdre bajo aquella pila de personas que la aplastaban. Si los brillantes podían servir para evitar que su hermana volviera a ponerse jamás en una situación semejante, bienvenidos

fueran.

—Esperemos que sí se solucione —deseó sin mucha convicción.

—Por lo demás, las mismas noticias de siempre... Que si la reina planea una visita a Escocia, que si la temporada de caza va mejor o peor que otros años, los típicos artículos sensacionalistas... Ah, y también tengo a un redactor escribiendo sobre el robo de los diamantes nupciales de una dama en su propia casa de Belgravia.

Connor dejó la taza sobre el platillo con tanta brusquedad que el café se desbordó, manchando la loza blanca y la superficie de madera de la mesa. Sintió el corazón galopando en su pecho como un purasangre.

—Oh... ¿Y cuándo fue eso? —preguntó sin poder evitarlo. Esperaba que a William no le extrañara su interés, pero tenía que saber lo que había ocurrido. Por suerte, el periodista estaba demasiado absorto en la narración de las vicisitudes de su trabajo como para notarlo.

—El robo ocurrió la noche del lunes, pero esa señora Dilcey no lo denunció hasta ayer. Primero quiso interrogar ella misma a los criados, porque al parecer hace dos años su antigua doncella ya había... —William continuó hablando, pero Connor dejó de escuchar, embargado por una sensación de alivio extremo. No se trataba de lady Sophia. Cuando volvió a prestar atención, William estaba describiendo cómo creía la policía que había ocurrido el robo—: Según la investigación, el ladrón pudo entrar por una ventana de la cocina que habían dejado abierta para que se ventilara por la noche, y después subió hasta el *boudoir*, donde guardaba las joyas... La señora está horrorizada, claro, al imaginar que mientras ella dormía tenía a un hombre casi dentro de su dormitorio.

—Por supuesto —asintió Connor—. Es... espantoso.

William enlazó el final de la historia con el comienzo de otra sobre las minas de diamantes de Sudáfrica, y él trató de llamar la atención de la camarera para pedir algo más fuerte que el café. Con toda probabilidad, la policía convencería a lady Sophia de que el ladrón de su pulsera era el mismo que el de los diamantes de la señora Dilcey. Quizá, por fin, había tenido un golpe de suerte.

Por la tarde, Connor se internó por un laberinto de callejuelas hasta dar con el lugar que necesitaba. Lo encontró por fin al fondo de un callejón oscuro, sin otra señal que indicara su finalidad más que un pequeño cartel colgando de la puerta cerrada: «Compraventa de oro, plata y joyas. Máxima tasación».

Inspiró hondo y empujó la puerta para entrar, sin mucho éxito. ¿No habría nadie? Pero entonces escuchó unas voces tenues en el interior y llamó con los nudillos. Al cabo de unos segundos, le abrió un hombre alto y huesudo, de nariz aguileña que sobresalía en su demacrado rostro y ojos grises que lo miraron con interés detrás de unos anteojos pasados de moda. Iba totalmente vestido de negro, con una levita de terciopelo bastante gastado.

—¿Sí? —Su voz, como su apariencia, recordaba al graznido de un cuervo.

—Me gustaría vender algo —respondió en voz baja. Quería entrar cuanto antes, ahora que no pasaba nadie por allí que pudiera verlo en la entrada de ese lugar.

El hombre se hizo a un lado para que Connor pudiera entrar y volvió a cerrar la puerta con llave. Se encontraban en una especie de despacho sin ventanas, débilmente iluminado por dos lámparas de aceite y varias velas. Las paredes estaban cubiertas por vitrinas con objetos muy diversos: pitilleras, juegos de té de plata, joyas, candelabros e incluso un pequeño telescopio con el cuerpo de nácar. Al fondo había una enorme mesa detrás de la cual se sentaba otro hombre, mucho más bajo y anciano que el que había abierto la puerta, con lacio pelo blanco, bigote y gafas parecidas a las de su compañero. Cuando vio a Connor lo saludó con más amabilidad.

—¡Buenas tardes, señor! ¿Qué se le ofrece?

Connor avanzó hacia él. Ahora que estaba más cerca pudo distinguir sobre la mesa lo que parecía algún tipo de aparato óptico, como un microscopio. También había varias carpetas de cartón y diversos útiles de escritura y de medición.

—Vengo a vender una pulsera. —Trató de imprimir seguridad y despreocupación a su tono de voz, pero no estuvo seguro de conseguirlo—. De brillantes —añadió, sintiendo que un estremecimiento le recorría todo el cuerpo.

—Bueno, bueno, no nos adelantemos, primero habrá que ver esa pulsera y tasarla —dijo el anciano inclinándose hacia delante. El otro hombre se había

situado a su lado y se limitaba a observar en silencio—. ¡Veamos qué es lo que entiende usted por «brillantes»! No sería el primero que intenta colarme unos pedacitos de cristal engarzados, pero le advierto que aquí disponemos de unos instrumentos muy precisos para comprobarlo...

Connor sacó la pulsera, envuelta en un pedazo de tela, y la puso sobre la mesa frente al anciano. Este apartó la tela y contempló la joya con fijeza.

—Caramba —musitó al fin. Levantó los ojos hacia Connor un momento y luego volvió a bajarlos hacia la pulsera—. ¿Qué opinas, Jeremy?

El hombre más joven se asomó sobre el hombro del anciano para ver mejor.

—Parece auténtica, tío Raymond, pero será mejor cerciorarse.

—Por supuesto. —Sonrió a Connor y comentó con tono ligero—: Mi sobrino me ayuda con vistas a encargarse del negocio cuando yo me retire. —Cogió la pulsera con sumo cuidado y la colocó bajo el instrumento óptico. Luego se inclinó sobre él y miró durante un buen rato, moviendo la pulsera despacio para observarla en toda su longitud—. Interesante, muy interesante. Sí, creo que es auténtica.

Connor esperaba frente a la mesa, con las manos en los bolsillos para esconder el temblor. Estaba deseando deshacerse de aquel objeto y volver a casa para guardar los billetes en un lugar seguro. Y entonces podrían irse de allí a algún lugar mejor y podría respirar tranquilo por fin.

—¿Por qué desea deshacerse de una joya así, señor? —le preguntó Jeremy. Tenía una forma de conducirse mucho más desabrida y seca que su tío, y también lo miraba con mayor suspicacia—. ¡No será robada! Nosotros no comerciamos con objetos robados, ya se lo advierto.

—Jeremy, muchacho, qué cosas dices. ¿Cómo iba este caballero tan distinguido a robar nada? —Raymond miró con fijeza a Connor y esbozó una sonrisa sibilina—. Estoy seguro de que se la dejó como herencia su difunta madre; o quizá sea fruto de un desengaño amoroso... ¿Pilló a su prometida con otro justo antes de regalarle la pulsera?

—Algo así. Digamos que me trae malos recuerdos —respondió Connor sin comprometerse demasiado. Siempre había creído que, cuanto menos complicada fuera una mentira, más fácil era de sostener.

Los dos hombres siguieron examinando la pulsera que sostenía el anciano a la luz de la lámpara, y después intercambiaron una larga mirada.

—Bien; entonces, ¿están interesados en comprarla? —Los nervios de Connor iban aumentando según pasaban los segundos sin que la pareja se decidiera.

Raymond volvió a clavar los ojos en él. Connor veía ahora que, tras su fachada afable, su mirada era tan fría y calculadora como la de su sobrino.

—Claro que sí, mi querido señor.

—¿Cuánto dinero me darán por ella?

El anciano volvió a apoyarse en el respaldo de la silla y cruzó las piernas bajo la mesa, adoptando una postura estudiadamente relajada.

—Eso no puedo saberlo en este mismo momento, y desde luego no recibiría el dinero ahora.

—¿Cómo? —Connor tuvo que controlarse para no gritar.

—Verá, esta pulsera es, sin duda, magnífica; debe de valer varios miles de libras esterlinas, pero aquí en Londres nadie la compraría. Así que mal negocio estaríamos haciendo nosotros, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? ¿Por qué nadie la compraría en Londres?

—Porque una joya de tanto valor siempre será sospechosa de haber sido robada.

—¡Pero no lo ha sido! Ya le he dicho que...

—Por supuesto, por supuesto. Perteneció a su prometida, a su madre, o *algo así*. —Empezó a repiquetear con los dedos sobre el tablero de la mesa—. Pero, en cualquier caso, sería casi imposible de vender. De modo que tendría que enviarla a mi colega, Nathan, que vive en Ceilán y se dedica a esto mismo allí... En las colonias se venden con facilidad este tipo de objetos.

—¿Eso significaría...? —Connor se aclaró la garganta—. ¿Eso significaría que no recibiría el dinero de inmediato?

—¿Qué prisa tiene? —se rio el comerciante—. ¿No puede esperar tres, cuatro meses a lo sumo?

—¿Tres o cuatro meses? —repitió atónito. Su estómago se encogió; casi sintió deseos de llorar. Aquello no iba a salir bien.

—Le aseguro que la pulsera estará en todo momento bien vigilada durante el viaje.

—¿Pretende que deje aquí la pulsera para que la manden al fin del mundo y que espere cuatro meses para recibir el supuesto pago?

—¿Cómo que «el supuesto pago»? —se indignó Jeremy—. ¿Insinúa que estamos intentando timarlo? ¡Este es un negocio muy serio! ¡Somos unos profesionales!

—Tranquilo, tranquilo, chico —intervino su tío—. Seguro que el caballero no estaba sugiriendo tal cosa.

—Claro que lo estaba sugiriendo —lo cortó Connor con frialdad. Se abalanzó sobre la mesa y agarró los brillantes—. Lo que me propone es inaceptable.

—Como usted quiera —suspiró el anciano—. Buena suerte si quiere intentarlo en otro sitio, aunque ya le aviso que le ocurrirá igual. Lo mejor sería que nos hiciera caso... Y, si no, le aconsejo que guarde esa preciosidad en un lugar seguro. No querrá que se la roben, ¿no? —Le guiñó un ojo de forma desagradable y luego le hizo un gesto a su sobrino. Este rodeó la mesa, abrió la puerta con la llave y miró a Connor como invitándolo a salir.

Sin decir palabra, Connor envolvió de nuevo la pulsera en la tela y hundió el puño con ella dentro hasta el fondo del bolsillo. Salió del local sintiendo que una nube negra y opresiva lo cubría.

Que una tía lejana hubiera fallecido ya era triste, pero que ese hecho obligase a Lillian a asistir el sábado al baile que celebraban el conde de Harthow y su esposa era aún más penoso. Sus padres y Elizabeth se habían trasladado a Sussex esa misma mañana para asistir al funeral, y Caroline había insistido en que ella se quedara para que al menos un miembro de la familia Simmons pudiera aceptar la invitación. «Si ninguno vamos a la fiesta, dejarán de invitarnos», fue su razonamiento. Para Caroline, tal posibilidad suponía una de las peores cosas que podrían sucederles.

A Lillian nunca le habían gustado esos bailes. Al contrario que su hermana y que todas las chicas que conocía, ella no había esperado con impaciencia y emoción su debut en sociedad, y las reuniones a las que había asistido en su primera temporada le habían parecido aburridas y molestas. Engalanada con los vestidos que su madre había elegido, dando vueltas entre los brazos de hombres que no le interesaban nada y escuchando los chismorreos de las muchachas de su edad, se preguntaba qué podía ser aquello que a las demás les parecía tan excitante. A esas noches en sociedad seguían largas horas en la soledad de su dormitorio, tratando de averiguar cuál era su problema. Porque debía de haber alguno. Algo tenía que marchar mal en ella para que le disgustara tanto algo con lo que la mayoría disfrutaba, y esa enigmática cuestión la acompañó durante meses.

Durante su segunda temporada, empezó a rechazar invitaciones ante la consternación y el disgusto de su madre, y en consecuencia estas empezaron a escasear hasta casi desaparecer por completo. Pero, lejos de sentirse marginada o rechazada, comenzó a experimentar por primera vez en su vida lo liberador que era poder tomar decisiones propias. A partir de entonces,

solo acudía de vez en cuando a estas celebraciones, generalmente cuando se veía obligada a acompañar a sus padres o, como en esa ocasión, a representarlos.

«Debería haber venido Elizabeth en mi lugar», se dijo por enésima vez mientras atravesaba el enorme salón de baile con una sonrisa congelada en el rostro. Había tenido que bailar la interminable polonesa de apertura con el hijo casi adolescente de Harthow, lo cual debería haber sido un honor para ella, pero solo le había dejado los pies doloridos a base de pisotones. Y después de eso, antes de que pudiera escapar hacia la periferia del salón, un anciano coronel le había rogado que le concediera el primer vals.

Ahora que ya había bailado dos veces, consideró que podía sentarse un momento y comer algo. Lo correcto hubiera sido que su última pareja la acompañara hasta la mesa del *buffet*, al fondo de la sala, pero, a riesgo de contravenir el protocolo, había fingido divisar a una amiga y le había dicho al coronel que deseaba ir a saludarla.

Cogió una copa de champán y bebió la mitad del contenido de una vez, en un intento desesperado tanto de aplacar su sed como de animarse un poco. Hacía calor en el salón de baile, a pesar de los altísimos techos abovedados y de que, de vez en cuando, los invitados abrían las puertas de cristal que daban a la terraza para salir a respirar aire fresco. Lillian había olvidado llevar un abanico y, por primera vez en toda la noche, se alegró de que su vestido de seda tuviera un escote tan pronunciado.

Justo cuando terminaba de masticar una tartaleta de frutas, vio a lord Wolverton a su lado. Estaba tratando de servirse un poco de salmón ahumado de una bandeja un poco lejos de su alcance, y al descubrir a Lillian junto a él adquirió la misma expresión de sorpresa que debía de tener ella.

—¡Señorita Simmons!

Lillian enrojeció. No había contado con encontrarse con él en el baile, aunque ahora que lo pensaba era algo bastante lógico: debía de conocer bien a los condes de Harthow. Se trataba de una situación embarazosa para los dos, dado que ella trabajaba para el matrimonio, pero, por fortuna, lord Wolverton era demasiado elegante como para demostrar incomodidad o desagrado.

—Lord Wolverton —murmuró tratando de sonreír—. Buenas noches.

—¿Cómo se encuentra? Espero que lo esté pasando bien.

Los esfuerzos de su jefe para ocultar su sorpresa conmovieron a Lillian. Se preguntó cuántas personas en el baile conocerían su relación laboral. Teniendo en cuenta que ella no había dicho nada, y que su madre preferiría morir antes que comentarlo, supuso que pocas o ninguna. Los Wolverton recibían escasas visitas en su residencia, puesto que él pasaba buena parte del día fuera y lady Wolverton en realidad prefería salir a que fueran a verla, de modo que no había mucha gente que hubiera encontrado a Lillian en su casa. Sintió cierto alivio una vez hecha esa deducción, pero luego se regañó a sí misma. «¿Es que vas a volverte como mamá? ¡No tienes nada de qué avergonzarte!».

—Sí, gracias, bastante bien —respondió. Miró a su alrededor—. ¿No ha venido su esposa?

—Oh, sí. Sarah está al otro lado del salón, entregada a una apasionante conversación con otras cinco damas acerca del escandaloso divorcio de Flora Bennet... —Lord Wolverton puso los ojos en blanco y se llevó a los labios una copa de champán. Lillian aprovechó para tomar ella misma otro sorbo, percibiendo que la tensión inicial disminuía. Lord Wolverton solía ser un hombre serio, pero ahora parecía lo bastante relajado para hacer ese comentario ligeramente sarcástico.

Contemplaron a los bailarines, que empezaban a reunirse en grupos de cuatro parejas para la siguiente pieza.

—Siempre me ha gustado la cuadrilla —comentó Lillian, pensativa. Prefería con mucho ese baile, en que el contacto con la pareja se interrumpía con frecuencia, al vals, durante el cual una tenía que sufrir el mal aliento y los pisotones del caballero de turno hasta que cesaba la música.

—¿Le gustaría bailar, señorita Simmons? —preguntó lord Wolverton con su tono más atento. Ella le sonrió; sospechaba que solo se lo preguntaba por cortesía, no porque realmente deseara bailar con ella, pero agradecía el gesto.

—Es muy amable, milord, pero aún estoy fatigada por el vals.

Él asintió, y durante unos instantes se limitaron a escuchar la música. Al cabo de un rato, Lillian carraspeó.

—Milord, comprendo que debe de parecerle muy extraño encontrar a la institutriz de sus hijas en un baile. Lo entenderé si prefiere ir a reunirse con su

esposa, o con cualquier otra persona. —Era de mala educación abandonar a una dama con la que se estuviera hablando en una fiesta, a menos que ella insinuara su permiso. Pero lord Wolverton solo pareció considerarlo durante un par de segundos y luego negó con la cabeza. Su cara seguía siendo seria pero afable a la vez.

—No, señorita Simmons. Es decir, debo reconocer que sí es algo insólito, pero no me avergüenzo de conversar con usted en público, si es eso a lo que se refiere.

—Estoy de acuerdo en que se trata de una situación un poco rara —afirmó ella dejando la copa vacía sobre la mesa—. Pero mis padres estaban invitados y no podían acudir, así que me pidieron que...

—Señorita Simmons —la interrumpió—, no tiene por qué excusarse. Aunque no lo conozco en persona, sé de la excelente reputación de su padre. Es un hombre muy respetado en los mejores círculos de la ciudad, y posee una considerable fortuna. Me parece natural que su hija acepte la invitación al baile anual de los Harthow.

—¿Aunque a la vez trabaje como institutriz? —sugirió ella con una media sonrisa.

—Aunque así sea —confirmó lord Wolverton—. Además, en los últimos tiempos no he prestado demasiada atención a mis hijas. Quizá sea usted tan bondadosa como para ponerme al día ahora... ¿Le apetece otra copa de champán?

Rebecca Keating era, con mucha probabilidad, la debutante más bella del año y, siendo más específicos, del baile de esa noche en casa de los Harthow. Aunque era huérfana, su hermano mayor, con el que vivía, se había preocupado de presentarla exitosamente en sociedad, y Connor había tenido que esperar su turno para poder bailar con ella. Le gustaba porque era poco habladora; se limitaba a girar entre sus brazos al ritmo del vals y a mirarlo con ojos de paloma. En las pocas ocasiones en que habían hablado, entre baile y baile, se había dado cuenta de que la hermosa joven no destacaba por

su inteligencia, pero no le importaba. Prefería sus largos silencios y sus respuestas cortas y vacuas antes que la conversación incesante y frívola de lady Sophia, quien no había asistido al evento.

Aun así, ni la una ni la otra se acercaban remotamente a la idea que tenía Connor sobre cómo debía ser su mujer ideal. Ninguna de las damas que llenaban el salón le suscitaba el más mínimo interés, por muy bellas y bien vestidas que lucieran. ¡Y los hombres con los que estaban...! Connor ya había aprendido a sonreír de la misma forma que ellos, con esa mezcla de arrogancia y condescendencia, y a conversar acerca de los temas que parecían interesarles. Pero eso no significaba que también hubiera aprendido a apreciarlos. De hecho, cuanto más trataba con ellos, más los despreciaba en secreto.

Connor recordó de pronto que estaba acompañado y temió que sus ojos hubieran permitido traslucir hastío o desdén. Suspiró en su interior y se volvió hacia su acompañante.

—¿Sabe, señorita Keating? No esperaba mucho del baile de esta noche, pero está resultando muy agradable gracias a usted —le dijo por encima de la música. Para que ella lo oyera había tenido que acercarse mucho, y notó cómo la joven se ruborizaba.

Rebecca solo emitió un azorado «¡Oh!», y le sonrió encantada. Cuando el vals terminó, Connor la condujo a un asiento libre cerca de la mesa de bebidas y le tendió una copa de champán. Ella la rechazó con un gesto.

—No bebo alcohol, señor O'Malley. Pero sí aceptaría un vaso de limonada.

—Por supuesto.

Permaneció en silencio mientras ella bebía la limonada, con una sonrisa fija en el rostro y preguntándose cómo podría seducir a aquella chica sin que probara ni una gota de alcohol. Se había fijado en seguida en la peineta de plata y turquesas que sujetaba su cabello pelirrojo, y no podía dejar de establecer una tentadora asociación entre el valor del adorno y las necesidades de su hermana... Robar los brillantes de lady Sophia había resultado sorprendentemente fácil, y aún más lo había sido convencerse a sí mismo de que unas personas que poseían tanto no podían echar de menos una insignificante alhaja. Miles de libras en sus cuentas bancarias y en sus joyeros... ¿Por qué no podía él quedarse con una mínima parte de ello, si de

verdad lo necesitaba? ¡Los nobles de Inglaterra les habían arrebatado tanto a los irlandeses...! Habían permitido que los más vulnerables perdieran sus casas, incluso que murieran de hambre. Los O'Malley habían tenido mejor suerte gracias a sus posesiones y su fortuna, pero habían perdido el título nobiliario por su culpa, y ahora lo despreciaban a él negándole el empleo que necesitaba. Solo estaba en esa fiesta porque nadie sabía la verdad sobre su situación, no porque en realidad lo apreciaran. No eran más que un atajo de hipócritas.

De modo que no, no le parecía algo tan terrible hacerse con esa peineta. Después del fracaso en la venta de la pulsera, parecía una buena alternativa: su valor sería lo suficientemente moderado como para poder venderla con facilidad, y aun así le reportaría unas cien libras por lo menos. Lo suficiente para tener un buen colchón económico. Tenía que conseguir quedarse a solas con Rebecca; la peineta era magnífica, pero no saltaría sola desde su cabeza a sus propias manos.

Cuando terminó la bebida, la joven levantó hacia él sus ojos azules y, por primera vez en toda la noche, inició ella la conversación:

—Habla usted con un acento extraño...

Connor detuvo en seco sus divagaciones y rio.

—Será que soy un hombre extraño.

Ella no entendió su respuesta como una broma y se apresuró a disculparse.

—¡No era mi intención insinuar tal cosa! Desde luego no pienso que sea un hombre extraño. Yo solo...

—Pues lo soy, señorita Keating —la interrumpió con una sonrisa. Pero comprobó que sus mejillas seguían enrojecidas y que lo miraba confusa, y suspiró antes de añadir—: No se inquiete, solo estaba bromeando. Verá, soy irlandés, y me temo que no llevo en Londres el tiempo suficiente para que mi acento se haya diluido.

—Me gusta su acento.

—Es un placer oír eso de una dama tan hermosa. Es usted un encanto.

Ella esbozó una amplia sonrisa y empezó a darse aire nerviosamente con el abanico. No volvió a hablar, y Connor se dedicó a mirar a los bailarines que pasaban cerca. No acababa de estar seguro de tener alguna posibilidad con Rebecca. Era evidente que se sentía atraída por él, pero parecía muy ingenua

y asustadiza; quizá era demasiado joven. Con lady Sophia había resultado mucho más sencillo...

Se preguntó si sería mejor abandonar el baile y dar la noche por terminada, pero entonces alguien le llamó la atención. Era una joven que estaba al otro lado de la mesa del *buffet*, de pie, hablando con un caballero de mediana edad. Le parecía conocida, aunque no sabía de qué. Se movió con discreción un poco para verla mejor. Llevaba un elegante vestido color ciruela, sin mangas y muy escotado, con la falda de seda drapeada y un cinturón de terciopelo negro, y se adornaba el cabello castaño, que le caía en bucles sobre un hombro, con unas rosas naturales que armonizaban en color con sus mejillas. Era esbelta y bastante alta, y permanecía muy erguida, con una actitud serena y distinguida, mientras conversaba con el hombre. Sus rasgos no eran tan perfectos como los de Rebecca, pero había algo en ella que la hacía mucho más atractiva que su compañera de baile; algo que guardaba relación con su expresión inteligente y con una elegancia interior que nada tenía que ver con las joyas o los vestidos caros. Connor estaba seguro de que la había visto antes, aunque no en ninguna de las fiestas o cenas a las que había asistido. «¿Dónde, entonces?».

La orquesta dejó de tocar. Olvidando sus modales, dio la espalda a Rebecca y se acercó un poco más para poder oír su voz.

—...Lucy, en cambio, ha mejorado muchísimo su francés —estaba diciendo la joven. Por fin, Connor lo recordó. Era la institutriz con la que había hablado en Hyde Park, la que estaba con aquellas dos niñas rubias tan graciosas.

Retrocedió hasta situarse de nuevo junto a Rebecca. Costaba reconocer en aquella chica de vestido escotado y peinado seductor a la austera institutriz del banco del parque, pero estaba seguro de que era ella. Aun estando en una fiesta, conservaba la misma actitud algo reservada y tensa, como si en todo momento estuviese pendiente de no dejarse llevar... Sin embargo, al menos ahora la veía sonreír, lo cual iluminaba su rostro dándole un aire más juvenil y dulce. Se sorprendió deseando que le hubiera sonreído así aquella mañana en Hyde Park, y se preguntó si él podría conseguir que se relajara un poco... o incluso que perdiera el control. A veces, mientras escuchaba al caballero con el que conversaba, ladeaba la cabeza ligeramente, exponiendo la blanca piel

de su cuello de una manera irresistible. ¿Cómo podía aquel hombre seguir el hilo de la conversación con tanta atención? ¿Y quién sería? ¿Su prometido, quizá? ¿Su amante? Parecía bastante mayor que ella, aunque tenía que admitir que era un hombre muy apuesto... «Si es su amante, ¿cómo puede permanecer ahí tan tranquilo, con ella a esa distancia, sin ni siquiera intentar tocarla? Yo sería totalmente incapaz...». Por otra parte, ella no le parecía el tipo de chica a la que le gustara coquetear en las fiestas con hombres maduros o casados. Y, en cualquier caso, ¿qué hacía una institutriz en un baile como ese?

La tímida voz de Rebecca lo sacó de sus cavilaciones:

—¿Le apetece volver a bailar, señor O'Malley?

La música sonaba de nuevo y él no se había dado cuenta. Se volvió hacia Rebecca con una sonrisa.

—Nada me gustaría más, señorita Keating.

Rebecca se levantó de la silla con el rostro encendido y los ojos fijos en él. Connor le hizo una pequeña reverencia y le ofreció su brazo.

Lillian salió del salón de baile por un pasillo lateral que daba a un agradable invernadero. Había palmeras en maceteros de hojalata, hileras de repisas con delicadas orquídeas, exuberantes helechos y elegantes rosales de interior, de colores amarillo y blanco; pero más que un lugar dedicado al cultivo de plantas parecía una sala que se utilizase para reposar en una de las hamacas de mimbre o incluso para tomar el té en la intimidad. El suelo estaba cubierto por pequeñas alfombras orientales, dando al invernadero un toque extraño y exótico, y allí dentro apenas se oía la música del salón. A Lillian no le gustaba colarse en las habitaciones de una casa ajena, pero necesitaba unos momentos de soledad. En realidad, estaba deseando irse a casa, aunque se había propuesto aguantar un poco más: apenas llevaba una hora en el baile y no quería mostrarse descortés.

La conversación con lord Wolverton había resultado más agradable de lo que pudiera imaginar. Se mostraba, de hecho, más abierto y relajado fuera de

su casa que dentro de ella, y se había interesado vivamente por los progresos académicos de las niñas y por el bienestar de Lillian entre ellos. Solo había habido un momento un poco incómodo, cuando admitió que resultaba algo extraño encontrarse a la institutriz de sus hijas en un baile, pero estaba convencida de que no lo había dicho con mala intención.

Paseó entre dos filas de helechos y se sentó en un sillón de mimbre, junto a una mesita de cristal con una preciosa poinsetia color rojo oscuro en una maceta de cerámica. Pensándolo bien, no veía la necesidad de quedarse más tiempo. Apenas había bailado un par de piezas ni hablado con nadie aparte de lord Wolverton, por lo que era probable que su marcha pasase desapercibida. Le dolía la cabeza y no veía la hora de quitarse ese ostentoso vestido y los incómodos zapatos y meterse en la cama, en silencio. Las grandes concentraciones de personas y la música alta siempre la irritaban.

Se levantó decidida a salir discretamente de la casa y entonces la puerta del invernadero se abrió. Se quedó quieta, sin saber qué hacer, rezando porque no fuera un miembro de la familia quien la descubriera allí. No se veía con ánimo de dar explicaciones acerca de qué hacía ella ahí sola, en lugar de estar bailando como las jóvenes normales de su edad. La persona que había entrado quedaba a contraluz, por lo que no podía ver su rostro, pero sí observó que se trataba de un hombre de gran estatura, que la miraba desde el umbral. El hombre cerró la puerta del invernadero tras él y se acercó, de modo que pudo verlo mejor. Lo reconoció al momento y tuvo que ahogar una exclamación de sorpresa. Era Oberón, el Rey de las Hadas, como lo había llamado Lucy... No recordaba su verdadero nombre, pero nunca hubiera podido olvidar los ojos celestes y el rostro del caballero que habían conocido en el parque unos días antes.

—Es usted, ¿verdad? —dijo él acercándose aún más, mirándola con una mezcla de curiosidad y sorpresa—. Es la institutriz de Hyde Park.

—Así es.

A Lillian le sorprendió lo aguda que había sonado su voz y el hecho de haber retrocedido un paso inconscientemente. Se recompuso en seguida.

—Perdón, señor, pero no recuerdo su nombre.

—Connor O'Malley. ¿Y el suyo era...? No suelo olvidar los nombres de las damas, pero me temo que sus jóvenes alumnas acapararon demasiado nuestra

atención ese día...

—Señorita Simmons.

—¿Hay algún nombre que vaya antes del Simmons?

Ella esbozó una sonrisa tensa al descubrir que se había acostumbrado demasiado a su puesto de institutriz y a ser llamada solo por su apellido.

—Me llamo Lillian.

Connor no repitió las fórmulas de cortesía acostumbradas tras una presentación, sino que pasó junto a ella sin decir palabra, tan cerca que su pierna rozó el bajo de su vestido, y se sentó con indolencia en uno de los sillones. Lillian tuvo que girar sobre sí misma para quedar de nuevo frente a frente. No estaba segura de qué hacer en aquella situación.

—Siéntese un rato conmigo —dijo él haciendo un gesto hacia el otro sillón—, y cuénteme cómo están esas niñas tan encantadoras...

—Están muy bien —respondió ella sin ninguna intención de sentarse ni de embarcarse en semejante tema de conversación con él—. No quiero parecer descortés, pero la verdad es que ya me iba...

—¿Tan pronto? —se extrañó él.

Lillian iba a replicar que no le gustaban mucho los bailes, pero en vez de eso se vio de repente sentada junto a él. Aunque apenas conocía a ese hombre, podía percibir que no era el típico aristócrata de la ciudad. Iba vestido con gran elegancia y sus modales eran refinados y desenvueltos y, además, era ciertamente muy guapo, pero, a pesar de todo ello, de alguna manera parecía fuera de lugar allí. Se sintió algo incómoda cuando vio que la contemplaba de hito en hito, casi con descaro.

—Está usted muy distinta con ese vestido. Me costó reconocerla cuando la vi en el salón.

Lillian se sorprendió.

—¿Me había visto ya?

—Sí. Junto a la mesa de las bebidas, hablando con un caballero... —Connor apartó la mirada de repente y cruzó las largas piernas—. ¿Dónde ha dejado a su amigo?

—No es mi amigo.

—¿Su amante, entonces?

—¡Por supuesto que no! —se ofendió ella. Pero él la miraba con una

expresión tan amable y apaciguadora que añadió más tranquila—: Es mi jefe. El padre de mis alumnas, lord Wolverton.

Connor asintió como si esa información le hubiera confirmado algo que ya sospechaba. Se pasó sus largos dedos por el pelo y Lillian no pudo evitar seguir el movimiento. Se fijó en que tenía algunas pecas bajo aquellos ojos asombrosos, justo al principio de los afilados pómulos.

—¿Cómo es que está usted aquí? —preguntó él, inclinándose hacia delante y mirándola con curiosidad.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, no es habitual encontrar institutrices entre las invitadas a un baile como este...

—No vengo en calidad de institutriz.

—¿Entonces?

A Lillian no le gustaba tener que dar explicaciones sobre ese tema, pero percibía que no le iba a quedar más remedio; Connor parecía un hombre al que no se le escapaba nada, y bajo el intenso escrutinio de sus ojos azules se vio impelida a decir la verdad:

—Lo que ocurre, señor O'Malley, es que yo no debería ser institutriz... —comenzó a explicar. Él la interrumpió con suavidad:

—Pues yo creo que lo hace usted muy bien. En el parque reprendió a su alumna con mucha elegancia cuando dijo que yo le parecía guapo...

—No recuerdo que dijera eso exactamente...

—Yo sí lo recuerdo. La niña le preguntó a usted si yo no era el caballero más apuesto que había visto jamás.

—No debió decir eso, pero no tiene mayor importancia.

—¿Qué le hubiera contestado si yo no hubiera estado tan cerca como para escucharlas?

Lillian emitió una corta carcajada, más motivada por la perplejidad que por el regocijo. ¿Estaba bromeando, o pretendía que le contestara en serio? Connor esperaba su respuesta mirándola con aire divertido. Respiró profundamente y se dedicó a recolocar los pliegues de la falda mientras pensaba qué decir. No encontró ninguna respuesta válida, así que decidió ignorar la pregunta.

—Como le iba diciendo, yo no debería ser institutriz. No debería tener

ningún empleo, de hecho. Mis padres no poseen título nobiliario, pero disfrutamos de una posición acomodada... Fui presentada en sociedad hace cinco años, y se esperaba de mí que encontrara un buen partido y me casara, igual que ha hecho mi hermana mayor, pero... bueno, decidí hacerme institutriz. —Se encogió de hombros como si el asunto no revistiera mayor gravedad y miró a Connor, que la escuchaba con atención y una expresión inescrutable. «¿Qué estará pensando de mí ahora mismo?» Decidió dejar las explicaciones y zanjar la cuestión—: En resumen, lo insólito no es que yo esté aquí esta noche, sino que diera clase a Lucy y May esta mañana.

—Vaya... —murmuró él. Daba la impresión de que estaba más admirado que sorprendido, y Lillian se relajó un poco. No parecía que pensara mal de ella—. ¿Y por qué tomó esa curiosa decisión?

—Cuando veía el futuro que me esperaba, no me sentía feliz.

Connor sonrió. Lillian pensó que a veces tenía una forma enigmática de sonreír, desviando un poco la mirada antes de hacerlo y con una comisura un poco más elevada que la otra, como si supiera cosas que ella ignorara por completo. Él pasó un dedo con suavidad sobre la hoja escarlata de la poinsetia, casi acariciándola.

—¿Y cómo es que puede ver su futuro, señorita Simmons? La mayoría de nosotros no tenemos ese don.

—Ya sabe lo que quiero decir...

—La vida está hecha de sorpresas y giros inesperados.

—No en mi caso.

—¡Claro, olvidaba que puede ver su futuro! —se burló—. No se enfade, señorita Simmons, no tengo ninguna intención de discutir sus decisiones vitales... Pero volviendo al baile de esta noche, ¿no le resultó extraño a lord Wolverton coincidir con la institutriz de sus hijas?

—Supongo que sí.

—¿Y a usted?

—A mí, ¿qué? —A Lillian empezaba a resultarle difícil seguir la conversación. No se parecía en nada al tipo de charlas que tenía cuando se veía obligada a hablar con algún caballero... Ella siempre se había considerado en secreto más inteligente y avispada que ellos, pero con aquel hombre era distinto. Incluso se sentía en ligera desventaja. No supo si eso le

hacía sentirse humillada o, por el contrario, curiosamente satisfecha. Lo miró un poco confusa. Ni siquiera recordaba bien de qué estaban hablando.

Él replanteó su pregunta:

—Si le resulta extraño a usted estar en un baile con su patrón.

—Me resulta extraño estar en cualquier baile.

Connor lanzó una carcajada y Lillian se revolvió incómoda en el sillón. «No debería haber dicho eso».

—Le confieso, señorita Simmons, que a mí también.

—Entonces, ¿por qué ha venido? —quiso saber ella.

Él guardó silencio unos segundos, y sus ojos perdieron el destello alegre que habían adquirido al reírse.

—Es necesario para conseguir ciertas cosas —respondió finalmente.

—¿A qué se refiere, señor O'Malley?

Aquel hombre suscitaba su curiosidad. Su rostro le recordaba a un prado bajo un cielo lleno de nubes que se movieran muy rápido: pasaba de estar animado y lleno de luz a parecer sombrío y casi melancólico en cuestión de segundos. Connor se encogió de hombros y dijo con un tono más ligero:

—Provengo de Irlanda, señorita Simmons, y me trasladé aquí hace poco tiempo. Asistir a fiestas y cenas cuando me invitan me parece el modo más sencillo de hacer nuevas amistades.

—Yo nunca he hecho grandes amistades en estos bailes —repuso Lillian sin darle importancia.

—No tiene que jurármelo —aseguró, divertido—. No se lo digo como una ofensa, se lo aseguro. Es que parece usted muy distinta a las damas que suelen frecuentarlos.

Ella ladeó ligeramente la cabeza, mirándolo de forma inquisitiva.

—¿Y eso es bueno?

—Puede jugarse el cuello a que sí.

Connor la miró con una ligera sonrisa y ella sostuvo su mirada, olvidando por un momento dónde estaban. La puerta volvió a abrirse entonces y la música del salón se coló en el invernadero.

—¿Señor O'Malley? —inquirió una suave voz femenina. Una hermosa pelirroja vestida de azul pálido estaba ante ellos, con una mano apoyada en el quicio de la puerta.

—¡Señorita Keating! —exclamó Connor poniéndose en pie y acercándose a ella—. ¿Ya ha conseguido librarse del barón Renford?

—¡Oh, sí! Afortunadamente, es demasiado viejo para poder bailar más de dos valsos seguidos.

Lillian se fijó en la perfección del rostro de la muchacha, que no debía de tener más de dieciocho años, y en la manera en que miraba a Connor. Era evidente que se sentía atraída por él. Tanto, que incluso había ido ella misma a buscarlo, cuando proceder de ese modo no se consideraba propio de una dama. Se preguntó si a Connor también le gustaría ella.

—Bien. Entonces quizá sea hora de otro baile juntos.

La joven enrojeció y bajó la mirada con timidez.

—En realidad, me preguntaba si querría usted acompañarme a mi casa, señor O'Malley. Estoy algo cansada, y mi hermano pasará casi toda la noche fuera...

Connor contempló a la pelirroja de una manera que a Lillian le pareció casi fría. Resultaba evidente lo que la joven estaba sugiriendo, pero en los ojos de él no había deseo ni excitación, sino un brillo calculador, como si estuviera sopesando las ventajas e inconvenientes de comprar un caballo en una feria de ganado rural.

—La acompañaré encantado, señorita Keating —respondió finalmente con un tono neutro. Se volvió hacia Lillian—. Ha sido un placer volver a verla de este modo tan inesperado, señorita Simmons.

—También lo ha sido para mí, señor O'Malley —y añadió con toda intención—: Que pase una buena noche.

Connor sonrió. Parecía divertido por el comentario. Lillian le tendió la mano para despedirse y él la estrechó ligeramente. No se la llevó a los labios para besarla, como había esperado ella que hiciese y era costumbre entre los caballeros al despedirse de una dama, pero en cambio la retuvo en la suya durante un momento que a Lillian le pareció eterno. Sintió la boca seca de forma repentina y los latidos de su corazón resonando en los oídos. Finalmente, Connor soltó su mano y le hizo un gesto a la joven pelirroja para que saliera delante de él, antes de cerrar la puerta con suavidad y dejar a Lillian de nuevo sola en mitad del invernadero.

A Connor le resultaba agradable el aire frío de la madrugada. Eran casi las tres de la mañana, y las calles estaban desiertas; sus pisadas resonaban sobre el empedrado mientras pasaba por Piccadilly. Sentía los músculos de la cara curiosamente rígidos y una ausencia casi total de emociones. Deslizó la mano en el bolsillo interior de la capa para palpar la plata y las turquesas de la peineta, y apresuró el paso.

Seducir a Rebecca había sido más sencillo de lo que imaginaba, incluso sin champán. Ella había permanecido azorada todo el camino en coche hasta su casa, pero una vez en el vestíbulo del número 11 de Albemarle Street, le dirigió una larga mirada anhelante con sus ojos de paloma y Connor supo que no tendría que esforzarse demasiado. La tumbó sobre la cama con dosel de su dormitorio decorado en tonos rosas y la besó con delicadeza hasta que ella exhaló un profundo suspiro y le tomó las manos para dirigir las hacia sus senos. Durante un curioso instante, en la penumbra de la habitación, el rostro de la joven le pareció el de la señorita Simmons.

Al cabo de unos minutos, cuando ya había empezado a desabrocharle el vestido, Rebecca debió de darse cuenta de lo que estaban haciendo y lo detuvo, deshaciéndose en disculpas y diciendo que temía la reacción de su hermano si alguna vez se enteraba. Connor la tranquilizó y, sentado sobre la cama, la sostuvo entre sus brazos mientras acariciaba sus rizos pelirrojos y se preguntaba cómo se haría con la peineta ahora que Rebecca había recuperado su autocontrol. Por suerte, un pinchazo repentino en su pierna hizo que descubriera la peineta olvidada entre los pliegues de las sábanas. Solo tuvo que mover la mano hasta dar con ella y deslizarla en el bolsillo de los pantalones que, afortunadamente, aún no se había quitado. Después de asegurar a la joven que aquella había sido *una de las noches más maravillosas de su vida*, agarró la capa, la chaqueta y el sombrero, y se dispuso a marcharse antes de que llegara el hermano.

—No le contará a nadie... *esto*, ¿verdad, señor O'Malley? —le había preguntado ella, asomada a la barandilla de la escalera de caracol, mientras él empezaba a bajar. Se detuvo en un escalón y se volvió a mirarla con una sonrisa tranquilizadora. «Qué hipocritilla».

—Por supuesto que no, señorita Keating. Puede estar tranquila.

Rebecca se llevó una mano al corazón como para demostrarle su alivio y le lanzó un beso antes de desaparecer de nuevo en las sombras del piso superior.

Antes de salir, Connor se internó con el máximo sigilo en la primera habitación que encontró, que resultó ser una salita que daba a la calle, y abrió la ventana. Luego se puso la chaqueta, el sombrero y la capa, y pasó la peineta de sus pantalones al bolsillo de esta. Cuando por fin hubo salido, nadie excepto Rebecca lo había visto, ni dentro ni fuera de la casa, y todo estaba en orden.

Las oscuras aguas del Támesis aparecieron ante él a lo lejos. Quedaban varias horas para que los criados de los Keating se levantaran y descubrieran que habían cometido el imperdonable descuido de dejarse una ventana abierta. Y aún faltaba más tiempo para que Rebecca pusiera patas arriba su cuarto rosa buscando la peineta. Quizá ni siquiera la echara en falta hasta que se le ocurriera lucirla en la próxima fiesta...

En cualquier caso, la policía siempre podía culpar al ladrón de los diamantes de la señora Dilcey.

Lillian no se dio cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo hasta que entró una mañana con Lucy y May en la tienda del señor Thomson y lo encontró junto con su esposa y su joven empleado muy atareados en colocar festivas guirnaldas, hojas de acebo y ramitos de muérdago. Todos los años, el 1 de diciembre, su tienda se convertía en uno de los primeros comercios de la ciudad en transformarse para la temporada navideña.

—¡Ay, está tan bonito! —exclamó May, mirando embelesada a su alrededor. Se fijó en un bote grande de cristal que había sobre el mostrador —: ¿Podemos comprar algunas galletas de jengibre en forma de muñeco de nieve?

—Hemos venido a buscar papel de dibujo y un frasco de tinta —le recordó Lillian.

—¡Por favor, señorita Simmons!

—Oh, está bien —accedió. Quizá estaba siendo demasiado rígida. Y, además, a ella también le apetecía una de esas galletas.

El señor Thomson bajó de la escalera de mano desde la que colgaba las ramas de abeto que le tendía su esposa y se acercó a ellas con una sonrisa en su enrojecido rostro. Era un hombre de unos sesenta años, bajito y rechoncho, con escaso pelo gris, que olía a tinta y a colonia barata de lavanda. A Lillian siempre le había caído bien, y ya compraba en su tienda mucho antes de convertirse en institutriz, pero ahora iba con mayor frecuencia aún con el fin de adquirir materiales para sus lecciones. En su establecimiento se vendían no solo libros, cuadernos y tinta de varios colores, sino dulces, mapas, pequeños juguetes, instrumentos de cocina y complementos de vestuario como pañuelos, guantes y algunos sombreros. Nada era de excesiva calidad, pero se

trataba de una tienda bien surtida, en la que siempre trataban a la clientela con gran amabilidad; incluso, a veces, la señora Thomson sacaba una jarra de chocolate caliente e invitaba a una taza a los clientes que hubiera en ese momento.

—¡Vaya, pero si tenemos aquí a la institutriz y a las niñas más guapas de todo Londres! —exclamó el señor Thomson mientras estrechaba con efusión las manos de las tres. Lucy y May rieron. A ellas también les gustaba el orondo comerciante.

—Buenos días, señor Thomson —saludó Lillian—. Su tienda está quedando preciosa, como todos los años.

—Gracias, querida. Mi señora ha entrado en una ridícula competición con la sombrerería de la señorita Keller para ver cuál es capaz de colgar más ramas de abeto. Creo que entre las dos van a acabar con los bosques del país. —Le guiñó un ojo.

—¡Hola, señorita Simmons! —gritó la señora Thomson desde el fondo de la tienda. Lillian la saludó con la mano—. Niñas, venid a ver los nuevos juguetes; han llegado esta misma mañana. Tenemos peonzas y aros de varios colores.

Lucy y May se fueron con la mujer y su ayudante; Lillian y el señor Thomson se quedaron a solas junto al mostrador.

—¿En qué puedo ayudaros hoy?

—Necesitamos papel grueso de dibujo y un frasco de tinta negra. Dos, mejor. Oh, y quizá también una caja de tizas para la pizarra. Casi se me han terminado.

—Tengo las tizas en el almacén. Iré a buscarlas.

Desapareció tras la cortina y Lillian se dedicó a inspeccionar el perchero de los sombreros. Estaba considerando comprar un gorrito de lana color granate, bien de precio, cuando la puerta se abrió creando una corriente de aire frío. Cuando vio los ojos celestes y el rostro del hombre que acaba de entrar, se quedó atónita.

—Usted otra vez... —consiguió decir. Habían pasado casi dos semanas desde el baile de los Harthow, y no había contado en absoluto con volver a verlo nunca.

El señor O'Malley parecía tan sorprendido como ella.

—¡Señorita Simmons! —Se quitó el sombrero y le tendió una mano enguantada. Lillian la estrechó brevemente—. Esto sí que es una casualidad...

—He venido con mis alumnas a comprar unas cosas. Cuando descubran que está usted aquí, se volverán locas —bromeó. Connor dirigió una breve mirada hacia donde estaban ellas, de espaldas y entretenidas con la señora Thomson, y sonrió.

—¿Se quedó mucho más tiempo en el baile? —le preguntó. Lillian dudó que su respuesta tuviera algún interés real para él. Parecía un poco distraído, aunque sonreía de la misma forma cálida y seductora que en el invernadero.

—Solo un rato. —Deseó preguntarle acerca del resto de su noche, después de que se marchara con la joven pelirroja, pero las normas del decoro hacían imposible que sacara ese tema.

Bajó la vista hacia el gorro que tenía en las manos y volvió a colgarlo con cuidado en el perchero. Había sido raro encontrarse en el baile, pero por alguna razón ahora resultaba aún más incómodo. Quizá porque ya habían mantenido aquella conversación personal en el invernadero; a Lillian le daba la impresión de que, después de eso, la conocía más de lo que ella hubiera querido permitir.

El señor Thomson reapareció con varias cajitas de tiza y las depositó sobre el mostrador. Cuando vio a Connor se apresuró a inclinarse ante él.

—¡Buenos días, caballero! Bienvenido a Thomson's. ¿Qué desea?

Lillian miró de reojo a Connor. Estaba igual de elegante con su abrigo de día y sus pantalones grises que vestido de etiqueta, y el señor Thomson también había reparado en ello. Debía de sentirse muy impresionado; la clientela habitual de su tienda no solía incluir a caballeros de la alta sociedad.

—Buenos días —saludó Connor con amabilidad—. Querría elegir un regalo para una joven dama.

«Ha convertido a la pelirroja en su amante», pensó Lillian de inmediato, «o quizá sea para alguna otra. Debe de tener a decenas de *jóvenes damas* interesadas...».

—Por supuesto, señor. Tenemos frascos de colonia de gran calidad. Rosas, jazmín, flor de naranjo... la de lavanda es mi favorita. También tenemos guantes de seda y abanicos pintados a mano. O, si prefiere algo menos personal, mi señora prepara unas cajas de dulces muy bien presentados...

Los ojos de Connor iban de un objeto a otro según el señor Thomson se los iba enseñando. El comerciante se había olvidado por completo de las otras cosas que ella le había pedido y de que había entrado antes que O'Malley, pero no protestó. Aguardó a un lado, observando cómo el hombre rechazaba con cortesía los guantes y los frascos de colonia.

—¿Cuánto cuesta media docena de esos pastelillos de miel?

«¿Pastelillos de miel?», se extrañó Lillian. Había adquirido en varias ocasiones algunos de esos dulces para las niñas y, aunque estaban buenos, no constituían un regalo apropiado para una dama. Eran demasiado baratos y poco sofisticados. «Debería ir a la tienda del final de la calle y elegir al menos un camafeo de esmalte o un frasquito de perfume francés», resolvió interiormente. Pero en seguida se regañó a sí misma por tener esos pensamientos; no era asunto suyo lo que el señor O'Malley regalase a sus amantes.

En ese momento Lucy y May se acercaron desde el fondo de la tienda. Las dos tenían una expresión embobada en sus rostros.

—¡Es usted! —exclamó Lucy, al tiempo que se echaba los dorados tirabuzones hacia atrás.

—Querida... —empezó Lillian con tono de advertencia. Sin embargo, no estaba en disposición de regañarla mucho: ella había tenido la misma reacción al verlo.

Connor hizo una pequeña reverencia y sonrió.

—Me alegro de verla, señorita Lucy. Y también a su hermanita.

La cara de Lucy resplandeció de satisfacción y vanidad, pero May se escondió con timidez detrás de la falda de Lillian.

—Bueno, deberíamos irnos ya —dijo ella, incómoda. No quería alargar mucho más aquella situación—. Señor Thomson, gracias por las tizas. Necesitaremos también tinta negra y papel de dibujo —le recordó con dulzura.

—¡Disculpa, querida! —El señor Thomson se dio una palmada en la frente—. Os lo traigo ahora mismo.

Connor se volvió hacia ella mientras el vendedor preparaba su pedido y calculaba el importe.

—Yo también debo pedirle perdón, señorita Simmons. Me temo que me he

adelantado con mi compra de una manera muy poco correcta.

Ella alzó la cabeza para mirarlo. ¡Era tan alto! Gracias a su estatura, por encima de la media de otras mujeres, Lillian casi nunca tenía que elevar la mirada cuando hablaba con un hombre, pero con él era distinto. Cuando estaban tan cerca como ahora, se sentía pequeña y delicada.

—No se preocupe, señor O'Malley —sonrió—. Es que llevamos ya un buen rato aquí, y aún tenemos que pasar por la biblioteca...

—Oh, ¿ya se conocían? —intervino el señor Thomson, que estaba terminando de empaquetar los frascos de tinta, las tizas y el papel. Accionó la caja registradora y metió las monedas que Lillian le había tendido—. La señorita Simmons es una de mis mejores clientes, caballero, además de una de las muchachas más bellas e inteligentes que han entrado jamás en mi tienda.

Ella se ruborizó y guardó el cambio en el bolso sin molestarse en revisarlo.

—Estoy convencido —repuso Connor sin mirarla.

—En fin. —Lillian cogió la bolsa con las compras y puso la otra mano sobre el hombro de Lucy. Sonrió—. Muchas gracias, señor Thomson. Señor O'Malley.

—Hasta la próxima, señorita Simmons. ¡Adiós, niñas! —se despidió el señor Thomson desde el mostrador.

Connor se apresuró a abrir la puerta y la sostuvo para que pudieran pasar.

—Ha sido un placer, señoritas.

—¡También para nosotras! —respondió Lucy girando la cabeza.

Una vez fuera, Lillian inspiró una bocanada de aire fresco y relajó los hombros. Solo ahora se daba cuenta de lo tensos que había tenido todos los músculos de su cuerpo durante los últimos minutos. Se cambió la bolsa de brazo para darle la mano derecha a May.

—¿No ha sido una casualidad asombrosa?

—No empecemos, Lucy.

—No nos ha comprado las galletas de jengibre...

—¡Oh, es cierto! Lo olvidé, querida. Lo siento.

—¿Entramos otra vez? —sugirió la niña, esperanzada.

—¡No! —rio—. Os las compraré en otro sitio.

Lucy suspiró con exagerado estoicismo, e iniciaron el largo paseo hacia la

biblioteca.

Era casi la hora del té, y por la casa de los Wolverton ya se extendía el olor a tostadas con mantequilla, *scones* con arándanos y pasteles rellenos de mermelada de naranja. La última clase del día, de Historia, acababa de finalizar, y Lillian estaba en su dormitorio lavándose las manos y arreglándose un poco cuando oyó el timbre de la puerta principal. «Una visita inesperada», pensó distraídamente mientras se aseguraba el moño con dos horquillas más. Era jueves. Lady Wolverton recibía solo los martes y, aunque era una dama sociable por naturaleza, esperaba que sus amistades no interrumpieran su descanso vespertino el resto de los días.

Salió del dormitorio y bajó las escaleras despacio, tratando de averiguar por las voces que llegaban de la puerta quién era el visitante. Cuando oyó su voz, se detuvo y se quedó un momento inmóvil en el escalón, agarrada a la barandilla. ¿Qué hacía él allí? Desde donde estaba no podía ver del todo la puerta, así que bajó tres escalones más procurando no hacer ruido. Ahora podía observar a Abbot, de espaldas a ella, que trataba de explicarle al señor O'Malley que lady Wolverton no recibía esa tarde. Connor, mucho más alto que él, descubrió a Lillian en la escalera y avanzó dos pasos hacia el interior, ignorando al mayordomo.

—Señorita Simmons. Discúlpeme por presentarme así, pero he venido a traer algo que se olvidó una de sus alumnas en la tienda, esta mañana.

Lilian bajó los escalones que faltaban con rapidez. Connor alzó el brazo para mostrar el manguito de zorro blanco de Lucy.

—¡Oh, señor O'Malley, muchas gracias! No sabíamos dónde lo había perdido. —Cogió el manguito y pasó los dedos por la suave piel—. ¿Entonces se lo dejó en la tienda? —preguntó sin necesidad.

—Sí. Lo vi sobre el mostrador cuando ya se habían marchado, y le pregunté al señor Thomson su dirección. Espero que no le moleste que me haya presentado así...

—¡Al contrario! —respondió. A su lado, Abbot frunció el ceño. Se percató

de que había sonado demasiado entusiasmada, como si se alegrara de verlo otra vez, y añadió con un tono más neutro—: Ha sido muy amable, señor. Lucy le estará muy agradecida cuando sepa que le ha traído el manguito blanco; es su favorito. Estaba bastante disgustada... —Abbot emitió una tos muy forzada para dejar claro lo poco apropiada que le parecía la situación. Lillian suspiró—. Bueno, gracias de nuevo...

—¿Quién es, Abbot?

Los tres se volvieron hacia lady Wolverton, que descendía la escalera majestuosamente, vestida con un traje de terciopelo color borgoña y varias ristras de perlas en el cuello y en las muñecas. El color del traje acentuaba la palidez de su cutis y el tono dorado de sus cabellos, recogidos en una trenza que rodeaba su cabeza como una corona. De reojo, Lillian vio cómo el señor O'Malley la observaba con interés mientras terminaba de bajar, y sintió una punzada de celos.

Abbot se adelantó hacia su señora.

—Milady, el señor...

—Connor O'Malley —le recordó este.

—El señor O'Malley ha venido, al parecer, para devolver un manguito que la señorita Lucy había perdido.

—¡Qué amable! —exclamó lady Wolverton acercándose a él y tendiéndole la mano.

Connor hizo una reverencia y le besó los nudillos.

—Lady Wolverton.

Abbot se retiró por fin al comprobar que todo parecía relativamente bajo control. Lady Wolverton miró a Connor con más atención, pensativa.

—¿No estaba usted en el baile de los Harthow? No nos presentaron, pero alguien me contó que era muy amigo de sir Francis, y que posee una casa maravillosa en Irlanda, rodeada de bosques y prados.

Por algún motivo, Connor tardó un momento en responder.

—Así es, milady. En el condado de Wicklow.

—¡Cuánto me gustaría conocer aquello! Mi esposo solo desea salir de Londres para pasar un par de semanas al año en Blackwood Park, nuestra casa de East Hampshire. —Agitó una mano cargada de anillos como si así pudiera hacer que esa molesta realidad de su vida desapareciera—. Estaba a

punto de tomar el té, ¿por qué no me acompaña?

—No quisiera molestarla. Su mayordomo me ha advertido que hoy no era día de visitas...

—Insisto. En realidad, me he alegrado al oír el timbre; por eso he bajado a toda prisa... ¡Hoy estaba resultando un día tan aburrido!

Lillian se sentía cada vez más de sobra allí.

—Con su permiso, milady, voy a retirarme para tomar el té con las niñas en sus habitaciones.

Lady Wolverton se volvió hacia ella con una amplia sonrisa.

—No seas absurda, querida, toma el té con nosotros.

—No sé si sería adecuado...

—Sería más que adecuado —insistió ella, cogiéndola del brazo con tanta familiaridad como si fuera su amiga más íntima—. A Abbot no le parecería nada correcto que me encerrara en la sala de estar a solas con el señor O'Malley, y lo tendríamos de mal humor el resto del día.

Lillian se dejó arrastrar por lady Wolverton, muy consciente de la presencia de Connor, que las seguía a través del vestíbulo, despojándose ya del abrigo y del sombrero.

Lady Wolverton acabó de servir la segunda ronda de té y se inclinó hacia Connor para ofrecerle una bandeja llena de diminutos sándwiches triangulares de huevo y berros.

—No, gracias, milady; no puedo comer ni un bocado más.

La mujer dejó los sándwiches y, sin inmutarse, le ofreció en cambio un plato de *scones*. Viendo que era imposible negarse, cogió uno con resignación. Solo llevaba media hora en la casa y ya había comprobado que lady Wolverton era muy hermosa, muy elegante y muy superficial, pero de una forma adorable. Era de ese tipo de damas que se pasan el día diciendo tonterías y gastando el dinero de su esposo en cosas frívolas, pero a las cuales nadie critica demasiado porque, en el fondo, resultan simpáticas.

—Me alegro de que se haya quedado a tomar el té. Es refrescante conocer a

alguien nuevo para variar. En el baile de los Harthow debía de haber unos doscientos invitados, y a todos ellos los tengo más que vistos... ¡Excepto a usted, claro!

Connor sonrió. La mención del baile le hizo recordar la imagen de la institutriz con su seductor vestido de fiesta. Ahora estaba muy distinta, sentada lo más erguida posible en el borde de su butaca, con un vestido azul de cuadros y el cabello severamente recogido. Seguía resultando muy atractiva, pero parecía la clase de señorita seria y austera que jamás pisaría un salón de baile.

—Me temo que yo aún no conozco a tanta gente —comentó Connor adoptando un tono humilde pero animado—. Aunque tengo que agradecerle a sir Francis que me haya introducido en su grupo; si no fuera por él pasaría todas las veladas encerrado en casa.

—Sir Francis es un hombre verdaderamente encantador —afirmó lady Wolverton—. Cuando falleció su esposa...

Connor aprovechó la historia de complejas redes sociales y familiares a la que se lanzó la dama para asombrarse de nuevo ante el estilo recargado y ostentoso de la sala de estar. Ni el lujoso comedor de sir Francis, con sus tonos rojo oscuro, ni el salón de baile de los condes de Harthow, repleto de espejos y arañas de cristal, contaban con aquella fastuosa decoración. Casi rozaba lo teatral. Existía un delicado límite entre la exhibición elegante y la vulgaridad, y tanto lady Wolverton como su casa se quedaban justo a un paso de traspasarlo.

—De todas formas, Londres está mucho más animado en primavera —estaba diciendo ella en ese momento—. Una de mis mejores amigas, lady Jessica Perwinkle, organiza cada primero de mayo una maravillosa merienda en su jardín de rosas. —Se volvió hacia la institutriz y añadió—: Tendrás ocasión de verlo, querida Lillian, porque los hijos también están invitados, y necesitaré que estés allí para vigilar a Lucy y a May.

—Me encantará —contestó la joven de manera más bien mecánica.

Connor se fijó en que Lillian aún no había tocado la segunda taza de té y en que apenas había comido nada en todo aquel tiempo. Por algún inescrutable motivo, le pareció dudoso que aquella chica continuara siendo institutriz para cuando lady Jessica celebrara su fiesta en el jardín. Ella pareció darse cuenta

de que la observaba, y cuando sus miradas se encontraron, una expresión de desconcierto asomó a sus ojos grises antes de apartar la vista. Connor removi6 su té, pensativo. Había permanecido muy callada durante todo el rato... ¿Se sentía inc6moda o molesta por su presencia? ¿Había dicho en alg6n momento algo que la disgustara? Por la mañana, cuando se habían encontrado en la tienda mientras compraba los pasteles para Deirdre, apenas habían tenido ocasi6n de conversar, pero en el baile le había parecido mucho menos tímida. Ahora, se limitaba a contestar cuando se le hacía una pregunta directa.

Lady Wolverton se inclin6 para coger un sándwich y las sartas de perlas chocaron entre sí sobre su escote. También las llevaba alrededor de las muñecas; eran unas extraordinarias perlas negras, delicadas y perfectas. Llevaba demasiadas joyas para estar en casa, y Connor no podía dejar de admirarlas cada vez que la dama se inclinaba sobre la mesa.

Justo cuando la conversaci6n empezaba a decaer, se oy6 un rumor de puertas que se abrían y criados que saludaban. El rostro de la mujer se ilumin6.

—¡Anthony ha llegado! —Dej6 la taza de té y el sándwich en el plato. Después se pas6 una mano por el cabello como para asegurarse de que estaba bien peinada, y se pellizc6 con rapidez las mejillas—. Podrá conocer a mi esposo, señor O'Malley. Estoy segura de que se llevarán bien.

Connor se permiti6 dudarle, pero se puso en pie con cortesía cuando se abri6 la puerta de la sala y esboz6 su mejor sonrisa social. Lillian también se había levantado, pero lady Wolverton permaneci6 elegantemente sentada en el sofá para recibir a su marido. Cuando entr6 el hombre, record6 haberlo visto en el baile, hablando con la señorita Simmons. El traje que llevaba era a medida y confeccionado con las mejores telas, y su cabello negro, al igual que sus zapatos, brillaba a la luz de las lámparas. Pareci6 sorprenderse al encontrar a un caballero extraño en el sal6n de su casa, tomando el té con su esposa y la institutriz de sus hijas, pero mantuvo una expresi6n relajada y, si no exactamente alegre, amistosa.

—Buenas tardes —salud6 mientras avanzaba hacia el sofá donde estaba su mujer. Se inclin6 para rozar con su bigote la ahora sonrosada mejilla femenina—. ¿C6mo estás, Sarah?

—Hola, querido. —Lady Wolverton lo obsequió con una dulce sonrisa—. Te presento a lord Connor O'Malley. Ha tenido el detalle de devolver un manguito de piel que Lucy se dejó esta mañana en una tienda.

El hombre se volvió hacia él y le tendió la mano.

—Se lo agradezco, lord O'Malley. Encantado de conocerlo. —Se estrecharon las manos.

—Yo también lo estoy; pero debo aclarar que no ostento el título de lord...

—¡Oh, lo siento! —se disculpó lady Wolverton—. Supuse que, debido a las tierras que poseía en Irlanda...

—Los O'Malley fueron vizcondes hasta mediados de siglo, pero lamentablemente nos arrebataron el título.

—Bien, entonces ha sido un malentendido sin importancia —se limitó a decir lord Wolverton, haciendo alarde de una gran diplomacia—. Cuénteme cosas sobre usted, señor O'Malley.

—Llamaré a Rose para que te traiga una taza y rellene la tetera— interrumpió su esposa—. No sabía que volverías tan pronto.

—Hoy había poca gente en el club. Pero prefiero una copa de brandy. ¿Le apetece, señor O'Malley?

—Sí, muchas gracias.

En ese punto, la señorita Simmons, que había sido ignorada por la pareja, hizo una pequeña reverencia y dijo:

—Con su permiso voy a retirarme, milord. Gracias por el té, milady.

—Te veremos después, querida —respondió ella con una sonrisa distraída.

Se detuvo a su lado en su camino hacia la puerta y lo miró; parecía indecisa. Connor supuso que debía de ser raro para ella dirigirse a él ahora que estaban sus señores delante. En el baile y en la tienda habían hablado como iguales, pero ahora, en teoría, estaba por encima de ella en el escalafón social. La ayudó tomando la iniciativa:

—Buenas tardes, señorita Simmons.

—Buenas tardes, señor O'Malley.

Inclinaron la cabeza a la vez, sin darse la mano, y ella salió. Connor deseó haber podido tocarla, aunque fuera para retener su mano en la suya, como había hecho al despedirse la noche del baile. Pero no hubiera resultado correcto. Ni siquiera su presencia durante el té se podría considerar algo

adecuado, a pesar de que había sido lady Wolverton quien lo había sugerido y de que él había disfrutado de su silenciosa compañía.

Cuando la doncella retiró la bandeja del té y en su lugar dejó una botella de brandy y dos copas, lady Wolverton también se retiró, alegando que tenía que escribir unas cartas, y los dos hombres se quedaron solos.

Aunque sabía desenvolverse en sociedad, Connor no era una persona expansiva con quienes acababa de conocer, y sospechaba que a lord Wolverton le ocurría igual. Sin embargo, el brandy y el descubrimiento casual de que a ambos les interesaba la cría de caballos facilitó bastante la fluidez de la conversación.

—Todos mis amigos de Londres tienen una segunda casa en el campo, pero parece que ninguno tiene la menor idea sobre qué caballos son los adecuados, y siempre delegan en sus capataces —dijo lord Wolverton tras explicar que deseaba comprar algunos para sus posesiones de East Hampshire—. Y me temo que yo no soy mejor que ellos en esas cuestiones.

—Bueno, puedo darle algún consejo, si quiere, aunque depende de qué tipo de caballos busca. ¿Los quiere para cazar, de tiro, para arar...?

—Para cazar. Y quizá un par de caballos más dóciles para que mis hijas paseen. No logro que se aficionen a ello.

—No sé mucho sobre caballos de cacería, pero para sus hijas le recomiendo un Morgan, aunque tendría que ir a Estados Unidos... Un poni galés también les iría bien si no tienen mucha costumbre de montar. —Tomó otro sorbo de su copa y añadió—: Lo malo de los ponis es que se les quedarán pequeños en pocos años... Sobre todo, a Lucy.

Lord Wolverton le tendió una caja de plata con cigarros puros que Connor rechazó. Observó cómo él encendía uno con parsimonia y exhalaba el humo antes de contestar:

—No me importa tener que comprar otros más tarde; creo que son una buena inversión. Además, ¿en qué iba un caballero a gastarse su dinero si no?

—Rio entre dientes. Connor lo imitó, sintiendo que una semilla de desprecio hacia los Wolverton comenzaba a germinar en su interior. «Por supuesto. Mejor caballos que más joyas para tu mujer. Sabe Dios que ya lleva bastantes encima»—. También me gustaría cruzar a una de las yeguas de la finca.

—En Irlanda conocí a uno de los mejores criadores de caballos que he

conocido. Se fue a vivir a una finca rural cerca de Kent. Me dio su tarjeta con la nueva dirección antes de partir; debo de tenerla en alguna parte. La buscaré y se la daré la próxima vez que nos veamos.

Esperó su reacción. Era un poco arrogante dar por hecho que lord Wolverton querría volver a encontrarse con él, pero, para su sorpresa, este sonrió y dijo:

—Se lo agradecería. Por cierto, la semana que viene organizo aquí una partida de cartas con algunos amigos. ¿Juega usted al *whist*?

—Sí, de vez en cuando —mintió. Conocía las reglas del juego, pero en Irlanda solía pasar casi todo su tiempo de ocio al aire libre. Los naipes lo aburrían sobremanera.

—¿Le gustaría unirse a nosotros?

—Será un placer.

—Bien; así podrá hacer más amigos en la ciudad —repuso lord Wolverton, y echó la ceniza del puro en un cenicero de plata que había junto a su butaca.

Connor asintió y cruzó sus largas piernas, satisfecho; se había ganado una invitación a la casa de los Wolverton sin apenas esfuerzo. Se preguntó por qué le complacía tanto. ¿Era por la oportunidad de pasar más tiempo en aquella suntuosa mansión? ¿Por volver a coincidir, quizá, con la señorita Simmons? ¿O simplemente se debía a la mezcla de atracción y repulsión que le suscitaba esa sociedad, pretenciosa e indolente, en la que se estaba introduciendo con tanta facilidad?

—**B**ien —dijo Lillian cerrando el enorme atlas que ocupaba casi toda la mesa—. Hemos terminado por hoy; el lunes os haré una prueba para comprobar que sabéis la situación de todos los países y territorios europeos.

—Oh, señorita Simmons... —gimió Lucy, apesadumbrada.

—No te preocupes, querida. Solo tendréis que situar en un mapa en blanco los nombres que os vaya diciendo. No será difícil —la tranquilizó. En opinión de sus alumnas, cualquier tarea que requiriera un mínimo de concentración y estudio era complicada, aburrida o inútil—. Además, podéis repasar un poco durante el fin de semana.

Las niñas no respondieron nada; su silencio evidenciaba algo que en el fondo ella ya sabía: que no tenían ninguna intención de emplear su tiempo libre en estudiar... Pero era viernes por la tarde y, a pesar de la pereza de sus alumnas, Lillian se sentía contenta.

—¿Podemos retirarnos, señorita Simmons?

—Sí. En seguida os llevarán el té. Hoy os habéis portado muy bien, le diré a Betty que os suba un poco de pastel de chocolate.

Las dos sonrieron y se levantaron, procurando no hacer ruido con las sillas y mantener la espalda erguida, y salieron de la sala de estudio. Lillian se quedó un momento recogiendo los libros y tapando los tinteros y después bajó en busca de Betty. La encontró en la cocina, junto con la señora Calvert, preparando ya la bandeja con el té para las hermanas.

—Betty, por favor, sube a las niñas dos pedazos de pastel de chocolate en vez de las galletas de siempre. Les he dicho que te lo pediría.

La joven doncella le hizo una pequeña reverencia.

—Muy bien, señorita Simmons. Lo subiré ahora mismo.

Lillian le dio las gracias, hizo un comentario elogioso a la cocinera acerca de la comida que habían tomado a mediodía y volvió a salir canturreando por lo bajo.

Se había acostumbrado por completo a vivir allí, y cada día se sentía más cómoda. Había empezado a encariñarse con Lucy y May; se llevaba bien con los miembros del servicio, que la respetaban y la invitaban de vez en cuando a participar en sus partidas de cartas en la antesala de la cocina, y, en cuanto a lord y lady Wolverton, los dos le daban mucha libertad de acción respecto a sus hijas. Desde aquella conversación con lady Wolverton en la sala de estudio, nunca más había vuelto a cuestionar sus métodos. La tarde anterior, incluso, la había animado a unirse durante su té con el señor O'Malley... Aunque Lillian hubiera preferido no hacerlo; se había sentido incómoda e intimidada por sus penetrantes ojos azules la mayor parte del tiempo, pero creía que lo había ocultado bien. Connor O'Malley tenía algo extraño que no alcanzaba a comprender; era por completo distinto al resto de hombres que conocía.

Reparó en que había dejado de cantar y que ya no se sentía tan relajada como antes, y se obligó a concentrarse en sus deberes. Subiría con las niñas y tomaría una buena taza de té; después, iría a su dormitorio y pasaría leyendo el tiempo libre que tenía hasta la hora de cenar.

Justo cuando atravesaba el vestíbulo sonó el timbre. Normalmente Abbot o James se encargaban de abrir, pero ninguno de los dos estaba por allí. Le pareció absurdo no abrir ella misma encontrándose tan cerca, y sin pensarlo mucho tiró de la pesada puerta de caoba.

Era él. Otra vez.

—Señorita Simmons.

—Señor O'Malley.

Lillian estuvo a punto de reírse a causa de lo absurdo de la situación y de la formalidad que seguían manteniendo entre ellos después de tantos encuentros. ¡La tarde anterior había resultado tan extraño pasar una hora sentada a su lado sin apenas hablar!

—He venido a dejar una tarjeta para lord Wolverton. Es el nombre de un criador de caballos del que le hablé ayer.

—Lord Wolverton no está en casa. Y tampoco milady.

—Lo esperaré.

—No sé cuánto tardará...

—No importa. Es justo la hora del té, ¿verdad?

Lillian no supo qué decir. ¿Estaba insinuando que quería tomar el té allí, sin los dueños de la casa presentes? Buscó por encima del hombro a Abbot; ella no se veía con autoridad para aceptar su sugerencia, pero, cosa extraña en él, el mayordomo seguía sin aparecer. Finalmente, supuso que cualquier amigo de lord Wolverton sería invitado a esperarlo tomando algo en la sala de estar si lo deseaba, y levantó la vista hacia Connor.

—¿Quiere pasar y tomar una taza mientras lo espera? —suspiró.

Su pregunta era una mera fórmula, ya que él mismo se había invitado sutilmente, pero Connor, con un brillo malicioso en sus ojos azules, se quitó el sombrero con un gesto elegante y dijo:

—Es un ofrecimiento encantador. Sí, tomaré el té con usted, gracias.

Lillian enarcó las cejas, desconcertada.

—¿Conmigo? ¡Oh, no, no, yo debo ir a acompañar a mis pupilas!

Connor ya había entrado en el vestíbulo, cerrando la puerta tras él. A ella le exasperaba su modo desenvuelto de conducirse casi tanto como lo admiraba.

—Ayer lady Wolverton quiso que usted estuviera presente... —argumentó él.

—No debió hacerlo. Mi sitio está con las niñas, arriba.

—Su sitio está donde desee estar, señorita Simmons. —Esbozó una sonrisa cálida. Cuando sonreía, su atractivo se multiplicaba por diez—. Eso es lo que me gusta de usted: puede ser una de las invitadas más bellas de un baile y, a la vez, una virtuosa institutriz. Y estoy seguro de que también puede entretener durante un rato a una visita casual que espera a su señor.

¿Estaba burlándose de ella? Parecía sincero... ¿De verdad le parecía hermosa? A Lillian nunca le había preocupado demasiado su aspecto físico, pues consideraba la apariencia como algo mucho menos valioso que el intelecto, pero en ese momento su corazón dio un pequeño salto al oír sus palabras. Se negó a hacerle caso.

—De modo que soy bella y virtuosa... —repuso imprimiendo un ligero sarcasmo a su voz—. ¿Y cómo desea que lo entretenga mientras toma su té, señor O'Malley? ¿Desea que cante, o que toque el piano, tal vez? Eso es lo

que suelen hacer las damas con dichas cualidades, ¿no es cierto?

Su respuesta hizo reír a Connor. Betty, que bajaba en aquel momento de llevar la merienda a las niñas, se quedó mirándolos con expresión pasmada desde la escalera, pero no dijo nada.

—Bastará con un poco de conversación inteligente... —afirmó él. Sus ojos volvieron a lanzar destellos—. De momento.

Lillian ignoró el final de la frase y, dándose por vencida, se dirigió a Betty, que estaba pasando por su lado con tanta discreción como podía.

—Betty, el señor O'Malley y yo tomaremos el té mientras espera a milord.

La doncella pareció aún más atónita, pero se limitó a murmurar:

—En seguida, señorita Simmons.

Lillian seguía sin estar muy convencida de lo que estaba haciendo mientras entraban en la sala. Era consciente de que aquello no era correcto, y mucho menos algo usual, pero Connor tenía una especie de talento misterioso para conseguir que ella se plegara a sus deseos. «Ojalá no me diera cuenta de ello, y me limitara a seguirle la corriente sin pensar en lo que hago». A regañadientes, le señaló el sofá para que tomara asiento.

—Relájese, señorita Simmons —le dijo mientras se sentaba—. Si lord Wolverton la regaña por estar aquí conmigo, le diré que yo la he obligado.

—¿Y acaso no ha sido un poco así?

—No creo que sea fácil obligarla a hacer algo que no desee hacer.

Lillian sonrió a su pesar. Tenía razón; si de verdad no hubiera querido, ya estaría con Lucy y May en sus habitaciones. Decidió dejar de preocuparse y procuró hacer caso del consejo de Connor.

—Deduzco que milord y usted encontraron ayer puntos en común —comentó.

—Podría decirse de ese modo.

No parecía interesado en desarrollar ese tema, y guardaron silencio mientras Betty entraba con la bandeja del té y lo disponía todo sobre la mesa. Cuando salió, Lillian levantó la tetera y sirvió a Connor. Se había fijado la tarde anterior en cómo le gustaba tomar el té, así que, sin preguntar, le añadió un único terrón de azúcar y le tendió la taza.

—Gracias —dijo él. Parecía un poco sorprendido por la confianza que había mostrado al servirle.

Se sirvió otra taza para ella y durante un instante los dos sorbieron el hirviente líquido sin decir nada.

—¿Cómo están Lucy y May? —se interesó él de pronto. Lillian pensó que era muy amable por su parte preguntar por las niñas. ¿O lo hacía porque tampoco se le ocurría de qué hablar?

—Muy bien. Lucy se enfadó conmigo por no avisarla ayer de que había venido a devolverle el manguito. Le hubiera gustado saludarlo. —Se rio ante el recuerdo de la niña indignada porque nadie la había avisado de que «el señor O'Malley había ido a visitarla»—. Creo que se ha enamorado de usted.

Connor sonrió sin levantar la mirada de su taza; por primera vez desde que lo conocía, a Lillian le pareció casi tímido.

—Dígame, señorita Simmons: ¿qué tipo de materias les enseña a las niñas?

—Oh, lo habitual: Historia, Geografía, Literatura, francés, un poco de dibujo... —Lillian suspiró—. Aunque me temo que su anterior institutriz no hizo un gran trabajo con ellas, ni en lo referente a sus estudios ni a la manera en que se comportan.

—Londres parece una ciudad fantástica para educar a unas jovencitas, con tantos museos y monumentos. Está llena de historia y cultura; me encanta vivir aquí.

—¿Cuánto tiempo lleva en la ciudad, señor O'Malley?

—Alrededor de un mes. Desde entonces he tenido ocasión de disfrutar de sus mejores atracciones, y también de presenciar su peor cara.

La conversación parecía empezar a fluir por fin, y el interés de Lillian por saber cosas de él aumentaba a cada minuto. No quería resultar pesada iniciando un interrogatorio, pero no pudo evitar preguntar:

—¿Cuál diría usted que es la peor cara de Londres?

Connor pareció pensarlo un momento. Mientras, Lillian se preguntó de qué forma o en qué términos un caballero tan distinguido como él podía haber contactado con algo sórdido o mínimamente desagradable.

—Bueno, supongo que la contaminación, la pobreza... Las primeras semanas que pasé aquí me dirigí a Trafalgar Square con la intención de visitar la National Gallery y tuve que desistir y alejarme de la zona. Es vergonzoso que en una gran ciudad europea como esta uno no pueda entrar en un museo porque la plaza en que se encuentra está invadida de

manifestantes...

—¡Ah! ¡Se refiere usted a las protestas de los parados y los inmigrantes! — Lillian lo miró con cautela. Connor había utilizado un tono un poco desdeñoso, pero quizá se debía a que no estaba informado de los motivos de las protestas. Ella lo pondría al corriente—. Verá, por desgracia, una pequeña parte de los habitantes de la ciudad malviven en los barrios más degradados, en la zona del East End... Dudo que conozca esa parte de Londres, pero probablemente no aguantaría allí ni un solo día. —Hizo una pequeña pausa para darle la oportunidad de negar su aseveración, pero él no dijo nada. Continuó—: Muchos son obreros de las fábricas, y si sus condiciones ya eran lo bastante duras cuando tenían trabajo, los que se quedan sin él están en una situación desesperada. Además, los inmigrantes polacos, irlandeses o escoceses son marginados y sufren abusos de poder a menudo, y...

—Sí, estoy informado de todo eso —la interrumpió Connor. Lillian había estado recolocando la tetera y los platos con la merienda mientras hablaba, y cuando levantó la vista se percató de que él la miraba fijamente. Tragó saliva.

—Entonces comprenderá que, aunque pueda resultar un poco incómodo, esas protestas son necesarias.

—Quizá, pero ¿verdad que usted evita pasar por allí con sus pupilas? Seguro que no quiere que sus jóvenes ojos vean aquello...

—Es cierto que no he pasado por Trafalgar Square con ellas, pero solo porque no queda dentro de los recorridos que solemos realizar —admitió ella, frunciendo un poco el ceño—. Sin embargo, me ha dado una buena idea. Aún quedan manifestantes allí; las llevaré en nuestro próximo paseo para que sepan cuáles son los problemas reales del mundo.

—Señorita Simmons, no es mi intención cuestionar su estilo de educación, pero no creo que las hijas de lord Wolverton necesiten saber todo eso. Sus vidas estarán siempre alejadas de semejantes dificultades.

—Precisamente por eso deberían estar al corriente de lo que sufren los que son menos afortunados que ellas. Me gustaría que, en el futuro, tengan algo en sus cabecitas aparte de bailes, moda y conversaciones tontas en francés.

Connor lanzó una corta carcajada. Lillian enarcó las cejas, molesta. No creía haber dicho nada gracioso.

—¿De qué se ríe?

—De sus pretensiones. —Empezó a servirse él mismo otra taza de té—. Dado que ayer tuve el honor de conocer a lady Wolverton, me atrevo a afirmar que ella no consentirá que sus hijas se conviertan en unas señoritas pedantes y aburridas.

—¿Como yo, quiere decir?

Él sonrió, pero no respondió nada. Lillian estaba sorprendida; aunque era la primera vez desde el baile que conversaban durante tanto tiempo, por algún motivo había dado por supuesto que Connor era un hombre inteligente y culto. Que apreciaba a las mujeres instruidas y conscientes de lo que ocurría en el mundo, como ella. Se sintió ligeramente decepcionada y herida en su vanidad. «Qué tonta eres, Lillian. Es evidente que prefiere a las damas hermosas y divertidas como la pelirroja del baile. Tú solo eres para él una institutriz *pedante y aburrida*». Pero entonces recordó que él mismo le había pedido que lo acompañara mientras tomaba el té, y que había dicho que esperaba *una conversación inteligente*. Atónita, se dio cuenta de lo que estaba haciendo Connor en realidad. «¡Me está probando! ¡Está haciendo esos comentarios para ver cómo reacciono!». Bien, a eso también podía jugar ella.

Dejó su taza en la bandeja y adoptó su expresión más remilgada.

—Señor O'Malley, creo que pasar más tiempo aquí con usted resultaría muy inadecuado. —Se levantó de la butaca—. Lord Wolverton estará a punto de llegar.

Con la cabeza muy alta y un aire de dignidad ofendida, pasó por delante de él sin apresurarse, ralentizando sus movimientos, preguntándose qué haría. ¿Se disculparía? ¿Dejaría que se marchara? Se quedó helada cuando notó que, desde su posición en el sofá, agarraba su mano para detenerla.

—No se vaya, señorita Simmons.

Se quedaron así un instante, inmóviles. Lillian lo miró, desconcertada: la expresión de él era apacible; sus ojos azules, límpidos y sosegados. Su mano agarraba la suya con firmeza y suavidad a la vez. El tiempo parecía haberse detenido. La atmósfera en la recargada sala de estar de los Wolverton se tornó casi sobrenatural.

—No quiero que piense mal de mí —lo oyó murmurar como a través de la niebla—. Conozco los problemas sociales de la ciudad y creo que cualquier protesta que se organice para solucionarlos es más que necesaria. En cuanto a

la educación de sus alumnas, no imagina cuánto admiro sus intentos para evitar que se conviertan en las tontas chicas que llenan los salones de la alta sociedad... —Clavó los ojos en los suyos para añadir—: Y resulta obvio que no la considero en absoluto aburrida.

Ella asintió, incapaz de hablar, pero complacida: sus palabras confirmaban lo que había sospechado. Pero otra sensación, relacionada con la extrañeza, la sorpresa y el desconcierto, se añadió a la de felicidad... ¿Desde cuándo le importaba lo que un caballero pensara de ella? ¿Por qué el hecho de que el señor O'Malley la encontrara inteligente e interesante la hacía sentir así?

El familiar sonido de los pasos veloces de Abbot acudiendo a la puerta principal rompió el hechizo; lord Wolverton había llegado. Apartó su mano de la de Connor y se dirigió a la puerta con las mejillas ardiendo.

—Creo que milord ha llegado. Le diré que está usted aquí esperándolo —dijo antes de salir.

Connor la contemplaba, pensativo, desde el sofá. No respondió ni dijo nada a modo de despedida, solo asintió con la cabeza. Parecía perdido en sus reflexiones. Lillian hubiera dado cualquier cosa por saber si tenían algo que ver con ella.

Era la segunda vez que visitaba a Deirdre, y Erik había esperado encontrarla mejor que la primera, cuando le contó que no se sentía bien desde hacía unos días, pero, por desgracia, parecía estar igual o incluso peor. Ella misma le había abierto la puerta, pero después se había dejado caer en la butaca para envolverse con una manta y apoyar la cabeza en una mano mientras trataba de sonreír. Erik se sentó también, mirándola con preocupación.

—¿Sigue doliéndote la garganta?

—Sí. Mi hermano y la señora Smith me traen caramelos de miel, té de jengibre y jarabe de sauco, pero nada me alivia. ¡Estoy tan cansada! Además...

—¿Qué?

—No es solo el dolor de garganta. —La voz de Deirdre se tiñó de miedo—. Desde hace días tengo una sensación extraña, como si... —Se detuvo. Erik la escuchaba en tensión, sentado en el borde de su butaca. Odiaba verla así. ¡Parecía tan distinta del día en que la había conocido, incluso aunque entonces estuviera herida y conmocionada! Pero al menos sus ojos brillaban de vida y estaba llena de salud. Ahora parecía triste, preocupada, hasta un poco asustada quizá... Deirdre pareció hacer un esfuerzo por apartar sus sombríos pensamientos; se irguió, sonrió y dijo—: ¡Perdona, Erik, vienes a visitarnos y yo solo digo tonterías amargas! Supongo que pasar tanto tiempo aquí encerrada me está agriando el carácter.

—Eso sí que es una tontería —dijo él sonriendo.

Su hermano apareció entonces por el pasillo y su expresión se volvió inescrutable al encontrarlo allí sentado. Antes de avanzar hacia la salita o decir nada, retrocedió sobre sus pasos para cerrar la puerta de la habitación de la que acababa de salir. Luego, fue hacia ellos y puso una mano sobre el hombro de Deirdre de forma protectora.

—Buenas tardes, Erik.

No parecía muy contento de verlo.

—¿Qué tal, Connor? —lo saludó—. Siento encontrar aún mal a Deirdre.

—Hacemos lo que podemos para que se reponga —gruñó un poco a la defensiva, como si le hubiera insinuado que no la cuidaba de forma adecuada (aunque lo más probable era que, en efecto, no lo hiciera)—. ¿Quieres beber algo?

—Solo un poco de agua, por favor. Luego tengo que volver a la calle Bow.

Connor le llevó un vaso de agua y acercó una silla para sentarse con ellos. Erik deseó que no lo hubiera hecho, pero no podía hacer nada al respecto. En realidad, lo comprendía: si él fuera el hermano mayor de Deirdre, tampoco la dejaría sola con un sargento de Scotland Yard que casi le doblaba la edad. Tenía, por tanto, que conformarse con estar con ella bajo su mirada de halcón. No era que se llevaran mal, pero resultaba obvio que había cierta tensión entre los dos hombres, aunque Erik no habría sabido precisar el motivo exacto. Sin embargo, no podía dejar de visitar a Deirdre. ¡Se sentía tan solo en la ciudad y en su pequeño apartamento! Hasta hacía pocas semanas, se había planteado seriamente dejar el cuerpo y volver a Manchester

junto a sus padres y su hermano; pero la aparición de Deirdre en su vida no hacía más que aplazar esa decisión por unas razones de las que se avergonzaba.

—Erik, cuéntame, ¿has detenido hoy a algún criminal? —le preguntó ella con una curiosidad casi infantil. Llevaba su larga melena oscura suelta, excepto por dos horquillas que mantenían los mechones laterales apartados de la cara. Él no pudo evitar reírse.

—Me parece que imaginas mi vida mucho más emocionante de lo que de verdad es. Lo habitual es que tenga que intervenir en peleas de borrachos, separar a prostitutas enfurecidas o ayudar a jovencitas en apuros. —Deirdre le dedicó una dulce sonrisa—. Como mucho, a veces tengo que investigar algún robo.

Connor se levantó con brusquedad y se acercó de nuevo a la cocina, donde empezó a rebuscar algo en la alacena. Lo vio verter leche en un cazo y calentarlo en el fogón, y después se lo llevó a Deirdre en un tazón desportillado.

—Bebe un poco, niña.

—Me duele más al tragar.

—Pero te hará bien —insistió con firmeza. Volvió a sentarse—. Apenas comes nada, por lo menos tómate esto.

Deirdre bebió, obediente, aunque, por su expresión, Erik pudo notar cuánto sufría con cada trago. Sin embargo, cuando dejó el tazón sobre la mesa se esforzó por continuar la conversación.

—¿Qué estabas diciendo de los robos?

—Oh, nada importante. Decía que de vez en cuando tengo que investigar algún robo.

—¿Aquí, en el East End?

—Sí, pero también en el lado oeste de la ciudad. Las damas ricas, sobre todo, pueden sufrir el robo de sus joyas o de objetos valiosos en sus propias casas. Son más habituales los hurtos o atracos en las calles, pero últimamente están ocurriendo más casos en los que el ladrón entra en la vivienda.

—Oh. ¡Bueno, aquí no encontrarán mucho que robar! —comentó Deirdre con una risita—. ¿Y alguna vez has estado verdaderamente en peligro?

—¿Cómo se supone que entran los ladrones a esas casas? —la interrumpió

Connor. A Erik le sorprendió; no solía participar mucho en sus conversaciones, pero ahora estaba inclinado hacia delante, con los antebrazos apoyados sobre las piernas—. ¿Fuerzan las puertas?

—Depende del caso.

—Pero debe de haber mucha seguridad... Y multitud de sirvientes que puedan oír si entra alguien.

—A veces, los propios sirvientes son los ladrones.

Connor asintió y se echó hacia atrás. Se pasó la mano por sus ondulados cabellos y cruzó las piernas.

—Pero no siempre, ¿no?

Erik no comprendía el porqué de tanto interés. Deirdre los escuchaba en silencio, mirando alternativamente a uno y a otro, con el tazón de leche a medio beber olvidado sobre la mesa.

—Bueno, en ocasiones pueden dejar olvidada una ventana abierta, por donde entra el ladrón.

—Comprendo. —Por un momento pareció que iba a preguntar algo más, pero después de quedarse un momento pensativo, se levantó y dijo—: Tengo que prepararme para ir a cenar a casa de sir Francis. Dentro de un rato subirá la señora Smith para estar contigo, niña.

Sin más, se dirigió al pasillo de los dormitorios y entró en el suyo, cerrando la puerta tras él. Su repentina salida desconcertó a Erik, pero la alegría de disponer de unos minutos para estar a solas con Deirdre pudo más que su perplejidad.

Cuatro días después, mientras jugaba al *whist* en casa de los Wolverton, Connor no podía creer en su suerte. No se hacía falsas ilusiones pensando que jugaba bien, y simplemente rezaba para que la racha de suerte no lo abandonara. Estaba sentado en la mesa de juegos del saloncito de fumar de lord Wolverton, con este como pareja de juego y otros dos caballeros —un coronel retirado que acababa de regresar de la India y un barón que estaba bebiendo demasiado *whisky*— que perdían una baza tras otra.

Lord Wolverton volvió a repartir las cartas y Connor se juró a sí mismo que, en caso de que ganara otra vez, se retiraría. Ya llevaban ganadas casi cinco libras, cantidad suficiente para pagar a un médico que examinara a Deirdre. Le había vuelto la fiebre aquella tarde, y él había estado a punto de quedarse en casa, a pesar de que ya no le daba tiempo de avisar a lord Wolverton, pero la señora Smith había acudido de nuevo en su ayuda. «Harás más por tu hermana acudiendo a tu compromiso con ese ricachón que quedándote aquí retorciéndote las manos», le había dicho mientras lo empujaba hacia la puerta. Y, al parecer, tenía razón.

—Anthony, señor O'Malley, no sé cómo lo hacen, pero la dama Fortuna parece haberse encaprichado de ustedes —dijo el coronel Fritz con su ampulosa forma de hablar. Lord Wolverton rio entre dientes y sacó un valet de corazones. Connor sonrió. El coronel puso los ojos en blanco. El barón de Dandridge acabó de un trago lo que le quedaba de *whisky* e hizo sonar la campanilla de plata que había en una esquina de la mesa.

—Voy a pedir que nos traigan otra botella, si no te importa.

—Por supuesto que no. —Lord Wolverton intercambió una mirada cómplice con Connor. Entre la mente cada vez más nublada del barón y la

torpeza del coronel, la partida estaba ganada.

La doncella entró y lord Wolverton ordenó que le dijera a Abbot que subiera más *whisky* de la bodega. En seguida reanudaron el juego, aunque el coronel se empeñaba en conversar mientras tanto, lo cual no perjudicaba a nadie tanto como a sí mismo.

—Señor O'Malley, ¿cómo está la cuestión de los fenianos en Irlanda últimamente? —quiso saber de pronto. Lord Wolverton y Connor levantaron la cabeza, sorprendidos por esa pregunta que, en realidad, no parecía muy apropiada para el momento—. ¡Lo digo porque, según he oído, el condado donde vivía era un auténtico hervidero de ellos!

Connor volvió a concentrarse en las cartas y respondió con calma:

—El lugar donde vivía era probablemente el rincón más tranquilo sobre la faz de la tierra.

—¡Quizá porque todos esos terroristas están ahora en Londres! —farfulló el barón, arrastrando las palabras.

—Que yo sepa, en los últimos tiempos no ha habido ningún altercado por culpa de esos terroristas, como usted llama a los nacionalistas irlandeses.

—¿Y cómo definiría lo que ocurrió en Trafalgar Square hace tres semanas? —inquirió el coronel, sacando un tres de picas y poniendo con ello a su pareja de juego en una posición difícil. Connor no se inmutó, aunque en su interior se imaginó abofeteando al coronel y después al barón.

—Vaya, coronel, estaba bastante seguro de que el objetivo de las protestas era reducir el paro y mejorar las condiciones de los obreros y los inmigrantes. No sabría cómo establecer una relación entre eso y la liberación de Irlanda...

—¿La liberación de Irlanda? —vociferó el coronel, dando un golpe con ambas manos sobre la mesa. Sus cartas cayeron sobre el tablero, algunas boca arriba, pero el hombre estaba tan indignado que no le importó—. ¿La liberación de Irlanda... de qué?

—Supongo que el señor O'Malley se refiere a la liberación de los ingleses —contestó lord Wolverton sin exaltarse, aunque mirando a Connor con el ceño fruncido.

—Miles de irlandeses se han quedado sin sus tierras porque los ingleses se las han arrebatado —explicó él. Examinó sus cartas y sonrió para sus adentros.

—Si no pagan los alquileres...

—Claro, alquileres que han cuadruplicado de un día para otro... —Sacó una dama de picas, lo cual volvió a congraciarlo con lord Wolverton—. Aún no me ha explicado la curiosa relación que establece entre los fenianos y los sucesos de Trafalgar Square, coronel.

—Nada de *curiosa*, caballero. Lo de los parados y las malas condiciones de vida de las que se quejan tanto solo era un pretexto. Lo único que de verdad pretendían era sacar a William O'Brien de la cárcel... ¡Ese terrorista!

—Son todos unos agitadores, van a destrozarse la ciudad si seguimos permitiéndolo... —se lamentó el barón, observando su vaso vacío como si le sorprendiera habérselo acabado.

—¡Bueno, bueno, amigos! —intervino lord Wolverton en tono apaciguador—. Recordemos que el señor O'Malley es irlandés y que debemos brindarle nuestra hospitalidad inglesa.

El coronel resopló y el barón intentó enfocar la mirada en sus cartas, pero los dos dejaron el tema. Connor sonrió a lord Wolverton en señal de agradecimiento a la vez que pensaba: «No necesito que me defiendas; tú opinas lo mismo que ellos y simplemente te lo callas en aras de la cortesía... Pero te encantaría que fuera tan inglés como vosotros».

En menos de cinco minutos ya había acabado la partida, y Connor no necesitó esperar al recuento de puntos para saber que habían vuelto a ganar. Lord Wolverton y él se repartieron el dinero mientras el barón se quejaba de que «su jaqueca le había hecho jugar mal».

—¡Maldito seas, Dandridge, no ha sido tu jaqueca sino tu afición al *whisky* lo que nos ha hecho perder! —lo acusó el coronel. «*Whisky* irlandés, por cierto», se sonrió Connor.

—¿Jugamos otra? —preguntó lord Wolverton, recogiendo las cartas y empezando a barajar de nuevo.

Connor no estaba tan loco como para arriesgar el dinero ganado. Se levantó de la mesa, sintiendo sus músculos agarrotados después de pasar tanto tiempo sentado en la delicada silla.

—Me temo que yo debo marcharme ya.

—Es una pena —respondió lord Wolverton, aunque pareció aliviado—. Ha sido un placer, señor O'Malley. Espero que nos veamos de nuevo pronto.

—Gracias, lord Wolverton, yo también lo espero. —Miró a los otros dos hombres y esbozó una sonrisa falsa—. Coronel Fritz. Barón.

Los dos inclinaron levemente la cabeza a modo de despedida, pero no dijeron nada. Connor salió del salón de fumar con la sensación de que, por mucho que se relacionara con lo mejor de la sociedad londinense, nunca podría fingir bien una amistad con hombres como ellos.

El lacayo acababa de traerle su sombrero y su abrigo cuando oyó pasos bajando la escalera y se dio la vuelta. La señorita Simmons, vestida con un abrigo gris claro y un sombrero con una discreta pluma y un lazo color guinda, titubeó casi imperceptiblemente durante un segundo al verlo, y luego terminó de bajar y sonrió.

—¿Cómo ha ido el juego? Milady mencionó que usted era la última incorporación a las partidas de su esposo.

—Lord Wolverton y yo hemos ganado. —El tono de orgullo con que se lo anunció a la joven lo avergonzó, pero no pudo evitarlo. Lillian estaba muy bonita, casi tanto como en el baile; le brillaban los ojos y el lazo del sombrero ponía una nota de color en su normalmente sobrio estilo de vestir que le favorecía mucho.

—Me alegro.

Parecía un poco nerviosa ante él, y recordó cómo había agarrado su mano después de que tomaran juntos el té la semana anterior. No sabía por qué lo había hecho, pero ella no se había soltado hasta que oyó a lord Wolverton llegar. Tomar el té juntos había supuesto uno de los mejores momentos que había pasado desde su llegada a Londres. Al principio resultó un poco difícil que se relajara lo bastante como para expresar sus opiniones de manera abierta, pero cuando empezó a defender sus puntos de vista y su forma de educar a las niñas, Connor se sintió cautivado. La había pinchado y provocado, y había esperado que le siguiera la corriente, igual que hacía Rebecca Keating, o que cambiara de tema hacia otros menos serios, como haría lady Sophia, pero su reacción no había hecho más que confirmar la buena opinión que se había formado de ella casi desde que se conocieron.

—Veó que va a salir —observó mientras la joven se ponía los guantes.

—Sí. He terminado mis obligaciones aquí hasta el domingo por la noche.

—¿Entonces tiene libre el fin de semana? ¿Adónde va?

—A casa de mis padres. Bueno, a la mía —corrigió. Echó un vistazo a la ventana junto a la puerta principal—. Parece que se está levantando viento.

Connor estuvo a punto de ofrecerle llevarla en coche, aunque solo fuera por galantería, pero ¿y si aceptaba? Tendría que reconocer que no tenía carruaje y quedaría como un idiota.

—¿Vienen a buscarla? —preguntó en cambio.

—No, siempre me lleva Samuel, el chófer de los Wolverton. —Lillian abrió la puerta y antes de salir se giró de nuevo hacia él—. Puedo pedirle que lo acerque a usted a su casa de camino, si no ha traído su coche.

—No se preocupe, señorita Simmons. Vivo muy cerca, y me gusta caminar.

Ella no insistió, pero parecía reticente a marcharse. Era como si estuviese esperando a que él dijera algo más. De pronto, Connor se hartó de aquellos breves encuentros en casa de los Wolverton, y de que ella tuviera que estar siempre en ellos metida en su papel de institutriz. Deseaba conocer a la auténtica Lillian, una que hablara con libertad y no estuviera siempre pendiente de si aparecían sus jefes o de si sus alumnas se comportaban con corrección. En algunas ocasiones había llegado a vislumbrarlo, como la noche del baile, cuando conversaron en el invernadero, pero ya no le parecía suficiente. Dejándose llevar por el impulso, dijo:

—¿Le gustaría acompañarme mañana a dar un paseo?

Los labios de ella se separaron levemente a causa de la sorpresa, y por un instante se limitó a mirarlo a los ojos, como si intentara adivinar las intenciones escondidas tras su propuesta.

—¿Y adónde iríamos? —preguntó con cautela, aunque sin decir que no.

—Quizá podríamos ir a algún sitio tranquilo lejos del centro de la ciudad, donde se pueda respirar aire puro —sugirió. Empezaba a sentirse saturado de tantas cenas, reuniones sociales y fingimientos; le vendría bien alejarse de todo ello por un día—. He oído que algunos londinenses suelen ir a pasear a un lugar de las afueras llamado Hampstead Heath.

—¡Oh, sí! No lo conozco, pero dicen que es precioso.

—Entonces, ¿acepta mi invitación?

Una sonrisa se dibujó despacio en el rostro de ella y asintió con la cabeza. Connor se alegró de que hubiera aceptado, pero en seguida comenzó a darle vueltas a los aspectos prácticos de la cuestión: ¿de dónde iba a sacar un

carruaje para ir a ese lugar? Se dijo que ya lo arreglaría de alguna manera. Quizá William podría prestarle el suyo; después de todo, siempre estaba diciéndole que recurriera a él para lo que necesitara, y aún no le había pedido nada.

—La recogeré mañana después de comer, sobre las dos. ¿Le parece bien?

—De acuerdo. —Sacó una pequeña libreta de su bolso y un lápiz diminuto, y escribió algo en una de las hojas en blanco. Luego la arrancó de la libreta y se la dio—. Es la dirección de mi casa.

—Allí estaré. Hasta mañana, señorita Simmons.

—Hasta mañana, señor O'Malley.

Connor la observó mientras subía al coche que esperaba fuera, y cuando este se alejó, echó a andar a través de los remolinos de hojas secas que el viento levantaba de las aceras.

Al día siguiente, todo parecía estar extrañamente controlado. La fiebre de Deirdre había vuelto a bajar y, aunque su dolor de garganta no acababa de desaparecer, se levantó de la cama y se sentó junto a la ventana con una novela de Dickens. A Connor empezaba a exasperarle aquella extraña dolencia que aparecía y desaparecía, que unas veces la dejaba postrada en la cama durante un par de días y otras remitía lo suficiente para que los dos pensaran que había cesado. Pero nunca se curaba del todo. Había preguntado a su hermana si le importaba que se fuera y ella había dicho que no, pero sin interesarse demasiado acerca de adónde iba o con quién; otra señal de que algo seguía ocurriéndole.

—La señora Smith subirá dentro de un rato a hacerte compañía —le dijo mientras terminaba de peinarse frente al espejo de su dormitorio. Tenía la puerta abierta, y el apartamento era tan pequeño que podían conversar sin problema, aunque Deirdre estuviera en la sala de estar y no levantara la voz a causa del dolor.

—No hace falta —respondió desde allí.

—Ya sabes que te adora y que le encanta estar contigo. Para ella no es

ninguna molestia. —Connor salió del dormitorio y se acercó a la ventana. Comprobó que el carruaje de William ya esperaba abajo—. Tengo que irme, niña.

—Pásalo bien —le deseó sin mucho entusiasmo. En las últimas semanas, su carácter alegre y entusiasta se había ensombrecido, y a Connor le dolía presenciar ese cambio, ya que se sentía el principal responsable.

—Siéntate más cerca de la estufa.

—Apenas caliente, da igual dónde me sienta. Aquí junto a la ventana al menos me da un poco el sol. —Era cierto, había amanecido un día espléndido, más típico de principios de otoño que de casi inicios del invierno. Connor se alegraba de poder disfrutar con Lillian de ese tiempo benigno, aunque a la vez se sentía culpable de que Deirdre se quedara allí. Se inclinó sobre ella y la besó en su pálida mejilla.

—Mañana pasaremos el día juntos y le pediremos a la señora Smith que traiga su dominó para jugar una partida y un poco de bizcocho de vainilla. — Consiguió hacerla sonreír por fin y recogió su abrigo del perchero. Mientras se lo ponía, agradeció en silencio la existencia de la señora Smith. William y ella eran los dos únicos amigos verdaderos que tenían en Londres. Luego estaba ese agente de Scotland Yard, Erik Tanner, que se empeñaba en visitar a Deirdre como si tuviera alguna posibilidad con ella, y que siempre lo miraba a él con esa expresión recelosa... Toleraba sus visitas porque parecía que a su hermana le caía bien, y también como gesto de agradecimiento por haberla rescatado en Trafalgar Square, pero nada más.

La berlina negra y verde de William, con Daniel en el pescante, era el centro de atención de unos niños que jugaban con una peonza en la acera. La tarde anterior, antes de dirigirse hacia el apartamento, había pasado por la casa de los Peterson para pedirle prestado el coche. William ni siquiera le preguntó para qué lo quería, tan deseoso estaba de poder hacer algo por él.

Connor saludó al cochero y se acomodó en el pequeño habitáculo; en pocos minutos tendría a la señorita Simmons a su lado, a solas, compartiendo el escaso espacio con él. La sola idea bastó para excitarlo ligeramente.

Daniel puso en marcha el carruaje y las sucias calles del East End fueron quedando cada vez más atrás. Para Connor, resultaba un alivio cada vez que se alejaba de allí, y un verdadero tormento cuando regresaba. Era como vivir

dos vidas que nunca podrían reconciliarse... Pero se obligó a olvidarse durante unas horas de su situación, del extraño mal de Deirdre, de la peineta de Rebecca que le habían proporcionado por fin algo de dinero y de los brillantes que nunca podría vender. Tenía por delante una tarde entera con la señorita Simmons, y estaba decidido a aprovecharla.

El coche de Connor, una pequeña berlina negra con ruedas verdes, no era tan lujoso como el de los Wolverton, pero sí cómodo y moderno. Sin embargo, cuando Lillian se sentó en el interior tapizado de terciopelo verde, deseó que fuera más amplio. Solo había sitio para dos personas, y en el momento en que Connor entró detrás de ella y se acomodó a su lado, se percató con cierto nerviosismo de que el espacio parecía disminuir más aún. Y no era tanto por la elevada estatura del hombre, sino más bien por su mera presencia.

—Bueno, señorita Simmons —dijo él con un brillo de animación en los ojos—, Hampstead Heath está a una media hora de aquí. Si tiene frío, hay una manta de viaje bajo el asiento.

Lillian le sonrió como respuesta y volvió a mirar al frente, al tiempo que el carruaje se ponía en marcha. Media hora. Media hora que estarían sentados juntos en el pequeño habitáculo. ¿De qué iban a hablar? Apenas habían pasado unos segundos y no se le ocurría nada que decirle. Sin embargo, no tuvo que preocuparse demasiado, pues en seguida Connor se hizo con el hilo de la conversación y empezó a hablar con entusiasmo sobre el lugar al que se dirigían.

—El parque tiene más de trescientas hectáreas de extensión, así que es el doble de grande que Hyde Park. Contiene varios estanques naturales y robles de unos quinientos años de antigüedad...

—¿De verdad? —dijo ella, tratando de sonar más interesada de lo que realmente estaba. Connor parecía un libro de viajes, y le costaba atender a lo que decía. Aquella tarde se notaba más distraída de lo normal, así que se esforzó en centrarse en la conversación—: Dígame, señor O'Malley, ¿cómo

se le ocurrió que fuéramos a Hampstead Heath cuando lleva tan poco tiempo viviendo en Londres? Yo he vivido aquí siempre y jamás he ido.

—Un amigo mío me recomendó que fuera; dijo que me recordaría a mi lugar natal —respondió. Había sido William quien se lo había dicho, durante su primera cena juntos. Después de unos segundos, murmuró—: Me pareció que sería agradable ir juntos.

Ella volvió a sonreír y asintió como una muñeca mecánica, sin saber qué responder, maldiciéndose por ser tan tonta. ¿Qué le pasaba? No era así como solía comportarse. No quería ser como las jóvenes bobas e impresionables que no podían mantener una conversación inteligente en cuanto tenían delante a un hombre guapo. Siempre habían sido para ella objeto de desprecio.

Connor miraba ahora por la ventanilla, contemplando las líneas neoclásicas del Museo Británico, junto al que pasaban en ese momento. Tenía las manos, cubiertas por guantes negros de piel, cruzadas con suavidad sobre los muslos. Lillian se preguntó cómo se sentiría él siendo tan alto, teniendo esas piernas tan largas, que, lejos de hacerlo desgarbado, le prestaban tanta elegancia. Aquel día llevaba unos pantalones gris oscuro con finísimas rayas de un gris más claro, un abrigo de terciopelo negro y una bufanda de cachemir a cuadros grises y verdes rodeando su cuello. Lillian se dio cuenta de pronto, mientras observaba sus ropas de apariencia cara, que Connor nunca le había contado en ninguna de sus conversaciones a qué se dedicaba. Solo sabía de él lo que le había escuchado explicar a lady Wolverton: que había vivido en Irlanda hasta que falleció su padre, momento en el que decidió iniciar una nueva vida en otro lugar, y que había comprado una bonita casa pareada en algún lugar de Marylebone. Suponía que vivía de la herencia de su padre, pero lo cierto es que él no le había dado ninguna explicación en ese sentido. Y, en cambio, ella le había hablado de muchísimas cosas: de su decisión de hacerse institutriz, de su poca inclinación hacia las grandes fiestas, de sus clases con Lucy y May... Lillian se propuso no revelar nada más de ella hasta que él no lo hiciera de sí mismo.

Conversaron durante un rato sobre el Jubileo de Oro de la reina Victoria, que se había celebrado en junio. Connor había llegado a Londres a principios de noviembre, y quería saber cómo habían sido las celebraciones. Ella

empezó a describirlo:

—La reina realizó un recorrido a través de la ciudad en un landó descubierto, escoltada por la Caballería Colonial de la India. Nunca había visto nada parecido.

—Seguro que fue impresionante —comentó él, aunque no parecía en absoluto impresionado.

—Sí, lo fue, a pesar de que casi no se la veía entre la multitud... Además, no es precisamente una mujer alta —bromeó Lillian bajando un poco la voz como si alguien pudiera oírla y arrestarla por faltar al respeto a su reina—. Después del servicio religioso en Westminster, volvió al palacio y se asomó al balcón a saludar.

—¿Y luego?

—Creo que hubo un banquete en el palacio.

Connor se quedó pensativo unos segundos y luego, sin que ella viera la necesidad, comentó:

—Sospecho que a esa parte de la celebración no estaba invitado el pueblo.

—¡Evidentemente no! —contestó Lillian—. Pero por la noche pudimos ver los fuegos artificiales...

—Maravilloso. Me imagino que unos buenos fuegos artificiales siempre ayudan a olvidar durante un rato el hambre y las privaciones.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Imagine a los niños que trabajan en las fábricas. Más o menos en el momento en que el cielo de Londres estalla en deslumbrantes azules, amarillos y rojos, están volviendo a sus casas después de doce horas de jornada para cenar un poco de sopa aguada y un pedazo de pan... Y apuesto a que demasiado exhaustos como para estar en la calle viendo los fuegos. ¡Aunque son niños, quién sabe! —reflexionó él con ironía. «¿A dónde quiere llegar?», se dijo Lillian. Connor continuó—: Por su parte, a esa misma hora las prostitutas de Whitechapel suelen estar muy ocupadas también, es decir, vendiendo su cuerpo en un oscuro callejón a hombres casi siempre repulsivos por unos pocos peniques. Quizá los fuegos artificiales animaran un poco la faena, pero no creo que volvieran el asunto especialmente romántico para ellas...

Lillian, que se había sonrojado con la mención a las prostitutas, empezó a

entender lo que Connor sugería.

—¿Insinúa que no debería haber habido ningún festejo? ¿Que la reina tiene la culpa de esas cosas horribles que suceden a veces? —inquirió un poco a la defensiva.

Connor se rio.

—¿Esas cosas horribles que suceden a veces? —repitió mordaz—. Señorita Simmons, perdone que se lo diga, pero para ser institutriz es usted un poco ignorante. Cuando tomamos el té juntos me pareció que estaba al corriente de los problemas sociales... En fin. Lo que acabo de describirle son solo dos ejemplos de algo que ocurre *todo el tiempo* en una mitad de Londres de la que nuestra querida reina no sabe nada. Y eso sin mencionar lo que sucede en Irlanda...

—Sé perfectamente lo que sucede en Irlanda —interrumpió ella con frialdad. La había llamado ignorante, y eso, para Lillian, era uno de los peores insultos que podía recibir.

—Ilústreme, se lo ruego.

—Los irlandeses se quejan de que los ingleses les han arrebatado sus tierras. Existe una organización dedicada a la rebelión armada en contra de los británicos; los fenianos, creo que se llaman...

—Lo que ha dicho es cierto, pero tiene una manera un poco aséptica de explicarlo —opinó él con amabilidad—. Quizá porque es inglesa y nunca ha vivido allí. ¿Le suena un terrible episodio de nuestra historia conocido como «la Gran Hambruna»? A finales de los años cuarenta, las cosechas se echaron a perder y la población de Irlanda se redujo casi a la mitad, entre los que murieron de hambre y los que se vieron obligados a emigrar.

—Conozco la historia del Reino Unido —aseguró Lillian. Era curioso, pensaba, que hubiera pasado tantos años deseando mantener conversaciones sobre algo más que bailes y cotilleos, y que ahora que por fin las tenía, le resultara tan irritante.

—Entonces sabrá que los políticos británicos se negaron a cualquier tipo de intervención económica por parte del estado. Dijeron que el mercado acabaría reequilibrándose por sí solo y la situación se resolvería sin más.

—¿Ahora está echándole la culpa a los principios que Adam Smith estableció en el siglo XVIII?

—Me tienen sin cuidado los principios de Adam Smith —aseveró él con acritud—. Murieron miles de personas porque se negaron a ayudarnos.

—¿Por qué se incluye usted? ¿Acaso su familia no era propietaria de una gran mansión y de extensas tierras? Dudo que pasaran muchas privaciones... —ironizó. No sabía la edad exacta de Connor, pero hizo un rápido cálculo mental y añadió—: ¡Y ni siquiera había nacido entonces!

—Me incluyo porque soy irlandés. Mi padre me contó que los O'Malley hicieron todo lo posible por ayudar. Enviaron sacos de comida a las familias pobres de los alrededores y realizaron numerosas donaciones.

—Estoy segura de que fue terrible, pero no entiendo qué tiene que ver todo eso con el Jubileo de la reina.

—La cantidad de dinero que la reina Victoria nos envió fue absolutamente irrisoria. Pero usted pretende que todos sus súbditos enloquezcan por unos fuegos artificiales...

—¡Yo no pretendo nada! —exclamó Lillian. Resopló de una forma muy poco femenina—. ¡Es usted agotador, señor O'Malley!

—No lo sabe usted bien, señorita Simmons —respondió él con un guiño. El coche había disminuido un poco la velocidad, y echó un vistazo por la ventana—. Parece que estamos llegando.

Lillian se asomó también por su lado y descubrió un paisaje muy diferente al del centro de la ciudad. Habían llegado a un lugar mucho más bucólico, que parecía casi sacado de un cuadro pastoril. La carretera por la que pasaban era de tierra, y frente a ellos se levantaba una masa de altos robles y arces rojos. Lillian vio algunas casas blancas de apariencia rústica, con contraventanas de madera pintada de azul, a los lados del camino, y dos caballos blancos que pastaban tranquilamente dentro de un cercado.

—Vaya... no sabía que había un sitio así tan cerca de la ciudad —comentó.

El cochero abrió la puerta y los ayudó a descender. Una vez fuera, Connor miró a su alrededor y luego levantó la vista al cielo.

—Y hemos tenido suerte, hace una tarde magnífica. Apenas hay nubes.

Connor le indicó al cochero que los esperara y le ofreció su brazo a Lillian. El terciopelo de su abrigo parecía suave y cálido en extremo, y ella deseó poder quitarse los guantes para sentirlo directamente bajo sus dedos.

Se adentraron en el parque, que era muy diferente a Hyde Park. Los

caminos no estaban cuidados ni allanados, y la vegetación crecía en total libertad. Había arbustos de grosellas y de moras, y grandes hongos blancos y marrones cerca de los troncos de los árboles. El aire era frío y puro, y solo se oía el canto de los pájaros y el crujido de las hojas secas bajo sus pies.

—¡Es precioso! —exclamó Lillian. Dirigió la vista hacia Connor, que también miraba a su alrededor con admiración.

—Sí. Ha sido un gran descubrimiento.

Caminaron durante un rato hasta salir de la arboleda y encontraron un claro con un estanque de aguas tranquilas y oscuras. Un zorro de pelaje anaranjado estaba bebiendo en la orilla y, al percibir su presencia, salió corriendo, ocultándose entre los matorrales. Rodearon el estanque y caminaron un poco más hasta llegar a una zona con menos árboles, que se extendía en forma de suaves colinas cubiertas de hierba. Se cruzaron con un hombre mayor, tocado con una gorra a cuadros, una caña de pescar en una mano y un periódico enrollado bajo el brazo, que les hizo un gesto de saludo, pero cuando se alejó hacia el estanque de donde venían volvieron a estar solos.

Había un enorme roble solitario en lo alto de una pequeña loma, y Lillian se dirigió allí para contemplar el paisaje desde esa elevación. Con los brazos en jarras, miró a su alrededor, inspirando profundamente el aire del campo. Se había levantado algo de viento otra vez, soltando algunos mechones de su moño y haciéndolos bailar ante sus ojos. Se sentía casi eufórica.

—¿Y bien, señor O'Malley? ¿Tenía su amigo razón?

Connor se acercó a ella despacio, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo.

—¿A qué se refiere?

—Cuando le dije que este lugar le recordaría a Irlanda. ¿Es cierto?

Esperó mientras él contemplaba las suaves colinas, la arboleda que se dibujaba al fondo y el camino de tierra que atravesaba la hierba silvestre.

—Más o menos —respondió al fin—. Aquí he visto el mismo tipo de árboles, y aquellas colinas verdes se parecen algo a las que hay junto a la casa donde nací, en el condado de Wicklow... Aunque la hierba es de un color más brillante allí, o al menos así la recuerdo yo. Y los estanques que hemos visto podrían recordar a los lagos de allá, aunque los lagos irlandeses están en los valles de montañas majestuosas o en los circos glaciares... Por las montañas

de Wicklow vagan los ciervos y las cabras montesas, y los halcones peregrinos vuelan tan alto que se diría que pueden ver el mundo entero desde arriba. Y aquí no he visto ni rastro del brezo violeta que cubre los valles, aunque sin duda este es un parque muy bonito...

Lillian lo escuchaba en silencio. Había comenzado a hablar con una sonrisa en el rostro, pero ahora estaba serio. Tenía los ojos fijos en la lejanía, en dirección a las colinas, pero no parecía verlas. Estaba en otro sitio, igual que el día que lo vio por primera vez en Hyde Park, sentado frente al lago. Comprendió que, tanto en ese momento como en el presente, Connor estaba en realidad en su tierra natal, muy lejos de allí. Muy lejos de ella.

—A veces cabalgaba hasta Greystones o Bray para ver el mar. Paseaba por la playa y luego entraba en alguna oscura y sucia taberna de los muelles y bebía unas pintas de Guinness con los pescadores... A veces cantábamos hasta quedar afónicos. Era muy divertido. Echo de menos esas canciones en gaélico; cómo sonaban las palabras... Echo de menos el mar. —Giró hacia su izquierda, hacia donde se erguía un pequeño grupo de árboles medio deshojados, dándole la espalda a Lillian, y su voz adquirió un tono sombrío y apagado—. No creo que esto se parezca realmente... No, no se parece en absoluto.

Ella percibía la profunda añoranza y la nostalgia que lo invadían en ese momento. Observó cómo el viento agitaba los extremos de su bufanda a cuadros y los mechones de su cabello, y así como estaba, de espaldas a ella y atormentado por los recuerdos, le pareció estar viendo a Heathcliff, como si hubiera escapado del volumen de *Cumbres Borrascosas* que Lucy apreciaba tanto. De repente, por primera vez, comprendió por qué Lucy se sentía tan cautivada por aquel personaje. Lillian deseaba que volviera a estar alegre y animado como antes, que le hablara de nuevo y preguntara cosas sobre la ciudad y sobre su vida, pero al mismo tiempo le atraía ese repentino distanciamiento, esa pasión por el lugar donde había vivido, e incluso el dolor que mostraba a causa de haberlo dejado atrás.

Finalmente se acercó a él y, tras un segundo de duda, tocó su brazo. No pareció darse cuenta.

—Connor...

Al oír su nombre por fin pareció reaccionar y se volvió hacia ella. Tenía los

ojos vidriosos y una expresión desolada. Lillian siempre había visto a Connor sonriendo y bromeando, o al menos siendo completamente dueño de sí mismo, así que la profunda tristeza que exhibía ahora su rostro penetró en su alma, y deseó poder hacer algo para que desapareciera. Con una mano aún sobre su antebrazo, levantó la otra y acarició su oscuro cabello revuelto. Debido a la altura de Connor, Lillian tenía que elevar el rostro para poder mirarlo a los ojos. Él solo sostuvo su mirada un breve instante; después bajó la cabeza hacia ella. «¡Va a besarme!», pensó con excitación y asombro, y se percató de cuánto lo deseaba. Pero no lo hizo. En vez de eso, Connor rozó la mejilla de ella con la suya, como un gato que pide caricias, y apoyó suavemente las manos en su cintura. Lillian permaneció allí, esperando, incapaz de iniciar ningún movimiento, pero también de apartarse una sola pulgada. El viento había deshecho del todo su peinado, y agitaba los cabellos de ambos, de un color similar, enredándolos entre sí. No podía ver la cara de él, ya que tenía la cabeza inclinada hacia un lado, pero sentía el calor de su aliento sobre el cuello. Había una fuerza magnética allí, juntos sobre la colina, una energía que pasaba de él a ella y de ella a él; Lillian sentía esa corriente recorrer todo su cuerpo de arriba abajo, calentando su sangre y provocando que fluyera con mayor rapidez. La mente, por una vez en su vida, se le quedó en blanco. Nunca se había sentido conectada a alguien de esa manera.

Connor se movió y Lillian levantó un poco la cabeza para mirarlo. Él también la miraba. Tenía los ojos entornados, con las largas pestañas cubriendo el azul de sus ojos, pero la miraba. Sin pensar en nada, Lillian se puso de puntillas, apoyándose en los antebrazos de él para no perder el equilibrio, y lo besó con suavidad. Solo fue un breve contacto, pero notó que Connor se sorprendía y que sus ojos se abrían del todo, como si jamás hubiera esperado que ella tomara la iniciativa. Lillian temió haber hecho mal y trató de dar un paso atrás, pero Connor reaccionó rodeando su cintura con firmeza para volver a atraerla hacia él y bajando su boca hacia la suya. No actuó con el recato de ella, y su beso fue muy diferente: la besaba lentamente, como si tuviera todo el día para hacerlo, pero a la vez con una intensidad que le producía una sensación de calor y frío a la vez, que hacía que sus piernas se aflojaran y que la obligaba a sujetarse a él con más fuerza para no caerse.

Jamás nadie la había besado así, por supuesto, pero es que tampoco había imaginado que alguien fuera a hacerlo de ese modo en algún momento de su vida.

Cuando se separaron, Lillian estaba temblando. Las manos de Connor ya no rodeaban su cintura ni sus labios presionaban los suyos, pero se sentía como si hubiera quedado marcada a fuego para siempre.

—¿Tienes frío? Quizá deberíamos volver ya. Va a hacerse de noche — escuchó decir a Connor como si estuviera a varias millas de distancia. Su voz había perdido el hálito de tristeza anterior y volvía a sonar amable y cálida.

Lillian miró a su alrededor con la sensación de que acababa de despertarse de un sueño y descubrió que el sol estaba ya bajo y que la luz había disminuido considerablemente. Asintió y echó a andar en dirección a donde los esperaba el coche, pero en seguida él la tomó de la mano y empezó a caminar un paso por delante de ella, en silencio, guiándola para que no tropezara ni se apartara del sendero hasta llegar al carruaje. En cuanto los vio llegar, el chófer saltó del pescante para ayudarlos a subir y en pocos segundos estuvieron en marcha.

El trayecto de regreso discurrió casi por completo en un silencio que no era incómodo ni tenso. Después de la tarde que habían pasado juntos, todo lo que pudiera decirse se le antojaba a Lillian superfluo, y permanecieron sentados sin hablar, disfrutando de su cercanía. Connor había tomado la mano de ella y la sostenía entre las suyas, sin soltarla, incluso cuando se quedaba mirando por la ventana durante largos minutos. A medio camino, Lillian, que se había cubierto con la manta de viaje, cayó en una agradable somnolencia y, aunque luchó por no quedarse dormida para no privarse de los últimos momentos en compañía de Connor, finalmente cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, vio que el coche acababa de detenerse frente a la puerta de su casa.

Su acompañante descendió del coche y la ayudó a bajar. Fuera ya estaba oscuro y la calle parecía desierta. Él echó un vistazo a las ventanas de la casa de los Simmons, que estaban iluminadas y con las cortinas aún descorridas, y Lillian sospechó que estaba comprobando si alguien podía verlos desde el interior para volver a besarla. Este pensamiento la puso de nuevo en tensión, como no había estado en todo el día hasta ese momento, y dio un paso atrás para despedirse de forma más decorosa.

—Gracias por este día, señor O'Malley. Lo he pasado muy bien.

Connor la miró con un brillo burlón en los ojos.

—¿De verdad vas a seguir llamándome así?

—Es cierto —sonrió ella, recordando que ya lo había llamado por su nombre justo antes de besarlo, y añadió en voz baja—: Connor.

—Buenas noches, Lillian —dijo él con voz suave. Lillian esperó que dijera algo más, ya que apenas habían hablado desde el beso, pero él solamente tomó su mano y se la llevó a los labios un momento. Luego volvió a subir al coche, y un instante después, desaparecía calle abajo en la oscuridad.

Habían transcurrido cuatro días desde su excursión a Hampstead Heath, aunque, para Lillian, de pronto el paso del tiempo había pasado a medirse más bien en «días transcurridos desde el beso». Dormirse por las noches y levantarse por las mañanas cada vez le costaba más según avanzaba la semana sin recibir noticia alguna de Connor.

Eran las ocho de la mañana del jueves y seguía tendida en la cama, mirando fijamente el techo. A esa hora ya debía estar abajo, en el comedor, para tomar el desayuno con las niñas antes de la primera lección, pero solo pensar en levantarse, vestirse, recogerse el cabello y conversar con Lucy y May mientras intentaba que se dieran prisa en terminar sus tostadas le producía una pereza insoportable.

«¿Por qué no ha venido?», se preguntó una vez más. Era incapaz de comprenderlo. ¿Por qué las semanas anteriores había estado apareciendo *casualmente* una y otra vez, y ahora que había pasado eso entre ellos era como si la tierra se lo hubiera tragado? «Se arrepiente; eso es lo que pasa». Recordó otra vez cómo había tomado ella la iniciativa al besarlo y tuvo que taparse la cara con el edredón, mortificada. «¿Cómo pude? ¿Cómo pude? ¡Ninguna dama se lanza a besar a un caballero de esa manera!». Su mente era un torbellino de ideas contrapuestas. Quizá no debía haberlo besado primero, pero entonces, ¿por qué había respondido él de aquel modo tan apasionado? ¿Solo porque era un hombre, y en esa situación habría reaccionado igual con cualquier mujer? Pero en el fondo de su corazón estaba casi segura de que sentía algo por ella; quizá no amor, pero desde luego sí atracción y respeto. Lo delataba su manera de mirarla, cómo la tocaba, la forma que tenía de sonreír mientras la escuchaba... «Y entonces, ¿por qué no ha venido?». Todas

sus reflexiones sobre el tema acababan con la misma pregunta.

Haciendo un esfuerzo enorme, apartó el edredón y se levantó de la cama. Mientras se ponía el corsé miró por la ventana; durante la noche había caído la primera nevada del invierno, y aunque aún no había cuajado tanto como para vestir por completo de blanco el jardín, las ramas de los árboles que se veían desde su dormitorio se combaban ya bajo el peso de la nieve. Se puso un vestido sin fijarse mucho y se recogió el pelo con rapidez en un moño sencillo. Antes de salir se miró en el espejo: habían aparecido unas leves ojeras bajo sus ojos a causa de la falta de sueño, así como unas arrugas casi imperceptibles en la frente, producto de la ansiedad y de fruncir el ceño cuando estaba inmersa en sus pensamientos... Si seguía así, empezaría a morderse las uñas.

Volvió a lavarse la cara con agua fría y trató de relajar el rostro. «No puedes estar así por un hombre, Lillian. ¡Eso no es digno de ti! Solo han pasado cuatro días... Te comportas como una adolescente ansiosa. Incluso aunque no volvieras a verlo, no debería importarte demasiado. Siempre has estado por encima de esas tonterías». Se lo repitió a su imagen en el espejo, como si fuera otra persona a la que estuviera reprendiendo, y salió de la habitación.

Se sentía un poco mejor mientras bajaba la escalera, pero no confiaba demasiado en que esa sensación fuese definitiva. Había repetido prácticamente el mismo ritual todas las mañanas desde el domingo.

Entró en el comedor a toda prisa y con una disculpa preparada por su tardanza, pero ni lord Wolverton ni las niñas parecían haberse fijado en lo tarde que era. Ellas le desearon buenos días alegremente, como siempre, y el señor de la casa apenas levantó la vista del *Times*. Lillian se sentó en su sitio y aguardó mientras James le servía té en su taza.

—Oh, vaya —murmuró lord Wolverton con tono de disgusto.

—¿Qué ocurre, papá? —quiso saber Lucy.

Su padre bajó el periódico y la miró como si por un momento hubiera olvidado que estaba allí.

—El periódico me ha recordado que mañana es el estreno de *Rigoletto*. Compré las entradas hace tiempo, así que tendré que perderme la partida de *whist* en casa del coronel Fritz.

—¿Por qué juegas tanto al *whist*? ¡La semana pasada también jugaste!

—Lucy... —la advirtió Lillian. Lord Wolverton levantó una mano, impertérrito, como dando a entender que no le molestaba.

—Jugar a los naipes es uno de los pocos entretenimientos que se nos permiten a los adultos —le explicó a la niña—. Pero esta vez tendré que perdérmelo.

—¿Ibas a jugar con el señor O'Malley? —se interesó Lucy, abriendo mucho los ojos. Sin poder evitarlo, Lillian abandonó en el plato el bizcocho que estaba comiendo y esperó también la respuesta.

—No. El señor O'Malley es un caballero realmente escurridizo. —«Desde luego», pensó Lillian—. Solo cuando sale de nuestra casa me doy cuenta de que no sé su dirección, por lo que no tengo forma de contactar con él hasta que vuelve a venir. ¿Por qué te interesas tanto por él, Lucy?

—Por nada en especial, papá —respondió ella dirigiéndole a Lillian una mirada traviesa que su padre no vio—. Fue muy amable devolviéndome el manguito.

—Sí que lo fue. Y juega al *whist* bastante bien, aunque tiene unas ideas un tanto curiosas...

Lillian tuvo que morderse el labio para contener el impulso de preguntar qué ideas eran aquellas. Bajó la vista a su plato y se concentró en acabar su desayuno, pero la molesta sensación con que se había despertado recobró toda su fuerza. Volvía a sentir una especie de vacío en la boca del estómago, y la ansiedad por saber algo de él se apoderaba otra vez de ella. Lord Wolverton no dijo nada más acerca de Connor, y Lillian lo agradeció, pero no sirvió de mucho. Se sentía como una tonta, y eso era inadmisibile. Le bastaba cerrar los ojos durante un segundo para ver su rostro, y cada vez que eso ocurría, le daban ganas de enterrar la cara entre sus manos para borrar la imagen, o de golpear cualquier cosa que tuviera delante. Al menos, todo aquel desbarajuste absurdo quedaba limitado al ámbito de sus pensamientos... La idea de que nadie pudiera adivinar por su comportamiento lo que bullía en su interior la consoló y la ayudó a reaccionar. Se limpió los labios con la servilleta y anunció a las niñas que la primera clase del día estaba a punto de comenzar. No volvería a pensar en él hasta que la jornada terminase.

A última hora de la tarde de ese mismo jueves, Connor contemplaba caer la nieve desde la estrecha ventana del dormitorio de Deirdre. Durante los últimos tres días apenas se había movido de allí, y había permanecido sentado en una silla junto a su lecho, contemplando con ansiedad su rostro enrojecido por la fiebre, sintiéndose cada vez más impotente y asustado. El lunes por la noche, cuando aún podía notar en sus labios la sensación de la boca de Lillian, su hermana había acudido a su cuarto y había tenido el tiempo justo para informarle con un hilo de voz de que se encontraba peor antes de desplomarse ante él. Y ya no había vuelto a recuperarse.

Connor se levantó de la silla y se acercó a la cama. Seguía haciendo ese terrible sonido sibilante al respirar. Era evidente que aquello no podía ser un simple resfriado mal curado, ni tampoco una mera infección de garganta. Tendría que buscar un médico y rezar para que no fuera demasiado tarde; y si lo era, toda la culpa sería suya, por no haber reaccionado antes. No podía dejar de torturarse pensando en las tardes que había pasado en casa de lord Wolverton, en sus mañanas perdido en Hyde Park, en las numerosas cenas y bailes a los que había acudido en los últimos tiempos... Llevaban un mes y medio viviendo en aquel edificio frío e insalubre; ya tendría que haber encontrado la manera de sacar a su hermana de allí. ¿Cómo era posible que un hombre adulto como él, inteligente y resuelto, no consiguiera dinero de una forma honrada? ¿Por qué nadie le daba un trabajo? ¿Iba realmente a poder vivir con la carga de dos robos sobre su conciencia?

Y luego estaba el asunto de Lillian. No era solo que se sintiera mal por haber pasado el domingo con la joven institutriz en vez de con Deirdre... Además, desde esa tarde no dejaba de pensar que era indigno de ella. Cuanto más la conocía, mejor percibía su forma de ser, tan recta e íntegra. Quizá no estaba familiarizada del todo con los males que aquejaban la ciudad, pero era compasiva, sensible y —por debajo de aquella capa de austera dignidad— dulce. Cuando la invitó a ir con él a Hampstead Heath no lo había hecho con intención de acabar besándola en alguna colina. Lillian lo atraía físicamente tanto como a nivel mental, y justo por eso se había propuesto sentar los cimientos de una buena amistad antes de intentar nada... Ni siquiera estaba

seguro de que fuera adecuado ser algo más que amigos. No podía negar que había deseado tocarla y tenerla entre sus brazos desde... ¿cuándo?; tal vez desde que habían coincidido en el baile, incluso antes de reconocerla. ¿O había sido desde que la encontró por primera vez en Hyde Park? Cada vez que la veía, le resultaba más duro mantener las distancias. ¡Y ella parecía siempre tan rígida, tan fría...! Por eso le había sorprendido tanto que fuera Lillian quien tomara la iniciativa susurrando su nombre y besándolo con suavidad. Él se había quedado perdido en sus recuerdos de Wicklow y de Malley House, flotando entre la autocompasión y la añoranza, y de pronto ella se había acercado y su boca estaba sobre la suya. Obviamente, a partir de ahí ya no había podido controlarse. Lillian podía dar gracias a Dios porque no la hubiera tomado allí mismo, sobre la hierba.

Había pasado todo el lunes pensando en ella y en la situación en general, y al acostarse por la noche estaba resuelto a ir a casa de los Wolverton al día siguiente. Iría con cualquier excusa, y así podría verla... Y entonces, Deirdre había aparecido en el quicio de la puerta, temblando y con esa extraña expresión en la cara. Por tanto, Lillian no tenía ninguna noticia suya desde el domingo, y a esas alturas ya debía despreciarlo. Como mínimo, lo consideraría un hombre muy poco caballeroso. Pero ese era un castigo muy leve en comparación con el que merecía. Ya no se movería del lado de Deirdre hasta que mejorara.

Deirdre abrió los ojos y los fijó en el rostro de Connor sin decir nada.

—¿Cómo te encuentras?

—Me arde la garganta. —Su voz había cambiado, se había transformado en un susurro ronco y áspero—. No... no puedo respirar bien.

—¿Te cuesta respirar? —Los ojos de Connor se abrieron con espanto. Tenía que haber salido a llamar a un doctor la primera vez que oyó el sonido que hacía al inspirar y exhalar aire. ¿Qué demonios le pasaba?—. Voy a buscar a un médico. Volveré en seguida.

—¿Cuánto tiempo lleva con los ganglios inflamados? —preguntó el doctor

Hubbert mientras palpaba el cuello de Deirdre. Su descuidada barba de un blanco amarillento rozó el camisón de la joven al inclinarse para escuchar su corazón.

—No lo sé —respondió Connor, angustiado e impaciente—. Tres o cuatro días.

El médico se irguió y miró con desaprobación a Connor y luego a la señora Smith, que se retorció las manos detrás de él. El diminuto cuarto de Deirdre parecía abarrotado con cuatro personas en su interior, y Connor, con su elevada estatura, se sentía como un gigante en una pequeña choza. Sintió el fuerte deseo de salir de allí; el cuarto necesitaba ventilarse, y no solo flotaba en la atmósfera los acres olores típicos de la enfermedad, sino también los que emanaban del cuerpo del propio doctor. Era un hombre de unos sesenta años, grueso y con la cara abotargada y cubierta de marcas de viruela. Sus ojos estaban hundidos bajo los párpados hinchados, y los labios que asomaban por debajo del bigote se retiraban cuando hablaba para dejar ver una dentadura postiza mal ajustada. A Connor le había desagradado nada más verlo, pero era el único médico que había encontrado en el barrio y, con bastante seguridad, el único que podría pagar. Sospechaba que aquel hombre se ocupaba sobre todo de *solucionar* los embarazos de las prostitutas y de curar los «males innombrables del amor» de sus clientes, pero si era médico podría decirle lo que le ocurría a su hermana y cómo curarla, y con eso le bastaba.

El doctor Hubbert enarcó sus pobladas cejas, inmune a la expresión desolada de la señora Smith y al nerviosismo de Connor.

—¿Y han esperado hasta ahora para llamarme?

—Pensamos que sería solo un resfriado mal curado —gimió la anciana.

—Bien, ¿qué es lo que tiene? —preguntó Connor con el corazón en un puño. No le parecía que fuera momento para reprimendas, bastante culpable se sentía ya sin que ese hombre insinuara nada.

Él también se preguntaba por qué había tardado tanto en buscar a un médico. La única razón que se le ocurría era que se había negado a ver la realidad. La situación ya era bastante complicada sin necesidad de que Deirdre tuviera una enfermedad grave, así que se había intentado convencer a sí mismo de que solo necesitaba guardar reposo y que la señora Smith y él la

cuidaran. Su hermana nunca había padecido ningún problema serio de salud, y no podía creer en la mala suerte de que ocurriera ahora. Pero aquello no era ninguna excusa; Connor tenía la obligación de velar por la seguridad y el bienestar de su único familiar vivo, y no lo había hecho del todo... Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Hubbert volvió a inclinarse sobre Deirdre, que no estaba exactamente dormida pero tampoco despierta. Le abrió la boca y se asomó para examinar su garganta. Asintió con la cabeza, como si confirmara algo que ya sospechaba, e indicó a Connor que se acercara a mirar.

—¿Ve esa especie de membrana gris en la faringe? ¿Nota el hedor que despide?

—¿Qué es eso? —Connor dio un paso atrás, horrorizado. Muy al fondo de la garganta de su hermana se veía con claridad lo que parecía una desagradable tela grisácea. ¿Desde cuándo la tenía?

—Difteria.

—¡Oh, Dios mío! —volvió a gemir la señora Smith.

—¿Está usted seguro?

—Me temo que sí. Esa membrana es inconfundible.

Sin ser consciente de ello, Connor se sentó en el borde de la cama mientras el hombre continuaba hablando. *Difteria*. Nunca había conocido en persona a nadie que sufriera la enfermedad, pero no lo necesitaba para saber que en muchas ocasiones era mortal. Si no se trataba de forma adecuada, o si se llegaba tarde, la infección acababa produciendo una toxina que podía afectar al corazón y a los riñones. A veces ni siquiera era necesario llegar a eso, puesto que la membrana de la garganta podía hacerse tan densa que no permitía el paso del aire, y el enfermo moría de asfixia después de una terrible agonía.

—¿Cómo ha podido contraerla? —preguntó cuando consiguió salir de la bruma de sus pensamientos.

—Es muy contagiosa. Puede haberse infectado solo por estar cerca de alguien que la tuviera. Deben ustedes tener cuidado, no entren en el cuarto a no ser que sea absolutamente necesario. —El doctor había empezado a guardar sus instrumentos en el maletín, pero soltó de forma involuntaria su estetoscopio cuando Connor le clavó los dedos en el brazo.

—¿Espera que no me ocupe de mi hermana para evitar contagiarme?

—Solo les avisaba de que...

—No hace falta que me avise de nada —replicó con brusquedad. Reparó en la expresión espantada del médico y le soltó el brazo. El hombre se lo frotó ligeramente, al tiempo que le lanzaba una mirada de rencor—. Dígame qué se puede hacer para curarla.

—Bueno, se está investigando mucho en estos últimos tiempos, y quizá en un par de años se encuentre la antitoxina que...

—Doctor —le cortó Connor, tratando con todas sus fuerzas de no perder la paciencia otra vez—. ¿Qué se puede hacer *ahora*?

—Hay un par de remedios que a veces dan buen resultado.

—¿A veces?

—Le seré franco, señor. En la actualidad no hay una forma segura de luchar contra la difteria. Se pueden paliar los síntomas y confiar en que el organismo del enfermo sea lo bastante fuerte para luchar contra la infección... —Se encogió de hombros—. Depende del caso.

Connor cruzó la mirada con la señora Smith; resultaba obvio que la delicada constitución de Deirdre no podría vencer por sí sola la enfermedad. Necesitaba mucho más que *un par de remedios* que pudieran dar resultado o no.

—¡Tiene que haber algo que se pueda hacer!

—Bueno, por supuesto estaría mejor cuidada en un hospital. Y cuando su estado fuera un poco menos grave, le vendría bien irse una temporada al campo. Esta niña está demasiado delgada y pálida; si respirase cada día aire fresco y se alimentara bien, seguro que no habría enfermado.

«Es culpa mía», se dijo una vez más, «y lo que le ocurra a Deirdre a partir de ahora, también será por mi causa».

Sin decir una palabra, Connor salió del cuarto y entró en el suyo. Buscó debajo de la cama y sacó la cajita de cartón que contenía su más deshonesto secreto. Allí estaban: la pulsera de brillantes de lady Sophia, enroscada sobre sí misma como una pequeña serpiente hecha de luz, y el dinero que le habían dado por la peineta de Rebecca Keating. Las cinco libras ganadas en la partida de cartas las había empleado ya en pagar el alquiler. Sacó los billetes, los metió en su bolsillo y volvió a dejar la caja donde estaba.

Por suerte, había conseguido que le compraran la peineta, aunque había evitado volver al sórdido establecimiento de aquellos dos desagradables hombres. No estaba seguro de haber hecho un buen trato, pero había aceptado sin dudar lo que le ofrecieron. Necesitaba el dinero, fuera el que fuera, y, además, no podía tener dos joyas robadas debajo del cochón de su cama. Bastante malo era no poder deshacerse de la pulsera. Volvió al dormitorio de Deirdre con la esperanza de que fuera suficiente para poder pagar un tratamiento hospitalario.

—¿Cuánto costaría la estancia en un hospital? —preguntó al médico sin preámbulos. Este ya había terminado de cerrar su maletín y esperaba de pie junto a la cama. La señora Smith se afanaba en refrescar el rostro de la niña, alternando el aire que producía su viejo abanico negro con la aplicación de compresas frías sobre su frente.

—Depende.

—¿Depende de qué?

—De si se refiere a un hospicio o a un hospital de verdad.

—¡Por todos los diablos! ¿Usted qué cree?

—Bueno, un hospital con buenos medios y un tratamiento adecuado para su dolencia le costarían... unas sesenta libras.

Lleno de alivio, Connor dejó salir el aire que había retenido. Le habían pagado ciento cincuenta libras por la peineta, así que aún le sobraría dinero.

—De acuerdo. ¿Puede encargarse del traslado?

El doctor Hubbert se quedó mirándolo con escepticismo.

—¿Tiene usted suficiente dinero para tener a su hermana ingresada alrededor de tres o cuatro semanas? No se ofenda, pero viendo dónde viven, dudo que tenga ahorradas más de doscientas libras.

—¿Doscientas...? —Connor tuvo que contenerse para no gritar. Escuchó el suspiro pesaroso de la señora Smith, que se retorció las manos junto a la ventana—. ¿No había dicho sesenta libras?

—Semanales.

—Entiendo... —Respiró hondo, tratando de tranquilizarse. No serviría de nada que se pusiera histérico—. Entiendo. Entonces, de momento tendrá que quedarse aquí. Antes ha hablado de un remedio que puede funcionar. ¿Puede empezar con ese tratamiento lo antes posible?

—Claro. Volveré mañana con él y empezaré a tratarla. Mientras, le dejo un frasco de infusión de sauco para bajar la fiebre.

—Gracias.

Connor se volvió hacia Deirdre, demasiado angustiado para despedir al médico, pero este no se movió.

—Mis honorarios para esta visita son de cinco libras.

Rebuscó en su bolsillo, sin llegar a sacar el fajo de billetes, hasta extraer las cinco libras, y se las tendió sin decir palabra. Cuando el hombre se fue, dejó a Deirdre con la señora Smith y se encerró en su cuarto. ¿Qué iba a hacer? Incluso aunque ahora encontrara un trabajo, no podría esperar para cobrar el sueldo. Necesitaba dinero de forma inmediata; ahora resultaba evidente que iba a necesitar mucho más que el que la venta de la peineta le había deparado. Y lo necesitaba rápido.

Se planteó durante un segundo pedir la cantidad que necesitaba a William, pero desechó la idea en seguida. Tenía que arreglar la situación por sus propios medios, aunque estos fueran de dudosa moral... La imagen de lady Sophia le vino a la cabeza de repente, y decidió que era hora de volver a verla. Aunque no tenía muy claro cómo, quizá la adinerada y joven viuda podría servirle de ayuda.

El domingo, Lillian aceptó acompañar a su madre a visitar a dos de sus amigas, bajo la promesa de que no estarían mucho tiempo allí. Sin embargo, al final se quedaron a almorzar en casa de Harriet Gillighan, la mejor amiga de Caroline, lo cual resultó una auténtica pesadilla al verse envuelta en la absurda red de mentiras que había tejido su madre acerca de su verdadera ocupación. Durante las dos horas que duró el almuerzo, Lillian dejó de ser institutriz y pasó a convertirse en una joven que estaba buscando esposo entre los mejores partidos de la ciudad y que disfrutaba muchísimo de cada fiesta y reunión social que se celebraba. Cuando por fin salieron de casa de Harriet, a Lillian le dolía la cabeza y solo deseaba que el domingo terminase por fin. Las dos atravesaron con cautela el jardincito cubierto de nieve de los Gillighan, subieron al carruaje que esperaba junto a la acera, e iniciaron el camino de vuelta a casa.

Oxford Street estaba muy animada a esa hora. Los comercios estaban cerrados, pero las puertas de los cafés y restaurantes se abrían y cerraban en un flujo continuo de gente que terminaba de comer con su familia o que se reunían con sus amigos para tomar algo. Faltaba exactamente una semana para Navidad, y todos los escaparates estaban ya adornados; Lillian los contemplaba sin verlos en realidad, con la barbilla apoyada en la mano enguantada y la cabeza en otra parte.

—No sé por qué estás tan mohína —se lamentó su madre por tercera vez ese día—. Harriet va a pensar que eres una amargada.

—Tal vez lo sea —murmuró Lillian. Nada más decirlo se sintió como una niña enfurruñada, pero no podía evitarlo. Hacía siete días que no sabía nada de Connor, y trataba de asumir con calma que así continuaría en el futuro,

pero le estaba costando mucho. Sabía que estaba irritable y nerviosa, y aunque trataba de ocultarlo, las visitas de la mañana y el enervante almuerzo la habían puesto de manifiesto mal humor.

—¿Qué es lo que te pasa, querida? —insistió Caroline, inexorable—. Has estado todo el fin de semana muy rara. Apenas nos has contado nada sobre lo que has hecho estos últimos días.

—Ya sabéis lo que he hecho, aunque no sea de tu agrado: enseñar a Lucy y a May.

—En efecto, no es de mi agrado, pero no me refería a eso. ¿Ha pasado algo... bueno, algo fuera de lo usual?

—No.

Consciente de que su madre la miraba con curiosidad, mantuvo una expresión neutra mientras le devolvía la mirada. Caroline frunció el ceño.

—Pues estás muy rara. ¡Más de lo normal, quiero decir! —rió—. ¿Acaso te estás viendo con alguien?

—No, madre. ¿Por qué me preguntas eso?

—Bueno, sería lo normal. Ya tienes veintitrés años, deberías pensar en casarte.

—No quiero casarme, mamá, te lo he dicho muchas veces —respondió con cansancio—. No creo que el amor...

—¿Quién habla de amor? Vuelves a confundir las cosas, cariño. —Caroline dio unos golpecitos displicentes sobre la mano de Lillian—. Solo digo que me gustaría que te vieras con alguien. Sería una agradable novedad por tu parte, para variar. Siempre que se tratase de un respetable caballero, por supuesto...

—Pues no me veo con nadie, ni respetable caballero ni indeseable truhan.

—Lillian, no me hables así.

Estuvo a punto de replicar, pero respiró hondo y consiguió esbozar una leve sonrisa de disculpa. Era consciente de que estaba traspasando los límites: siempre había hablado a su madre con libertad y franqueza, pero su comportamiento de ahora rozaba la impertinencia. No podía pretender educar a Lucy y May, corregirlas cuando se comportaban mal, y luego hablar ella así. Todo era culpa de Connor.

—Lo siento, madre. Estoy cansada, y me duele un poco la cabeza.

—Tu trabajo demanda demasiado de ti —aventuró Caroline.

—Quizás.

—Si estás pensando en dejarlo... Querida, no pasa nada si te estás arrepintiendo.

Los ojos de su madre tenían una expresión esperanzada. Lillian suspiró.

—No me estoy arrepintiendo. —Aquella conversación era agotadora.

—Ya has probado lo que es tener un trabajo —continuó Caroline como si no la hubiera oído—. Está claro que no eres como tu hermana: necesitas comprobar todo por ti misma antes de elegir tu camino, pero ahora que ya lo has hecho, puedes cambiar de dirección y seguir sus pasos.

—¿Los pasos de Elizabeth? —repitió con sarcasmo. Se preparó para decir algo que hasta entonces había evitado por desagradable, pero que quizá había llegado el momento de sacar a relucir—: Te das cuenta de lo infeliz que es, ¿verdad?

—¡Oh, vamos, cariño! ¿Infeliz Elizabeth? Parece que no conoces a tu propia hermana... Elizabeth no tiene tu carácter, ella no se pasa el día dando su opinión acerca de todo, y tampoco es demasiado expresiva. Pero eso no significa que sea infeliz. Simplemente no muestra sus sentimientos.

—A eso me refiero.

—¿Qué quieres decir?

Lillian abrió la boca para responder, pero lo que vio por la ventana hizo que olvidara por completo lo que iba a decir. El carruaje se había detenido a la altura de un restaurante de moda para dejar paso a un lento carro lleno de sacos y cestas, y ella pudo ver con claridad a una pareja que acababa de salir del elegante local. Connor... y una bella dama rubia.

—¿Lillian? ¿Qué ibas a decir? —escuchó preguntar a su madre.

—No tiene importancia.

Connor llevaba su abrigo de terciopelo negro, el mismo que se había puesto para su excursión a Hampstead Heath, y tenía un aspecto seductor y distinguido, pero relajado a la vez. Ofreció su brazo a la mujer rubia, que se apoyó en él con coquetería al tiempo que se reía de algo que había dicho. El portero del restaurante les hizo una reverencia que ellos ignoraron, y empezaron a caminar sin prisa en la misma dirección hacia la que iba el carruaje, mientras los viandantes les cedían el paso como si formaran parte de

la familia real.

Lillian se inclinó ansiosamente contra la ventanilla para ver mejor a la dama: era bastante mayor que ella, pero muy hermosa, de rostro lleno y sonrosado, con el pelo dorado, aún más claro que el de lady Wolverton, asomando bajo un sombrero rebosante de plumas de faisán teñidas y frutas artificiales. Llevaba un elegante abrigo negro y dorado, adornado con una tira de flecos en la parte inferior, y muy ajustado a su torso esbelto pero voluptuoso.

El carruaje se puso de nuevo en marcha con una pequeña sacudida, pero ella no pudo apartarse de la ventana. Estaba tan anonadada que ni siquiera pensaba en nada concreto, aunque sí notaba una oleada de intenso calor que se extendía por debajo de su sencilla capa gris hacia el cuello y la cara. Cuando pasaron junto a la pareja, reaccionó por fin y se echó un poco hacia atrás, alejándose del cristal, pero lo hizo demasiado tarde. Su mirada se cruzó con la de Connor y, antes de que el coche los dejara atrás, pudo observar que la sonrisa de su hermoso rostro desaparecía y que una expresión sorprendida y abrumada asomaba a sus ojos azules.

Lillian regresó a casa de los Wolverton el domingo por la noche sintiéndose mucho más cansada que cuando la había abandonado el sábado a mediodía. Las exasperantes conversaciones con su madre, las tediosas visitas de aquella mañana y, sobre todo, la inesperada visión de Connor del brazo de aquella dama rubia la habían dejado agotada y con los nervios hechos trizas. Estaba deseando acostarse y despertarse al día siguiente con el único objetivo de dar clase a Lucy y May y olvidarse de todo lo demás.

Al acercarse a la entrada observó que durante el fin de semana se habían dedicado a colocar la decoración navideña. En la puerta colgaba ya una enorme corona de ramas de pino y hojas de acebo, con un gran lazo a cuadros rojos y verdes. Se preguntó si en el interior habrían instalado también el abeto, y deseó que la hubieran esperado para decorarlo con velas, guirnaldas de frutos secos y todo tipo de adornos. A Lillian siempre le habían encantado

las navidades.

Habían retirado cuidadosamente la nieve de la entrada, por lo que no tuvo muchos problemas para caminar hasta la puerta. Sin embargo, una sombra que se movió hacia ella desde el lateral de la escalera la asustó tanto que estuvo a punto de caerse al suelo.

—¡Lillian, soy yo!

Se llevó una mano al corazón desbocado, como si con ese gesto pudiera calmarlo, al tiempo que trataba de reponerse de la sorpresa que le causaba ver a Connor allí. No era precisamente la persona con la que más le apetecía hablar en aquel momento.

—Señor O'Malley... Connor. Me has asustado.

—No era mi intención.

—¿Qué haces aquí en la puerta? Hace frío, ¿por qué no entras? —preguntó con tono amable pero distante, como si en realidad no le importara. Pasó junto a él sin mirarlo y se dispuso a abrir la puerta con su llave, pero Connor la detuvo agarrándola del codo y la guio de nuevo escaleras abajo. Ella lo siguió de mala gana, con los dientes apretados.

—Te estaba esperando. Confiaba en que regresarías más o menos a esta hora y me evitarías morir congelado.

Lillian se sorprendió, pero mantuvo su expresión seria e indiferente. Tenía aún muy vívida la imagen de él y de aquella dama juntos en la calle, y no le gustaban esos juegos. Si prefería a esa mujer, a ella no le hacía ninguna falta que fuera hasta allí para darle explicaciones.

—¿Por qué no me has esperado dentro?

—Es casi la hora de la cena. Si entrara, lord Wolverton me invitaría a quedarme, y entonces no tendría la oportunidad de hablar en privado contigo.

—¿Y tenemos que hablar aquí en el jardín?

—Solo será un momento.

Apoyó con suavidad la mano en su cintura para dirigirla hacia los árboles y el cobertizo donde el jardinero guardaba sus herramientas, fuera de la vista de las ventanas de la fachada principal. Una vez allí, Lillian lo miró y esperó a que hablara. No podía evitar estar molesta con él, pero tampoco la atracción que sentía... El frío arrebolaba las mejillas de Connor y hacía brillar con mayor intensidad el azul de sus ojos, y la tenue luz que llegaba de las farolas

de la calle perfilaba sus rasgos, dotándolo de una belleza extraordinaria.

—Esa mujer era solo una amiga. La encontré en la calle por casualidad y ella quiso que almorzáramos juntos.

Lillian desvió la mirada y, con mucha dignidad, se cerró aún más la capa ribeteada de piel.

—No sé de qué me hablas.

—Por supuesto que lo sabes. Ibas en un carruaje esta tarde por Oxford Street, y me viste con lady Sophia. Fue solo un segundo, pero nuestras miradas se cruzaron.

Connor esperó a que ella dijera algo. Lillian estuvo a punto de seguir con el teatro, pero decidió ser sincera. Nunca le habían gustado los subterfugios y las evasivas, y no caería en ello por muy incómoda que fuera la conversación.

—Bueno, sí, te vi —admitió—. Y debo reconocer que me sorprendió verte del brazo de esa dama después de... después de que me besaras así en Hampstead Heath. Podrías haber dado alguna señal de vida desde entonces, y no solo no lo has hecho, sino que parece que has encontrado una compañía mejor que yo. Pero, por supuesto, no hay ningún compromiso entre nosotros, así que supongo que tampoco puedo culparte.

—Claro que puedes culparme —Connor apretó ligeramente el brazo de Lillian para remarcar sus palabras—; de no haber dado señales de vida, quiero decir. Puedes creer que no tengo ningún interés en lady Sophia. Y en cuanto a no recibir noticias mías... bueno, la única excusa que puedo darte es que he estado... muy ocupado.

«Esta tarde no parecías muy ocupado», pensó con rencor, bajando el rostro para que no pudiera leer en él. Prefería morir antes que aparecer como una mujer celosa a ojos de Connor, así que no dijo nada.

—Lillian, te aseguro que pasé un rato muy agradable contigo —dijo él. Ella alzó la cabeza con brusquedad y le dirigió una mirada dolida. ¿Un rato muy agradable? ¿Eso era lo que había significado para él?

—Me alegro de que te sirviera como entretenimiento durante una divertida tarde de domingo. Y ahora, tengo que entrar en casa. Ya se estarán preguntando dónde me he metido.

—¡Oh, Lillian, no seas infantil! —suspiró él—. Ya sabes a qué me refiero. No he elegido bien las palabras...

—No me importa —mintió—. No tengo tiempo para esto de todas formas.

—¿Para esto?

—Sí, para tener una relación con nadie —respondió. Inmediatamente deseó no haberlo dicho. Le había dado a entender que consideraba que tenían *una relación*—. No me malinterpretes, Connor. Me gustas, no lo niego, pero supongo que esa lady Sophia te resulta más conveniente.

La expresión de Connor, conciliadora y dulce hasta entonces, se volvió grave al escuchar eso.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo?

—Con eso de que lady Sophia me resulta más conveniente... ¿Más conveniente para qué? ¿En qué sentido?

Lillian no supo qué responder. Connor hablaba con un tono urgente y crispado, como si lo que ella contestara a su pregunta fuera crucial para él. Recordó cómo la había besado, cómo se había sentido en sus brazos, igual que si el tiempo se hubiera detenido y todo a su alrededor hubiese desaparecido, y deseó poder borrar todas las palabras de los últimos minutos y volver a ese instante.

—Bueno... —balbuceó—, ella parece una dama más elegante y sofisticada que yo. Me pareció... Me pareció muy hermosa —terminó. Miró a Connor, avergonzada, y descubrió con alivio que su expresión se había suavizado y que incluso empezaba de nuevo a sonreír.

—De modo que te pareció muy hermosa... Sí, supongo que lo es, a su modo excesivo y mundano. Lady Sophia tiene al menos diez años más que tú, pero sigue siendo demasiado joven para haber enviudado. Ahora que ya ha dejado el luto solo quiere tener amigos y divertirse. Digamos que le preocupa recuperar los años perdidos.

—¿Por eso fuiste a almorzar con ella?

—Por eso dejé que me invitara, sí.

—¡Dejaste que te invitara! —repitió Lillian anonadada—. ¡Dejaste que una dama viuda te invitara, que te pagara la comida en un local público!

Connor puso los ojos en blanco y suspiró.

—Teniendo en cuenta que eres una mujer de buena familia que prefiere ser institutriz a casarse como hacen todas las demás, no pensé que te

escandalizarías por tan poca cosa.

Lillian guardó silencio. Era cierto; lo que le molestaba no era tanto que se hubiese dejado invitar por una dama como que simplemente pasase el tiempo con otra después de haberla besado. ¿Por qué él no lo comprendía?

—Antes te he dicho que había pasado un rato muy agradable contigo — prosiguió Connor con voz más suave—. No es cierto. No fue *agradable*. Fue la mejor tarde que he pasado desde hace tiempo. Si te digo la verdad, desde que llegué a Londres no creí volver a experimentar esa sensación de paz y de felicidad... Y de algo más. —Connor se detuvo para buscar las palabras, mientras Lillian lo escuchaba sintiéndose casi hipnotizada por su voz—. ¿Alguna vez has sentido que, de todos los lugares del mundo, estás justo donde debes estar? Cuando tú me sorprendiste besándome en esa colina, cuando después te abracé y te besé yo, eso fue exactamente lo que sentí.

Connor se inclinó sobre ella hasta que su boca tocó sus labios. A Lillian, ese leve roce le produjo el mismo efecto que sumergirse en una bañera caliente después de un paseo por la nieve. Olvidó por completo que se encontraban en mitad del jardín nevado de los Wolverton y alzó el rostro ansiosamente para responder a su beso.

A Connor le resultaba maravillosamente excitante que bajo la superficie serena y algo fría de Lillian se escondieran tal ardor y sensualidad, y que solo necesitaran de sus besos para emerger. No había ido hasta la casa de los Wolverton para eso, pero suponía una culminación muy satisfactoria en la evolución de los acontecimientos del día.

Seguían en medio del jardín nevado, y él la tenía atrapada entre su cuerpo y el tronco de un viejo castaño, con una mano en su cintura y la otra en su nuca. Ella respondía a sus besos con la misma pasión; tenía los ojos cerrados y la respiración entrecortada, y se abrazaba a él como si temiera no poder sostenerse por sí misma.

Le resultaba incomprensible que Lillian pudiera sentir celos de lady Sophia. No era que no hubiese disfrutado con ella en la cama, pero nunca podría

suscitar en él esa sensación de urgente necesidad, ese deseo de hacerla suya por completo, de la forma en que Lillian lo lograba. Por un instante, al escucharla decir que quizá lady Sophia era más conveniente para él, sus alarmas internas habían saltado al creer que sospechaba algo... Pero no era así. ¿Cómo iba ella a saberlo? Lillian, en su inocencia, solo se refería a la sofisticación y belleza de la viuda. Como si él pudiera preferir esa afectada actitud mundana antes que la profunda inteligencia de la joven y su aguda conversación. Como si su precioso rostro, sus ojos grises, de mirada dulce y altiva a la vez y su esbelta figura lo cautivaran menos que los extravagantes peinados de lady Sophia y sus excesivas formas.

Connor la estrechó con más fuerza y pegó sus caderas a las suyas, y ella emitió un suave quejido.

—Connor, basta... —murmuró apartando la cara y empujándolo un poco hacia atrás—. Esto no está bien.

Él respiró profundamente y miró a su alrededor. En algún momento había comenzado de nuevo a nevar, y todas las ventanas de la mansión estaban iluminadas. Al otro lado de la verja, un carruaje recorría la solitaria calle y el ruido de los cascos de los caballos rompía el silencio de la noche. Volvió a mirar a Lillian, que temblaba de frío apoyada todavía en el árbol, y se fijó en el pequeño cobertizo de almacenamiento que había tras ella.

—Ven —dijo, tirando de su mano hacia la puerta de la caseta.

—¿Qué haces?

—Estás tiritando.

Trató de descorrer el cerrojo que bloqueaba la puerta de madera, pero no pudo moverlo. Se quitó los guantes y los guardó en un bolsillo del abrigo, y con un gesto impaciente se apartó de los ojos el pelo húmedo por la nieve.

—Connor, de veras, tengo que entrar en la casa...

Intentó mover el pasador con más fuerza y el hierro oxidado le desgarró la piel de los nudillos, pero por fin pudo descorrer el cerrojo y la puerta se abrió. Hizo pasar a Lillian y entornó la puerta tras él, sin cerrarla del todo por miedo a quedar encerrados.

El interior no era mucho mayor que un armario grande, con las paredes cubiertas de útiles de jardinería colgados de ganchos, pero al menos estaban a cubierto.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo? —balbuceó de nuevo Lillian tras él.

Connor no supo si el temblor de su voz se debía al frío, al miedo o a la excitación de encontrarse en ese espacio tan pequeño e íntimo con él, pero fuera por lo que fuera, le gustó. Le encantaba ver a Lillian despojada de su capa de autocontrol y seguridad. Estaba impaciente por sentirla otra vez entre sus brazos, rendida a las sensaciones de su cuerpo y dejándose llevar.

—No podíamos quedarnos en mitad del jardín, bajo la nieve.

—¿Donde no podemos quedarnos es aquí!

La Lillian de siempre había regresado.

—No estamos haciendo nada malo —murmuró él.

Le acarició con suavidad la mejilla helada y se fijó al mismo tiempo que ella en la sangre que le brotaba de los nudillos.

—¡Estás sangrando!

—No importa.

—Creo que tengo un pañuelo en el bolso, deja que...

—¡No importa! —La sujetó por la cintura y acercó los labios a su oreja—. No es nada. No importa —susurró en su oído.

Percibió que el aire abandonaba los pulmones de Lillian en forma de leve gemido cuando sus labios se deslizaron sobre la fina piel de su cuello. Ella echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared de tablones de la caseta, y sus manos se aferraron a él con más fuerza. Connor abrió el broche que cerraba la capa y esta se escurrió por sus hombros hasta el suelo; él bajó aún más la cabeza para poder besarla en el hueco de la garganta y en la piel expuesta del escote. Lillian hundió los dedos en su cabello y él se irguió para volver a besarla en la boca, mordisqueando su labio inferior. La excitación le nublabla la mente, y solo alcanzaba a comprender que, si no paraban pronto, ya no podría detenerse... Se movió un poco a la derecha para encajar sus piernas entre las suyas, empujando sin querer un rastrillo apoyado contra la pared que cayó al suelo con estrépito. Lillian abrió los ojos de golpe, asustada, al tiempo que dejaba escapar una pequeña exclamación, y lo empujó con firmeza para apartarlo.

—Tengo que irme. En serio.

Connor asintió, tratando de calmar su acelerada respiración y de recuperar el control.

—De acuerdo. —Recogió la capa del suelo y se la colocó sobre los hombros—. ¿Te veré mañana?

—Ya sabes que mis días libres son el sábado por la tarde y el domingo —respondió ella sin mirarlo, mientras intentaba abrocharse la capa. Parecía tener dificultades para atinar con el broche, y Connor terminó de hacerlo.

—No sé si podré esperar una semana entera.

—Así son las cosas. Seguro que tendrás tres o cuatro cenas y un par de bailes que te mantendrán entretenido hasta entonces.

Connor no supo si hablaba en broma o si se escondía un poso de amargura en sus palabras.

—No creo que eso me resulte tan entretenido como lo que acabamos de hacer —sonrió, y le colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja. Ella le lanzó una breve mirada de reconvención.

—No deberíamos haberlo hecho.

—¡Oh, vamos, Lillian! Solo han sido unos cuantos besos. Es cierto que esta caseta no es el mejor escenario, pero no había muchas más opciones...

—¡Ese es el problema!

Connor no la entendía. ¡Hacía un minuto parecía tan dispuesta y feliz! Estar con ella le proporcionaba los mejores momentos que había vivido desde que dejara Irlanda. Quizá los mejores de su vida, directamente. Su presencia conseguía hacerle olvidar lo sórdida y deprimente que se había vuelto su existencia en Londres, los robos y las preocupaciones... Incluso —que Dios lo perdonara— la enfermedad de Deirdre. Y ahora resultaba que había algún tipo de problema.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a tener que escondernos en este cobertizo. A esperar a que tenga el día libre para vernos.

—Podríamos vernos antes si fuera a la casa con la excusa de visitar a lord Wolverton. O coincidir en Hyde Park durante tus paseos con las niñas —sugirió él.

—No puedes hablar en serio.

—¿Por qué no?

Lillian suspiró y se alisó el cabello con los dedos.

—No tiene ningún sentido. Soy una institutriz y tú un aristócrata; esto no

puede ir a ninguna parte.

«Por todos los demonios», prorrumpió Connor interiormente. Estaba apresado en su propia trampa. Lillian, que a pesar de su trabajo seguía siendo una joven de posición acomodada, se sentía en inferioridad social respecto a él, un perdedor disfrazado de caballero cuyo futuro era, por decirlo de algún modo, incierto.

—Deja el trabajo. No comprendo por qué te empeñas en hacerlo cuando no necesitas el dinero.

—Creía que tú sí lo comprendías —espetó ella. Su tono estaba lleno de decepción.

—Comprendo tus razones —convino él con calma—, pero si eso va a suponer un problema entre nosotros...

—No voy a dejarlo. No me pidas eso.

—No te lo estoy pidiendo. A mí no me importa que seas institutriz. Eres tú la que lo está haciendo todo más complicado de lo que es, y... —Connor se calló, dejando la frase sin acabar. Por supuesto que era complicado. Mucho más de lo que Lillian se imaginaba.

—Es muy tarde —dijo ella con una mirada de súplica y la mano apoyada en la puerta entreabierta.

Connor la abrió del todo sin añadir nada más y dejó que saliera delante de él. La nevada se había intensificado durante el rato que habían pasado en el cobertizo, y tuvieron que caminar con cuidado a través del jardín. Lillian se volvió hacia él cuando llegaron a la base de la escalera de entrada y le dedicó una sonrisa cansada.

—Buenas noches, Connor.

—Buenas noches, Lillian.

Se quedó mirándola mientras subía los escalones y rebuscaba la llave en su bolso, y después se encaminó lentamente hacia la verja de la calle con las manos hundidas en los bolsillos. Cuando escuchó el ruido de la puerta al cerrarse, se giró para contemplar la casa. Era tan grande que casi resultaba excesiva, y desde fuera ya se adivinaba que el interior no sería precisamente austero. Le había alucinado el salón verdemar desde la primera vez que lo vio, con esa empalagosa escena en tonos pastel pintada en el techo y esos sillones pesados y cubiertos de telas de brocado. Los muebles que ocupaban

esa única habitación debían de costar más que todos lo que había en Malley House. Y desde luego, muchísimo más de lo que pagaban por el alquiler de su apartamento. ¿La habría decorado la propia lady Wolverton, o habría contratado a alguien para que lo hiciera? Lady Sophia le había contado que ella misma había elegido cada uno de los objetos que había en su casa. A las damas como ellas parecía entretenerles ese tipo de ocupación; se sentaban en el centro de las estancias, miraban a su alrededor y se imaginaban qué apariencia tendrían y cómo podrían envidiarlas más sus amistades. Luego, encargaban todo a las mejores tiendas de la ciudad, o incluso a París, extendían un cheque tras otro sin pestañear y, cuando ya estaba todo dispuesto, se dejaban caer en la *chaise longue* con un suspiro de satisfacción, como si hubiesen trabajado igual que un obrero de fábrica.

Recordar a lady Sophia provocó que él mismo suspirara, aunque de frustración. Había llamado a la puerta de su casa a mediodía, sin saber muy bien todavía qué decirle, y ella misma había abierto. Llevaba puesto el abrigo y un sombrero muy adornado, y aunque se sorprendió mucho de verle, también se alegró. Estaba a punto de salir, según dijo, y por tanto no podía invitarle a pasar, pero en cambio estaría encantada de que le acompañase a hacer unos recados y, quizá, a almorzar después. Él no pudo negarse, y antes de que se diera cuenta estaba paseando de su brazo por Oxford Street y entrando en un restaurante de moda. Mientras el camarero les servía champán, Connor había sonreído mecánicamente mientras pensaba en lo irónico que resultaba aquello: había ido a ver a lady Sophia buscando la forma de obtener dinero, y acabaría teniendo que pagar un carísimo almuerzo para dos... Sin embargo, al final ella se empeñó en invitarle, haciéndole sentir a la vez vergüenza y alivio. A la salida, su mirada se había cruzado con la de Lillian, que les observaba boquiabierta desde la ventanilla de un carruaje, y la vergüenza se había multiplicado por mil. El alivio, por otra parte, había desaparecido hacía rato.

Para Connor, aquel almuerzo con lady Sophia resultó de lo más penoso y estresante, aunque desde fuera nadie lo diría. Habían reído, brindado y charlado animadamente de conocidos comunes y de las reuniones en las que habían coincidido, y ella no se había cansado de repetir sin ningún pudor lo adorable y apuesto que lo encontraba. Eso, junto con la invitación a la

comida, había hecho surgir por fin una idea en la mente de Connor, algo que cuadraba con el impulso que había sentido de ir a verla a ella... Era consciente de que algunos caballeros jóvenes se dejaban mantener por señoras ricas a cambio de ciertos favores. No era exactamente prostitución — al menos, nadie lo llamaba así—, sino más bien una especie de sutil intercambio, más o menos aceptado en la sociedad si era realizado con elegancia, en el que ambas partes salían beneficiadas. Se imaginó instalado en la cómoda casa de lady Sophia, con todo lo que podía desear y con su hermana a su lado, todo por el módico precio de complacer a la viuda cuando ella lo deseara. Podía ser una fácil solución a sus problemas.

Esa idea le rondó en la cabeza menos de un minuto antes de desecharla, atónito por haberla gestado. ¿Cómo había sido capaz de plantearse siquiera aquello? Esa forma de vida le parecía mucho peor que robar una pulsera. Implicaba tantas cosas que iban contra sí mismo que no pudo creer que se le hubiera ocurrido...

Se despidió de lady Sophia sin haber resuelto nada, más confuso que nunca y con la culpa de saber que Lillian lo había visto del brazo de otra en plena calle.

Quizá, en efecto, era más digno robar a los ricos que ni siquiera valoraban sus pertenencias. Apostaría cualquier cosa a que lady Wolverton ni siquiera sabía con exactitud cuántas joyas tenía ni a cuánto ascendía su fortuna... Rodeó con el puño un barrote de la verja y examinó la casa con un nuevo interés.

Connor entró en el club Carlton justo cuando el gran reloj de pie que presidía el vestíbulo daba las doce del mediodía. Se había encontrado con lord Wolverton la noche anterior de una forma totalmente inesperada, minutos después de que Lillian entrara en su casa y de que él hubiera estado un rato inmerso en sus oscuros pensamientos. Connor ya estaba caminando por la acera, a unos diez metros del jardín, cuando el carruaje se detuvo junto a él y lord Wolverton le saludó asomado por la ventana y lo invitó a su club, al parecer sin ningún motivo en particular. No le preguntó qué hacía tan cerca de su casa, asumiendo que simplemente vivían en la misma zona, y a Connor casi le pareció divertido haber estado considerando una idea tan infame unos minutos antes y que el caballero no solo no tuviera ni la más remota idea de ello, sino que encima lo invitara al Carlton.

En Irlanda no había frecuentado ningún club de caballeros, así que se adentró en el local con una mezcla de curiosidad y leve timidez. Solo tuvo tiempo para admirar la amplia escalera de mármol, los altos techos y el complicado trabajo de las molduras de madera que adornaban las paredes antes de que un encorvado anciano vestido de frac se acercara a él sin dejar de mirarlo a través de sus anticuados anteojos.

—¿Puedo ayudarlo, señor?

—Lord Wolverton me está esperando.

La expresión de leve recelo del anciano se tornó respetuosa y servicial al oír el nombre.

—Está en la sala de fumadores —dijo haciéndole una seña para que Connor lo siguiera—. Permítame acompañarlo hasta allí.

Atravesaron un gran salón lleno de butacas y sofás dispuestos en pequeños

grupos, donde unos quince o veinte aristócratas, políticos conservadores y miembros del parlamento leían los periódicos y charlaban en voz muy baja. Los suelos estaban cubiertos de alfombras de pelo largo en tonos oscuros que amortiguaban el sonido de sus pasos, y las mesitas de madera que había junto a los sillones despedían un brillo caoba bajo el tenue sol invernal que entraba por los ventanales. Ninguno de los otros miembros del club levantó la vista para mirarlo pasar, y solo un camarero con librea que servía una copa de licor a uno de ellos miró a Connor con cierta curiosidad, aunque seguramente debida más al hecho de no conocerlo que a que hubiese nada extraño en su apariencia. Connor sabía que tenía el mismo porte y vestimenta que cualquiera de los otros hombres. «Aunque solo sea eso lo que me equipare con ellos. Aunque por dentro no sea más que un canalla».

A continuación, pasaron por el bar, que a aquellas horas del día estaba vacío, y finalmente llegaron al salón de fumadores. Este era mucho más pequeño que el salón principal, y estaba decorado con colores más cálidos y sillones más confortables, de un suavísimo cuero castaño. Sentado en uno de ellos estaba lord Wolverton, tan impecablemente vestido como siempre, fumando un habano y absorto en una publicación sobre carreras de caballos. El anciano recepcionista hizo una pequeña reverencia ante ellos y se retiró.

—Lord Wolverton —saludó Connor. Wolverton dejó la revista a un lado y sonrió.

—¡Señor O'Malley! Me alegro de que haya podido venir. —Le hizo un gesto para que ocupara el sillón contiguo y Connor se sentó después de quitarse el sombrero y el abrigo—. ¿Qué le parece nuestro club?

—No he visto mucho, pero parece bastante impresionante.

—Luego le mostraré el comedor y la biblioteca.

Un camarero se acercó en silencio y se inclinó ante ellos.

—¿Los caballeros desean tomar algo?

—Tomaré un vaso de agua tónica, George —dijo lord Wolverton.

—¿Lo quiere como siempre, sin hielo y con una rodaja de limón?

—Eso es —contestó al camarero. Luego añadió, mirando a Connor—: Yo nunca bebo alcohol antes del almuerzo, pero siéntase libre de pedir lo que le apetezca.

—Beberé lo mismo que usted.

El camarero asintió y salió de forma tan sigilosa como había entrado.

—Recibí la respuesta de ese criador de caballos que me recomendó. Dice que puede acercarse la semana que viene a Blackwood Park para cruzar a la yegua y enseñarme un par de caballos de caza.

—¿Blackwood Park?

—Nuestra hacienda en East Hampshire.

Connor recordó que tanto él como su esposa la habían mencionado, y asintió, pensativo. Guardó silencio mientras el camarero servía las bebidas y después preguntó:

—¿Así que se va usted de Londres? Pasará las fiestas sin su familia, entonces...

—Dios, no. Sarah me mataría si no pasara las dichosas navidades con ella y las niñas. —Apagó el puro en el cenicero de plata que había en una mesita junto a su sillón y dio un trago a su bebida—. No, nos vamos los cuatro.

De pronto, Connor se sintió invadido por una urgente necesidad de enterarse de todos los detalles. ¿Podía ser casualidad que la noche anterior se le hubiera ocurrido aquella maligna idea, y que ahora Wolverton se lo estuviera poniendo en bandeja? ¿Debía tomárselo como una señal? No quería parecer demasiado ansioso, pero si iba a hacer *eso* tenía que tener todo bien atado. Alisó una arruga inexistente del pantalón e inquirió con tono despreocupado:

—¿Y cierran la casa o...?

—Oh, sí, daremos esos días de vacaciones a los criados para que se vayan con sus seres queridos o adonde les parezca. Ya sabe lo importante que es tenerlos contentos; si creen que te importa su felicidad, serán tus fieles sirvientes hasta el fin de sus vidas.

—Desde luego.

Fingió una sonrisa y bebió un poco de su vaso de cristal tallado. Aunque sentía una moderada simpatía hacia Wolverton, odiaba la forma displicente y arrogante en que hablaba a veces. Le hacía recordar que ese hombre no era distinto a todos los demás aristócratas prepotentes que había conocido.

—Por supuesto, la señorita Simmons también se irá con su familia —comentó lord Wolverton. Connor levantó de inmediato los ojos del vaso para descubrir que lo miraba con algo que parecía diversión. ¿Acaso se había dado

cuenta de cómo miraba a la institutriz de sus hijas? ¿O detrás de esa fachada de sobriedad e indiferencia él también se había fijado en los encantos de Lillian? «Seguro que cree que soy uno de esos caballeros encaprichados por una joven del servicio y que estoy deseando seducirla para olvidarla un segundo después de subirme los pantalones».

Connor se mordió la lengua y no contestó nada. La mención de Lillian lo desconcentró por un momento y tuvo que respirar hondo un par de veces, mientras lord Wolverton departía sobre las bellezas naturales de East Hampshire ajeno por completo a su tormenta interior. Ahora sabía que no habría nadie en la casa, pero ¿por cuánto tiempo? Tenía que saber con cuántos días contaba exactamente; no podía arriesgarse. Hizo un esfuerzo por mantener la cabeza fría y empezó a tantear.

—Supongo que no podrán pasear demasiado por el campo con este frío.

—Bueno, a las niñas les encanta jugar con la nieve. Hacen el mismo muñeco en el jardín trasero desde hace cinco años, es ya una tradición. Y la mañana de Año Nuevo, justo antes de empezar el viaje de regreso, siempre damos un pequeño paseo. —Lo dijo como si aquella puntual actividad en familia lo convirtiera en un padre abnegado, pero a Connor ya le daba igual. Tenía la información que necesitaba: no regresarían hasta el primer día del nuevo año. Si se marchaban antes de Navidad, eso le daba una semana larga. Tuvo un instante de duda, o más bien, de miedo, pero se dijo que ya se enfrentaría más adelante a sus emociones. Si ahora se mostraba inquieto o tenso, lord Wolverton lo notaría. Estaba seguro de que jamás sospecharía lo que estaba considerando hacer, pero aun así no deseaba llamar su atención.

—Estoy seguro de que se divertirán mucho —afirmó con una sonrisa. Lord Wolverton se encogió de hombros.

—Lo hago por Sarah, más que nada. Yo preferiría quedarme en Londres, pero ¡en fin! ¿Ha terminado su bebida? Si lo desea, puedo enseñarle ahora el club... Quizá quiera considerar hacerse socio algún día.

—Eso sería un honor.

Se levantaron y uno de los empleados abrió a su paso una puerta al fondo de la sala. Daba a otra amplia habitación, con dos mesas de billar y varias mesitas para jugar a las cartas.

—Como puede ver, esta es la sala de juegos. Ahora está vacía, pero por la

tarde...

Connor paseó la mirada a su alrededor y asintió ante los comentarios y explicaciones de lord Wolverton, pero había dejado de escucharlo hacía mucho. Tenía otras cosas más importantes en las que pensar.

Los diamantes de lady Sophia y los billetes que le quedaban seguían dentro de la cajita de cartón. Connor lo comprobaba al menos un par de veces al día y, aunque su lado racional le advertía en cada ocasión de lo ridículo de su comportamiento, siempre se sentía aliviado al ver que estaban allí. Volvió a guardar la caja bajo la cama y se sentó en el borde del colchón, pero se levantó de nuevo al cabo de pocos segundos. Estaba demasiado nervioso. Caminó de un lado a otro de la habitación, tan pequeña que apenas podía dar tres pasos antes de toparse contra la pared o un mueble. Al final, se quedó de pie junto a la ventana, mirando al exterior, pero sin ver nada en realidad.

Se había visto obligado a almorzar con lord Wolverton en el club debido a su insistencia, y aunque la comida del Carlton era sobresaliente, se le había hecho eterna. No comprendía cómo había sido capaz de sobrellevarlo con entereza y naturalidad, pero de alguna manera lo había hecho. Ahora, por fin en la soledad de su cuarto, solo podía dar vueltas una y otra vez a tres interrogantes: ¿iba a hacer *aquello* de verdad? ¿Habría alguna otra manera de conseguir dinero de inmediato para ayudar a Deirdre? y ¿qué pasaría con Lillian?

Una cuarta pregunta se había abierto camino en su mente durante los últimos minutos hasta casi eclipsar las otras: ¿en qué clase de hombre se había convertido? Jamás, en sus treinta años de vida, había llegado siquiera a imaginar que acabaría así. Al descubrir las deudas de su padre recién fallecido y perder Malley House, había juzgado severamente a su progenitor, pero ahora se daba cuenta de que él no era mejor.

Al robar la pulsera de lady Sophia y la peineta de Rebecca había sido consciente de que lo que estaba haciendo era un delito, pero había conseguido justificarse a sí mismo. Lo injusta que era su situación, la frívola necesidad de

los ricos, la enfermedad de Deirdre... Pero solo ahora, aun cuando necesitaba el dinero más que nunca, la mera idea de entrar en la casa de los Wolverton para robarles había conseguido que se sintiera como un ser abyecto y vil. Y fue en ese momento, mientras sentía el frío que despedía el mal ajustado cristal de la ventana, cuando reparó en que era Lillian el elemento que marcaba la diferencia. La noche anterior, en el jardín de la mansión, habían tenido la primera conversación verdaderamente íntima desde que se conocían. Podía notar que, aunque le costaba, ella estaba empezando a abrirse a él. Lillian solía aparentar siempre un gran autodomínio y cierta frialdad, pero había llegado a mostrar sus celos hacia lady Sophia y su angustia por creerse indigna de él. *Indigna*. Connor no podía saber si su incipiente relación desembocaría en algo que durara para siempre, pero sí sabía que, si alguien no era digno del amor del otro, ese era él. Sintiendo que le faltaba el aire, e incapaz de quedarse quieto más tiempo, se alejó de la ventana y salió de su habitación para ver a Deirdre. Se sentó pesadamente en la silla junto a la cama y observó a su hermana.

El remedio que les había traído el doctor Hubbert parecía haber ralentizado algo el avance de la enfermedad, pero no la estaba curando. El médico la había examinado de nuevo el día que trajo la medicina y había dictaminado que, mientras no fuera al hospital, no había mucho más que se pudiera hacer aparte de observar su evolución. Pero Connor no veía ningún avance. Deirdre seguía absorta en un estado seminconsciente la mayor parte del tiempo, emitiendo ese terrible sonido al respirar, con el cuello aún hinchado y un tono azulado en su piel.

Cuando se sentaba a su lado y la contemplaba así, el infame plan que se estaba empezando a formar en su mente se convertía en la única solución lógica, en algo que no podía ser de verdad reprobable si iba a servir para salvarla. Una vez hecho saldrían de Londres de inmediato y haría las cosas mejor muy lejos de allí... Pero en otros momentos, especialmente cuando se tumbaba en su estrecha cama por la noche, solo podía pensar en Lillian, y entonces se arrepentía de todo y tan solo deseaba volver a ser un hombre que la mereciera.

Para los días que pasaría en su casa mientras los Wolverton se ausentaban, Lillian no se llevaría demasiadas cosas. En el armario solo tenía los anodinos vestidos de institutriz que no volvería a llevar hasta después de Año Nuevo, y en su antiguo dormitorio aún guardaba la mayor parte de su vestuario y casi todas sus pertenencias. Preparó una bolsa de viaje ligera con su camisón, sus útiles de aseo y el libro que estaba leyendo, y salió al pasillo del piso superior. Lord Wolverton había dispuesto que toda la servidumbre podía pasar unos días con sus familiares o amigos para celebrar las fiestas, y se habían ido todos después del desayuno. Ella era la última en marcharse, y ahora la casa estaba totalmente en silencio. Resultaba extraño estar sola en la mansión, no oír los pasos apresurados de los sirvientes, el susurrar de los vestidos de seda de lady Wolverton ni las alegres voces de Lucy y May.

Se dio cuenta entonces de que el chófer también se habría marchado, y esperó que no le resultase demasiado difícil encontrar un coche de punto que la llevara a su casa. Tendría que haberse acordado de mandar un aviso a sus padres para que enviaran su carruaje a recogerla, pero había estado tan distraída últimamente...

Cuando empezaba a descender la escalera sonó el timbre de la puerta principal. Pensó que sería alguno de los criados que se había olvidado de algo, o quizá alguien que quería felicitar las navidades a los Wolverton sin saber que se habían ido, y se apresuró a bajar. Al abrir la puerta se quedó perpleja.

—¡Connor!

—Hola, Lillian.

Entró sin esperar a que se lo indicara y se quedó en el centro del vestíbulo,

mirándola. Cuando se fijó en la bolsa que había en el suelo junto a ella, dijo:

—¿Te vas?

—Sí. Voy a pasar las fiestas en mi casa, con mi familia. Los Wolverton se han ido, si es a milord a quien venías a ver...

—La verdad es que no —replicó él con tono despreocupado—. Ya sabía que no estarían aquí.

—¿Cómo lo sabías?

—Me lo dijo él mismo. Me invitó a tomar algo en su club. —Se quitó los guantes y empezó a desanudarse la bufanda—. También me dijo que iba a dar varios días libres a todo el servicio... —Dejó el abrigo y el sombrero sobre una silla, tan indolentemente como si acabara de llegar a su propia casa, y clavando sus ojos en ella, añadió—: Parece que ya se han ido todos.

—Sí. Yo estaba a punto de irme también.

Lillian recogió la bolsa y se dispuso a abrir de nuevo la puerta, dando por hecho que con ese gesto él volvería a ponerse el abrigo y lo demás.

—No tengas tanta prisa —dijo él, en cambio—. Pocas veces tenemos la oportunidad de estar solos en el interior de una casa. Siempre estamos delante de los Wolverton, o vagando por un bosque, o en un baile lleno de gente... O metidos en un cobertizo.

Ella sonrió, sintiendo que sus mejillas enrojecían. Cada vez que recordaba ese momento se le aceleraba tanto el corazón que temía que fuera a estallar. Se preguntó si a Connor le pasaría lo mismo.

—¿Por qué no me enseñas la casa? Hasta ahora solo he visto el salón.

—No puedo enseñarte las estancias privadas ni los dormitorios. Ni yo misma entro en ellos, excepto en el de las niñas...

—Parece una casa muy grande.

—Lo es. Hay dos pisos más, además de este y del sótano —explicó Lillian, que se sentía orgullosa de la casa en la que trabajaba—. Arriba están las habitaciones privadas de la familia. Nunca he entrado en las estancias de lord Wolverton, como es lógico... Pero la doncella me enseñó el dormitorio de milady en una ocasión, y es maravilloso, el mejor cuarto de la casa aparte del salón. Las ramas del cerezo del jardín llegan hasta su ventana, por lo que mandó tapizar las paredes de terciopelo rosa, para que hiciera juego con las flores en primavera. Y tiene un *boudoir* enorme para ella, lleno de espejos,

biombos chinos y cortinajes de seda, donde se arregla y guarda su colección de joyas. —Sonrió al visualizarlo. A ella le parecía en exceso femenino y extravagante, pero no se podía negar que resultaba magnífico. Vio que Connor la escuchaba en silencio, sin sonreír, y se apresuró a añadir—: Pero, como te he dicho, no puedo enseñarte los dormitorios.

—De acuerdo —asintió él—, pero muéstrame al menos la biblioteca. Conociendo los refinados gustos de lord Wolverton, debe de ser sensacional.

Ella dudó un momento. El tono de Connor había sonado ligeramente sarcástico, pero la expresión de su rostro parecía por completo inocente.

—Está bien, pero solo un momento.

Le condujo por el pasillo hasta la biblioteca y abrió la puerta. Aunque aún quedaba algo de luz diurna, las criadas habían dejado las cortinas cerradas, por lo que la gran sala estaba a oscuras. Lillian se acercó a una ventana y descorrió un poco la cortina para que Connor pudiera contemplar las hileras de estanterías repletas de libros.

—¿Es aquí donde das las clases a las niñas? —preguntó mientras echaba una ojeada a los libros de la estantería más cercana.

—Dios mío, no. Tenemos una salita al fondo del piso superior para nosotras, cerca de donde duermo yo. Pero lord Wolverton me permite entrar aquí y tomar prestados los libros que necesite.

—Qué generoso por su parte —murmuró él, aún de espaldas. Ahora sí estaba segura de que su tono había sido de sarcasmo. ¿Por qué lo hacía? Se suponía que se habían hecho buenos amigos, incluso había ido como invitado a su club...

—Connor, si no has venido a ver a lord Wolverton, ¿qué haces aquí?

Él dejó de mirar los libros y se giró hacia ella.

—¿Tú qué crees?

Connor la sujetó por la cintura y la miró con intensidad a los ojos. La respiración de Lillian se aceleró y alzó el rostro hacia él, expectante. Sabía que no era correcto estar solos en la biblioteca de Wolverton, pero no podía evitar desear que volviera a besarla. Sin embargo, Connor apenas le rozó la mejilla con sus labios, muy cerca de la comisura de la boca.

—¿Salimos de aquí? —dijo soltando su cintura.

Ella asintió y volvió a correr la cortina, desconcertada. Si, como había

insinuado, la razón para que estuviera allí era ella, ¿por qué no la besaba? ¿Qué quería?

Salió de la biblioteca reflexionando sobre que solo un mes antes jamás habría tenido ese tipo de pensamientos; la idea del amor romántico y del deseo era algo totalmente ajeno a ella. Pero desde que conocía a Connor todo había cambiado. Atravesaron el pasillo y cuando llegaron a la altura de la sala de estar, él se detuvo.

—Lord Wolverton comentó que habíais decorado con mucha habilidad el árbol de Navidad. Me gustaría verlo. ¿Está aquí?

—Sí —respondió, e hizo un gesto invitándolo a pasar.

Las cortinas de seda color verde agua también estaban corridas, dejando la habitación en semioscuridad, pero cuando Lillian fue a abrirlas, él dijo:

—Déjalo así. Podemos encender las velas del árbol.

—¿Para qué?

Connor no contestó; parecía perdido en sus pensamientos. Se acercó al abeto, que se alzaba en una esquina de la sala hasta una altura de más de seis pies. Extendió una mano y tocó con delicadeza un adorno de plata en forma de campanillas que colgaba de un lazo encarnado.

—A mi hermana le encantaría este árbol —dijo por fin.

Lillian se sorprendió.

—¿Tienes una hermana? Nunca me lo habías dicho...

Él parpadeó y pareció desconcertado, incluso un poco molesto, por un instante.

—Sí. Se llama Deirdre. Tiene casi diecisiete años.

—¿Y vive contigo?

—Así es.

Deseaba preguntarle más cosas acerca de ella, pero Connor atravesó la sala en dirección a la chimenea y volvió con una caja de cerillas en la mano.

Durante los minutos siguientes se dedicaron a encender las velitas blancas que decoraban las ramas aquí y allá, subida ella en un escabel para alcanzar las más altas, hasta que el árbol resplandeció y la habitación quedó suavemente iluminada. Por un momento, Lillian olvidó dónde estaban e imaginó que se encontraban en su propio hogar, celebrando juntos la Navidad. Recordaba vagamente que sus padres la esperaban para cenar, pero

aún quedaban varias horas, y lo último que deseaba en ese momento era marcharse. Connor contemplaba el abeto, arrodillado sobre la alfombra y con la luz de las velas reflejándose en sus ojos.

—Bonito, ¿verdad? —inquirió ella en voz baja, arrodillándose a su lado—. Los Wolverton no reparan en gastos.

—Eso está claro.

—¿Es que en tu casa no habéis colocado un árbol de Navidad?

—¿Cómo?

—Antes has dicho que a tu hermana le encantaría este árbol. ¿No habéis decorado vosotros uno?

Él se quedó mirándola un momento con rostro inexpresivo y después emitió una risa que a Lillian le pareció algo forzada.

—La verdad es que he olvidado por completo encargarme de uno. Me temo que soy un hermano mayor muy negligente...

—¡Pobre Deirdre! —rio ella.

—Sí —convino él, enderezando una vela un poco torcida. No se reía—. Pobre Deirdre.

Connor estiró el brazo para alcanzar un bastón de caramelo de rayas rojas y blancas, y se lo tendió a Lillian. Ella lo rechazó con un gesto de la mano y negó con la cabeza.

—¡Vuelve a ponerlo en su sitio! ¡Se supone que es solo un adorno!

—Qué absurdo.

—Se darán cuenta de que falta...

Él lanzó una carcajada.

—¿Tú crees?

Aceptó el bastón con un suspiro y lo probó con delicadeza; realmente estaba delicioso e hizo que volviera muchos años atrás, a cuando aún era una niña. Pero cuando se dio cuenta de la intensidad con que él la miraba, dejó el caramelo a un lado, turbada. Antes de que pudiera reaccionar, Connor, sentado aún sobre la alfombra persa, la atrajo hacia su cuerpo y la besó.

Connor la tenía sentada sobre su regazo, acunándola entre sus brazos mientras la besaba. Ella perdió tan deprisa la noción del tiempo y del espacio que empezó a confundir el sonido del péndulo del reloj de pared con los latidos de su propio corazón. Tenía los ojos entreabiertos; no quería dejar de ver el rostro de Connor. La boca de él era suave pero firme al mismo tiempo, y su dulce insistencia acabó por provocar que abriera más la suya para dejar paso a su lengua. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo y él pareció notarlo, porque se separó un segundo para mirarla y esbozar una sonrisa satisfecha.

—No te imaginas cuánto deseaba volver a besarte. Te escapaste demasiado rápido la última vez —murmuró. La sujetó contra su brazo mientras que con la otra mano empezaba a quitarle las horquillas que sujetaban su cabello—. Pero hoy no hay ninguna prisa, y tenemos esta casa para nosotros solos.

—¿Qué haces? —preguntó ella casi sin aliento, al notar sus dedos entre los cabellos, desenroscando su moño y disponiendo los largos mechones sueltos sobre sus hombros.

—Quiero verte con el pelo suelto.

Connor sonrió mientras la contemplaba y deslizó sus dedos por la oscura melena y después por su mejilla.

—Eres preciosa —dijo—. Eres preciosa, y lo mejor es que ni siquiera te importa.

Volvió a besarla. Acarició su espalda y sus costados, desabrochó los dos primeros botones del vestido y se detuvo un instante, como dándole una breve oportunidad para detenerlo. Lillian sintió que se le aceleraba el pulso, pero no hizo ademán de pararlo. Deseaba sentir las manos de él sobre su piel, y el vestido de lana que llevaba empezaba a parecerle una áspera barrera que se interponía entre ellos. Connor continuó desabrochando el vestido hasta que el corpiño quedó totalmente abierto, revelando la sencilla combinación blanca y el ajustado corsé.

—¿Cómo puedes respirar con esto? —masculló él mientras pasaba el dedo por la fila de apretados cierres.

Lillian pegó el rostro al hombro de Connor, luchando entre lo azorada que se sentía por la exhibición de su ropa interior y el deseo de que continuara tocándola. Los dedos de él se movieron con habilidad sobre su torso hasta

que el corsé se abrió y su abdomen se llenó de aire. Inspiró profundamente, aliviada y estremecida a la vez. Connor la movió sobre su regazo para poder desatarle las cintas del polisón, y después, dejándola solo con las medias, los pantalones de batista, la combinación y los zapatos, volvió a acogerla entre sus brazos. Se miraron a los ojos durante un instante, hasta que Lillian murmuró:

—No es justo que me tengas así cuando tú ni siquiera te has quitado la chaqueta.

Él sonrió, divertido.

—Me sorprendes, Lillian.

—¿Por qué? ¿He dicho algo malo?

—Todo lo contrario —contestó. Pero en vez de deshacerse de la chaqueta, dejó a Lillian sobre la alfombra mientras se incorporaba.

Ella lo observó desde abajo, confusa, hasta que Connor pasó los brazos bajo su cuerpo y la levantó en vilo, llevándola hasta el sofá de seda aguamarina como si no pesara nada. La dejó tumbada allí, con la espalda apoyada en un mullido cojín bordado, y un momento después se había quitado la chaqueta y el chaleco. Cuando se inclinó de nuevo sobre ella, Lillian se percató de que la sensación era totalmente distinta ahora que solo llevaba su ropa interior. Notaba el calor que emanaba el cuerpo de Connor a través de la fina tela de la combinación, y sus caricias producían un efecto mucho más vivo. Cerró los ojos, permitiendo que le quitara los zapatos y las medias, y que le desabrochara la combinación; por primera vez en su vida pensó en lo absurda e irritante que era toda aquella cantidad de ropa interior femenina. Después pensó en lo que probablemente sucedería una vez se desnudaran del todo, y abrió los ojos. Connor tenía la cabeza inclinada sobre su pecho apenas cubierto, aunque aún no la estaba tocando.

—Connor...

—¿Sí?

—Yo... No voy a fingir que no sé lo que estamos haciendo. Ni que no deseo que ocurra...

Él levantó la cabeza.

—¿Pero...?

Se esforzó por encontrar las palabras para expresar su temor.

—Pero no quiero empezar algo para luego pararte. No sé si... no sé si en algún momento te pediré que te detengas. Y no sería justo para ti que...

—Lillian —la interrumpió—. Puedes detenerme cuando tú quieras. Solamente necesito tenerte conmigo, de la manera que tú desees.

Ella asintió, notando un nudo en la garganta, y empezó a desabotonarle con timidez la camisa, pero entonces sintió los labios de Connor sobre el pecho y tuvo que dejarlo. Él había abierto del todo la combinación, bajando los tirantes por los hombros, y la sensación era tan exquisita que solo pudo dejar caer la cabeza hacia atrás y suspirar quedamente. Connor deslizó los labios y la lengua sobre sus senos, acariciándolos al mismo tiempo, y cuando después su mano se deslizó por la curva de sus caderas y se posó entre sus muslos, ella se retorció bajo su cuerpo como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—No tengas miedo —susurró él. Su voz se había vuelto más áspera y grave.

—No lo tengo —respondió.

Con la respiración acelerada, intentó tranquilizarse y separó un poco las piernas para acomodar a Connor entre ellas. Él encontró la abertura en las perneras de su lencería y la acarició allí, apenas rozándola. La miró atentamente, pendiente de su reacción. Lillian gimió y cerró los ojos, notando cómo un intenso rubor cubría todo su cuerpo, y trató de relajarse. Poco a poco, todo pensamiento quedó anulado y solo quedaron las sensaciones que le producían sus caricias. Sintiendo al borde de un abismo desconocido, cerró los puños sobre lo primero que encontró ante ella, y que resultó ser la tela de la camisa de Connor. Cuando él se detuvo de pronto, volvió a abrir los ojos, jadeante, para averiguar por qué había parado.

Connor se había puesto de pie y estaba terminando de quitarse la camisa. La habitación estaba más oscura que antes, y Lillian se dio cuenta de que ya se había hecho de noche, pero las velas del abeto iluminaban lo suficiente para que pudiera reparar en su torso delgado, aunque bien formado, y en los alargados músculos de sus brazos. Se apoyó un poco sobre los codos para observarlo mientras se despojaba del resto de su ropa. Cuando se volvió hacia ella, solo pudo continuar mirándolo durante un segundo antes de apartar la vista. No quería ser tímida con él, pero verlo así, totalmente desnudo y

dispuesto para ella, era más de lo que podía resistir.

Se desplazó un poco en el sofá para hacerle sitio, y él volvió a tumbarse junto a ella y a rodearla con sus brazos. Esta vez fue Lillian quien lo besó, apretándose contra su cuerpo hasta notar su erección contra ella. Le resultaba extraño no sentir ningún miedo. Era como si lo conociera desde siempre y que lo que estaba a punto de ocurrir no fuera más que una parte lógica y natural en la evolución de los hechos. Connor pareció adivinar sus pensamientos, porque murmuró:

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Ella depositó un suave beso en su hombro y levantó los ojos hacia su rostro, distinguiendo en la penumbra la tersa piel sobre los pómulos, la curva de la nariz y la sombra de barba.

—Sí —consiguió responder. Alzó una mano para acariciarle la áspera mandíbula—. Confío en ti.

Al oír eso, Connor emitió un suave gemido y hundió el rostro en su cabello. Ella tomó su mano y la guio de nuevo a la zona en que la ropa interior se abría entre sus piernas. Connor la exploró, cuidadoso al principio y más intrépido cuando ella elevó las caderas y le clavó las uñas en los hombros. Una especie de fuego líquido recorría su cuerpo como si hubiera sustituido a la sangre. Cuando volvió a encontrarse al borde del abismo, Connor apartó la mano, se irguió un poco sobre ella y la besó con urgencia. Notó cómo se situaba entre sus muslos y aguantó la respiración, estremeciéndose a causa de la expectación y el deseo. Sintió la dura presión de él, que pugnaba por entrar en su cuerpo, y la resistencia en su interior que se lo impedía. Se mordió el labio con fuerza mientras empujaba un poco más, concentrando su atención en el rostro de Connor para olvidarse del dolor. Él se detuvo, respirando con dificultad, y la miró con expresión preocupada.

—Dios, Lillian... —jadeó—, no quiero hacerte daño.

—No me importa sentir un poco de dolor. Quiero que sigas... —Con las manos sobre su espalda, lo atrajo ligeramente hacia ella—. Por favor.

Volvió a penetrarla, esta vez con más fuerza, y ella ahogó un grito, sintiendo un dolor que jamás había sentido, agudo y abrasador. Connor trasladó un poco su peso y la besó en los labios; sus ojos reflejaban una mezcla de ternura y admiración.

—Eres lo mejor que me ha pasado.

Incapaz de responderle, ella hizo un esfuerzo por sonreír. La emoción que sentía al estar así con él la tenía al borde de las lágrimas; era mucho más intensa que cualquier molestia física que pudiera percibir. Connor se movió una vez más dentro de ella, encontrando menor dificultad, y con cada movimiento siguiente el dolor fue desapareciendo hasta transformarse en una oleada de sensaciones totalmente distintas. Gimió, arqueándose contra él, y acompasó sus movimientos a los suyos hasta que detrás de sus ojos cerrados aparecieron brillantes luces anaranjadas y rojizas, y un cúmulo de energía vibrante que se había formado en el núcleo de su cuerpo creció, imparable, hasta estallar violentamente. Le pareció que todo su ser se deshacía en millones de moléculas; apenas pudo darse cuenta de que Connor la estrechaba con más fuerza entre sus brazos y que su cuerpo también se tensaba, para después relajarse y caer, agotado, sobre ella.

Se quedó inmóvil bajo su peso, tratando de recuperar el aliento, asombrada y exhausta. Él se incorporó en seguida y la cambió de postura, dejando que apoyara la cabeza en su pecho y rodeándola con su brazo.

—¿Estás bien?

—Estoy muy bien.

—Eres maravillosa, Lil. —La besó con delicadeza en los labios, acariciando su mejilla a la vez—. La próxima vez será mejor.

—¿Mejor? —repitió perpleja, lo que provocó que él se riera con cariño.

Apenas podía creer lo que acababa de ocurrir. Sabía todo lo que creía que debía saberse sobre las relaciones físicas entre hombre y mujer, pero hasta entonces había considerado aquello como una más de las pesadas cargas que conllevaba el matrimonio. Nunca hubiera podido imaginar sentir ese éxtasis, esa unión absoluta en cuerpo y alma con otra persona.

Somnolienta, se preguntó qué hora sería. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que le abrió la puerta a Connor? Recordó cómo habían encendido juntos las velas del árbol, antes de dejarse arrastrar por la pasión... «Las velas deben de estar a punto de consumirse a estas alturas; tendré que cambiarlas antes de irme», se dijo, pero, contrariamente a sus costumbres, dejó a un lado los pensamientos prácticos y continuó acurrucada bajo su brazo, escuchando los latidos de su corazón.

La Navidad de 1877 había sido la más triste que pasaron los habitantes de Malley House: la madre de Connor y Deirdre había muerto de tuberculosis pocos días antes, y la casa entera estaba de luto. No hubo decoraciones navideñas, ni regalos, ni banquetes, ni canciones. Los criados eran fantasmas que se deslizaban silenciosamente con sus brazaletes negros sobre el uniforme; la pequeña Deirdre, de solo seis años de edad, sollozaba por los rincones, y su padre permanecía encerrado en su despacho con la única compañía de las llamas de la chimenea y de una botella de whisky. Connor almorzó el 25 de diciembre de ese año solo por completo en el gran comedor, mirando las dos hileras de sillas vacías y escuchando el sonido del viento afuera: el lamento de la Banshee que se había llevado a su madre.

Pero comparado con cómo se sentía justo el mismo día diez años después, aquellas navidades habían resultado casi agradables. Al menos, entonces tenía aún a su padre y a su hogar... Y Deirdre, aunque triste y desconcertada, era una niña saludable con toda la vida por delante. Para Connor, el único vestigio de felicidad lo había experimentado brevemente la tarde anterior, con Lillian. Habían permanecido juntos en el salón de los Wolverton todo el tiempo posible, hasta que ella no tuvo más remedio que marcharse a su casa, donde su familia la esperaba para la cena de Nochebuena. Cuando se despidieron, una cálida oleada de algo que nunca había sentido antes lo invadió, y la abrazó reteniéndola contra su cuerpo durante largo rato, hasta que ella emitió una tímida risita y murmuró que debía irse. Pero en el momento en que Connor entró en su apartamento, la burbuja en la que había flotado las últimas horas estalló, dejándolo con la angustiosa sensación de que no habría un final feliz para él.

Desde el cuarto de Deirdre podía oír a la señora Smith trajinando en la cocina: había preparado un pastel de carne y una sopa de verduras con los ingredientes que ella había comprado, y lo había subido todo para que comieran los tres juntos. La pobre también se sentía sola; su hija no había querido ir a Londres a visitarla, ni siquiera en unas fechas tan señaladas. Echó un último vistazo a Deirdre, que dormía bajo las mantas, y fue a hacer compañía a la anciana.

—He preparado una bandeja para llevársela a la niña —le dijo al verlo junto a ella. Connor contempló el plato humeante que había preparado para Deirdre y suspiró.

—No creo que quiera comer nada. Le duele demasiado al tragar.

—¿Ni siquiera unas cucharadas de sopa? Tiene que comer un poco, Connor, necesita fuerzas para luchar contra la enfermedad...

Iba a responder que, llegados a ese punto, dudaba que el hecho de comer o no fuera a cambiar algo, cuando alguien llamó a la puerta. Los dos se miraron sorprendidos.

—¿Quién será? —preguntó la señora Smith ajustándose la toquilla.

Connor tuvo que reprimir un gesto de fastidio al ver a Erik Tanner. No le gustaba aquel hombre fornido y reservado; no solo porque fuera un agente de Scotland Yard que no dudaría en detenerlo si descubría sus *actividades*, sino también por cómo miraba a su hermana. Pero a ella siempre le alegraban sus visitas, así que toleraba su presencia lo mejor que podía.

—Erik.

—Hola, Connor. Feliz Navidad. He venido a ver a Deirdre, si no te parece mal.

—Por supuesto que no. Feliz Navidad a ti también. —Se apartó para que pudiera entrar y cerró la puerta con resignación. ¿Es que no tenía familiares o amigos con los que pasar el día?

Después de saludar a la señora Smith, Erik se volvió hacia Connor y le mostró un paquete pequeño envuelto en un sencillo papel de estraza.

—Le he traído a Deirdre un regalo.

Connor sonrió. «Más te vale que no sea un anillo de compromiso».

—Qué amable por tu parte. Pero ahora está durmiendo.

—¡Oh, Connor, no seas tan rígido! —intervino la señora Smith—. A tu

hermana le alegrará su visita. Íbamos a despertarla de todas formas para intentar que comiera.

No tuvo más remedio que ceder.

—De acuerdo.

Se quedó en el salón mientras la señora Smith le llevaba a Deirdre la bandeja, seguida de Erik con su regalo, y se dejó caer pesadamente en la butaca. A los pocos segundos volvió la anciana, llevando la bandeja con los platos intactos.

—¡No quiere comer nada! —gimoteó al pasar junto a él camino de la cocina.

Connor volvió a suspirar y se llevó las manos a los ojos cerrados, oprimiendo con suavidad las yemas de los dedos contra sus doloridos párpados.

—¿Qué demonios hace tanto rato con ella? —gruñó Connor a la señora Smith, que hacía punto sentada en la otra butaca, cerca de la estufa—. Deirdre no tiene fuerzas para estar de cháchara; debería dejarla descansar.

La señora Smith sonrió de forma beatífica, sin levantar la vista de su labor.

—No lleva tanto tiempo. A Deirdre le gusta que Erik la acompañe, aunque apenas pueda hablar. Es natural, no puede estar todo el día sola con su hermano y con una vieja, necesita otros amigos.

—¿Y no podría tener amigos de su edad?

—Katie estuvo aquí el otro día.

—Ojalá fuera la única.

La señora Smith rio por lo bajo. A ella nunca le impresionaban sus arranques de mal humor, y ese era uno de los motivos por los que la había tomado tanto cariño. Otra razón era, por supuesto, la devoción con que cuidaba de Deirdre.

—¿Por qué no te gusta Erik?

—Creo que está enamorado de ella.

—¡Eso está claro! —Dejó las agujas un momento y lo miró, inquisitiva—.

¿Y te parece mal?

—Por el amor de Dios, señora Smith, ese hombre le dobla la edad a mi hermana y es un agente de Scotland Yard. ¿Cómo iba a parecerme bien?

Connor se levantó y comprobó la entrada de aire de la estufa. Hacía demasiado frío en la habitación como para que estuviera funcionando correctamente. El apartamento entero estaba casi siempre helado; había puesto la manta de su cama en la de Deirdre y le había cedido su almohada para mantener su cabeza elevada y que pudiera respirar mejor, de modo que llevaba varias noches pasando frío y con el cuello dolorido. Estaba harto de todo aquello. A su espalda, escuchó a la anciana preguntar:

—¿Entonces por qué no estás en el cuarto con ellos?

Se giró de nuevo hacia ella y puso los ojos en blanco, frotándose a la vez las manos con un trapo para quitarse el hollín de la estufa.

—A ella parecen tranquilizarle sus visitas. Por algún motivo, hace que esa expresión de miedo que tiene ahora siempre en los ojos desaparezca.

—Puede que ella también lo ame...

Por toda respuesta, emitió un bufido exasperado y lanzó el trapo en una dirección aproximada a la cocina. La señora Smith volvió a reír y dejó su labor sobre la mesita auxiliar.

—Voy a hacer un poco de té. —Se levantó con cierta dificultad y le apretó con cariño el brazo al pasar junto a él—. Procura animarte un poco, querido. Después de todo, es Navidad.

«¿De verdad?», replicó Connor para sí mismo con amargura. No le daba la impresión de que fuera así. Ni en un millón de años hubiera imaginado que sus primeras navidades en Londres fueran tan deprimentes. Trató de pensar que, a diferencia de muchos otros en la ciudad, ellos tenían al menos un techo sobre sus cabezas, pero no le sirvió de ninguna ayuda.

La señora Smith dejó una taza de té junto a él y llevó otras dos al dormitorio de Deirdre, dejándolo solo con sus cavilaciones. Se echó hacia atrás en la butaca y sorbió el ardiente té sin azúcar mientras la imagen de Lillian regresaba a su cabeza. A lo largo de todo aquel día había pensado en ella siempre que sus otras tribulaciones se lo permitían. ¿Cómo no iba a hacerlo? Con un estremecimiento, recordó las horas que habían compartido en el salón aguamarina de los Wolverton... Revivir ese momento en su

imaginación era lo único que le proporcionaba algún placer ese día. ¡Que Lillian se hubiera entregado a él de esa manera había sido tan increíble! Él había tenido otras amantes más experimentadas en Irlanda, pero ninguna con la que sintiera lo que había sentido al estar con ella. No se trataba solo de un acto físico, sino de algo que tocaba su alma y su corazón de una forma que jamás había creído posible. Connor era consciente de que se estaba enamorando de ella, pero eso solo lo complicaba todo aún más.

Trató de adivinar lo que estaría haciendo la joven en ese momento. Habría disfrutado de un delicioso banquete de Navidad con su familia, se habrían intercambiado regalos y quizá cantarían villancicos o se divertirían con algún juego tranquilo al calor de la chimenea, en un salón acogedor y decorado con guirnaldas, lazos rojos y ramas de abeto. Deseó tanto estar con ella que le dolió el corazón. En un mundo paralelo, le habría hecho un bonito regalo y habría ido a visitarla para felicitar las fiestas, a ella y a sus padres. En un mundo paralelo, Deirdre sería otra vez la joven alegre y saludable que había sido, inocente y optimista. Y en cuanto a él, sería un caballero honorable, despreocupado, satisfecho con su presente y esperanzado con su futuro.

Pero no servía de nada perderse en semejantes ilusiones. Tenía que pensar en lo que iba a hacer. Seguir adelante con su plan, por mucho que le repugnara. Deirdre no estaba mejorando, y el dinero menguaba día a día. El doctor había dicho que si no empezaba a mejorar pronto sería una mala señal, y que como mínimo significaría que su salud iba a quedar afectada para siempre. Pero ¿cómo iba a mejorar si no la llevaba a un hospital o buscaba un médico mejor? No le quedaba otra posibilidad que hacer *aquello*, y tenía exactamente una semana de plazo.

Se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en las manos. Cada vez que pensaba en ese tema una oleada de ansiedad le invadía. ¡Maldita sea, él no era un ladrón profesional! Cuando le quitó la pulsera a lady Sophia había sido a causa de un impulso casi inconsciente, y solo a causa de no haber podido venderla había robado la peineta de Rebecca. Pero entrar a escondidas en la mansión de los Wolverton y deambular por las habitaciones en busca de algún objeto de valor que pudiera vender... Incluso si le salía bien, después tendrían que irse de Londres. No podrían permanecer allí más tiempo, y ya había aprendido que las joyas valiosas solo se vendían en el extranjero. Todo

aquello, además de una nueva incertidumbre en el mapa de su vida, significaba también renunciar a Lillian. «Pero eso será lo mejor para ella», pensó con una punzada de dolor en su interior. «Se olvidará de mi antes de que se implique demasiado, y encontrará a alguien que la merezca».

Cuando se levantó de la butaca para ir a ver a Deirdre, Connor ya había tomado una decisión: esperaría lo máximo posible para entrar en la casa antes de que los Wolverton regresaran y, hasta entonces, pasaría con Lillian todo el tiempo que pudiera.

Lillian no podía dejar de sonreír. Todo el día anterior, el día de Navidad, que para ella era uno de los mejores del año desde que era pequeña, lo había pasado pensando en él. Pero no de una manera melancólica o anhelante, como cuando estuvo varios días sin tener noticias suyas, sino sintiéndose alegre, llena de vida y de amor. Había abrazado repetidas veces a sus padres, había cantado villancicos con toda su alma, acompañada al piano por Elizabeth, y había abierto sus regalos con el mismo entusiasmo, o más, que su pequeño sobrino. «Así que esto es estar enamorada», se dijo, eufórica e ignorante de que las velas que iluminaban el salón no emitían un resplandor tan cálido como su propio rostro. «Cuando amas de verdad a alguien, amas también a todo el mundo. Y todo es tal y como debe ser». El día de Navidad de 1887, Lillian decidió dar una tregua a todos los firmes principios, ideas y prejuicios que la habían acompañado desde que entró en la adolescencia. No quería pensar en si aquello estaría relacionado con un futuro matrimonio, ni, llegados a ese punto, cómo se las arreglaría para conciliar su amor por Connor con ese estado que ella siempre había rechazado, así que decidió que simplemente disfrutaría de ese sentimiento nuevo. No iba a arruinarlo cuestionándose nada o pidiéndose cuentas a sí misma... por el momento.

Se pegó un poco más a Connor, no tanto porque tuviera frío (aunque el aire en la calle era gélido esa mañana) sino más bien por tenerlo cerca. Él desenlazó el brazo del suyo y se lo pasó alrededor de los hombros, atrayéndola hacia su cuerpo. Lillian sonrió cuando su cabeza reposó por un instante en su pecho. Fue solo un momento, porque estaban caminando y no podía mantener esa postura más de unos segundos, pero pudo percibir el aroma que emanaba de su cuerpo y la suavidad de la piel de su cuello, allí

donde la bufanda lo dejaba unos centímetros descubierto. Recordó el contacto infinitamente más íntimo que habían mantenido hacía dos días, la sensación de sus cuerpos unidos, sin aquellas capas de ropa invernal que ahora se interponían entre ellos, y se estremeció.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que entremos en algún café? —le preguntó él con dulzura.

—No. Prefiero pasear.

Por un instante, Lillian se preguntó qué pasaría si una de las amigas de lady Wolverton o uno de los socios del club de su esposo los vieran. Se preguntarían por qué un caballero rico como Connor O'Malley paseaba agarrado a la institutriz de la casa. ¿Y si llegaba a oídos de los Wolverton? «No estamos haciendo nada malo», se dijo, aunque su inquietud aumentó un poco cuando doblaron la esquina y empezaron a recorrer Oxford Street. Era una de las calles más transitadas de la ciudad en esas fechas, y a esa hora estaba llena de londinenses que entraban y salían de tiendas y restaurantes, o que simplemente paseaban para ver y dejarse ver. Cuando pasaron por el restaurante del que había visto salir a Connor y a lady Sophia, Lillian lo miró de reojo, pero él no dio muestras de recordar el incidente. Había empezado a caer una ligera nevada y se detuvo un momento para subirle a ella la capucha de la capa. Le ajustó también la bufanda de lana para cubrir su cuello hasta la barbilla.

—No me gustaría que te pusieras enferma —dijo con una sonrisa que a Lillian le pareció melancólica. Ella dejó que la abrigara mientras buscaba en sus ojos, tratando de averiguar si estaba triste o preocupado por algo. Había estado muy cariñoso todo el tiempo, pero estaba menos hablador que de costumbre. Él notó cómo lo observaba y preguntó—: ¿Qué ocurre?

—¿Estás bien?

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

Connor cogió su mano enguantada, acariciándola con su pulgar, y tiró ligeramente de ella para que caminara de nuevo.

—No sé. Pareces... distraído.

—Solo estoy algo cansado.

Se sintió aliviada por su respuesta. Por supuesto; el día de Navidad habría sido agitado también en su propia casa. Se dio cuenta de que todavía no le

había contado nada de cómo lo había pasado él.

—¿Recibisteis a mucha gente ayer? —se interesó.

Él la miró perplejo.

—¿Cómo?

—Bueno, ya sé que tu hermana y tú no tenéis familia aquí, pero supongo que os reuniríais con muchos amigos para vuestra comida navideña...

—Oh, bueno, no demasiados... —respondió él con vaguedad al cabo de unos segundos.

Lillian esperó a que dijera algo más, pero no lo hizo. Así que, después de aclararse la garganta, se armó de valor y habló ella:

—Yo disfruté mucho con mi familia... pero al mismo tiempo no podía dejar de pensar en ti.

Connor volvió a detenerse con brusquedad y se volvió hacia ella, mirándola a los ojos con una intensidad tal que sus rodillas se aflojaron. Sintió sus manos posándose sobre su cintura y cerró los ojos cuando vio que su boca se acercaba a la suya. Como siempre que la besaba, se olvidó de todo lo que los rodeaba, hasta que escuchó el comentario escandalizado de una dama anciana que pasaba junto a ellos y abrió los ojos para reparar en que los transeúntes tenían que esquivarlos para seguir su camino y que la mayoría se quedaba mirándolos, las mujeres indignadas y los caballeros con aire divertido. Cuando también él cayó en la cuenta de que estaban dando un espectáculo, la apartó del centro de la acera y giró en la siguiente esquina para entrar en un callejón desierto. La apoyó contra la pared y siguió besándola hasta que Lillian gimió con suavidad; entonces la soltó y acarició muy despacio su mejilla, ardiente a pesar del frío y la nieve que caía. Ella trató de recuperar el aliento mientras admiraba en silencio su masculina belleza: Connor tenía los labios enrojecidos e hinchados a causa de los besos, y sus ojos eran como esquirlas de hielo azulado.

Jamás se había sentido tan vulnerable y a la vez tan llena de vida. En ese momento se percató de que estaría dispuesta a hacer cualquier cosa que le pudiera hacer feliz. A ella misma le parecía como si su interior albergara algo parecido a una bolsa de felicidad, una burbuja de pura dicha que la llenaba por completo y que apenas dejaba sitio para el aire que respiraba. Deseó poder expresar sus sentimientos, pero por más que lo intentaba no encontraba

las palabras adecuadas.

—Connor... —balbució, sin saber cómo seguir.

—Lillian —repuso él con otra de sus seductoras sonrisas.

Los dos rieron y ella se relajó un poco; quizá no hacía falta poner en palabras lo que sentían. Pero entonces Connor suspiró y dijo:

—Ojalá no tuviéramos que vernos así. Me gustaría que tuviéramos nuestra propia casa. Poder estar juntos *de verdad*.

Lillian contuvo la respiración y bajó la cabeza para que no pudiera leer la excitación en su rostro. Una alarma empezó a sonar en su interior. ¿Estaba a punto de pedirle que se casara con él? ¿Era eso posible? «No sería tan extraño», razonó mientras su boca se secaba y el corazón le latía desbocado, «Después de todo, me ha comprometido, y él es un caballero. No permitiría que mi reputación quedara en entredicho y, además... tal vez me ame de veras». Curiosamente, la idea de casarse con Connor la hizo aún más feliz, y esperó con emoción sus siguientes palabras. No se acordó de todas las veces que había afirmado, a sí misma y a quien quisiera escucharla, que el matrimonio solo podía traer desgracia y dolor.

—Tengo que regresar a mi casa, Lil —dijo él entonces. Ella levantó la cabeza, confusa—. Te acompañaré a la tuya antes.

Volvieron a la calle principal y Connor comenzó a charlar sobre cosas intrascendentes, pero ella apenas lo escuchaba. Necesitaría un buen rato para superar la decepción que sentía.

Mientras se acercaban a la casa de los Simmons, Connor continuó hablando de cualquier tontería que se le ocurriera, pero de vez en cuando la miraba de reojo, consciente del cambio que se había operado en ella desde que salieron del callejón y deseando que no se sintiera demasiado defraudada. No parecía enfadada con él, pero sonreía de una forma menos sincera y espaciaba más sus comentarios.

No iba a preguntar si le ocurría algo ni la presionaría de ningún modo para que hablara. Lillian, que no estaba acostumbrada a mentir, era sin embargo lo

suficientemente digna y discreta para no expresar sus emociones de forma inadecuada, sobre todo si atañían a sus propios sentimientos, pero resultaba tan fácil leer en su rostro como leer la página de un libro abierto. Era evidente que había vivido un momento de euforia mientras la arrastraba con él a ese apartado callejón: sus ojos grises, fijos en los suyos, despedían chispas de luz como las ascuas de una chimenea, y habían perdido todo rastro de reserva o timidez. Le había mirado como... como si jamás hubiera sido tan feliz como en ese instante, entre sus brazos. ¡Y la forma en que había sonreído después de que la besara! Toda la dicha que pudiera existir en el planeta, toda la esperanza, la entrega y la confianza absoluta, se habían reflejado en su rostro. Entonces él, en un arranque absurdo, contagiado por su dulce inocencia y por el amor que a su vez sentía por ella, había dejado escapar esas impulsivas palabras sobre estar juntos de las que ahora se arrepentía; no porque no las pensara de verdad, sino porque se trataba de un sueño irrealizable. Lillian había interpretado, con toda lógica, que eran el prelude de una proposición de matrimonio. Después de todo, y por mucho que ella fuera una joven moderna y progresista, el hecho de que le hubiera entregado su virginidad dos días antes era cuanto menos algo trascendental para cualquier mujer de la buena sociedad. Sospechaba que, a pesar de su actitud despectiva hacia el romance y las convenciones sociales, había empezado a tener sentimientos encontrados... Probablemente ni ella misma sabía lo que quería, pero estaba bastante seguro de que se había sentido decepcionada, incluso un poco humillada, al comprobar que no iba a pedir su mano.

¡Qué fácil sería todo si no hubiera tenido tan mala suerte con el empleo que William le había prometido! Nunca habría sido un caballero tan rico como era en Irlanda, ni uno de esos encumbrados aristócratas ingleses que abundaban en los salones de la ciudad, pero habría podido casarse con ella y mantenerla de forma adecuada. Comprarían una casita cómoda y agradable, y vivirían sin lujos, pero satisfechos y respetados por todos. Pero de nada servía lamentarse por el pasado ni pretender cambiarlo. La mala fortuna primero, y su propia ineptitud y desesperación después, lo habían conducido por una senda de espinas que cada vez se cernía más amenazante y abrupta ante él. Y ahora ya no podía hacer nada para remediarlo... ¿O sí?

Guardó silencio mientras su cerebro cavilaba vertiginosamente. Aún no era

tarde. Todavía no había hecho nada que no pudiera subsanar. Sí, tenía los brillantes de lady Sophia, pero podía entregarlos de forma anónima en su casa o en una comisaría. La peineta de Rebecca estaba ya fuera de su alcance, pero el dinero obtenido a cambio estaba sirviendo para pagar parte del tratamiento que Deirdre requería, así como otras cosas de primera necesidad, y no se arrepentía. Sería un secreto vergonzoso que ocultaría hasta después de su muerte, y jamás repetiría un acto parecido. Nadie llegaría a enterarse de lo que había hecho. Le contaría la verdad sobre su situación económica a Lillian; era compasiva y sensible, quizá lo comprendería y perdonaría su mentira. Juntos podrían encontrar alguna solución. «¿Cómo era aquel dicho...? *El amor mueve montañas*». ¿O era la fe? Daba igual; tenía que acabar con esa farsa. Era la única manera de derribar el muro que lo separaba de ella.

—Lillian —dijo sin pensar más, deteniéndose en mitad de la acera. Su voz le sonó tensa y extraña.

Habían enfilado ya su calle, y el viento helado hacía que los copos de nieve se colaran por el borde de su bufanda y por debajo del sombrero. Se estremeció, de frío o de miedo, sin saber cómo empezar. Ella esperaba a su lado, con la cara medio oculta por la capucha.

—¿Sí?

Cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro, y trazó distraídamente unas líneas en la nieve con la punta del bastón.

—Quizá te ha parecido extraño que antes...

—¿Qué?

De pronto, a Connor se le hizo muy difícil encontrar las palabras adecuadas.

—Ya sabes, en ese callejón, cuando estábamos...

Se detuvo, titubeando, y la miró a los ojos como pidiéndole ayuda. Pero ella desvió la mirada, irguió la cabeza y, con voz inexpresiva, dijo:

—Oh, por cierto, se me ha olvidado comentarte algo. Mis padres dan una fiesta en casa el día 31, para celebrar el fin de año. ¿Quieres venir?

Tardó un poco en procesar su invitación. Reparó con sorpresa en que ella estaba evitando hablar del tema, y se preguntó por qué. «¿Es por orgullo, Lil?», pensó con tristeza.

—Claro —respondió por fin—. Iré encantado.

—Bien —dijo ella con frialdad—. Empezará sobre las ocho.

Los últimos minutos hasta que llegaron a la puerta de los Simmons transcurrieron en un educado silencio. Pero Lillian no se apartó cuando él la besó para despedirse, y Connor no volvió a intentar sacar el asunto.

—Estaré aquí el sábado para la fiesta, entonces —dijo. Y, en un intento de hacerla reír, añadió guiñándole un ojo—: ¿Te pondrás un vestido elegante, o escandalizarás a tus padres y a sus amigos llevando tu traje de institutriz?

Por fin, una amplia sonrisa asomó a su rostro.

—¡Ninguna de las dos cosas, seguramente!

—Eso me encantará verlo —repuso Connor con picardía, y ella se echó a reír.

Después de que Lillian entrara en su casa, se dirigió a la parada de tranvía más próxima para iniciar el penoso regreso a su barrio. No sabía muy bien lo que había pasado, pero seguía en el mismo punto que antes. Y se sentía aliviado. Su efímero propósito de contarle la verdad no podía ser más que una fantasía, igual que la idea de casarse con ella. No hubiera salido bien. Lillian se habría sentido ofendida al enterarse de que no era más que un pobre hombre, y se alejaría de él, dejándolo humillado y expuesto. Movié la cabeza como si así pudiera deshacerse de esa idea loca y subió al tranvía con las monedas para el billete preparadas en su puño enguantado.

Tenía que ser realista y limitarse a disfrutar del tiempo que le quedaba para estar con ella. Debía mantener la cabeza fría y seguir adelante con su plan. Y quizá, en otra vida, podrían vivir su amor de la manera que ahora se les negaba...

Si es que no ardía en el infierno para toda la eternidad.

El apartamento de Erik no era demasiado grande, pero sí bastante cómodo. Estaba en una calle de viviendas de clase media, con comercios y pubs alrededor, y contaba con un dormitorio decorado con sencillez y una oscura sala de estar que comunicaba con una diminuta cocina. Las paredes estaban cubiertas con un papel estampado en tonos ocres, y los muebles denotaban cierta mezcla decorativa, reflejando la falta de interés de Erik por esas cuestiones y su estado de soltería.

Esa mañana se había despertado sumido en la melancolía, y ni siquiera se había levantado aún de la cama. No tenía que estar de servicio hasta la tarde, y se daba cuenta, cada vez con mayor crudeza, de que carecía de familiares o amigos con los que pasar el tiempo libre. Echaba de menos a sus padres y a su hermano, y a sus amigos de Manchester, y se sentía cada día más solo. Había llegado a una edad en la que la mayoría de sus compañeros de Scotland Yard estaban casados y formando su propia familia, pero, por alguna razón, aquello parecía inaccesible para él.

Haciendo un esfuerzo, salió de la cama y se preparó una taza de café fuerte en la cocina. La cafeína le despejó de inmediato, pero no le animó. Llevaba en ese estado de apatía varios días; aunque realizaba su trabajo con la eficiencia de siempre, ya no le llenaba. Y cuando estaba en casa, sentía como si las paredes cayeran sobre él. De vez en cuando aceptaba la invitación de algún compañero para salir a tomar una cerveza a algún tugurio del centro, pero eso tampoco le suponía una gran satisfacción. Era como si todo le importara un bledo de repente.

Menos Deirdre. Cada vez que la veía parecía encontrarse peor... El día de Navidad, cuando fue a visitarla, se esforzó por contarle historias sin

importancia que la hicieran reír, pero le partía el corazón contemplar la sonrisa triste que asomaba a sus ajados labios. Le había regalado un pequeño medallón esmaltado, con unas delicadas violetas pintadas en el anverso. No le había costado demasiado, pero incluso aunque hubiese sido más caro se lo habría comprado, porque, por algún motivo, las violetas le habían recordado a ella nada más verlo. A Deirdre le había encantado, pero Erik dudaba que a su hermano le hiciese gracia que le hubiera hecho un regalo. No le importaba; Connor le disgustaba a él casi tanto como al contrario. Había algo raro en ese hombre, siempre tan tenso, reservado y protector con ella.

Terminó el café y, con más resolución, se dirigió de vuelta al dormitorio para lavarse y vestirse. Últimamente, pensar en Deirdre suscitaba en él cierta inquietud, aparte del habitual deseo de verla, y de pronto había sentido la urgencia de acudir a su lado para comprobar cómo estaba. Solo habían pasado dos días desde su última visita, pero, en el fondo de su ser, Erik se había nombrado a sí mismo su guardián, su protector. Tenía la alarmante sensación de que había muchas cosas de las que debía proteger a esa chica.

Cuando llegó al apartamento de los hermanos O'Malley, Erik tuvo que ocultar su decepción al descubrir que no era el único visitante. También estaban allí la pelirroja amiga de Deirdre, Katie, con su prometido, aparte, por supuesto, del omnipresente Connor. Deirdre siempre comentaba con orgullo lo muy solicitado que estaba su hermano en las fiestas de sociedad; ¿por qué nunca se encontraba en ninguna cuando él iba a visitar a su hermana?

Deirdre se había empeñado en que la trasladaran a la sala de estar para estar con ellos; apenas participaba en la conversación, pero parecía un poco más animada solo con escucharlos.

—No os acerquéis demasiado a ella —dijo Connor sin demasiado tacto mientras la tapaba con una manta hasta la barbilla—, es contagioso.

Erik se hubiera enfrentado con alegría a la posibilidad de morir de difteria con tal de tenerla para él solo durante un día entero.

—Katie tuvo escarlatina de pequeña —apuntó Mike, su novio.

—Sí, en Escocia. ¡Al principio mi madre no podía creer que me hubieran salido aún más pecas! —bromeó la aludida. Erik contempló distraídamente su rostro pálido y surcado de manchitas naranjas. Mike se rio, Deirdre esbozó una débil sonrisa y Connor alzó una comisura de la boca como toda reacción.

Lo siguió con la mirada por la habitación mientras traía otro almohadón para Deirdre, y se preguntó por qué parecía siempre tan preocupado. ¿Solo era por la enfermedad de su hermana? Aquel era motivo más que suficiente, pero Erik tenía la sensación de que se trataba de algo más. Era como si estuviera esforzándose de manera permanente por mantener algo oculto justo por debajo de su fría superficie.

—Erik, ¿qué va a pasar al final con sir Charles Warren? La prensa dice que debería dimitir por el Domingo Sangriento, ¿no crees tú lo mismo? —preguntó Mike de pronto.

Era una pregunta difícil de responder. Sir Charles Warren era la cabeza de la Policía Metropolitana desde el año anterior, y uno de sus mayores retos había sido lo que ya todos conocían como el Domingo Sangriento. La prensa radical o sensacionalista lo culpaban de los numerosos heridos y de las muertes provocadas por la intervención de la policía en las protestas de Trafalgar Square, y casi todos los días se publicaba un editorial instándole a dimitir. Erik comprendía los motivos, y hasta cierto punto estaba de acuerdo, pero no podía reconocerlo.

—No sé qué ocurrirá, Mike —dijo, respondiendo a su primera pregunta y evitando la segunda—. Scotland Yard tiene demasiados problemas ya como para enfrentarse también a un cambio tan repentino o incluso a un vacío de poder.

—¡No creo que chantajear a las rameritas de Whitechapel y apuntar en un papel las quejas de los ciudadanos sea un problema muy grande! —comentó Katie. Su tono era ligero, como si siguiera bromeando, y sin duda estaba exagerando a propósito, pero Erik percibió la crítica implícita.

—Erik me salvó la vida, Katie —intervino Deirdre en voz baja. No pudo evitar sonreír como un tonto: había reprendido a su amiga por él. La niña tosió, tapándose la mano con la boca, y después murmuró—: Y se esfuerza para acabar con los criminales y con los ladrones.

—Vale, vale... —aceptó la escocesa—. ¡Retiro lo dicho! Hablando de

ladrones, ¿es verdad que en la sede de Scotland Yard tenéis una sala entera llena de collares de diamantes, objetos de oro y montañas de monedas?

—Oh, Dios, ¿crees que somos la cámara acorazada de un banco? —rio Erik.

—Pero cuando encontráis las cosas robadas, tendréis que dejarlas en algún sitio...

—Sí, en las manos de sus legítimos dueños.

—Eso cuando consiguen encontrarlas... —murmuró Connor con aspereza.

Erik se volvió a mirarlo con las cejas enarcadas. Llevaba un buen rato sin hablar, y había creído que estaba perdido en sus pensamientos, dado que su cara no reflejaba ninguna expresión, pero al parecer no perdía detalle de lo que decían.

—Puedes creer que hacemos todo lo que podemos —replicó fríamente.

—¿De verdad hay tantos robos en Londres? —quiso saber Mike. Y, sin esperar a que le contestara, se dirigió a su novia—: ¡Mira por dónde, Katie, lo fácil que sería hacernos ricos, y nosotros deslomándonos a trabajar toda la vida!

Los dos se rieron de la broma, y Erik sonrió con condescendencia.

—Te aseguro que no es una buena forma de ganarse la vida, Mike. Antes o después, siempre atrapamos al ladrón.

—¡Me parece que tu amigo no tiene sentido del humor, Deirdre! —exclamó Katie—. De todas formas, no creo que esos ricachones del lado oeste se mueran por una esmeralda más o menos en su colección...

Erik captó entonces la mirada de Deirdre. Parecía un poco apenada, como si temiera que fuese a estallar una discusión entre sus amigos tan distintos. Decidió, solo por ella, dejar de ser el riguroso sargento Tanner durante un rato y hablar con menor seriedad.

—La verdad es que muchos de ellos ni siquiera se dan cuenta de que les han robado hasta semanas o incluso meses después. —No debería contar eso, pues le parecía algo así como una falta de lealtad hacia los ciudadanos que había jurado proteger, pero pensó que iría bien para aligerar la conversación—. Recuerdo a una joven que hace poco denunció la desaparición de un adorno para el pelo... ¡Cuando el agente que la atendió le preguntó cuándo se lo habían robado, contestó que en realidad no tenía ni idea! —sonrió al

recordarlo—. Era la heredera de los Keating, una de las familias más ricas de Mayfair. Supongo que debería estar un poco más pendiente de sus alhajas...

—También deberían estar más pendientes de cerrar las ventanas —añadió Connor tras un momento de silencio.

—¿Por qué dices eso? —se extrañó Erik. Nadie, ni siquiera la propia señorita Keating, había mencionado nada acerca de que el ladrón hubiera podido entrar a través de una ventana abierta.

Durante un instante Connor no contestó nada. Se quedó como paralizado, con la vista fija en el desgastado tapizado que cubría el reposabrazos de su butaca. Luego, se encogió de hombros y dijo:

—Mi amigo William, que es periodista, me habló hace unos días de una mujer a la que robaron unos diamantes de esa manera. Y recuerdo que tú también mencionaste una vez que ese solía ser el método habitual... Supongo que en el caso de esa señorita Keating sucedería algo parecido. Deirdre, creo que es hora de que vuelvas a la cama.

—¡Sí, cariño, me parece que te estamos cansando demasiado! —dijo Katie levantándose de la silla.

Katie y Mike se marcharon y Connor se llevó a Deirdre a su cuarto. Erik se quedó solo en la pequeña sala de estar, sin saber qué hacer. Al cabo de un momento, Connor apareció en el pasillo y le dedicó una extraña sonrisa.

—Gracias por venir, Erik. Adiós.

Y sin esperar su respuesta, entró en el cuarto contiguo al de Deirdre y cerró la puerta.

Dos días después, Deirdre contemplaba la pared de su habitación, resiguiendo con la vista la trayectoria de una de las numerosas grietas. Se había acostumbrado a permanecer casi todo el tiempo inmóvil en la cama. Moverse le dolía. Respirar le dolía. Intentar ponerse el precioso medallón que le había regalado Erik le dolía. A veces, incluso dormir le producía dolor, aunque de otra clase, porque casi siempre soñaba con que estaba de nuevo en Irlanda, y ver su casa, con el fresco y extenso prado verde que había en la

parte delantera, y los soberbios caballos de su padre relinchando en los cuidados establos, le causaba una profunda melancolía al despertar. Si tenía mucha fiebre, en cambio, sus sueños eran distintos, terribles... Cosas malignas y oscuras que no sabía nombrar, y que acechaban justo detrás de ella; caídas al vacío desde alturas situadas más allá de este mundo; enormes rocas ígneas que se precipitaban sobre la tierra, siempre a punto de caerle encima. Y ella trataba de llamar a alguien para que acudiera a salvarla, abría la boca para gritar su nombre, pero no le salía la voz, y ese alguien nunca se presentaba... ¿A quién quería llamar? Nunca lo tenía claro del todo... ¿Era a Connor? ¿O a Erik?

Ya no recordaba cómo era sentirse bien. La parecía increíble que hubiera habido un tiempo, no hacía mucho, en que ella pudiera correr, montar a caballo, bailar e ir adonde se le antojara. Hacía un par de días, levantarse un rato de la cama para unirse a las visitas en la espantosa sala de estar ya le había supuesto un esfuerzo casi titánico. No entendía su enfermedad. Sabía que tenía difteria, por supuesto, pero cuando ese horrible doctor se lo diagnosticó, pensó que moriría en pocos días. La difteria acababa con la vida de casi todos los que la contraían, sobre todo de los muy jóvenes, y era evidente que ese médico no solo resultaba desagradable, sino que tampoco era demasiado competente. El medicamento que le había llevado tenía un olor y sabor repugnantes, y nunca hacía mucho efecto. La fiebre aparecía y desaparecía caprichosamente. A veces creía que estaba mejorando un poco; otras le parecía que moriría esa misma noche. La única certeza de Deirdre es que estaba cansada de sentirse mal, asustada y deprimida.

A través de la puerta entornada escuchó los sonidos provenientes de la cocina. Cuando se quedaba con ella, la señora Smith aprovechaba para barrer y limpiar un poco la casa. Connor le había dicho muchas veces que no tenía por qué hacer eso, pero ella insistía; decía que se sentía feliz ayudándoles de cualquier manera que pudiera. En realidad, les ayudaba de muchas formas, aparte de limpiar: les subía comida, calmaba la ansiedad de Connor con su dulce tono maternal, la cuidaba a ella cuando este no estaba, y se ocupaba de lavarla, ayudarle a cambiarse el camisón y, en definitiva, de todas las tareas que un hombre, por muy hermano que fuera, no podía atender. Para Deirdre, la señora Smith estaba más cerca de ser una madre que la mujer fallecida

tantos años atrás, a la que apenas recordaba.

Se preguntó qué hora sería y dónde estaría Connor. Era consciente de que le gustaba mucho pasear por Hyde Park, pero era imposible que estuviese siempre allí. Connor se había forjado una red de amistades de las que ella nada sabía; de vez en cuando salía para asistir a cenas o bailes, y regresaba a altas horas de la madrugada. Entraba en el cuarto de Deirdre para decirle adiós antes de irse, y cada vez ella admiraba a su hermano mayor: ¡era tan alto, tan guapo, tan elegante vestido con su frac, su chistera y su capa de gala! Estaba convencida de que debía ser el centro de atención de los sitios a los que iba. Las damas londinenses tenían que estar todas locas por él.

Pero no solo salía de noche. Otras veces pasaba la tarde entera fuera, y cuando regresaba, permanecía más silencioso y meditabundo que de costumbre. Se sentaba a su lado, junto a la cama, y ella fingía dormir mientras lo observaba a través de los párpados casi cerrados: Connor enterraba la cabeza entre las manos, o miraba por la ventana durante ratos interminables...

Una de esas veces, cuando fingía estar dormida, a Deirdre se le ocurrió por primera vez que quizá su hermano se estaba viendo con alguna mujer. Si iba a tantas fiestas y reuniones, lo natural era que hubiese conocido a alguna especial, y tal vez era con ella con quien se reunía esas tardes. Connor no había tenido ninguna relación formal, que Deirdre supiera. Pero desde que había alcanzado la adolescencia, comprendía que su hermano era un hombre más que apuesto, y se fijaba en cómo lo miraban las empleadas de la finca, las chicas del pueblo y las hijas de los amigos de su padre. Sospechaba que alguna de ellas caía ocasionalmente en sus brazos, pero sabía que nunca era nada serio. Quizá ahora lo era.

Y si era así, si Connor había encontrado el amor, ella se alegraba. Al menos alguien había sacado algo bueno de todo aquello... Sin embargo, en ocasiones no se alegraba *tanto*. Deirdre era generosa por naturaleza, y no solía sentir envidia o rencor ante el provecho ajeno, pero allí estaba ella, postrada desde hacía semanas, con la garganta al rojo vivo y esa desagradable telilla que le impedía respirar bien, con los músculos doloridos, el cuello inflamado y la sombra de la muerte siempre a su lado; y allí estaba él, saliendo de noche a beber champán y divertirse, o a pasar el tiempo con alguna hermosa

aristócrata. Él era el que había insistido en trasladarse a Londres, el que la había llevado a vivir en aquel horrendo apartamento, el que los había metido en esa situación. Pero era ella la que estaba enferma y sola, desperdiciando lo mejor de su juventud en ese cuartucho.

Trató de tragar saliva e hizo un gesto de dolor. Una única lágrima le resbaló por la mejilla. No estaba siendo justa. Connor hacía todo lo que podía por ella, estaba segura, aunque no siempre lo tuviese a su lado... Y tampoco parecía realmente feliz, sino preocupado y nervioso. Era el responsable de los dos, el que tenía que tomar todas las decisiones, y ya debía de sentirse suficientemente culpable. Volviendo con rapidez a su verdadero ser, Deirdre sintió de nuevo compasión por él en lugar de recelo y reproche.

Oyó el timbre de la puerta y aguzó el oído para distinguir la voz de quien entraba. No esperaba ninguna visita, ya que solo dos días antes habían estado con ella Katie, Mike y Erik. Connor insistía mucho en que debía descansar y en que su mal era muy contagioso, aunque a ninguno de ellos parecía importarles eso último.

—Deirdre, tesoro —dijo la señora Smith, asomando la cabeza por la rendija de la puerta—. Está aquí Erik. No sé si dejarle pasar...

Deirdre trató de aclararse la garganta y encontrar su voz.

—¿Por qué no?

—¿No deberías... descansar? —titubeó—. Además, no está Connor en casa...

—Por favor... —Tuvo un acceso de tos que le desgarró la garganta, y cuando se calmó miró a la anciana, suplicante. Ella suspiró y desapareció de la puerta.

A los pocos segundos apareció Erik.

—¿Cómo estás hoy?

Trató de incorporarse un poco y, al mismo tiempo, de peinarse el cabello con los dedos. No quería ni pensar en el aspecto que debía de tener.

—Igual —musitó.

Erik se sentó en la silla y la contempló con sus ojos oscuros y serios. Cuando estaba con él a solas, como ahora, Deirdre sentía una seguridad parecida a la que Connor le procuraba... aunque no del todo igual. Al principio de conocerlo, había creído que, con el tiempo, podría considerarlo

como una especie de segundo hermano mayor. Pero no había sido así. No podía verlo como a un hermano, y desde hacía semanas se preguntaba si podía ser verdaderamente un amigo, dado que se llevaban tantos años. Pero William sí era un amigo, aunque hacía mucho que no lo veía, y tenía aún más edad que Erik. ¿Cuál era el problema, entonces? De repente, se sintió turbada por estar con él en el pequeño dormitorio, tan cerca que casi podían tocarse. Se alegró de no poder hablar mucho a causa del dolor de garganta; así no tenía que buscar tema de conversación.

—¿Dónde ha ido tu hermano? —preguntó Erik.

Ella parpadeó, un poco sorprendida por la brusquedad de su pregunta. Nunca solía interesarse por él, ni hablaban mucho entre ellos. A Deirdre le parecía que no se caían demasiado bien, aunque no hubiera sabido precisar la razón. Era una pena.

—No lo sé.

—¿Qué tipo de actividades hace cuando sale de casa?

Se encogió de hombros. ¿Por qué le hacía esas preguntas? Además, él sabía que no debía hablar mucho. ¿Qué pretendía Erik?

—¿Quieres decir que no sabes nada de la vida de tu hermano aquí?

Deirdre se rio débilmente, queriendo tomárselo a broma, aunque en realidad tenía razón. Pero no quería admitirlo. Tampoco quería que Erik la interrogara sobre él, con ese tono tan seco y frío.

—Supongo que tiene la vida corriente de un caballero de su clase. Sale a pasear, asiste a cenas y a bailes cuando lo invitan.

Esa frase tan larga le valió otro acceso de tos. Erik tomó el vaso de agua que había en la mesita y se lo acercó a los labios para que bebiera. Luego, volvió a dejar el vaso en la mesa y continuó con su insólito interrogatorio.

—Dime una cosa, Deirdre. Es algo que siempre me ha provocado mucha curiosidad. ¿Cómo es que Connor frecuenta esas reuniones de aristócratas cuando es un hombre pobre?

—¡No es un hombre pobre! —Hubiera querido decirlo gritando, pero fue más bien una exclamación en voz baja. Erik siempre conseguía calmarla y animarla, pero ese día la estaba poniendo muy nerviosa.

—Bueno, no era mi intención ofenderte ni insultarlo a él, pero reconoce que no tenéis dinero ahora mismo.

—Eso da igual —murmuró ella, aún un poco disgustada por sus anteriores palabras—. Mi hermano es un caballero, y debe estar con la gente de su clase.

Erik asintió en silencio. Miró hacia la ventana, pensativo, y luego volvió a mirarla a ella. Durante un instante pareció que iba a decir algo más, pero al final se levantó.

—Dejaré que descanses.

—¿Ya te vas?

—Debo volver al trabajo.

La tapó bien con las mantas y le acarició el pelo con aire ausente antes de salir.

Deirdre volvió a quedarse sola, con toda la tarde por delante para pensar y tener sueños extraños.

En la casa de los Simmons no solían celebrarse muchas fiestas, pero cuando Harold y Caroline se ponían a ello, sus amigos siempre quedaban impresionados. No porque los aperitivos que ofrecían fueran los más exquisitos o las botellas de licor y champán que se abrían las más caras, sino por el ambiente de verdadera diversión que se disfrutaba. Caroline, por lo corriente tan envarada y preocupada por el protocolo, se relajaba cuando la fiesta era en su propia casa, al contrario de lo que le ocurría a la mayoría de las damas, y se mostraba como una mujer mucho más afable y animada. En cuanto a Harold, todo el mundo lo quería y respetaba, y solo con tener la oportunidad de charlar un rato con él ya valía la pena asistir a sus reuniones.

Lillian sonreía y conversaba con los amigos de sus padres mientras vigilaba la puerta principal. Aceptó dos invitaciones para bailar en la sala de estar, de la que se habían retirado los muebles más grandes y las alfombras, pero en cuanto pudo se escabulló de vuelta al comedor, con la excusa de estar hambrienta y sedienta. Desde allí podía ver el vestíbulo y ser la primera en recibir a Connor. Había olvidado la tensión de los últimos minutos en que habían estado juntos y solo deseaba verlo de nuevo. Eran las ocho y media, y todos los invitados, excepto él, habían llegado ya. «¿Lo habrá olvidado? ¿Acaso no le apetece venir?», se preguntaba una y otra vez mientras fingía atender a lo que le decía Harriet Gillighan. La amiga de su madre parecía empeñada en que un flequillo rizado sentaría de maravilla al rostro de Lillian.

—Ni siquiera tienes por qué cortarte el pelo, querida —insistió la señora enarcando mucho sus finas cejas—. En Spencer's venden flequillos postizos de pelo natural, así podrás convencerte tú misma sin ningún riesgo. Aunque una vez que te veas con él, querrás que te lo corten de inmediato.

—Por el amor de Dios, Harriet —intervino otra dama que la había escuchado desde la mesa de los canapés—. ¿Cómo le aconsejas a esta niña que se ponga esa... esa cosa artificial en la cabeza?

—¡No es artificial, Emma! ¡Es de pelo natural, y el culmen de la sofisticación! —repuso la señora Gillighan, airada—. Mi propia hija lo lleva, y no me negarás que es una de las damas más elegantes que hay.

—Bueno, Harriet, no te exaltes... ¿Habéis probado esos deliciosos bocaditos de salmón?

Por encima de las cabezas de las dos damas, Lillian vio que Parker abría la puerta principal de nuevo y que recogía el sombrero y la capa de un caballero. Era él.

—Discúlpenme, por favor —dijo con educación a las señoras, y se abrió paso hasta el vestíbulo.

Aprovechó el gran espejo de la pared izquierda del comedor para comprobar rápidamente su aspecto. Esa noche había elegido un vestido que, aunque tenía desde hacía un año, aún no se había atrevido a lucir. Era de seda y terciopelo azul noche, con un corpiño escotado cuyas manguitas caían por debajo de sus hombros, dejándolos desnudos, y una falda drapeada con todo el vuelo echado hacia atrás, formando una cascada de volantes que terminaban en una elegante cola. Tenía pequeñas estrellas bordadas con hilo plateado a lo largo del volante principal, así como en el borde del pronunciado escote, que revelaba más de lo que nunca antes había osado. Era un vestido favorecedor y muy a la moda, pero a ella siempre le había parecido demasiado sofisticado. Lillian no daba ninguna importancia a las escasas reuniones o bailes a los que asistía, y por tanto ese maravilloso traje se había quedado en su armario durante meses, esperando una ocasión que realmente mereciera lucirlo. Y la ocasión, sin duda, había llegado por fin. Quería que Connor la admirara, que la deseara y pensase de ella que era la mujer más hermosa de la ciudad, al menos por esa noche. Se pellizcó con disimulo las mejillas, se mordió los labios para darles más color y se arregló los rizos que le caían sobre un hombro.

Connor ya tenía una copa de champán en la mano y parecía buscarla entre la multitud cuando consiguió llegar hasta él. Alargó el brazo para tocar el suyo; él se dio la vuelta y sonrió al verla.

—Estás preciosa, Lil.

—Gracias —respondió devolviéndole la sonrisa—. Me alegro de verte, empezaba a pensar que ya no vendrías.

—Llego imperdonablemente tarde, lo siento —se disculpó, pero no explicó el motivo de su retraso.

—No importa. Ven, te presentaré a mis padres. —Lo miró con aprensión, temiendo que aquello fuera demasiado para él, pero se alegró de comprobar que asentía y que su semblante mantenía la expresión relajada y alegre.

Mientras recorrían la casa camino del salón, Lillian no pudo evitar sentirse orgullosa de que la vieran acompañada de un hombre como él. Connor estaba más guapo que nunca, vestido con un elegante frac que, al contrario de lo que les sucedía a muchos, resaltaba las esbeltas líneas de su cuerpo y le otorgaba una presencia imponente. Era el hombre más alto y joven de la reunión, y sus claros ojos azules, la seductora sonrisa y sus rizos oscuros, dominados a medias por los productos de peinado, captaban las miradas de todas las mujeres y también las de algunos caballeros.

Divisó a su padre al fondo del salón, conversando en el centro de un grupo masculino, y se encaminó hacia él seguida de Connor, pero antes de que pudieran llegar fueron interceptados por Caroline, que se había aproximado a ellos desde atrás, quizá alertada por los comentarios de sus amigas acerca de que su hija estaba acompañada por un joven apuesto y desconocido. Era imposible que su entrada hubiera pasado desapercibida a sus ojos, siempre ávidos de cualquier novedad.

—Lillian, cariño, ¿podrías buscar a Parker por mí y pedirle que suba más vino de la bodega? No le encuentro por ninguna parte —dijo con tono pretendidamente ingenuo. No se le escapó que su madre la hablaba a ella, pero miraba a Connor.

—Parker estaba en el vestíbulo hace solo un momento. Acaba de abrir la puerta al señor O'Malley. —Hizo un gesto hacia él y añadió—: Te presento a Connor O'Malley, madre. Pensé que no os importaría que invitara a un amigo...

Los ojos de Caroline repasaron la alta figura masculina sin ningún pudor.

—¡Por supuesto que no! Bienvenido a nuestra fiesta, señor O'Malley.

—Muchas gracias, señora Simmons. Es un honor conocerla —repuso él con

dulzura, besando los nudillos de la mano que le ofrecía.

Lillian estaba deseando que la presentación a su madre quedara zanjada. Se sentía incómoda por la manera en que ella lo miraba, con una expresión que reflejaba todos los cálculos, suposiciones y planes que pasaban a gran velocidad por su mente. En la cara de Caroline, su hija leía con toda claridad la excitación por verla acompañada al fin de un caballero, las dudas acerca de quién era él y si procedería de una familia tan respetable como parecían indicar su porte y sus modales, el disgusto por no haber sido ella misma quien se lo presentara y la impaciencia por volver con Harriet para compartir conjeturas.

Después de que su madre consiguiera enterarse al menos de que Connor provenía de Irlanda y de que era amigo de Sir Francis Bailey y un asiduo comensal de su mesa, detalle ante el que casi no pudo contener su entusiasmo, Lillian le presentó a otros invitados y lo llevó a conocer a Harold, el cual le saludó con su habitual calidez y pasó un rato hablando con él sobre literatura inglesa e irlandesa.

—Tu padre es un hombre muy agradable y cultivado —comentó Connor cuando otro grupo requirió la presencia de Harold y este se disculpó para reunirse con sus amigos.

—Lo es. Me alegro de que te haya gustado.

Lillian se sentía —y estaba— resplandeciente. Había visto la admiración en los ojos de su madre y el agrado en los de su padre, y era sin duda el centro de atención de la fiesta. Aunque Connor, por su parte, solo parecía tener ojos para ella.

—¿Bailamos? —sugirió él ofreciéndole su brazo cuando el cuarteto contratado inició un vals.

Se sumaron a otras parejas que bailaban, aunque a ella le parecía que eran los únicos en el salón. Con los ojos fijos en los de Connor y la cola del vestido recogida elegantemente, Lillian giraba en sus brazos, ruborizada por el calor y por la sensación de la mano de él sobre su cintura. Le parecía que bailaban más cerca el uno del otro de lo que el protocolo recomendaba, pero le daba igual.

—Veo que al final te has decidido por un vestido elegante —susurró Connor en su oído. Un escalofrío recorrió su espalda al notar sus labios tan

cerca de su cuello.

—¿Decepcionado? —sonrió, recordando también su última conversación.

Él rio, pero al cabo de unos segundos respondió con tono grave:

—Nunca podría estarlo contigo.

El vals terminó y comenzó otro, y Lillian deseó que aquello durara para siempre. Nunca había bailado con tanta ligereza, ni había reído con esa facilidad, ni había sentido su corazón latir tan fuerte, casi al mismo ritmo que los compases de la música. Estaba embelesada, encendida, atónita ante las violentas emociones que experimentaba.

Cuando se detuvieron para descansar y beber una copa, sintió que una mano se posaba con delicadeza en su hombro. Se giró.

—¡Elizabeth! No te he visto llegar.

Besó a su hermana, una hermosa aparición vestida de satén y encaje color verde jade.

—Ya sé que no —sonrió ella con picardía, mirando a Connor de reojo.

—Connor, te presento a mi hermana, lady Ashton —se apresuró a decir—. Este es el señor Connor O'Malley.

Él hizo una profunda reverencia.

—Lady Ashton.

A Lillian le complació ver que Elizabeth reía en silencio, entrecerrando sus bellos ojos verdosos, y que se apresuraba a hacerle un gesto para que se incorporase.

—¡Por favor, señor O'Malley, llámeme solo Elizabeth!

—Entonces debe usted llamarme Connor.

Charlaron durante varios minutos, y cuando Connor se fue a buscar un plato de dulces para ellas, Elizabeth se acercó más a su hermana y susurró:

—Os estuve mirando mientras bailabais el vals. Es evidente que hay algo entre vosotros.

—¡Oh! —Lillian no sabía qué más decir. Durante todo ese tiempo no se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera notar sus sentimientos por Connor solo con verlos juntos.

—¿Desde cuándo...?

—Solo hace unas semanas. Yo... En realidad, no sé lo que pasará.

Elizabeth la miró fijamente.

—¿Habéis...?

Comprendió en seguida a qué se refería y se ruborizó.

—¡Elizabeth!

—Ya veo que sí. ¿Se casará contigo?

—¡Dios mío, ni siquiera hemos empezado a hablar de esas cosas! — resopló, fingiendo que no le importaba nada el asunto.

Elizabeth dejó el tema, pero siguió observándola con atención, aún con una sonrisita bailando en sus perfectos labios rojos.

—Pareces muy distinta, querida —concluyó finalmente—. Has cambiado. Me alegro de que seas feliz.

Lillian no respondió, ni preguntó en qué la notaba distinta. Era cierto que se sentía diferente, y desde luego muy feliz, pero le incomodaba compartir su felicidad con ella, cuando esta era tan desgraciada en su matrimonio.

—¿Dónde está Robert? —preguntó. Se arrepintió de inmediato al ver que sus ojos se ensombrecían.

—Ha preferido asistir a otra fiesta. No quiero saber dónde.

—Lo siento, Elizabeth...

—No te preocupes por eso —dijo, alzando de nuevo la cabeza con dignidad—. Me alegro de que una de las dos haya encontrado el verdadero amor.

—Tú también lo encontrarás algún día —repuso Lillian llena de compasión y sin pensarlo mucho.

Aquello era lo que deseaba de corazón para su hermana mayor, pero también algo muy difícil de realizarse. Elizabeth estaba atrapada, las dos lo sabían, y lo peor era que no tenía la fuerza ni la osadía necesarias para intentar escapar. La conversación se interrumpió en ese momento al volver Connor con una pequeña bandeja llena de pastelitos de crema y chocolate, y Elizabeth recuperó su animación.

Un poco después, Connor pidió a Parker su capa.

—¿Quieres irte ya? —le preguntó desilusionada. Ni siquiera eran las diez de la noche, y ella se había imaginado compartiendo la llegada del año nuevo con él.

—Claro que no —respondió Connor, tomando la capa que le tendía el mayordomo y sacando un pequeño bulto de entre sus pliegues—. Solo quiero darte un regalo que he traído para ti. ¿Podemos ir a algún sitio más tranquilo?

El dormitorio de Lillian estaba en el piso superior, al fondo del pasillo, y una vez que ella cerró la puerta los ruidos de la fiesta quedaron muy mitigados. Connor no se había imaginado que fuera a llevarlo allí cuando le propuso ir a un sitio tranquilo —¡su propio dormitorio!—, contraviniendo así todas las normas y usos sociales en cuanto al comportamiento de las jóvenes solteras, pero no dijo nada. ¿Cómo iba a protestar? Ella era diferente a todas, y Connor daba gracias al cielo por ello... No por tener la oportunidad de estar a solas en un lugar tan íntimo —aunque, desde luego, lo deseaba más que nada en el mundo—, sino por haber conocido por fin a una mujer que se dejara guiar por su propio criterio, y no por el que le marcaran los demás.

—¿Qué es?

Lillian lo miraba expectante, de pie junto a la cama, magnífica con su escotado vestido azul. Se la veía seductora y sofisticada, pero a la vez dulce y suave. Por un momento, Connor no recordó la razón concreta por la que estaban allí.

—¿Qué es el qué?

—El regalo. ¿Puedo verlo ya?

Bajó la vista al paquete envuelto en papel blanco que llevaba en las manos y sonrió al ponerlo en las suyas. Mientras ella lo desenvolvía, se despidió interiormente de aquello que le había deparado tantas horas de consuelo y evocación de su hogar, de uno de los últimos objetos que lo conectaban aún con su vida anterior. Si alguien sabría apreciarlo al menos la mitad que él, era Lillian.

—«*Melodías irlandesas*, de Thomas Moore» —leyó ella en las letras doradas de la gastada cubierta de cuero marrón.

—¿Sabes quién es?

—¡Claro! Se le considera uno de los mejores poetas de Irlanda. Compuso la letra de muchas melodías populares. —Acarició las tapas con delicadeza y sonrió a Connor—. Muchas gracias. Pensaré en ti cada vez que lo lea— murmuró con timidez.

—No has leído la dedicatoria.

Lillian abrió el libro por la primera página y leyó en silencio. Luego levantó

los ojos hacia él; estaban humedecidos por la emoción.

—Oh, Connor...

No había tenido que pensar mucho antes de escribirlo. La noche anterior, iluminado por la única vela de su dormitorio y sintiendo el aire gélido que se colaba por todas las rendijas, solo había tenido que apoyar la pluma sobre el grueso papel amarillento para que las palabras brotaran:

«Lil,

lee sobre aquello que tanto amo, y considera este libro una ventana abierta a mi corazón. Y por ello, querida, no te sorprendas si te ves tú también en estas páginas.

Connor.
Nochevieja de 1887».

Parecía que Lillian no podía articular palabra, y el propio Connor notaba también un nudo en la garganta. Después de aclararse la voz pudo murmurar:

—Era uno de los libros favoritos de mi padre; me lo regaló cuando cumplí la mayoría de edad.

—¡Entonces no puedo aceptarlo! —exclamó ella tendiéndole el libro—. Deberías guardarlo como un recuerdo suyo.

Cerró las manos sobre las suyas, empujando el libro de nuevo hacia ella.

—No. Guárdalo tú como un recuerdo *mío*.

Una oleada de congoja inundó su corazón. Se había propuesto mostrarse animado y alegre en la fiesta, olvidarse de todo por unas horas, para así hacer valer todo el tiempo que le restaba con ella, que no era demasiado. Había disfrutado bailando, bebiendo champán y conociendo a su familia; pero ahora, allí arriba, a solas con ella, empezaba a angustiarse otra vez. Al día siguiente regresaban los Wolverton, por lo que solo le quedaba esa noche para decidir qué camino tomar.

Lillian dejó el libro sobre la mesita de noche y le abrazó, apoyando la cabeza en su pecho; él la rodeó con sus brazos y la besó en el pelo, aspirando su perfume. Ella alzó entonces la cabeza y lo miró anhelante, con los labios entreabiertos. No la besó en seguida, sino que se demoró un instante mientras contemplaba su rostro y acariciaba su mejilla. Cuando ya no pudo resistirlo, bajó la cabeza y presionó sus labios, con suavidad al principio y con más

fuerza al notar que ella abría la boca y que parecía más dispuesta aún que la última vez. En efecto, en cuanto rozó su lengua ella pegó su cuerpo envuelto en seda y terciopelo contra el suyo, como si no quisiera que nada se interpusiera entre ellos, y a partir de ese punto la mente de Connor quedó al fin en blanco y solo permaneció la necesidad apremiante que iba creciendo en su interior.

—Si nos quedamos en este cuarto y seguimos así, ya sabes lo que pasará — dijo en un ronco susurro contra su boca.

Lillian asintió y volvió a besarlo, abrazándolo por la cintura. Connor le acarició los brazos sin dejar de besarla y muy despacio la fue dirigiendo hacia la cama. Ella se sentó en el borde y se inclinó un poco hacia atrás, con los ojos fijos en él. Connor veía su corazón en los brillantes ojos grises y comprendió que le estaba entregando su alma además de su cuerpo. Sobrecogido, se arrodilló en el suelo, ante ella, tomó sus manos y se las llevó a los labios con veneración. Ella le sonrió con ternura y tiró de él para que se irguiera.

De alguna manera consiguió deshacerse del pesado vestido de fiesta y de las complicadas capas de ropa interior femenina mientras ella luchaba a su vez con los botones de la camisa y los pantalones del frac. Su respiración se aceleró cuando Lillian giró hasta ponerse de costado, de frente a él, y sintió su mano deslizarse por su torso y bajar hasta el vientre. Dio un respingo cuando bajó la mano aún más, tocándole con cautela, pero de forma muy efectiva, y volvió a ponerse sobre ella. Si no se dominaba, aquello acabaría antes de empezar de verdad.

La besó con lentitud, deleitándose, mientras la acariciaba con delicadeza entre las piernas. Pronto, ella apartó la cabeza para emitir un gemido ahogado y presionó su pelvis contra la suya. Apartó la mano y la penetró despacio, deteniéndose por temor a hacerle daño, pero Lillian colocó las palmas de las manos sobre su espalda y lo impulsó hacia ella, levantando a la vez las caderas. Entró de manera más profunda, acomodándose al ritmo que marcaba, y ella le rodeó la cintura con sus piernas.

Deseó confesarle que, para él, ella significaba lo único bueno y de verdad valioso que le había sido concedido en su vida. Quiso decirle también que, de todos los hombres que se enamoraran de ella en el futuro, él siempre sería

quien la hubiese amado más. Pero una neblina rojiza fue inundando su cerebro y deshaciendo una por una cualquier idea racional, cualquier frase que hubiera pretendido decir, hasta que la única palabra que pudo gritar fue su nombre.

Se volvieron a vestir enseguida por si a alguien se le ocurría llamar a la puerta de repente. Sin embargo, Lillian no se puso los zapatos y se había tumbado de nuevo en la cama, con el vestido levantado hasta las rodillas y el pelo revuelto, por lo que no ofrecería una imagen demasiado decorosa en caso de que su madre entrara a buscarla. Pero incluso si hubiera estado completamente vestida, el mero hecho de encontrarse en el dormitorio a solas con un hombre ya implicaría un escándalo. Connor, por su parte, solo llevaba los pantalones negros del frac y la camisa medio desabrochada; se sentía demasiado acalorado como para ponerse el chaleco, la chaqueta y la pajarita. El dormitorio estaba en exceso caldeado e incluso los cristales de la ventana se habían empañado un poco, y agradeció encontrar una botella de cristal tallado llena de agua sobre la mesita de noche.

Se sentó en el borde de la cama mientras bebía, y una vez que dejó el vaso, contempló a Lillian, que leía con atención una de las páginas de *Melodías irlandesas*. Iba a echar de menos tener el libro consigo, pero el hecho de que lo tuviera ella, de que al menos pudiera quedarse con algo suyo, era como un bálsamo para su atormentada alma. Se trataba del objeto que más amaba, y quería que fuese para ella.

—¿Te gusta? —le preguntó. Ella levantó la vista, dejando el dedo sobre la página para no perder el punto.

—Es precioso. El autor debía de amar de verdad Irlanda, como tú. En realidad, es casi como si fueran tus palabras.

—Yo no podría expresarlo así.

—Aquel día en Hampstead Heath lo hiciste. Justo antes de que te besara. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

—¿Crees que volverás algún día?

—¿A Hampstead Heath?

—No —Lillian se rio—. ¡A Irlanda!

Connor le quitó el libro con delicadeza y lo dejó en la mesita. Luego sujetó una de sus manos entre las suyas, acariciándola ligeramente. Lillian lo miraba esperando su respuesta. Estaba más bonita que nunca; tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes, el pelo le caía en desorden sobre el cojín en el que se apoyaba, y su sonrisa era dulce y cálida. La viva imagen de la alegría y la inocencia. Sintió un nudo en la garganta y tuvo que carraspear para aclararse la voz antes de hablar.

—Me gustaría, pero no sé si será posible. Ahora no tengo dónde vivir allí.

—Pero podrías comprar una casa con el dinero de la herencia de tu padre, ¿no?

Trató de ignorar la sensación de opresión que empezaba a nacer en su pecho, pero no lo consiguió, y por tanto solo pudo esforzarse en aparentar calma y responder:

—Es un poco más complicado, Lil.

—¿Por qué?

Lillian era inexorable. Debería haber sabido que su innata curiosidad y su inteligencia la obligarían a pedir unas explicaciones que él no estaba en condiciones de dar.

—En realidad no me apetece hablar de eso ahora —zanjó. La expresión de ella mutó del interés a la turbación, por lo que se apresuró a añadir con tono ligero—: Además, ¿qué iba a hacer allí sin ti?

Consiguió lo que quería: ella sonrió y su rostro se relajó de nuevo.

—Bueno... Podrías criar caballos, deambular por los riscos, o incluso casarte con una bella aristócrata irlandesa.

—Me sería imposible hacer eso último.

—¿Porque solo me amas a mí? —bromeó ella.

—¡No, no, porque no tengo un título nobiliario!

Lillian le golpeó el hombro de manera juguetona y ambos rieron. Luego ella se incorporó y sacó las piernas de la cama, hasta quedar sentada a su lado sobre la colcha.

—Pero lo tenías, ¿verdad? —observó con voz tranquila, balanceando sus

piernas. Tenía la falda del vestido increíblemente arrugada—. Un título, quiero decir. Una vez oí que se lo decías a lord Wolverton.

—Mis antepasados lo tuvieron. Hace muchísimos años, los O'Malley eran vizcondes —le explicó. Era un alivio poder mencionar algún dato que no fuera mentira de vez en cuando—. Pero los ingleses nos quitaron el título.

—Lo siento.

—No lo sientas. Los títulos no sirven para mucho en la actualidad. Y dentro de poco, cuando entremos en el siglo xx, servirán para menos aún.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. —Pasó un brazo alrededor de sus hombros y la atrajo hacia sí para besarla en la mejilla—. Y tampoco me gustaría nada casarme con alguna marquesa rolliza e ignorante.

—Pero lady Sophia no es rolliza ni ignorante...

—¡Oh, Lillian! —se impacientó—. ¡No puedo creer que sigas pensando en lady Sophia! ¿En serio te parece que puedo tener algún interés en ella a estas alturas? ¿Después de todos los momentos que hemos pasado tú y yo? ¿Después de que hayamos...? —Se detuvo para inspirar hondo, incrédulo. Lo único auténtico que había ahora en su vida era el amor que sentía por Lillian, y justo era eso de lo que ella dudaba.

—Lady Sophia es una dama noble —insistió la joven—, y ella...

—¡Me da igual lo que sea lady Sophia, o ninguna otra! ¡Lo único importante de ellas para mí es que no son tú!

—¿Y qué vas a hacer entonces? —contrató ella poniéndose de pie con brusquedad y casi tirando el vaso y la botella. Esta se tambaleó y el agua que quedaba en su interior onduló—. ¿Casarte conmigo? ¿Con una institutriz? ¿Qué diría la gente?

—¿Desde cuándo te preocupa lo que diga la gente?

Connor se levantó también y quedaron frente a frente como dos boxeadores justo antes de empezar el combate. Y lo último que él deseaba era pelear con ella.

—Lillian —comenzó con tono más calmado—, te hiciste institutriz porque esa era la vida que deseabas, porque no te importaba no seguir el mismo camino que las demás. ¿No crees que yo tengo el mismo derecho? ¿Que debería poder elegir mi vida, y a la compañera con la que compartirla, sin

preocuparme de lo que puedan pensar los otros? —Ella abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiera hacerlo, él continuó—: Y además, ¿cómo podría alguien reprocharme que te eligiera a ti? ¿Cómo podría *yo* elegir mejor?

Los ojos de Lillian se agrandaron y resplandecieron a causa de la emoción, y Connor se percató de que acababa de entrar en un terreno espinoso. Había insinuado otra vez que quería que se casara con él, y ella lo había entendido. Y aquello, a pesar de ser lo que más deseaba en el mundo, también era del todo imposible. No se creía lo torpe que estaba siendo. Sin embargo, tampoco podía permitir que se creyera indigna de él, cuando era todo lo contrario.

Se acercó con intención de besarla, pero Lillian se apartó como un pequeño animal asustado y retrocedió un poco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Connor en voz baja. Ella parecía incómoda y disgustada, un cambio enorme respecto al estado de ánimo de solo unos minutos atrás.

—No lo sé —respondió con otro susurro y negando a la vez con la cabeza—. Quizá no deberíamos haber llegado tan lejos.

La miró con fijeza, sintiendo que una extraña sensación de aturdimiento le invadía. Lillian no era como lady Sophia ni como Rebecca Keating; por mucho que tuviera una mentalidad abierta y progresista, jamás se acostaría con un hombre si no sintiera algo por él. Había hecho mal en comprometerla si no podían casarse, pero no había podido evitarlo. Tal vez ella tenía razón en que habían llegado demasiado lejos. A esas alturas, Connor no habría sabido cómo renunciar a ella ni aunque le fuera la vida en ello.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó—. ¿Te arrepientes de algo?

—No es que me arrepienta, pero... —se encogió de hombros—, tal vez no debería haber dejado que me sedujeras con tanta facilidad.

Lo dijo con una naturalidad pasmosa. Dos de las mejores cualidades de Lillian eran su honestidad y su manera directa de actuar y de hablar, pero en aquel momento Connor habría agradecido un poco más de sutileza, un lenguaje más ambiguo. A esto no sabía cómo contestar; se sentía incluso un poco ofendido.

—Eso suena exactamente a estar arrepentida. Y, por otra parte, ¿no has pensado que tú también me has seducido a mí? —Lillian pareció

sorprenderse y él añadió—: Nunca te has comportado como la típica doncella inocente y virginal.

—¡Oh...!

—No te sientas insultada, no lo digo en ese sentido. Pero dudo que solo yo sea el culpable de que hayamos llegado hasta aquí.

Ella pareció reflexionar un instante sobre sus palabras; al final suspiró y dijo:

—Tienes razón. Es solo que yo había marcado mi camino hace años, ¿comprendes? ¡Todos los matrimonios que conozco parecen tan desgraciados! Estaba convencida de que yo era mucho más lista que las demás, y de que había encontrado una fórmula perfecta para saltarme todo ese drama.

—¿Drama?

—Sí, ya sabes... Primero portarse como una tonta ingenua para atraer a un marido, luego montar un espectáculo el día de la boda, poner todas tus expectativas en un matrimonio que, antes o después, hará aguas... Toda esa pérdida de tiempo y energía, que, de manera inevitable, lleva a sentirse sola, humillada e ignorada al final.

Connor la escuchó con atención, más perplejo e impresionado con cada palabra.

—¿De verdad crees que todos los matrimonios son así?

Lillian asintió.

—Por eso decidí evitarme todo eso. Sentía lástima por las chicas que no se daban cuenta... ¡Yo lo tenía tan claro! Pero luego apareciste tú y, en apenas un mes, doy la espalda a todos mis principios y caigo en tus brazos como... como cualquier boba romántica. No sé cómo me atrevo a dar lecciones sobre el tema a Lucy. Pero lo peor no es eso; lo peor es que lo nuestro ni siquiera tiene sentido.

—No digas eso. —Se acercó y cerró sus manos alrededor de cada uno de sus delgados brazos—. Nunca soy tan feliz como cuando estoy contigo.

—¡Yo tampoco!

Lillian había bajado la barbilla y una cortina de pelo oscuro cayó sobre su rostro ocultándolo a medias. Él se lo apartó, sujetándolo tras la oreja, y la obligó a mirarlo de nuevo levantándole la barbilla con un dedo.

—¿Entonces cuál es tu problema? Contéstame.

Ella tomó aire y aguantó su mirada; tenía los ojos vidriosos. «No llores, Lil. No podré soportar verte llorar».

—Mi problema es... —Lillian se atragantó, emocionada, y tuvo que volver a empezar—: ¡Mi problema es que creo que estoy enamorada de ti, y eso es un desastre!

—¿Lo es? —La mano de Connor se trasladó de la barbilla de Lillian a su mejilla, y sus ojos, serios y graves, escrutaron los ojos grises de la joven.

—Sí, porque... Porque no soy lo bastante para ti.

—¿Podrías dejarme a mí decidir eso?

—¡Es que no hay nada que decidir, Connor! —Volvió a retroceder unos pasos y quedó de espaldas contra el cristal de la ventana. Él apretó los puños contra sus piernas, crispado y en tensión, sin intentar ir hacia ella—. Yo seguiré en mi puesto de institutriz. ¡Es el destino que he elegido! Tú encontrarás a otra que te convenga. Eres un caballero rico que...

—¡Deja de repetir eso! —estalló al fin. Lillian guardó silencio y lo miró asustada. El brillo de sus ojos aumentó hasta transformarse en lágrimas que se desbordaron con rapidez, atravesando sus mejillas como finos regueros. Los rasgos de su cara se contrajeron y emitió un sollozo. A continuación, se tapó el rostro con las manos.

—Por favor, sal de mi dormitorio —gimió.

«Maldita sea», pensó él. Lillian acababa de confesarle su amor y ahora lloraba, inconsolable, sin permitir que se le acercara siquiera. Estaba entre la espada y la pared, y comprendió que solo había una cosa que podía hacer.

—Lillian, escucha. Deja de llorar. Me voy, sí, pero contigo. Vamos a salir los dos ahora; tengo que llevarte a un sitio. —Comprobó que ella había dejado de sollozar y que lo estaba escuchando, y empezó a ponerse con rapidez el chaleco y la pajarita—. Vístete; ponte un abrigo grueso y unas botas, no vuelvas a ponerte esos zapatitos de satén que llevabas... Coge también los guantes y el sombrero. Hace mucho frío esta noche.

—¿A dónde vamos? —balbuceó ella empezando a calmarse. Sorbió por la nariz y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Tenía la nariz roja, los ojos hinchados, el pelo revuelto y el vestido hecho un desastre. Connor esperaba que sus padres no la vieran en tal estado bajando del dormitorio con

él, o acabaría esa noche en la cárcel sin necesidad de que nadie lo acusara de ningún robo. Se puso la chaqueta del frac y le tendió a Lillian su pañuelo para que se sonara. Sabía que estaba actuando de manera demasiado brusca; hubiera querido ser más delicado, tomarse más tiempo para consolarla, pero no quería perder ni un minuto más.

—Hay algo que quiero que veas.

No conseguía que Connor le explicara por qué la había sacado de la fiesta de aquella manera tan brusca, ni que le contara adónde iban. Se lo había preguntado dos veces en su dormitorio, mientras terminaban de vestirse, y una vez más al descender la escalera. Tuvo que calmarse y fingir que sabía perfectamente lo que hacían cuando su madre los detuvo en el vestíbulo y le preguntó por qué se iban cuando apenas quedaba algo más de una hora para la llegada del nuevo año. Connor tomó el mando y le explicó que un amigo suyo, un conde, celebraba su propia fiesta en un palacete cerca de Grosvenor Square, y que quería ir a brindar con él y, de paso, presentarle a Lillian. Aunque era una invención que rayaba en lo absurdo, Caroline quedó tan complacida al imaginar a su hija acudiendo a la fiesta de un conde que no puso ningún inconveniente, y solo le advirtió a Lillian que se abrigara bien, y a él, que después de la fiesta la acompañara de nuevo a casa.

—Por supuesto, señora Simmons. Cuidaré bien de su hija, se lo prometo —había contestado con suma cortesía—. Gracias por esta magnífica fiesta.

Una vez fuera de la casa, su galante sonrisa desapareció y fue sustituida por la expresión tensa y crispada que había adquirido tras su conversación en el dormitorio. Lillian se odiaba a sí misma por haberse echado a llorar delante de él; no comprendía qué le había ocurrido. Nunca se mostraba tan emotiva y sensible, pero la idea que la acompañaba desde hacía días —que su relación no tenía ningún futuro—, se había hecho especialmente patente en ese momento. Había imaginado su vida sin él, y no lo había podido soportar. Además, a veces le costaba comprender a Connor. Se había dado cuenta de que, en ocasiones, un comentario casual o un hecho sin aparente importancia provocaban un repentino cambio en él: se quedaba en silencio, su sonrisa se

borraba y su mirada se volvía turbia, como si una neblina oscura lo invadiera. Y aquel parecía uno de esos momentos.

La tomó de la mano con firmeza y echaron a andar por la acera desierta. Hacía mucho frío, la ciudad parecía vacía y ella se sentía asustada y confusa.

—¿Adónde vamos? —preguntó por cuarta vez, sin muchas esperanzas de que respondiera. Pero él, sin detener su paso rápido y con voz extraña, contestó:

—A mi casa.

—¡Oh!

¿Eso era todo? ¿Connor había decidido que se aburría en la fiesta de sus padres y prefería que estuvieran solos en sus propios dominios? Bueno, a ella le parecía bien. No había necesidad de tanto misterio. Le apetecía conocer el lugar donde vivía él con su hermana; se había forjado una idea a partir de todo lo que sabía de Connor, y se imaginaba una hermosa vivienda, elegante pero austera, dotada de una cómoda biblioteca llena de volúmenes de poesía, de historia y de clásicos de la literatura, con mullidos sillones de cuero y una chimenea encendida. Visualizaba un dormitorio masculino y acogedor, quizá con cuadros de paisajes irlandeses adornando las paredes. Tal vez incluso conocería a Deirdre, esa joven damita tan bella y encantadora a la que él tanto quería... La congoja que la había invadido antes se convirtió en excitación y esperanza; era posible que hubiese sido demasiado negativa, y que existiera la manera de estar juntos para siempre.

Para cuando enfilaron la calle Orchard, Lillian ya se había relajado lo suficiente como para admirar la nieve sobre las ramas desnudas de los árboles, que brillaba a la luz de las farolas de gas, y disfrutar del calor de la mano de Connor en la suya y de la belleza de la noche invernal. Sin embargo, al llegar a una intersección, Connor no continuó hacia el sur, sino que tiró de ella para girar a la derecha por Oxford Street, en dirección al este.

—Pensaba que vivías cerca de Hyde Park —comentó. Quizá lo había entendido mal.

Él no dijo nada. Un carruaje pasó junto a ellos en dirección contraria; Lillian pudo atisbar fugazmente a una pareja de mediana edad bien abrigada en su interior.

—Quizá deberíamos buscar un coche —sugirió. Había esperado que no

irían demasiado lejos, y ahora empezaba a tener frío y a estar cansada.

—No encontraremos un coche de punto a estas horas; no la víspera de Año Nuevo.

—¿Y tendremos que caminar mucho? —preguntó desolada.

—Sí. Lo siento.

Connor soltó su mano y pasó el brazo alrededor de sus hombros, atrayéndola hacia él para darle calor. Cuando divisó un banco de piedra, miró suplicante a Connor.

—Necesito descansar un momento.

Se sentó sobre la fría superficie de granito, pero Connor se quedó de pie frente a ella, caminando unos pocos pasos hacia un lado y luego hacia el otro, con los brazos cruzados. Parecía nervioso, casi angustiado, y Lillian empezaba a sentirse igual.

—Dijiste que tu casa estaba próxima a Hyde Park —insistió, decidida a no dar otro paso a menos que le aclarara un poco la situación—, y cada vez nos alejamos más. ¿Adónde vamos entonces?

—Ya te lo he dicho, Lil. A mi casa.

—Pero entonces... —Dudó un segundo. No quería acusarlo directamente de no haber dicho la verdad.

—Es evidente que te he mentado.

Antes de que pudiera reaccionar, un ruido de cascos de caballo y ruedas que chirriaban rompió el silencio. Un carro algo destartado cargado de barriles y guiado por un hombre con un anticuado abrigo a cuadros se acercaba por el callejón adyacente.

—Espera aquí.

Connor le hizo señas para que se detuviera; luego se acercó al conductor y le dijo algo que ella no pudo escuchar. El hombre se bajó un poco la bufanda que le cubría hasta la nariz para poder hablar, revelando un rostro enjuto y una larga barba castaña, y después Connor le hizo un gesto a Lillian para que se acercara.

—Este hombre transporta barriles de cerveza hasta una taberna cerca de la calle donde vivo, y no le importa llevarnos en el carro —le explicó.

El conductor se giró para saludar a Lillian con una pequeña inclinación de cabeza y dijo:

—No es noche para caminar por las calles, señorita. Iremos un poco apretados, pero al menos no se cansarán, y puede abrigarse con la manta. — Se hizo a un lado para dejar más espacio en el asiento; Connor la ayudó a subir y la cubrió con una vieja manta marrón antes de acomodarse él. El hombre sacudió las riendas y el caballo se puso en marcha con un leve relincho—. ¡Bien, vamos allá, *Señor Pecas!* Espero llegar al Sheep and Wolf antes de que den las doce, o esos locos borrachos me lincharán si no tienen bastante cerveza para brindar.

Aunque aún estaba impactada por el hecho de que Connor le hubiera mentido y un torbellino de pensamientos invadía su cabeza, Lillian decidió no mencionarlo mientras durara el trayecto. No quería iniciar una discusión que escuchara el hombre de la barba. Decidió esperar a llegar adonde fuera que se dirigieran, confiando en que Connor tendría una buena explicación que ofrecerle. Le agradecía, al menos, que hubiera encontrado un transporte para ellos, pues el viaje parecía no acabar nunca.

Finalmente, el carro giró para tomar una estrecha calle, mucho menos iluminada que las que acababan de dejar atrás. Las aceras estaban sembradas de restos de basura, cajas rotas de embalaje y estiércol de caballo; los edificios eran estrechos, con los muros sucios y con algunas partes que parecían a punto de derrumbarse, y muchos carecían de ventanas. Fue leyendo los carteles que anunciaban ofertas en material textil, una carbonería, un negocio de compraventa de chatarra y una pensión cuyas ventanas, casi a nivel del suelo, presentaban un par de cristales rotos. Cuando pasaban junto a un puesto abandonado de verduras, una rata del tamaño de un gato pequeño se asomó por debajo de unas lechugas medio podridas. Lillian se echó atrás en el asiento, presa de las náuseas, y de forma inconsciente se agarró al brazo de Connor. Descubrió que este no parecía impresionado por lo que había a su alrededor, sino que no apartaba la mirada de ella, atento a su reacción y a la expresión de su rostro. Entonces lo entendió por fin.

—Vives aquí —musitó, dirigiendo la vista de nuevo al frente. No lo dijo como una pregunta, pues la respuesta era ya evidente. No podía creer que hubiera sido tan tonta como para tardar tanto en verlo.

—Cerca —admitió él. Bajó un poco la voz para añadir—: Horrible, ¿verdad?

Ella no contestó. Un millón de preguntas se arremolinaban en su mente. ¿Cómo era posible? Connor era un caballero elegante y refinado, ¿por qué vivía en un sitio como aquel? ¿Qué le había ocurrido? ¿Sería también falso el resto de las cosas que sabía de él, o solo le había mentado en esto? ¿Y cómo era capaz de vivir día a día esa ficción?

El carro se detuvo junto a una taberna por cuya puerta abierta salía música de acordeón y un coro de voces desafinadas que cantaban una canción obscena. El cartel sobre la fachada tenía el dibujo de un lobo y una oveja tumbados frente a frente, con dos pintas de cerveza entre ellos.

—Me temo que tendré que dejarlos aquí, jóvenes —dijo el conductor, bajando de un salto. Comenzó a desatar las correas que sujetaban los barriles, y ellos descendieron también. Un montón de nieve sucia mojó el bajo del vestido de Lillian, quien tuvo que dar una larga zancada para evitar la maloliente alcantarilla que los separaba de la acera. Se despidieron del conductor y Connor volvió a tomar su mano para guiarla.

—No te separes de mí, y no le hagas caso a nadie, te digan lo que te digan —le ordenó—. Esta zona no es tan terrible como Whitechapel, pero puede ser peligrosa para quien no la conoce.

Había mucha más gente celebrando fuera la última noche del año que en el West End. Los amigos se agrupaban a las puertas de otros bares y tabernas, abrigados con bufandas viejas y mitones manchados; sujetaban botellas de whisky barato o jarras de cerveza y brindaban entre ellos, llamando a gritos a otros que pasaban cerca. Unas niñas de la edad de Lucy, envueltas en unos chales que no podían calentarlas demasiado, compraban castañas asadas a una anciana desdentada que estaba sentada sobre un barril, junto a un brasero provisto de rejilla. Lillian las contempló al pasar y se sintió conmovida al ver sus mejillas hundidas y los harapientos vestidos. Probablemente las castañas constituían su única cena esa noche. La anciana, por su parte, parecía más muerta que viva, y sus botas tenían tantos agujeros que pudo verle los dedos de los pies. Notó que sus ojos se llenaban de lágrimas y deseó tener algo de dinero en el bolso para darles.

Al doblar una esquina, dos jóvenes de su edad, con largas cabelleras rizadas y el rostro muy maquillado, llamaron a Connor por su nombre y se acercaron corriendo a ellos, agarrándolo del brazo entre risas.

—¡Si es el Duque del East End! —exclamó la que tenía el pelo rubio—. ¿Dónde vas con tanta prisa, guapo?

—¿No quieres celebrar la Nochevieja con algo muy especial? —le preguntó la morena, inclinando su cabeza mimosamente contra su hombro.

—Ya sabéis que no, señoritas—dijo él con un tono firme pero amable—. Y hoy no puedo detenerme a charlar con vosotras.

La rubia hizo un exagerado mohín de disgusto y dijo, dirigiéndose a Lillian:

—¡Siempre nos dice que no! ¡Si tú consigues convencerle, ya nos contarás cuál es el truco!

Las dos soltaron una carcajada y los dejaron marchar, concentrándose en un alegre grupo de tres hombres que las llamaban desde la acera de enfrente.

—No son malas chicas —murmuró Connor echando de nuevo a andar. Y añadió con cierto tono de humor amargo—: Pero como bien han dicho, siempre les digo que no.

Lillian trató de sonreír, pero no pudo. El nudo que tenía en la garganta la incapacitaba también para articular palabra. No estaba enfadada con Connor, no podía estarlo, pero se sentía tan conmocionada que no sabía qué decir ni qué hacer. Por una parte, deseaba llegar hasta el final de aquel extraño viaje; conocer su casa y toda la verdad... Por otra, hubiera querido gritar y salir corriendo por los oscuros callejones hasta regresar a la acogedora seguridad que conocía.

No tuvieron que caminar mucho antes de que Connor se detuviera frente a una puerta de madera oscura. Se trataba de un edificio de tres pisos, con pequeñas ventanas en un lado y un patio vallado y destartalado con un pozo al fondo. La puerta no estaba cerrada con llave, así que él simplemente la empujó para entrar y la sostuvo para que pudiera pasar Lillian. El interior era oscuro y frío, casi tanto como la calle. Subieron por una estrecha escalera de paredes desconchadas y, al llegar al segundo piso, Connor sacó una pequeña llave con la que abrió una puerta. Lillian lo siguió adentro.

La sala de estar en la que entraron estaba iluminada con un par de pequeñas lámparas de gas reguladas al mínimo. Apenas había luz suficiente para no chocar con los escasos muebles: una mesa rectangular de madera sin barnizar y dos butacas tapizadas con una vieja tela floreada, desgastada en las zonas de mayor roce. Una alacena con algunos platos sencillos y tres sillas de

asiento de mimbre completaban el mobiliario. No había alfombras en el suelo ni cortinas en la ventana, y al fondo, una puerta entreabierta dejaba intuir la diminuta cocina. Nada de pinturas al óleo, ni sillones de cuero, ni alegre fuego en la chimenea... Solo una estufa de carbón, que ensuciaba de hollín las paredes, calentaba ligeramente la sala.

Connor había estado pendiente de ella mientras completaba su inspección visual, y cuando se dio cuenta, bajó la vista, sonrojada. No quería que leyera el horror y la compasión en sus ojos.

—Sí, Lil, esta es mi casa. —Su rostro era sombrío y serio, su mirada culpable y triste.

Ella sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas e hizo un esfuerzo por mantenerlas allí.

—Connor...

—Aún no lo has visto todo.

Llamó levemente a una puerta entreabierta que había en el corto pasillo y la abrió, indicándole a Lillian que se acercara. Cuando entró, vio que se trataba de un pequeño dormitorio, iluminado por un par de velas, en el que solo había espacio para una camita estrecha, una mesita de noche y una silla. Olía a cerrado y a algo más, un olor acre y desagradable. En la cama, tapada hasta la barbilla por una colcha de cuadros azules, había una niña de pelo oscuro. Sentada en la única silla, una anciana regordeta sonrió al verlos. Tenía el pelo gris recogido en un moño y pequeños ojos azules rodeados de arrugas, y llevaba un delantal lleno de manchas debajo de un amplio chal negro de lana.

—¡Connor! Me alegro de que hayas llegado a tiempo de celebrar el nuevo año con nosotras. Deirdre ha dormido toda la tarde para poder estar despierta cuando tú llegaras.

—Hola, señora Smith. Gracias por cuidar de ella. —Connor apretó cariñosamente el hombro de la anciana y se sentó en el borde de la cama. Acarició la mejilla de la niña con infinita delicadeza—. ¿Cómo te encuentras, cariño?

Cuando se fijó mejor, Lillian se percató de que no se trataba de una niña, sino de una adolescente, aunque de complexión tan delgada y rasgos tan suaves que parecía mucho menor. Sus ojos eran grandes y de un azul intenso, parecidos a los de Connor, aunque no tan claros, y estaban brillantes por la

fiebre y sombreados por unas profundas ojeras amoratadas. Tenía el rostro, en forma de corazón, sudoroso y macilento, y los pómulos demasiado salientes. El cabello ondulado y negro se extendía sobre la almohada, tan largo y abundante que la cubría por completo. Era una joven de belleza excepcional, pero resultaba obvio que estaba gravemente enferma. Miraba a Connor como si se tratara de un ángel que hubiera bajado del cielo, y se humedeció con la lengua los labios resecos y agrietados para poder contestar con mucha dificultad.

—Connor... Me alegro de que hayas vuelto.

Al hablar, un terrible sonido sibilante salía de su garganta. Connor apartó un poco la colcha para palpar su cuello, que estaba hinchado y rígido. Cruzó una rápida mirada con la anciana, pero luego volvió a sonreír a la niña.

—No intentes hablar, preciosa. He traído a una amiga para que te conozca. —Indicó a Lillian que se acercara un poco al lecho—. Te presento a Lillian. Lillian, esta es mi hermana Deirdre.

Deirdre esbozó una débil sonrisa y Lillian alargó el brazo para estrecharle la mano, pero Connor la apartó y negó con la cabeza.

—Es contagioso —susurró—, no te acerques más. —Luego se dirigió a la anciana, que se había levantado y sumergía un trapo en una palangana de agua—. Esta es la señora Smith, nuestra casera. No sé qué haríamos sin ella.

La mujer sonrió a Lillian mientras colocaba el trapo doblado y húmedo sobre la frente de Deirdre.

—Es un placer, señorita.

—Lo mismo digo —respondió ella con un hilo de voz—. Y llámeme Lillian, por favor.

Connor se puso de pie y, con una voz que trataba de sonar animada, le dijo a su hermana:

—¿Sabes, Deirdre? Tengo una sorpresa para ti. Ayer compré un poco de chocolate. Ahora iré con Lillian a la cocina para derretirlo y podrás tomarte una taza bien calentita.

La lívida cara de la niña se iluminó un poco y susurró un casi inaudible «gracias». Él volvió a acariciar su mejilla con ternura y luego le dijo a la señora Smith que volverían en seguida.

Salieron del pequeño dormitorio cerrando la puerta tras ellos. Una vez en la

cocina, Connor empezó a rebuscar en un armario alto, pero de pronto se detuvo, se apoyó en la estrecha encimera de piedra y se tapó la cara con las manos. Con el corazón en un puño, Lillian posó una mano en su hombro.

—Connor... ¡Oh Connor, lo siento tanto!

Él respiró hondo y se frotó los ojos en un gesto de profundo cansancio.

—¿Tú? Soy yo quien tiene que disculparse por haberte mentido.

Ella agitó la cabeza, como queriendo decir que no tenía que excusarse por nada, y le preguntó en voz baja:

—¿Está muy enferma?

—Tiene difteria.

—¿Y qué dice el médico?

—No mucho. La sangra de vez en cuando, y nos ha dado un jarabe que le alivia un poco el dolor de garganta, pero para curarse necesitaría un tratamiento que no está a nuestro alcance. Y debería salir de aquí. Este antro acabará matándola —dijo esto de forma desapasionada, como si hubiera pensado tanto sobre ello que ya lo tuviera asumido.

—¿Pero por qué vivís aquí? —Lillian no entendía nada—. ¿Y la herencia de vuestro padre? ¿Dónde está todo el dinero?

—No hay dinero, Lillian. Ni herencia. Mi padre solo nos dejó deudas al morir. Tuve que vender nuestra casa para saldarlas, y cuando llegamos aquí nos encontramos con una situación mucho más complicada de la que imaginábamos. Desde entonces he estado intentando buscar una solución, pero no hay trabajo para un antiguo terrateniente como yo, un caballero del campo que solo sabe criar caballos y dar órdenes a sus jornaleros... —Sus puños se cerraron sobre el borde de la encimera y su cabeza cayó hacia delante. Las sombras de la cocina mal iluminada ocultaron su rostro—. Mi hermana se muere. Ella es mi única familia, la persona a la que más amo en este mundo... aparte de a ti ahora. Y va a morir por culpa de mi ineptitud. No sé qué hacer.

—¡Déjame ayudarte! —se apresuró a exclamar ella—. Tengo algún dinero ahorrado, y también puedo pedirle prestado a mi padre. Estoy segura de que...

—No, no —la interrumpió él con un profundo suspiro—. No quiero vivir de la caridad. No te he traído aquí para eso. Solo quería que supieras la verdad. Me atormentaba escucharte decir que tenía que casarme con alguien de mejor

posición que tú. Me odiaba a mí mismo cuando sufrías al creerte indigna, cuando asegurabas una y otra vez que no debía estar con una simple institutriz. —Se pasó una mano por el cabello con impaciencia y continuó febrilmente—: ¿Qué opinas ahora de mí, Lil? ¿Sigues pensando que soy demasiado para ti? ¿Que debo casarme con lady Sophia? Ya lo ves, por mucho que lleve este frac y esa chistera no soy un caballero rico. Ni siquiera me he comportado como un caballero, porque te he mentado. No soy bueno ni honorable. No soy nada.

—¿Nada? —Lillian lo rodeó con los brazos y lo abrazó. Las lágrimas que le caían por las mejillas humedecieron la chaqueta de él—. ¡Lo eres todo! ¿No lo entiendes, Connor? ¡No hay ningún otro hombre en el mundo para mí!

Sintió que las manos de Connor se cerraban con suavidad alrededor de su cintura y que la estrechaba más contra su cuerpo. Su voz sonó cálida, afligida y dulce en su oído:

—Pero ¿cómo vas a estar conmigo ahora que sabes todo esto?

—¡Me da igual! ¡Me da igual! —sollozó ella—. Buscaremos la manera de arreglarlo, y tu hermana se pondrá bien... Solo quiero estar contigo.

Connor besó su rostro allí donde estaba mojado por las lágrimas, y después su boca descendió hasta sus labios. Hubiera deseado besarla con dulzura, pero lo hizo con una urgencia que se tornó casi dureza cuando notó que ella le respondía ansiosamente. Lillian cerró los ojos y acarició su cabello, enredando sus dedos entre los oscuros mechones. En ese momento, un estruendo de petardos y fuegos artificiales y un coro de escandalosas voces se coló desde las calles. Era medianoche, y 1888 había llegado.

—Feliz año nuevo —dijo él con una sonrisa triste, reteniéndola aún entre sus brazos en la penumbra de la fría cocina.

Lillian iba a responder a su felicitación, pero cuando abrió la boca para hablar las palabras que salieron de su garganta fueron distintas:

—Te amo, Connor O'Malley.

Dejó a Lillian en la puerta de su casa alrededor de la una de la madrugada. Las ventanas estaban aún iluminadas y se veían figuras moviéndose todavía en el interior, aunque la música ya no sonaba.

—Espero que a tus padres no les molestara mucho que te fueras de su fiesta conmigo.

—Mi padre es muy comprensivo. Y mi madre estará deseando que le cuente cómo era la fiesta de tu amigo el conde y todo lo que pueda decirle sobre ti.

—¿Y qué le dirás? —preguntó Connor con ansiedad.

—La verdad —sonrió ella—. Que eres el mejor de los hombres.

La abrazó para que no pudiera leer la culpa y la amargura en su rostro. Incluso ahora, después de haber descubierto que había estado mintiéndole desde el primer día, Lillian confiaba en él y lo creía intachable y digno de su amor.

Se despidió de ella sin grandes efusiones, como si fueran a volver a verse en un par de días a más tardar. Esperó a que el mayordomo abriera la puerta y cuando ella entró, se subió el cuello de la capa y emprendió el camino de regreso.

Cuando llevaba unos diez minutos andando, un alegre grupo de tres actrices que volvían de una actuación privada en una fiesta detuvieron su carruaje junto a él y le ofrecieron llevarlo hasta la calle Fleet. No estaba de humor para compartir un habitáculo tan pequeño con las tres jóvenes y coquetas mujeres, que estaban ya más que un poco achispadas, pero la oferta le ahorraba una larga caminata, así que aceptó. Consiguió zafarse de sus burdos intentos de seducción afirmando que estaba casado, y solo toleró que una de

ellas, la más insistente, entrelazara el brazo con el suyo porque quería volver junto a Deirdre lo antes posible.

Lo dejaron muy cerca de la redacción del *Daily Sun* y después continuó andando hacia el Este, pero tuvo que detenerse cuando empezó a notar que se mareaba. Se apoyó contra la fachada de un edificio y realizó unas cuantas inspiraciones profundas, pero no mejoró. Cualquiera que pasara por allí pensaría que era un juerguista que se había pasado con el alcohol, aunque estaba perfectamente sobrio. Notaba cierta debilidad en las piernas, como si fueran a fallarle en cualquier momento, y el ya familiar nudo de opresión en el pecho era más angustioso que nunca. Le pareció que, a menos que gritara, que golpeara algo o que se hiciera daño a sí mismo, se volvería loco. «Tengo que controlarme», pensó cerrando los ojos y apoyando la cabeza contra el muro. «No puedo perder la cabeza ahora».

Oía su corazón martilleando en los oídos. Las imágenes de Lillian bailando en sus brazos, leyendo la dedicatoria del libro, asegurándole que no le importaba que no fuera rico, acudieron a su cabeza mezcladas con las del febril rostro de Deirdre. Deseó con todas sus fuerzas que cuando abriera los ojos se encontrara en mitad de uno de los senderos de tierra que atravesaban las praderas de Wicklow, camino de su casa. Montando su caballo favorito. A punto de llegar a las altas puertas enrejadas de Malley House y divisar a su hermana recogiendo las primeras y fragantes lilas del jardín. Su padre estaría esperándolo en la biblioteca, dispuesto a compartir con él una añeja botella de whisky y un rato de conversación frente a la chimenea. Incluso encontró la manera de introducir a Lillian en su fantasía...

Al pensar en ella pensó también en los Wolverton, regresando a su mansión al día siguiente, y todas sus reconfortantes evocaciones reventaron como pompas de jabón en el aire. Abrió los ojos. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué iba a hacer?

Rebuscó en el bolsillo interior de la capa hasta dar con la pequeña llave dorada. La contempló durante unos instantes. ¿Cómo algo que apenas pesaba nada sobre la palma de su mano, podía constituir una carga tan grande a la vez? Aquella llave significaba el paso final, la clave de la decisión que tanto le horrorizaba tomar. Había visto a Lillian abrir la puerta de los Wolverton con ella el día que se besaron en el cobertizo del jardín. Y había vuelto a

verla sobre la cómoda de su dormitorio, esa misma noche. Mientras ella terminaba de abrocharse las botas, aún llorosa por la discusión que acababan de tener, él la había cogido.

Había sido tan inicuo, tan vil, tan infame, como para cogerla.

Subió la escalera cansadamente, con los crujidos que sus pies provocaban en la desgastada madera resonando en todo el interior del edificio. Antes de llegar a su piso escuchó una puerta que se cerraba y pasos apresurados que comenzaban a bajar. Una cabeza se asomó por la barandilla y miró hacia abajo, hacia donde él se había detenido. A la tenue luz de las lámparas de gas que iluminaban la escalera, reconoció a la señora Smith.

—¿Connor? ¿Eres tú?

—Señora Smith, ¿qué ocurre?

—¡Oh, gracias a Dios! ¡Sube, rápido!

«¡Deirdre!». Llegó hasta la anciana en un segundo, después de subir saltando los escalones de dos en dos. Ella lo agarró con ansiedad del brazo y tiró de él hacia la puerta del apartamento de Connor.

—Iba a salir a buscarte, aunque no sabía dónde estabas... Pero... —sollozó —, ¡pero es que no sabía qué hacer!

—¿Qué es lo que pasa? —repitió cada vez más asustado y dirigiéndose directamente al cuarto de su hermana—. ¿Está peor?

—¡Dice que quiere despedirse de ti! Creo que ha intentado arrancarse la membrana...

Se dejó caer de rodillas junto a la cama igual que se había arrodillado ante Lillian hacía solo unas horas. Deirdre estaba despierta, pero parecía haber empeorado de forma considerable en el corto tiempo que había transcurrido desde que la había dejado.

—Ya estoy aquí, mi niña.

Los ojos espantados de ella trataron de centrarse en su cara. Se humedeció los labios, manchados de sangre, antes de intentar hablar.

—Le dije a la señora Smith...

—No hables, Deirdre.

—...Quería decirte adiós.

—Calla. —Le acarició el pelo, que se había convertido en húmedas guedejas aplastadas contra la frente y enredadas en el cuello—. No tienes por qué decirme adiós; no me voy a ninguna parte.

—Pero yo sí...

Tomó la mano huesuda y fría de la niña y ahogó un sollozo contra ella. Oyó a la señora Smith llorando a su espalda.

—Deirdre, siento haberte fallado, ¡lo siento tantísimo!

Ella negó débilmente con la cabeza, rechazando su disculpa.

—Wicklów...

—¿Qué?

—Será... parecido.

Connor se mordió con fuerza el labio para no llorar. Apenas se entendía lo que decía Deirdre, pero aquellas últimas palabras las había interpretado sin dificultad: su hermana pensaba que el cielo sería de alguna forma parecido a su hogar irlandés. En el fondo, él también lo creía así. «Aunque eso será algo que nunca se me permitirá comprobar», se dijo, a punto de ahogarse en el tormento y la desesperación.

Soltó la mano de Deirdre y se puso en pie.

—Señora Smith, tenemos que salvarla como sea.

—¡Deberíamos haberla llevado a un hospital hace días! —gimió ella. «No hace falta que me haga sentir más culpable», pensó Connor—. Pero, ¿de dónde íbamos a sacar el dinero?

—Voy a arreglar esto. Usted... usted quédese con ella.

Salió del cuarto sin mirar atrás, con la anciana pisándole los talones.

—¿Adónde vas?

—Volveré lo antes posible.

La llave de Lillian giró con suavidad en la cerradura y la puerta se abrió. Incluso a esas alturas, cuando ya había llegado hasta allí, Connor casi había

esperado que la llave no funcionase y no tuviera más remedio que olvidar aquello. Pero Deirdre dependía de él y la puerta se había abierto sin problemas, así que se cercioró por última vez de que no pasaba nadie por la calle que pudiera verlo y entró.

De pie en el oscuro vestíbulo, con solo el sonido del péndulo del reloj rompiendo el silencio, le pareció que la casa era aún más enorme de lo que recordaba. Permaneció un momento allí parado, tratando de orientarse y de pensar con claridad. No iba a pasar allí más tiempo del estrictamente necesario, así que descartó adentrarse por el pasillo que llevaba a la biblioteca, el salón y el resto de habitaciones del piso principal. Subiría a los dormitorios, cogería un par de alhajas valiosas y saldría con rapidez.

Arriba, le desconcertó la cantidad de puertas cerradas que vio. ¿Cuál sería la habitación de lady Wolverton? ¿Qué era lo que le había contado Lillian el día que hicieron el amor por primera vez, cuando sus jefes ya se habían marchado? Recordaba que, en aquel momento, le había parecido muy útil. Era algo sobre unas flores, y sobre el color de las paredes... «Soy un completo imbécil. ¿Ni siquiera soy capaz de enterarme bien de la disposición de la casa?».

¡El cerezo! Lillian había dicho que las paredes habían sido forradas de terciopelo rosa para que en primavera hicieran juego con las flores del cerezo que llegaban hasta la ventana. Así que el dormitorio estaba en el lado de la fachada que daba al jardín. Se esforzó por concentrarse a pesar del nerviosismo y visualizó el exterior de la casa. El cerezo estaba cerca de la escalera de entrada, así que la habitación tenía que corresponder a una de las dos primeras puertas que había a su izquierda. Abrió la primera y distinguió la enorme forma de una cama con columnas talladas y dosel. Encendió una cerilla y se adentró un poco más. A su lado había una cómoda grande y, sobre ella, junto a un pequeño candelabro, unos guantes femeninos de aspecto caro. Era aquella.

Encendió las velas del candelabro y la habitación se iluminó tenuemente, pero lo bastante para intuir el terciopelo rosa de las paredes y confirmar que era el cuarto que buscaba. Aunque hacía varios días que lady Wolverton no dormía allí, se percibía con intensidad su perfume de jazmín. Vio una pequeña puerta medio cubierta por una cortina junto a la cama, y la traspasó.

Estaba en una salita semicircular, muy femenina, con un tocador grande de tres espejos, una *chaise longue* con varios cojines y dos biombos orientales cerca de la pared. El *boudoir*, donde, según Lillian, guardaba su colección de joyas. Giró sobre sí mismo, alumbrando a su alrededor con el candelabro en busca de una caja fuerte, pero no la vio. «Una mujer tan frívola como lady Wolverton no valoraría tanto sus joyas como para meterlas en una caja de seguridad». Dejó el candelabro sobre el tocador y abrió dos cajones sin encontrar más que cosméticos, frasquitos de perfumes, lociones y horquillas. Probó con el cajón central, más alargado, y contempló las cajas de diversas formas y tamaños que había en su interior. Sacó unas cuantas, las puso sobre el tablero y fue abriéndolas una a una con unos dedos temblorosos que no acertaban a accionar los cierres.

La luz de las velas reveló el pequeño tesoro de lady Wolverton: collares de perlas, pulseras de oro, pendientes de brillantes, broches aderezados con piedras preciosas y adornos para el cabello con pequeñas gemas formando flores o formas geométricas. Connor dio un paso atrás y, de pronto, la enormidad de lo que estaba a punto de hacer se le reveló en toda su magnitud. Se había convertido en un vulgar ladrón, en alguien que entraba en las casas ajenas y se apoderaba de los objetos valiosos de otras personas. Se sintió más allá del odio hacia sí mismo, pero si condenarse de esa forma era el precio que tenía que pagar por salvar a Deirdre, estaba dispuesto a hacerlo.

Había perdido la noción del tiempo, y al percatarse de que no sabía cuántos minutos llevaba allí, reaccionó y se inclinó sobre las cajas. «Hazlo de una maldita vez y sal de aquí ya», se dijo. Cogió el collar de perlas negras que le había visto llevar a la dama el día que tomaron el té juntos y un hermoso brazalete con zafiros engarzados. Ni siquiera se había acordado de coger una bolsa, así que se los metió directamente en el bolsillo, dejando las cajas vacías de nuevo en el cajón. Iba a salir ya cuando le llamó la atención un broche de esmeraldas en forma de trébol, y lo cogió también. Después de todo, el trébol era una de las señas de identidad de los irlandeses, y quizá le traería buena suerte.

Atravesó el dormitorio con el candelabro en la mano y el peso de las joyas en su bolsillo y salió de nuevo al pasillo, pero tuvo que entrar otra vez para devolver el candelabro a su sitio, apagar las velas y abrir una ventana.

Percatarse de los errores que estaba cometiendo solo aumentó su nerviosismo. Una vez junto a la escalera, se tomó un momento antes de bajar para respirar hondo y secarse las gotas de sudor frío que le caían por la frente. Estaba temblando. Le pareció oír un ruido en alguna parte de la casa y ahogó una exclamación, buscando aterrado a su alrededor un lugar para esconderse. Trató de localizar la fuente del sonido, pero ahora la casa parecía de nuevo vacía y en silencio. Lo único que oía era su agitada respiración y su corazón desbocado... Tenía que controlar el pánico; ya había hecho lo más difícil, y solo restaba bajar la escalera y salir por la puerta. Descendió tres escalones y se detuvo. Cuando saliera de la casa, también saldría para siempre de la vida de Lillian. Comprendió que aún le quedaba algo por hacer.

Volvió a subir los escalones y a recorrer el pasillo hasta el fondo. «La salita de las clases al fondo del pasillo del piso superior. Las habitaciones de las niñas. *Su dormitorio*». La primera puerta que abrió daba a una habitación con las paredes cubiertas de mapas y estantes con libros. La siguiente correspondía a un dormitorio infantil con dos camas gemelas adornadas con profusión de volantes. Con un gruñido de rabia, probó una tercera puerta. Se quedó inmóvil en el umbral, mirando el interior, sabiendo por algún extraño motivo que aquella era, sin ninguna duda, la habitación de Lillian.

Lo haría muy rápido y saldría de allí de una vez. Se inclinó sobre el pequeño escritorio que había bajo la ventana, iluminado por la luna, y revolvió carpetas y enseres de escritura hasta dar con una hoja de papel en blanco y una pluma estilográfica nacarada. Cogió la pluma y la agitó con impaciencia para hacer bajar la tinta, y unas gotas mancharon de violeta la parte superior de la hoja. Sin hacer caso, empezó a escribir con rapidez. Tenía las palabras muy claras en su mente, y terminó en seguida. Agitó la hoja en el aire para que se secara un poco la tinta y buscó un sitio donde esconderla. Solo Lillian debía leer aquello. Había muy pocos muebles en la habitación, así que se limitó a meter el papel en el cajón de la pequeña mesita que había junto a la cama; supuso que nadie excepto ella se atrevería a abrir el cajón de un mueble tan personal.

Recorrió de nuevo el larguísimo pasillo casi corriendo y bajó las escaleras velozmente. Estaba a punto de alcanzar la puerta principal cuando el ruido inconfundible de una llave en la cerradura le dejó helado.

Durante un par de segundos, el mayordomo de los Wolverton y Connor se quedaron mirándose con idéntica expresión de sorpresa en sus caras. Abbot apestaba a alcohol, tenía los ojos enrojecidos y no enfocaba bien la mirada, pero pareció reconocerlo y frunció el ceño.

—¿Qué hace usted aquí?

Connor pasó junto a él sin contestar, empujándolo con el hombro para apartarlo de la puerta, y salió como una exhalación de la casa. Oyó que el mayordomo trataba de alcanzarlo y que gritaba:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Consiguió traspasar la verja del jardín sin dificultad. Abbot era al menos veinte años mayor que él, no tenía costumbre de correr y, además, estaba claramente borracho. Sin embargo, vislumbró al otro lado de la plaza a un policía que, alertado por sus gritos, corría hacia él.

—¡Alto!

Preso del pánico, miró hacia ambos lados para tratar de averiguar por dónde sería más fácil escapar. Le pareció que tenía las mismas posibilidades, así que por costumbre echó a correr hacia la dirección de su propia casa. Notaba a su perseguidor cada vez más cerca. Si seguía por la calle principal, probablemente se encontraría con otro agente haciendo la ronda, y entonces lo atraparían sin dificultad. Quizá lo despistaría metiéndose por los callejones. Hizo un giro cerrado a la derecha para meterse por una calle secundaria y continuó corriendo. Durante un instante pensó que ya no le seguían, pero en seguida lo oyó de nuevo a su espalda. Aceleró la carrera y volvió a girar en la primera esquina que encontró. Estaba en un callejón muy estrecho y mal iluminado. Cuando llegó al fondo, se encontró con que

docenas de grandes cajas de madera vacías, provenientes de la frutería que había a su izquierda, se amontonaban hasta una altura de unos siete pies, cortándole el paso.

Empezó a escalar por las cajas, que se tambalearon bajo su peso. Notó las astillas que se le clavaban en las manos y estuvo a punto de caerse cuando la caja sobre la que apoyaba el pie para darse impulso se deslizó hacia abajo.

—¡Alto o disparo!

Giró la cabeza para echar un vistazo. El policía estaba al pie de la montaña de cajas, apuntándole con una pistola. Una descarga de adrenalina recorrió su cuerpo y se dio un último impulso hacia arriba. Entonces oyó el disparo, y un dolor lacerante y abrasador le atravesó el brazo. La vista se le nubló y pensó que iba a desplomarse sin remedio, pero de alguna manera pudo seguir agarrándose con el otro brazo. Consiguió pasar por encima de las cajas, pero cuando estaba a punto de saltar al suelo, notó que algo se lo impedía. La capa se había enganchado en un enorme clavo que sobresalía de una tabla. Tiró de ella frenéticamente, tratando de desgarrar la tela para liberarse, pero no funcionó. Apenas le quedaban fuerzas. Lo único que podía hacer era desabrocharse la capa y abandonarla allí, pero las joyas estaban en el bolsillo interior. Intentó cogerlas, pero fue inútil. La sangre empezaba a empapar su ropa, y el brazo le dolía como si lo hubieran atravesado con un hierro incandescente. Se preguntó si el policía estaría trepando hacia él. Ya no podía verlo, ni oía ningún ruido, aunque quizá se tratase de que estaba a punto de desmayarse. Tenía que salir de ahí como fuera. Si lo atrapaban, Deirdre se quedaría sola y moriría. Se desabrochó la capa con el otro brazo y saltó al suelo, dejándola atrás.

Ahora se oían los gritos del policía y de otro hombre al otro lado de las cajas, y le animó pensar que seguían allí, con aquel obstáculo entre ellos. Se quitó la bufanda de seda y la ató con fuerza alrededor del brazo herido, mordiéndose el labio para soportar el dolor, y después echó a correr por los callejones.

Nunca supo cómo consiguió llegar a casa. Solo recordaría que pasó un tiempo indefinido acurrucado en el soportal de una iglesia, como un mendigo, sujetándose el brazo ensangrentado que, curiosamente, había dejado de dolerle, tal vez porque tenía todo el cuerpo entumecido del frío. Quizá se

quedó dormido durante un rato, o quizá perdió la consciencia, pero cuando volvió a levantarse ya estaba empezando a amanecer. Arrastrándose por las calles, entró por fin en el East End; allí pasaba desapercibido por completo entre los borrachos, pordioseros y otros representantes de la peor calaña de Londres que vagaban por la zona.

Una vez en su barrio, seguro de que nadie le perseguía ya y con la cabeza algo más despejada, pudo discurrir con calma. ¿Qué hacía el mayordomo llegando a la casa en mitad de la noche? Lord Wolverton y Lillian habían dejado claro que no habría nadie hasta que los criados se reincorporaran por la mañana... Intentó ver el lado positivo: estaba bastante seguro de que Abbot lo había reconocido, pero quizá su embriaguez le impidiera estar convencido por completo, y la policía no le consideraría un testigo fiable en caso de que lo interrogasen. El agente, por su parte, no le había visto la cara en ningún momento. Y no había conseguido atraparlo. Ninguno de ellos podía saber dónde vivía, así que no irían a buscarlo allí...

Sin embargo, había tenido que dejar las joyas atrás, de modo que aquel infierno por el que estaba pasando no serviría de nada en absoluto. Este pensamiento le llenó de una desesperación tal que deseó que el policía hubiera tenido la puntería necesaria para acertarle en el corazón.

Con una sensación de cansancio extremo, debilitado por la pérdida de sangre y al borde de la hipotermia, Connor empujó la puerta de su edificio y se dejó caer dentro. La noche había sido larga y terrible. Todo estaba perdido.

Erik nunca había visto un revuelo semejante en una casa tan aristocrática. Según explicó una de las doncellas, los señores habían pasado fuera toda la semana, y estaba previsto que llegaran a última hora de la tarde. Sin más autoridad que la del mayordomo —un hombre que parecía sufrir de una tremenda resaca además de un principio de ataque nervioso—, los miembros del servicio que iban llegando a la casa revoloteaban por todas partes en un caos de exclamaciones, preguntas sin fin y excitación inmoderada. Gracias a la misma doncella, consiguió comprender que, dado que sus amos se habían

marchado en plena época navideña, los sirvientes habían pasado fuera también esos días, razón por la cual la casa había estado desocupada. Todos ellos tenían que incorporarse al trabajo a lo largo de la mañana, para que la casa estuviera preparada a la llegada del matrimonio y de sus hijas.

Terminó de recorrer la enorme vivienda en busca de pruebas y volvió a bajar la escalera con hastío. No había encontrado pistas, excepto una ventana abierta, y hasta que no regresaran los señores no sabría con exactitud qué objetos faltaban. Los criados no parecían echar nada en falta, y nadie sabía detallarle la relación de joyas que guardaba lady Wolverton en sus aposentos. El lacayo había apuntado que quizá lo sabría su doncella personal, pero esta aún no había llegado.

En teoría, el 1 de enero Erik no debería estar trabajando. Le habían sacado de la cama Fred y Harry, dos de sus agentes, explicando que se había cometido un robo de madrugada en una de las mejores mansiones del West End, y ni siquiera había tenido tiempo de tomarse un café. La noche anterior no había ido a ninguna fiesta —¿qué era exactamente lo que había que celebrar?—, pero apenas había podido dormir unas horas porque no hacía más que tener pesadillas acerca de Deirdre. En sus sueños, ella moría en sus brazos, unas veces en Trafalgar Square; otras, en su propia cama. Era demoledor.

Una vez abajo fue a reunirse con los dos agentes, que estaban sentados en el comedor con el mayordomo. Habían dejado la puerta abierta, y los criados iban y venían por delante tratando de enterarse de lo que decían.

—Ha llegado Rose, sargento —dijo una voz a su espalda.

El joven lacayo tenía a su lado a una mujer de mediana edad vestida con un abrigo verde oscuro y un sombrero negro que acababa de llegar.

—¿Quién?

—La doncella personal de milady.

—Ah, sí. —Entró en el comedor y llamó a uno de los agentes—: Harry, esta es la doncella personal de lady Wolverton. Que te acompañe arriba y revise su joyero, a ver si ella sabe decirnos si falta algo.

El agente salió con la mujer y Erik ocupó su lugar.

—Bien, ¿qué tenemos hasta ahora? —le preguntó a Fred.

Apoyó la espalda en el respaldo de la silla y le echó una mirada al

mayordomo. Parecía agotado y tenía la tez amarillenta, pero intentaba sentarse erguido y mantener una actitud digna.

—El señor Abbot ha declarado que volvió a la casa alrededor de las tres de la mañana y que cuando abrió la puerta principal, se encontró con el intruso. Trató de detenerlo, pero solo pudo avisar a un agente que hacía su ronda por allí, el cual empezó a perseguirlo. Dice que conoce al ladrón —resumió Fred.

—¡Yo intenté sujetarlo, pero ese hombre era mucho más fuerte que yo! —intervino el mayordomo con un deje de indignación—. Me empujó para poder salir y no pude hacer nada... ¿Qué iba yo a hacer? ¡Quizá incluso fuera armado!

—Tranquilícese, señor Abbot. Nadie lo está culpando de nada. Pero dígame, ¿qué hacía usted en la casa? Tengo entendido que los sirvientes no tenían que venir hasta hoy.

El mayordomo enrojeció.

—Fui a una fiesta en una taberna, no muy lejos de aquí... —explicó de mala gana—. Ya era muy tarde cuando salí de allá, y pensé que ganaría unas horas de sueño si venía a dormir directamente. Así no tendría que venir desde mi casa por la mañana. Vivo lejos, ¿sabe?

—Así que venía de una fiesta —repitió Erik. No le gustaba el tono desdeñoso y a la defensiva del hombre, y no estaba seguro de poder confiar en él como testigo, pero debía continuar con el interrogatorio—: ¿Había bebido?

—¡Era una fiesta! —respondió con altivez.

—Bueno, sí, pero ¿bebió con moderación?

—¿Qué está insinuando?

—Parece estar usted sufriendo los efectos de una resaca considerable.

Sonrió para sus adentros al ver que el mayordomo se ofendía aún más.

—¡No sabía que Scotland Yard estaba aquí para juzgarme a mí! No tengo por qué contestar a esos comentarios tan impertinentes.

—Ha declarado que conoce al supuesto ladrón, pero si estaba ebrio cabe la posibilidad de que se confundiera —continuó Erik sin hacerle caso.

—Oiga, sargento, sé muy bien lo que vieron mis ojos. No podría confundirme en algo así.

—De acuerdo, de acuerdo —suspiró, tamborileando con los dedos sobre la

mesa—. ¿Quién era, entonces?

—Alguien que ya había estado en la casa varias veces. Un amigo de la familia.

—¿Sabe su nombre?

—O'Malley. Connor O'Malley.

Erik se inclinó hacia delante y clavó sus ojos en los del mayordomo.

—¿Está seguro?

—Ya le he dicho que sí.

Era una revelación sorprendente, pero se dio cuenta de que en el fondo solo ratificaba lo que de alguna manera ya sabía. Connor había estado ocultando un secreto, y ese secreto eran sus delitos. No estaba seguro de si confirmarlo al fin le alegraba o le disgustaba. Durante un instante sus pensamientos derivaron a Deirdre: enferma y con un hermano como él... Le daban ganas de ir a su apartamento y llevársela de allí sin contemplaciones.

Se obligó a centrarse en lo que tenía entre manos.

—¿Podría describir a ese hombre? —preguntó al mayordomo—. Fred, apunta lo que diga.

—Por supuesto. Es muy alto, de constitución delgada pero fuerte. Unos treinta años de edad. Pelo oscuro ondulado, ojos azules... No sé qué más podría decir.

—Gracias, con eso es suficiente. —Comprobó que Fred lo anotaba en su bloc, aunque en realidad Erik solo quería cerciorarse de que la descripción encajaba—. Dígame, ¿qué le hizo dar por supuesto que estaba allí para robar?

—¿Qué iba a hacer si no dentro de la casa, él solo, a las tres de la mañana?

La sensación de una presencia a su espalda hizo que Erik se girara hacia la puerta abierta del comedor. Los criados ya no estaban, pero una joven alta y atractiva, aún con el sombrero y los guantes puestos, estaba apoyada en el marco de la puerta. Se tapaba la boca con una mano, como si estuviera atónita, y su pecho subía y bajaba al ritmo de su acelerada respiración.

—Buenos días, señorita Simmons, y feliz año nuevo —le dijo el mayordomo a la chica con frialdad—. Ya ve, ese amigo suyo y de los señores nos la ha jugado.

Erik se levantó sin decir palabra, agarró con suavidad a la joven por el codo y la hizo retroceder unos pasos para poder cerrar la puerta. Tenía que haberla

cerrado hacía mucho.

—Esa era la institutriz de las niñas —comentó Abbot enarcando las pobladas cejas mientras Erik se sentaba de nuevo—. Una vez la vi hablar con el señor O'Malley con demasiada... familiaridad.

—Entonces, ¿el señor O'Malley venía a menudo?

—Era amigo de milord. Hablaban mucho de caballos y cosas así, y un día jugaron una partida de naipes. Duró toda la tarde —recordó—. También tomó el té una vez con milady... No es que fueran amigos íntimos, porque hace poco que se conocían, pero siempre lo recibían con agrado. ¡Y mire cómo se lo ha pagado a mis señores ese bastardo!

—¿Sabe su dirección?

—Bueno, es un caballero distinguido —replicó como si con eso respondiera a la pregunta—. Siempre he supuesto que viviría cerca...

La puerta se abrió y apareció Harry.

—La doncella dice que faltan varias joyas del tocador de lady Wolverton.

Erik suspiró y se puso de pie.

—Entonces ya podemos confirmar que tenemos un caso de robo... y un sospechoso.

—Tenga, señorita Simmons —dijo la señora Calvert a Lillian, tendiéndole una taza de té.

—Muchas gracias, señora Calvert.

Estaban en sus dominios, la cocina, sentados alrededor de la maciza mesa de nogal, bebiendo té y comiendo con desgana galletas recién sacadas del horno. Betty se había dado prisa en ventilar y ordenar la casa, con ayuda de Rose, para poder unirse a los demás lo antes posible. Nadie tenía ganas de trabajar, y dado que los Wolverton no llegaban hasta última hora de la tarde, se habían reunido en la cocina para tomar un tentempié y repetir una y otra vez lo terrible que era lo que había sucedido. El único que no había bajado era Abbot, que se había tumbado en su cuarto presa de la tensión y, sobre todo, de las náuseas y el dolor de cabeza que aún le torturaban.

—Todavía no puedo creerlo —suspiró James—. ¿Y si el ladrón hubiese ido armado? Quizá el señor Abbot estaría ahora herido... o incluso muerto.

—¿Y eso te disgustaría mucho? —resopló Rose, quien sentía una especial animadversión por el mayordomo.

—Yo lo que no puedo creer es que el ladrón fuese el señor O'Malley —intervino Betty cogiendo otra galleta—. ¡Un caballero tan refinado! El señor Abbot debe de estar equivocado...

Rose se rio y se dejó caer en la silla de al lado.

—¡Vamos, Betty! No dejes que tu atracción por ese hombre te nuble la mente.

—¿Qué? —La joven criada se sonrojó.

—El señor O'Malley es endiabladamente guapo, todas lo pensamos, pero ¿qué tiene que ver? ¿Es que un ladrón no puede ser apuesto? —Se giró hacia Lillian—: ¿No está de acuerdo, señorita Simmons?

Lillian la miró desconcertada. La había escuchado solo a medias, mientras tomaba sorbos de té muy dulce con la esperanza de que el temblor de su cuerpo desapareciera.

—Sí —respondió. Respiró hondo, tratando de deshacerse de su aturdimiento, y se irguió en la dura silla—. Sí, desde luego.

Los criados continuaron hablando sin fijarse en la expresión de su cara. Lillian le había dado la razón a la doncella porque no quería entrar en esa discusión, pero en su interior deseaba gritar que Abbot se equivocaba. Era imposible que Connor hubiese entrado para robar. Esa noche había estado con ella, primero en su casa, y después... Después, habían compartido uno de los momentos más intensos de su relación: la había llevado al lugar donde vivía de verdad, le había abierto su corazón y compartido con ella todos sus miedos e inseguridades, y luego, Lillian se había atrevido a confesarle abiertamente su amor. Y él había dicho que también la amaba. Más tarde la había acompañado de vuelta a su casa y se había alejado, dejando a Lillian a medias afligida por conocer el lugar adonde regresaba, y a medias alegre por haber escuchado de sus labios lo que sentía por ella.

«Es absurdo. ¿Cómo iba a hacer Connor algo así?», se dijo por enésima vez. «Solo caben dos posibilidades: o Abbot vio a otra persona que se parecía a él, o Connor estaba realmente allí... por alguna otra razón». ¿Pero qué

motivo podía haber para que entrara en la casa a las tres de la mañana, cuando no había nadie? Lillian se daba cuenta de que ese argumento era bastante débil, pero continuó valorando las posibilidades con persistencia. «Puede que se emborrachara después de dejarme en casa», reflexionó, «y que después quisiera ir a buscarme y, con la mente embotada, viniera a la de los Wolverton creyendo que estaría aquí». Era una buena explicación y se sintió un poco más relajada. Tanto, que consiguió comer una galleta y sonreír un poco.

Sin embargo, el alivio no le duró mucho. Algo no encajaba. «Muy bien, vino aquí por error, buscándome. Pero ¿cómo entró? Abbot dice que él ya estaba *dentro* de la casa...». En ese momento, algo a lo que no había dado ninguna importancia hasta entonces acudió a su cabeza, provocando que abandonara la galleta en el plato y que estuviera a punto de derribar la cercana taza de Betty: esa mañana, antes de salir de su casa, no había podido encontrar la llave que le habían dado los Wolverton. Siempre la dejaba sobre la cómoda, pero no estaba allí. Lo había achacado a los efectos que habían tenido sobre ella los acontecimientos de la noche anterior, pero, aunque buscó por todas partes, no la encontró. James había abierto la puerta cuando llegó, y entonces se había enterado de lo del robo y la insignificante pérdida de la llave se esfumó de su mente.

«Aun así, eso no significa que... Puede ser solo una coincidencia».

Volvió a prestar atención a la charla de los criados. Betty, con la cara muy roja, seguía defendiendo a Connor:

—Además, ¿por qué iba a robar nada cuando él es casi tan rico como milord?

La señora Calvert, que estaba junto a los fogones calentando otra tetera, bufó.

—¿De dónde sacas eso, niña?

—Bueno, señora Calvert, puede que usted no haya podido fijarse mucho en él porque siempre está aquí en la cocina, pero debería ver los trajes que lleva, y lo atildado que va siempre... —respondió con voz soñadora.

—¿Y eso significa que sea tan rico como milord? ¡Qué tontería!

Betty se giró hacia Lillian. La joven criada parecía admirarla, y siempre se dirigía a ella cuando necesitaba asegurarse de algo.

—Señorita Simmons, usted que es más inteligente que nosotras, díganos: ¿cree que tendría algún sentido que un señor de posibles robara a otro?

Ella trató de aparentar calma y seguridad, incluso se terminó el té antes de contestar.

—Supongo que no, Betty. No tendría mucho sentido.

Visualizó el minúsculo apartamento, a la adolescente que luchaba por respirar en la estrecha cama y la expresión desesperada de Connor. No tenía sentido, pero no por lo que decía Betty, sino porque estaba segura de que él era un buen hombre. Abbot tenía que haberlo confundido con otra persona. Se levantó.

—Será mejor que vaya a preparar las clases de mañana.

Salió de la cocina con una desagradable sensación en la boca del estómago.

La comisaría de Bow Street rebosaba movimiento, como siempre. Los oficiales entraban y salían, llevando a personas detenidas a las celdas o acudiendo allá donde se les necesitase. Hacía mucho calor dentro, y Erik se desabrochó el botón superior de la casaca aun a riesgo de que le increparan.

—¿Puedes recordarle al inspector Adams que todavía estoy esperando? — le preguntó al oficial que se encontraba detrás del mostrador.

—Iré, pero ya le dije que estaba muy ocupado...

«Probablemente estará tomando café y comentando sus conquistas de anoche», se dijo Erik. Su superior nunca tenía tiempo para tratar con él de asuntos importantes y, por tanto, estaba acostumbrado a tomar decisiones por sí mismo o, en casos como aquel, a aguantar largas esperas.

—Me han dicho que vienes de la casa Wolverton, Erik. ¿Robo?

Levantó la cabeza para mirar a otro sargento que conocía de vista.

—Sí. Tenemos a un sospechoso.

—¿Cómo te han permitido meterte en el caso? Esa no es tu división, ¿no?

—Había demasiados oficiales fuera de combate esta mañana.

—Yo ni siquiera sé qué hago aquí. ¡Deberían darnos el día libre! —resopló el sargento.

Erik lo siguió con la mirada mientras se retiraba a la mesa donde estaba la cafetera y las tazas, y se preguntó cuánto más tendría que esperar. Él no consideraba que tuvieran que darles el día libre solo porque el resto de los honorables ciudadanos de Londres estuvieran en ese momento descansando y recuperándose de una noche de excesos. La Policía Metropolitana estaba por encima de esas debilidades. Pero tampoco entendía por qué Adams tardaba tanto en recibirlo.

Por fin se abrió la puerta al fondo de la sala y salió el inspector, un hombre alto y delgado, con largo bigote castaño y ojos rodeados de arrugas.

—Sargento Tanner, ¿qué hace usted aquí? ¿No debería estar patrullando?

—Tengo que pedirle algo.

—¿De qué se trata?

Erik no estaba muy seguro de cómo plantear el tema. Lo que quería era poder ir a la casa de O'Malley y arrestarlo. Él solo. No quería irrumpir allí con un grupo de oficiales a su cargo y que todo acabara antes de que pudiera darse cuenta. Quería hacerlo él; tener la oportunidad de disfrutar de su cara de sorpresa, mirarlo a los ojos, escuchar cómo se cerraban las esposas alrededor de sus muñecas y llevárselo detenido a través de todas las calles de Londres. Especialmente, las del West End. ¡Qué satisfacción ser testigo de la vergüenza de Connor cuando recibiera las miradas acusatorias y despectivas de todos los caballeros y damas a los que había engañado!

El problema era que su jurisdicción era otra. Había podido interrogar al mayordomo esa mañana de manera excepcional, pero no podía llevar a cabo una detención en ese edificio si de hecho debía estar en otra parte de la ciudad. Si le contaba a Adams que él era el único que sabía dónde encontrar a O'Malley, le obligaría a informar a otro sargento, que sería quien fuera a detenerlo. Y, por otra parte, se arriesgaba a llevarse una sanción por no haber informado antes de su paradero y permitir que se le estuviera buscando por la zona oeste. De modo que lo que quería Erik era que le permitiera patrullar ese día en el East End y, entonces, podría detenerlo y decir que lo había encontrado por casualidad. Pero aquello era algo tan irregular que él mismo se daba cuenta de que no se lo debían conceder... Sin embargo, tenía que intentarlo.

—Creo que no hay suficientes oficiales en la zona de Whitechapel, señor —dijo al fin. La casa de Connor no estaba exactamente en Whitechapel, pero esa era siempre una zona conflictiva a la que pocos policías deseaban acudir —. Me ofrezco voluntario para unirme a ellos hoy.

—Esa no es su zona, sargento Tanner —observó Adams.

Erik deseó poder poner los ojos en blanco sin que le viera. El inspector era muy dado a hacer comentarios obvios.

—Lo sé, señor, pero he pensado que...

—Vuelva adonde le corresponde, Tanner.

Adams pasó junto a él y se dirigió a hablar con otro oficial, pero Erik se interpuso entre ellos para insistir una vez más:

—La semana posterior al tumulto en Trafalgar Square me enviaron allí...

—Eran circunstancias excepcionales —repuso el inspector. «Esto también», pensó Erik—. Vuelva al trabajo; sus oficiales lo estarán esperando. Ya sabe que si falta de su puesto se arriesga a recibir una sanción grave.

Adams le dirigió una mirada amenazadora y le dio un apretón en el hombro antes de darle la espalda y embarcarse en una conversación con otros agentes.

Erik salió de la comisaría con los labios apretados y montó en su caballo. En cuanto pudiera librarse de los dos oficiales que lo seguían como perritos, iría a casa de O'Malley. No le importaban las consecuencias.

—Señor Peterson, si quiere que la noticia salga en el periódico de mañana deberíamos incluirlo ya. Eddie la tiene prácticamente terminada, pero necesita su aprobación.

Eran casi las dos de la madrugada y William seguía en la redacción del *Daily Sun*. Aunque por lo general llegaba tarde a casa, con tiempo solo para tomar una cena tardía antes de meterse directamente en la cama, esa jornada se estaba alargando mucho más de lo normal. Sabía que Elaine no se enfadaría, pues su esposa era siempre muy comprensiva con las exigencias de su trabajo, pero él empezaba a estar cansado de aquello. Tenía más de cincuenta años y le daba la sensación de que había dedicado la mitad de su vida únicamente al periódico.

Contempló a John por encima de las gafas, sin saber qué contestar. Las novedades que estaban en boca de todos los redactores lo tenían atónito. ¿Cómo podía ser cierto algo así?

—¿Señor Peterson?

Se levantó con dificultad y rodeó su mesa de despacho para dirigirse a la puerta. John lo miraba desconcertado, sin saber qué hacer.

—Necesito más detalles —le dijo mientras pasaba a su lado. El joven

redactor lo siguió—. ¿Dónde está Eddie?

—Junto al teléfono, señor.

Eddie Hillard era uno de los mejores periodistas de sucesos del *Daily Sun*. Siempre era el primero en enterarse de cualquier historia interesante, y disfrutaba saliendo a la calle a investigar, hablar con la gente y acudir adonde fuera necesario. Estaba cubriendo el *asunto* de Connor, y había pasado las últimas horas pegado al teléfono y llenando de anotaciones su bloc. Se preguntó a quién estaría molestando de madrugada.

Cuando Eddie vio a su jefe, colgó el auricular y corrió hacia él.

—¡Señor Peterson! —exclamó excitado—. Esta historia es magnífica. ¡No puedo creer que ese hombre que vino con usted en noviembre fuera un ladrón! —«Yo tampoco», pensó William con una profunda desazón—. Menos mal que no llegamos a contratarlo, porque...

—Al grano, Eddie. ¿Qué es lo que tienes?

William se sentó en el borde de un escritorio, como era su costumbre, y Eddie se quedó de pie frente a él. John también se había quedado para escuchar, aunque William deseó que no lo hubiera hecho. ¿Por qué demostraban todos ese morbo insano por el caso? «No puedes culparlos, William; son periodistas», se dijo. «Si se tratara de cualquier otro asunto, actuarías igual».

—Bien, jefe, he hablado con Scotland Yard y con el mayordomo. Parece que tienen muy claro que el ladrón es Connor O'Malley...

—Eso ya me lo dijiste antes. ¿Algo más?

—Sí. Esto le va a encantar... —Eddie consultó sus anotaciones y empezó a tamborilear con la pluma sobre el bloc. William deseó gritarle que parara, pero se limitó a esperar en silencio—. He hablado también con dos damas. Una es bastante famosa en los círculos sociales más elevados: lady Sophia Abberly. Es la viuda del conde de Rittmore... La otra es una tal Rebecca Keating, pero me ha hecho jurar que no mencionaría su nombre en el artículo.

—¿Y qué pasa con ellas? —A William cada vez le costaba más reprimir su impaciencia y su malhumor. Quería saber cualquier detalle que tuvieran sobre aquel terrible asunto, y a la vez ansiaba salir de la redacción en ese mismo momento, regresar a casa junto a Elaine y olvidarse de todo. Por primera vez en su vida, deseó que su profesión fuera cualquier otra.

—Las dos sufrieron el hurto de sus joyas este otoño, pero hasta ahora nadie había investigado a fondo quién podría ser el ladrón... ¡hay tantos rateros en esta ciudad! Sin embargo, cuando se enteraron esta tarde del robo en casa de los Wolverton y de quién era el sospechoso, bueno... ¡hablaron entre ellas y llegaron a la conclusión de que el ladrón de sus propias joyas era ese mismo hombre!

William estuvo a punto de caerse del escritorio. ¿Entonces el de los Wolverton no había sido el único robo de Connor? Respiró hondo y trató de conservar la calma.

—¿Y cómo demonios se enteraron esas señoras del robo de los Wolverton? Aún no ha salido en ningún periódico, maldita sea.

John se encogió de hombros.

—Ya sabe, los criados de las casas se conocen, sus amas también... Las noticias vuelan, jefe.

—La cuestión es que ambas damas ataron cabos cuando se confesaron la una a la otra que habían pasado una noche con él —continuó Eddie con un brillo de diversión en los ojos—. ¡El muy bribón primero las seducía y luego se quedaba con sus pedruscos! ¿No es absolutamente maravilloso?

—¿Podemos deducir entonces que también se acostó con lady Wolverton? —sugirió John—. ¡Sería la guinda del pastel!

John y Eddie se echaron a reír, pero luego vieron la expresión de su jefe y parecieron avergonzarse un poco. Eddie carraspeó y dijo con un tono más serio:

—En cualquier caso, acabo de hablar por teléfono con Max Kaplan, del *Times*. Ellos también están al corriente de todo y Max dice que lo sacarán en su portada de mañana. No podemos ser menos, señor Peterson.

William les dio la espalda y, sin decir nada, se dirigió de vuelta al despacho. Por el camino los oyó a los dos llamándolo y, antes de cerrar la puerta, ordenó:

—¡Que nadie me moleste!

Se dejó caer en su sillón y cruzó las manos sobre el abultado estómago. ¿Por qué habría hecho Connor algo así? William y él se veían de vez en cuando, y cada vez que le preguntaba si había encontrado empleo y él contestaba que no, se ofrecía a prestarle algún dinero. Connor siempre lo

rechazaba, asegurando que tenían lo suficiente para vivir. «¿Se lo habrá jugado en las carreras, como hacía su padre?». No hacía más que devanarse los sesos tratando de adivinar qué podría haberle pasado a ese chico para tomar una decisión tan horrible. ¡Y ahora acababa de enterarse de que no había sido un único robo, sino tres!

Aunque jamás bebía en horas de trabajo, William se dijo que tendría que hacer una excepción o volverse loco. Abrió un pequeño armario donde guardaba una botella de brandy, aún sin abrir, que le habían regalado sus compañeros por su último cumpleaños, y se sirvió menos de dos dedos en un vaso. Bebió despacio y apartó el vaso; no le gustaba el sabor del brandy, pero tuvo que reconocer que le calmaba los nervios.

Se echó hacia atrás en el sillón y contempló el techo. Sabía que todos en la redacción estaban esperando que diera su aprobación al artículo de Eddie. En realidad, lo lógico era que lo diesen por hecho. ¿Cómo no iban a publicar algo así? La noticia lo tenía todo: robos, sexo, engaños, damas de la alta sociedad... Y un forastero al que los londinenses más encumbrados habían aceptado como a uno de los suyos. Se imaginaba a sus respetables lectores comentando la noticia con excitación durante el desayuno... ¿Iba a ser él parte de eso? La sensación que había tenido minutos antes regresó: un creciente desagrado hacia su trabajo y hacia sí mismo. Durante años, no había tenido ningún problema en publicar todo tipo de historias; no se había planteado nunca el daño que podrían causar, ni tampoco que detrás de todos esos artículos sensacionalistas hubiera personas... Ahora que el foco de atención periodística era Connor, un muchacho al que había jurado proteger, la cosa cambiaba.

Recordó el funeral de Cirian: la lluvia arreciaba sobre los verdes prados del condado de Wicklow, golpeando con tanta fuerza los cristales de la pequeña iglesia que parecía que fuesen a saltar en pedazos. Y allí estaban sus hijos, en un banco cerca del altar, despreciados y humillados por sus vecinos después de enterarse de las deudas de Cirian... Apenas habían asistido diez personas al servicio religioso en su memoria. William sintió tanta lástima por los dos hermanos que en ese mismo momento se prometió hacer lo que pudiera por ayudarlos. Dios sabía que lo había intentado, pero, teniendo en cuenta el desarrollo de los últimos acontecimientos, estaba claro que no había sido

suficiente. No había sabido ver los problemas de Connor; no había estado atento a las posibles señales, ni se había preocupado lo bastante por él y por su hermana. Había fallado a Cirian, y a sí mismo. ¿Qué iba a ser ahora de Connor y de la pequeña Deirdre?

Unos golpes en la puerta lo sacaron de su estupor. William dio su permiso y la cabeza de John asomó por una rendija.

—Perdón por molestar, jefe —se disculpó. El chico parecía agobiado, y casi más agotado que el propio William, aunque nunca se quejaba de las largas jornadas en el *Daily Sun*—. Los chicos de la imprenta se están impacientando. ¿Vamos a incluir entonces la historia de Eddie en el ejemplar de mañana?

Respiró hondo.

—No.

John se quedó boquiabierto.

—Pero... pero señor Peterson. ¡El *Times* va a sacarlo! ¡Es una historia buenísima!

William se levantó, guardó sus cosas en el maletín y recogió su abrigo, su bastón y su sombrero.

—Me da igual lo que haga el *Times*. —No miró a John mientras pronunciaba esas palabras, aunque estaba casi seguro de que al joven le faltaría poco para desmayarse de la impresión—. Me voy a casa, John. Haz tú lo mismo.

Salió del despacho y atravesó la redacción del *Daily Sun* perseguido por tres o cuatro redactores que suplicaban su atención. No hizo caso a ninguno de ellos, y experimentó una considerable satisfacción cuando los dejó a todos atrás y salió al gélido aire de la madrugada.

Al día siguiente, cuando Lillian salió de su dormitorio a primera hora de la mañana, descubrió que la casa había adquirido un ambiente de calma tensa. Las criadas se deslizaban por los pasillos más silenciosamente que de costumbre, y apenas se las oía mientras limpiaban las habitaciones y

disponían el desayuno. Tampoco le llegaron las voces de las niñas, por lo normal llenas de energía al empezar la jornada. Cuando entró en el comedor, solo encontró a James, que estaba retirando platos y tazas ya utilizadas.

—Buenos días, señorita Simmons —la saludó. Como el resto de la plantilla, el joven tenía un semblante más serio de lo habitual.

—Buenos días, James. ¿Es que ya han desayunado todos?

—Así es. Milord salió de casa hace ya un rato, y las pequeñas señoritas se fueron con él. Oí decir al señor que las llevaría a pasar el día a casa de sus primas...

—¿Y lady Wolverton?

—Milady ha ordenado que le suban el desayuno y que no la molesten. Creo que se quedará en la cama todo el día; está demasiado afectada por el robo —explicó con una mueca de pesar. Recogió la enorme bandeja llena de platos y añadió—: Traeré más té enseguida.

Lillian se sentó en la silla inmersa en sus pensamientos. Si Lucy y May iban a pasar el día fuera, significaba que estaba libre de sus obligaciones. Quizá podría pedir permiso a lady Wolverton para salir e ir en busca de Connor. Aunque no se había fijado en el nombre de su calle, supuso que no le resultaría muy difícil encontrar su casa. Y entonces él le aclararía todo aquel galimatías. Pero la señora había ordenado que no se la molestara... ¿Volvería pronto lord Wolverton, o también estaría todo el día fuera de casa? Tal vez pudiera arriesgarse a salir sin pedir permiso antes, ya que todo el mundo parecía tan disperso y alterado.

Se tomó el té casi sin darse cuenta y mordisqueó con desgana un bizcocho de pasas; a los pocos minutos dio su desayuno por terminado y salió del comedor, sorprendida por lo resonantes que parecían sus pasos en la silenciosa casa.

Sin saber muy bien qué hacer, entró en el salón; las criadas ya habrían terminado allí y, además, era la habitación en la que primero encendían la chimenea. Lillian se había levantado destemplada, y aunque llevaba uno de sus vestidos más abrigados y la casa siempre estaba caldeada, sentía un frío inusual en todo su cuerpo. Si fuera supersticiosa, cosa que por supuesto no era, casi podría interpretar esa sensación como un mal presagio.

Descubrió que ya habían retirado el árbol de Navidad y todos los adornos,

y, como un relámpago, la imagen de Connor y ella encendiendo las velas — junto con todo lo que hicieron después— invadió su cabeza. Tenía que ir a verlo. Necesitaba oír de sus propios labios que el mayordomo se equivocaba, que él no estaba relacionado con el robo. Se acercó a la chimenea con intención de calentarse un instante, y decidió que saldría a buscarlo. Dudaba que a los Wolverton les importara que estuviera o no en la casa en un día como aquel.

Entonces reparó en el periódico perfectamente planchado que reposaba sobre la mesa de caoba: el *Times*, que lord Wolverton siempre leía en el desayuno. En la parte inferior de la portada aparecía una pequeña foto de la fachada de la casa, junto con el titular: «Miembro del Parlamento, última víctima de la oleada de robos». Un escalofrío desagradable le recorrió la espalda y la nuca, y notó que sus manos temblaban al coger el diario. Sentada en el borde del sofá, empezó a leer.

«El Honorable lord Wolverton, miembro de la Cámara de los Lores, ha sido la última víctima de los robos que han sufrido ya casi una decena de las mejores casas de Londres. Lord Wolverton, el cual fue recibido por Su Majestad la Reina el pasado mes de septiembre, se encontraba en su residencia rural de East Hampshire con su familia cuando un ladrón irrumpió en su mansión de Grosvenor Square en la madrugada de ayer, día 1 de enero, y sustrajo varias joyas de gran valor pertenecientes a su esposa, lady Sarah Wolverton. El ladrón fue sorprendido por el mayordomo, quien avisó a la policía y lo reconoció como Connor O'Malley, amigo de la familia. Según reportó el mayordomo a los agentes de Scotland Yard que se personaron en el lugar, el señor O'Malley ya había estado varias veces en la casa y gozaba de la confianza de lord Wolverton, por lo que debía de estar al corriente de su ausencia esa noche.

Aunque el ladrón pudo escapar, lady Sophia Abberly, viuda del conde de Rittmore, quien ya sufrió un robo similar a finales de noviembre, ha comunicado a Scotland Yard su sospecha de que el señor O'Malley fuera también el responsable de la desaparición de su pulsera de brillantes, valorada en más de dos mil libras esterlinas. Según refiere dicha dama, el sospechoso

estuvo en su casa la noche antes de que notara la falta de la pulsera, aunque hasta ahora no había establecido ninguna relación por tratarse de un caballero distinguido y respetado en los mejores círculos. Otra reputada señorita de la alta sociedad, que no ha querido dar su nombre, ha reportado una historia muy similar, por lo que Scotland Yard sostiene la teoría de que el señor O'Malley intimaba con ellas con la intención de ganarse su confianza y, una vez en sus viviendas, cometer los robos.

La Policía Metropolitana de Londres se encuentra en estos momentos dando curso a una exhaustiva investigación para dar con el paradero de...»

El periódico cayó de sus manos y quedó sobre la alfombra formando un desordenado montón de hojas. Lillian se puso en pie con dificultad, sobre piernas temblorosas, sintiendo el corazón que martilleaba con fuerza en su pecho y el corsé que la oprimía más que nunca. Tuvo que inspirar varias veces hasta que notó que el aire llegaba a sus pulmones, y aun así la sensación de asfixia no cedió del todo.

Ahora tenía la seguridad de que el mayordomo estaba en lo cierto; no había querido asumirlo hasta entonces, pero ya no podía negarse a sí misma que Connor era el ladrón. Pero no se trataba solo de eso: había estado jugando con ella, todo ese tiempo... Recordó sus primeras visitas a la casa y cómo había aprovechado siempre cualquier ocasión para poder conversar con ella. Recordó el día que fueron a Hampstead Heath, cuando se besaron por primera vez en aquella pequeña colina. Recordó la sensación de sus dedos entrelazados con los suyos, la forma que tenía de mirarla, como si fuera la mujer más hermosa del mundo, y de escucharla, como si fuera también la más inteligente. Aquella tarde junto al árbol de Navidad, tumbados sobre ese mismo sofá, cuando se entregó a él por completo...

Y durante todos esos momentos, Connor solo pensaba en la manera de entrar en la casa. Cada vez que ella se ruborizaba, cada vez que le arrancaba una sonrisa con sus palabras lisonjeras, cada vez que la había tomado de la mano, para él significaba simplemente un paso que lo acercaba más y más a su objetivo. Ahora lo sabía.

Permaneció en medio del salón, sin moverse, con las manos aferradas al

respaldo del sofá con tanta fuerza que se le pusieron blancos los nudillos, y los labios tan apretados que apenas formaban una sola línea. Notaba la piel ardiendo, con un calor que nacía de algún lugar desconocido y profundo dentro de sí, y que se extendía por todo su cuerpo. Era una sensación que nunca había experimentado, pero que provocaba en ella el deseo de arrojar contra la pared cualquiera de los adornos del salón, o de gritar algo, lo que fuera, cualquier cosa que aliviara esa presión que la atenazaba por dentro, ese nudo que luchaba por desatarse. Optó por soltar el respaldo y recorrer el salón de lado a lado, con largas zancadas y una mano cubriéndose la boca, como para silenciar un grito o contener aquellas emociones que pugnaban por salir. No sabía qué era peor, si la ira que bullía en su interior o la humillación que siguió a la ira una vez que pudo volver a pensar con claridad.

¿Qué pensaría Connor de ella? ¿Qué pensarían todas las personas que la conocían y que la habían visto con él, cuando la noticia se extendiera? ¿Crearían que ella había sido su cómplice, que lo había ayudado a cometer el robo? ¿O sentirían lástima de que hubiera caído en sus redes, igual que le había ocurrido a lady Sophia? Había una opción aún peor: que no se convirtiera en objeto de compasión, sino en el centro de las burlas y el escarnio. ¡La institutriz que no se dio cuenta de que su caballero cortejador no pretendía desposarla, sino robar a sus señores!

Resultaba demasiado irónico: ella, una cultivada institutriz que siempre se jactaba de su autocontrol y su imperturbable serenidad, había sido la necia víctima del juego romántico y cruel de un ladrón. ¡Qué vergüenza! ¡Y qué tonta, qué tontísima había sido! Se arrepentía de haber abandonado los principios que de modo tan firme la habían sostenido durante toda su vida. Connor había golpeado con fuerza los cimientos sobre los que se levantaban todas sus creencias y seguridades hasta hacerlos tambalear peligrosamente, y ahora que conocía la verdad, todo se derrumbaba y ella se convertía en algo pequeño e insignificante; algo que, por lo visto, no merecía ser amado.

Connor llevaba recluido en su apartamento más de veinticuatro horas. Pasaba más tiempo junto a la cama de Deirdre que recuperándose en su propia cama, tal como le recomendaba la señora Smith, pero la herida de bala no le importaba lo más mínimo.

Cuando llegó a la vivienda, al filo del amanecer, sucio y herido, la anciana dio por supuesto al verlo que se había metido en alguna trifulca barriobajera, y él no había hecho nada por sacarla de su error. Cuanto menos supiera, mejor. Le había examinado el brazo después de limpiar la sangre y no parecía que la bala se hubiera quedado dentro, de modo que era menos grave de lo que parecía. Se ofreció a ir a buscar al médico, pero Connor se opuso.

La señora Smith terminó de cambiar el vendaje y empezó a enrollar la venda restante.

—Tiene bastante buen aspecto —le animó, interpretando que su actitud lúgubre se debía a la herida—, pero no muevas el brazo... Connor, ¿qué acabo de decirte? ¡Vuelve a tumbarte!

—Voy a ver a Deirdre.

—Por el amor de Dios, yo puedo cuidar de ella. Tú acuéstate y descansa.

¿Cómo iba a descansar? ¿Cómo podría descansar nunca? Le resultaba difícil asumir lo mal que había salido todo. Se había convertido en un vulgar delincuente. La policía debía de estar buscándole por toda la ciudad. Había perdido las joyas que podían sacarles de allí... No solo eso; también había perdido a la única mujer que había amado en su vida. Y no sabía si Deirdre, su hermana pequeña, su única familia, a la que habría tenido que proteger, viviría un día más. Quizá la perdería también a ella. Si eso llegaba a suceder, y si todavía no lo habían detenido para entonces, se tiraría al Támesis.

La señora Smith trató de que permaneciera tumbado, pero nada pudo hacer contra la altura y la fuerza de Connor, incluso debilitado como estaba. Apartó a la anciana con suavidad, pero con firmeza, y se dirigió al cuarto de Deirdre.

Su hermana estaba sumida en un sueño tranquilo por primera vez en varios días. Se había despertado brevemente justo cuando él llegó a casa con el brazo sangrando, alertando a la señora Smith y dándoles un buen susto a las dos. La anciana había tranquilizado a Deirdre diciéndole que no era nada grave, y ella había vuelto a cerrar los ojos, demasiado débil para preguntar nada.

Connor contempló su rostro cubierto de perlas de sudor y empleó su brazo sano para volver a humedecer el paño de su frente con agua fría. Utilizó otro para refrescar su cuello y sus brazos, pero a pesar del roce no se despertó. Se sentó a su lado, tratando de decidir qué hacer a continuación.

A su favor tenía que nadie sabía dónde vivía de verdad, excepto Lillian. Esperaba que la carta que había dejado en su dormitorio la disuadiera de contárselo a la policía, aunque no la había escrito por eso. En contra tenía que, cuanto más tiempo pasara, más posibilidades había de que lo encontraran de alguna forma. No podía quedarse ahí confinado indefinidamente... Deirdre necesitaba medicinas, necesitaba un médico que la curara de verdad, y no ese hombrecillo que solo buscaba enriquecerse a costa de remedios dudosos y del sufrimiento de los demás.

Sabía que lo mejor era irse de Londres cuanto antes, pero ¿cómo? No tenía apenas dinero para los billetes de tren, y mucho menos para iniciar una vida allá donde fueran. Además, lo más probable es que hubiese agentes de Scotland Yard en la estación, esperando a que apareciera para intentar huir. Podría alquilar un carruaje, pero en ese caso tardarían mucho más en desplazarse y dudaba que Deirdre aguantara un viaje así. ¿Entonces, qué? ¿Acudir a William y suplicar su ayuda? Pero, ¿no se sentiría él obligado a entregarlo a la policía? Entonces se dio cuenta de algo terrible: no solo Lillian sabía dónde vivía en realidad... también lo sabía su amigo. Y, trabajando en un periódico, se enteraría en seguida de que era el sospechoso de un robo. Estaba en un callejón sin salida.

Deirdre abrió los ojos en ese momento y volvió la cabeza hacia él.

—Connor —susurró.

—¿Cómo te encuentras?

—No lo sé...

Connor apartó el paño de su frente y colocó la mano en su lugar para averiguar si la fiebre había bajado. No estuvo seguro, y reprimió un quejido de frustración.

—¡Señora Smith! —llamó con tono impaciente—. ¿Puede venir un momento?

La anciana tardó menos de dos segundos en entrar en el cuarto.

—¿Está peor? —gritó alarmada mientras se inclinaba sobre la cama.

—No se trata de ella —murmuró Connor—. Se trata de mí. Tengo que contaros algo a las dos.

Justo antes de cenar, volvieron los agentes de Scotland Yard a casa de los Wolverton. Lo hicieron en un momento muy inoportuno: Lucy y May acababan de regresar de casa de sus primas, cansadas y mohínas; lady Wolverton se había levantado de la cama, pero no hacía más que deambular gimoteando por los salones; su esposo estaba de peor humor que nunca, y los criados seguían tan distraídos que llevaban al menos media hora de retraso en sus tareas.

Lillian estaba arriba con las niñas, dominando a duras penas su rabia y su amargura, tratando de que accedieran a lavarse y cambiarse de vestido para la cena, cuando Betty asomó la cabeza por la puerta entreabierta y dijo:

—Señorita Simmons, unos agentes han venido para interrogar a todos los miembros del servicio. Han pedido verla a usted también.

—Oh... De acuerdo, Betty, bajaré ahora mismo —contestó. Miró a Lucy—: Querida, necesito que colaboréis. Estamos pasando por un momento difícil. Tú ya eres una mujercita, ¿querrás ocuparte de que tu hermana se vista y cuidar de ella hasta que vuelva?

Lucy suspiró como siempre que la pedían cualquier cosa, pero acabó asintiendo, y Lillian las dejó para bajar al piso inferior junto con Betty. En ese momento salía James del comedor, y antes de que cerrara la puerta tras él,

Lillian pudo entrever a dos policías sentados a la mesa con un bloc de notas ante ellos.

—Ah, señorita Simmons, los agentes preguntaban por usted —le dijo James al verla allí. Sujetó la puerta para que ella pasara, pero Lillian se detuvo y, después de vacilar un segundo, le preguntó:

—James, ¿qué les...? ¿Qué les ha contado?

El joven lacayo se encogió de hombros con expresión atribulada.

—Realmente no podía contarles mucho. Querían saber si el señor O'Malley solía venir por aquí a menudo y les he dicho que sí, puesto que es amigo de milord. Pero más allá de eso, ¿qué voy a saber yo?

Lillian trató de esbozar una sonrisa tranquilizadora y entró en el comedor. Los dos agentes que la miraban desde un extremo de la mesa eran los mismos que habían interrogado a Abbot el día anterior, pero el sargento que los había acompañado no estaba en esta ocasión. Avanzó hacia ellos y esperó a que hablaran primero.

—Usted es la institutriz, ¿verdad? —dijo el que parecía más afable—. La vimos ayer cuando hablamos con el mayordomo.

—Así es.

—Bien, siéntese, por favor.

Tomó asiento frente a ellos, muy recta y aparentando serenidad. Por debajo de la mesa, fuera de la vista de los policías, sus manos retorcían nerviosamente un pliegue de la falda. Ahora le preguntarían por Connor y ella podría acusarlo. Después de leer aquello en el periódico, no había ninguna razón por la que no debiera hacerlo.

—¿Cómo se llama? Creo que ayer lo mencionó el mayordomo, pero en ese momento no le dimos importancia.

—Simmons. Lillian Simmons.

El agente sonrió y lo escribió en el bloc, y parecía a punto de hacer otra pregunta cuando su compañero, más mayor y adusto que él, se le adelantó:

—Señorita Simmons, tenemos que interrogar aún a varios criados y a lady Wolverton, si es que esa mujer consigue recomponerse en algún momento, así que vayamos al grano. Como sabe, el señor Abbot asegura que vio al señor O'Malley intentando salir precipitadamente de la casa en plena noche, lo cual deja bastante claro que se trata del hombre que robó las joyas.

Además, un policía que hacía su ronda justo en ese momento también vio a un hombre intentando huir y le disparó, aunque no pudo verle la cara. Hasta ahí hemos llegado. Ahora bien, de momento nadie parece saber nada que nos sea útil acerca de él, excepto que era amigo de lord Wolverton y que lo visitó aquí un par de veces. ¿Qué nos puede decir usted?

Lillian tardó un segundo en reaccionar. ¿Habían herido a Connor? ¿Estaría muerto? Sintió que la habitación se oscurecía ante sus ojos y que el corazón se le aceleraba. Las manos le temblaban tanto que tuvo que agarrarse con fuerza a los bordes de su silla para que no lo percibieran. A pesar de todo, se esforzó en mantener la compostura: el policía la miraba directamente a los ojos y ella consiguió aguantar la mirada sin titubear. Cuando recordó la pregunta que le había hecho, respondió con calma:

—Que es cierto; visitó a lord Wolverton dos o tres veces.

—Sí, sí, eso ya lo sabemos —refunfuñó él con impaciencia—. ¿Me refiero a si sabe algo de él que nos pueda servir para encontrarlo!

El otro agente intervino después de mirar de reojo a su huraño compañero:

—Verá, señorita Simmons, los criados dicen que, además de con lord Wolverton, lo vieron hablando con usted en varias ocasiones. —Lillian enrojeció, pero no bajó la vista. El policía sugirió con amabilidad—: Quizá, si hace memoria, pueda acordarse de algún detalle... ¿En algún momento mencionó su dirección, al menos de forma aproximada? Suponemos que su vivienda se localiza en algún punto del West End, pero comprenderá que no podemos recorrer medio Londres llamando de puerta en puerta...

Había llegado el momento. Ella podía llevarlos directamente hasta él. Les diría que no solo era un ladrón, sino también un impostor que se hacía pasar por un caballero cuando en realidad vivía en un piso espantoso del peor barrio de la ciudad. Los acompañaría hasta allí y presenciaría con satisfacción cómo detenían al hombre que la había engañado y jugado con sus sentimientos. Respiró hondo.

—Nunca le oí mencionar su dirección. Apenas tenía trato con él, solo intercambiamos algunas frases corteses mientras esperaba a milord.

Los dos agentes asintieron y anotaron lo que acababa de decir sin darle más vueltas, pero Lillian se había quedado estupefacta. ¿Por qué había dicho eso? Había abierto la boca para pronunciar ciertas palabras, pero las que le habían

salido eran otras muy diferentes. Se odió a sí misma por protegerlo. «¿Cómo puedes, Lillian? ¿Es que no has tenido bastante?».

—Ha sido muy amable, señorita Simmons, ya puede retirarse —sonrió el policía cordial—. Si en algún momento recuerda algo más no dude en...

—¿Por qué quieres acabar tan rápido, Fred? —gruñó el otro. Lillian, que había empezado ya a levantarse, se sentó de nuevo ante la severa mirada del agente—. Una última cuestión, señorita. ¿Alguna vez percibió por parte del señor O'Malley algún comportamiento inadecuado hacia las pequeñas Wolverton?

Tanto el otro policía como ella quedaron boquiabiertos.

—¿Cómo dice? —farfulló Lillian sin aliento.

—Harry, no creo que sea necesario entrar en ese tipo de...

—Bueno, es posible que el robo no sea su único delito. Un caballero rico que sustrae joyas en la casa de su supuesto amigo debe de tener alguna clase de desviación mental. Lo más seguro es que sea un depravado. Deberíamos interrogar a las niñas.

—Lo siento, agente, pero no puedo consentir eso —replicó ella con firmeza, negando a la vez con la cabeza enérgicamente—. No someteré a mis pupilas a semejante conversación; estoy segura de que su madre estará de acuerdo conmigo. Puede que el señor O'Malley sea un ladrón, pero desde luego no... —Tragó saliva; ni siquiera sabía qué nombre poner a *aquello*—. No es esa clase de persona.

Los dos agentes la contemplaron en silencio durante un momento.

—Está bien, creo que por ahora podemos olvidarnos de esa cuestión —terció al fin el policía llamado Fred. El otro frunció el ceño, pero no replicó—. Gracias, señorita Simmons, eso es todo. Por favor, diga a la cocinera que entre ahora.

Lillian se levantó, se despidió con una pequeña inclinación de cabeza y salió del comedor sintiéndose como si caminara en un sueño. Aunque aquello era más bien una pesadilla.

Fuera, los criados se arremolinaban en el pasillo y se escuchaba a lady Wolverton en el interior del salón, increpando con voz aguda a su esposo acerca de que él era el culpable de haber introducido a Connor en la casa. Lillian suspiró y le pidió a James que avisara a la señora Calvert de que los

agentes la esperaban.

—Iré a buscarla, señorita Simmons —contestó el joven. Cuando se fijó en su rostro, añadió con tono preocupado—: Está usted muy pálida. ¿Ha ido todo bien ahí dentro?

Trató de sonreír, aunque se encontraba al borde de las lágrimas. La furia hacia Connor había sido sustituida en algún momento por una profunda desolación, y al darse cuenta de ello se sintió peor que nunca.

—Sí, James, solo estoy cansada. Ha sido un día muy largo.

—Desde luego, señorita. ¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó, solícito—, ¿desea que le suban la cena a su habitación?

—No tengo hambre. Creo que me iré directamente a la cama. Quizá pueda Betty ocuparse de que las niñas cenén y se acuesten...

—Por supuesto, no se preocupe.

—Gracias, James.

Le dio la espalda y se alejó del mareante rumor de los parloteos de los criados y de la discusión de los Wolverton. Ya en el vestíbulo, tuvo que sentarse un momento en una de las frágiles sillitas doradas. No podría subir la escalera hasta que todo su cuerpo hubiera dejado de temblar.

Subió los escalones pesadamente, agarrándose a la barandilla y percibiendo cada uno como si fuera un obstáculo casi insalvable. Se sentía más agotada y deprimida de lo que jamás se había sentido, con la cabeza embotada y las extremidades tan entumecidas que temía desplomarse en cualquier momento. Había conseguido contestar a las preguntas de los agentes con aparente seguridad y convicción, y nadie —ni la familia, ni los criados, ni los policías— parecía sospechar el tormento que vivía en su interior. Sin embargo, su actuación la había dejado exhausta.

Entró en su dormitorio y cerró la puerta tras ella. Lo único que deseaba era meterse en la cama y dormir. Quizá al despertarse descubriría que aquello no había sido más que una pesadilla. Se quitó el vestido, los botines y el corsé, se soltó el cabello y se puso el camisón, sin reparar durante todo el proceso

en las lágrimas que caían sin detenerse por su rostro. No se molestó en limpiarlas ni en coger un pañuelo; la profunda tristeza que sentía la acompañaría durante mucho tiempo, y debía acostumbrarse. Nada podría hacerla sentir mejor.

Ya en la cama, se giró para apagar la lámpara de aceite y reparó en el libro que descansaba sobre la mesilla. *Melodías irlandesas*. Tendría que deshacerse de él, igual que de todo lo que le recordara a Connor. ¿Pero cómo disolver los recuerdos de los momentos que habían compartido, cómo hacer que desapareciera su imagen de la memoria? La parte racional de Lillian le aseguraba que lo conseguiría con el paso del tiempo; otra parte, una que ni siquiera sabía que tenía hasta hacía poco, la torturaba susurrando desde su corazón que jamás lo lograría.

Con un suspiro, cogió el libro con la intención de guardarlo en el cajón; no quería tenerlo a la vista hasta decidir qué hacer con él. Jamás sería capaz de tirar a la basura un libro, pero quizá podría regalarlo, o incluso venderlo. «Así al menos sacaré algo de todo esto», pensó con cinismo. Se sorprendió al ver que dentro del cajón había una hoja de papel. Ella no solía guardar nada dentro de la mesilla aparte de algún pañuelo, y no recordaba haber visto esa hoja nunca. Tenía una textura fina y suave, y estaba cubierta por una escritura de trazos rápidos y desiguales, con una mancha de tinta en la parte superior, como si el autor hubiera tenido tanta prisa que hubiese agitado con demasiada brusquedad la pluma antes de empezar a escribir. Reconoció su propio papel de cartas color marfil, que reposaba sobre una carpeta en el escritorio, y la tinta violeta que solía utilizar. Echándose el largo cabello hacia atrás con un gesto distraído, comenzó a leer.

«Lillian,

Te dejo esta carta en tu mesilla con la esperanza de que solo tú la encuentres...

A estas alturas, habréis descubierto que alguien entró en la casa para robar las joyas de lady Wolverton. He sido yo. Tengo ahora mismo en mi bolsillo el brazaletes de zafiros, el collar de perlas negras de tres vueltas y el broche de diamantes y esmeraldas en forma de trébol. Si consigo escapar con ellos, me iré con Deirdre de Londres y buscaremos un lugar donde nadie nos conozca;

venderé las joyas e iniciaremos una nueva vida. Si no consigo huir, acabaré en la cárcel, o muerto. Sea como sea, no volveremos a vernos.

No sé si hago bien escribiéndote esta carta, pues corro el riesgo de que la utilices ante la Policía como una confesión. Tendrías todo el derecho del mundo, aunque, como te he dicho, mi propósito es huir muy lejos, así que de nada serviría. Sin embargo, confío en que al terminar de leer esto optarás por no hacerlo.

He caído en un profundo pozo, Lil, y no tengo muchas esperanzas de salir de él. Una vez que tomas una decisión, las consecuencias te acompañan para siempre. Puedes arrepentirte y pedir perdón, tratar de arreglar tus errores, pero ya nada cambiará lo que has hecho. No me arrepiento de haber llegado a esto por el bien de mi hermana, pues me han movido el amor y la desesperación. Pero sí lamento haberte involucrado, y espero que algún día puedas perdonarme.

Desde que llegué a Londres, he intentado encontrar la manera de solucionar los problemas que la ruina de mi familia nos ha causado. Como te dije cuando te llevé a mi casa, nadie desea contratar a un terrateniente venido a menos sin más conocimientos que los que la posesión de una hacienda rural puede generar. Y al enfermar Deirdre, la impotencia y el miedo me condujeron a esto. Sé que no es excusa, y que nada me exime del mal que he podido causar. Me aterra lo que pensarás de mí, ¡tú, que eres tan recta, tan íntegra y tan buena!

Sí, te engañé y engañé a todos. Pero quiero que sepas algo: mis sentimientos hacia ti son reales. Te quiero, Lillian; eso nunca lo fingí. Aunque pases el resto de tu vida odiándome por todo lo demás, te ruego que nunca olvides que te amo y que llevaré tu memoria allá donde vaya... La escasa felicidad que me depararon mis días en Londres te la debo solo a ti.

Ahora solo me queda recordarte.

Con todo mi amor,

Connor»

Cuando acabó de leer empezó de nuevo. La leyó dos veces más, deteniéndose en cada frase y en cada párrafo, tratando de sustraer de los trazos el auténtico sentido del mensaje y el nivel de sinceridad de las

palabras. La parte analítica de Lillian inició una lucha encarnizada contra la parte emocional: Connor decía que la amaba, cierto, pero solo en el último párrafo y de forma un poco parca (por otra parte, una extensa y florida declaración de amor le parecería más falsa). Explicaba sus motivos para cometer el robo, y que solo el cariño por su hermana y la desesperación lo habían incitado (pero no decía nada sobre lady Sophia ni las otras mujeres). Le suplicaba que lo perdonase y, al mismo tiempo, la abandonaba para siempre.

Guardó el papel doblado entre las páginas del libro, y este en el cajón de la mesita de noche. No la leería más. Cada vez que lo hacía, sus sentimientos cambiaban y una avalancha de ideas contrapuestas inundaba su cabeza. Estaba agotada de pensar en él.

Apagó la lámpara y se cubrió con el edredón hasta la barbilla, pero en seguida comprendió que le resultaría muy difícil dormir. La torturaba la idea de que Connor hubiera *intimidado* —como decía el periódico— con otras mujeres con el fin de entrar en sus casas. ¿Habrían recibido ellas también una carta como la suya? ¿Por qué debía creer que su caso había sido diferente? No daba ninguna explicación sobre eso, ni siquiera mencionaba el tema. «Por supuesto, en el momento que me escribió, él no sabía que yo me enteraría de su relación con las demás», pensó con amargura, «¿para qué iba a empeorar las cosas mencionándolo?»

Y si era verdad que la amaba, ¿por qué no había confiado en ella lo suficiente para contarle la situación desesperada en la que se encontraban él y su hermana? Era cierto que al final había permitido que viera el lugar en donde vivía de verdad, y que había confesado que la historia de la herencia de su padre era falsa. Pero Lillian jamás hubiera podido imaginar que Connor se sintiera obligado a llegar hasta el punto de cometer un delito. Debería habérselo dicho. Según el periódico, el robo de lady Sophia se produjo en noviembre, lo cual significaba que, desde que se habían conocido, Connor ya había estado involucrado en los robos. Ahora comprendía las extrañas reacciones que tenía a veces, sus silencios y sus enigmáticas respuestas. Pero eso no quería decir que lo perdonase.

Continuó dándole vueltas al asunto durante horas, tendida en la cama sin apenas cambiar de posición. Ya no se sentía exactamente triste, pero tampoco

en paz. No lo estaría hasta que hablara con Connor; una simple carta no era suficiente.

Quedaba poco para que amaneciera cuando Lillian apartó el edredón, se levantó y cogió el primer vestido que encontró en el armario. Había tomado una decisión. Aunque en la carta decía que su intención era huir lejos, quizá aún llegaría a tiempo para verlo por última vez.

Deirdre estaba demasiado mal para hablar. Debilitada por la fiebre y sintiendo más dolor que nunca en la garganta desde que había tratado de arrancarse esa horrible telilla, solo podía seguir con la mirada a su hermano y a la señora Smith y escuchar sus voces, sin moverse de la cama. Pero, aunque hubiera podido articular palabra, tampoco habría sabido qué decir... No podía creer lo que había hecho Connor. Él no era así. No entraba en las casas de la gente y robaba sus pertenencias. En Irlanda siempre había sido el más íntegro y noble de los hombres. Era leal, bondadoso, sincero, digno de confianza. Era su modelo, la clase de hombre con quien deseaba casarse algún día.

«No debería haberlo hecho», pensó aturdida, «ni siquiera por mí. Preferiría morir sabiendo que él está a salvo y que no ha hecho nada malo a vivir con esta culpa sobre mis hombros». Deirdre era consciente de que nadie —y menos ella— había obligado a Connor a algo tan terrible, pero de alguna manera se sentía culpable. Los lazos entre ambos siempre habían sido fuertes e indestructibles; su hermano era catorce años mayor y desde que nació ella había actuado como su protector, su guardián. Verla tan enferma debía de haberlo vuelto loco.

La señora Smith se lo había tomado todo con más sangre fría de lo que podría esperarse dada la situación. Primero se había ocupado de la herida de bala de Connor con tanta calma como una madre que curase el rasguño de un niño travieso. Al principio había creído que era el resultado de una pelea típica de los barrios bajos, y aunque Deirdre se había asustado al ver a su hermano sangrar así, se calmó cuando la señora Smith aseguró que no era nada «del otro mundo». Y cuando Connor les contó toda la verdad, se llevó las gordezuelas manos al corazón, alzó la vista al techo y exclamó varias

veces: «¡Ay, Dios mío!», pero no se desmayó, no salió corriendo a avisar a la policía y no perdió demasiado los nervios. La señora Smith era asombrosa.

Ahora, oía sus pasos de un lado a otro del pequeño apartamento y trataba de distinguir también lo que decían. Desde la cama, Deirdre solo alcanzaba a escuchar palabras sueltas y trozos de frases: «salir cuanto antes», «horario de los trenes», «dinero para el viaje»... Lo suficiente para entender que estaban planeando una fuga. Al cabo de un rato, ambos entraron en la habitación y se quedaron mirándola con expresión circunspecta.

—Deirdre, sé que te encuentras muy mal, cariño, pero debemos irnos —dijo Connor. La señora Smith retorció nerviosamente el extremo de su delantal; Deirdre se fijó en las manchas de sangre seca proveniente de la herida de Connor.

—¿Estás seguro de que no hay otra solución que huir ahora mismo? —La señora Smith la miraba con aprensión.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¡Pero mira a la niña, Connor! Aún tiene fiebre. Si os vais tal como está, con este frío y sin tener adónde ir, lo más probable... —Se detuvo con brusquedad, aunque Deirdre sabía lo que iba a decir.

Ella misma veía poco probable recobrar la salud algún día, y mucho menos sobrevivir a una huida de las fuerzas de la Ley. ¿Qué pretendía Connor que hicieran? ¿Tomar el primer tren para ir... adónde? ¿Iban a convertirse en fugitivos? Deirdre haría lo que él dijera, haría cualquier cosa por ponerlo a salvo, pero estaba bastante segura de que le costaría a ella la vida. Resultaba irónico: Connor había cometido esos robos para salvarla, para proporcionarle una existencia mejor, pero lo que había conseguido era la garantía de un futuro aún más aterrador para ambos.

—Aguantaré. Cuidaré de ella.

—¿Con una herida de bala en el brazo? ¿Sin dinero para salir adelante? ¿Y con todos los policías de Londres buscándote?

—Quizá no me estén buscando todavía. No me vieron la cara. Tal vez duden del testimonio del mayordomo y tarden aún unos días en empezar a investigarme...

—¿Entonces por qué no os quedáis aquí hasta que Deirdre se recupere un poco?

Connor hizo un gesto de impaciencia y se pasó la mano por el pelo como hacía siempre que estaba nervioso.

—¿Y si me encuentran antes?

—Podrías esconderos en mi casa.

Deirdre notó que se planteaba esa opción durante un momento, pero luego negó con la cabeza.

—No la pondré en peligro también a usted.

La señora Smith suspiró. Su amplio pecho, ceñido por el viejo vestido negro, se elevó como una pequeña montaña emergiendo de la tierra. Deirdre deseó poder descansar su cabeza en él, como haría con su madre si no hubiese fallecido tanto tiempo atrás, y sentirse a salvo.

—¿Quién sabe dónde vives, además de Katie? —preguntó la anciana.

—Nadie, aparte de William Peterson, pero no creo que él...

—¿Nadie más? ¿Y aquella chica que vino la víspera de Año Nuevo?

—Lillian —reconoció Connor con voz ronca. Sus ojos se habían empañado.

Un tenso silencio se adueñó de la habitación, y ambos cruzaron una mirada significativa. La señora Smith fue la primera en volver a hablar.

—¿Crees que ella habrá contado a la policía...?

—Espero que no —respondió él con rapidez—. Confío en que no. Aunque tendría todo el derecho si decidiera contarlo.

—¿Y el sargento Tanner? Él también sabe tu dirección.

Connor pareció quedarse perplejo.

—Es verdad. Me había olvidado de él, maldita sea.

—¡Ay, Dios mío!

La señora Smith agitó las manos en el aire y salió del dormitorio murmurando algo sobre traer más jarabe de sauco para bajar la fiebre.

Cuando los dos se quedaron solos, Connor se sentó en el borde de la cama y tomó su mano.

—Creo que lo mejor será no esperar más. No tengas miedo.

Se dio cuenta de que, aunque había empleado un tono tranquilo, su hermano estaba muy asustado. Asintió débilmente con la cabeza e hizo un supremo esfuerzo por hablar, aunque emitir una sola palabra ya le causaba un dolor lacerante.

—Estás enamorado de esa chica, ¿verdad? —consiguió decir.

Él tardó unos segundos en contestar, y cuando lo hizo su voz denotó una honda tristeza.

—Eso ya no importa.

A Lillian no le costó demasiado encontrar de nuevo el edificio. Tuvo que preguntar por la taberna Sheep and Wolf, única referencia que recordaba con claridad, y una vez allí fue fácil orientarse a la clara luz de la mañana. Se detuvo un momento en el portal, dándose a sí misma una última oportunidad para cambiar de idea, pero su decisión era firme. Empujó el portón, subió los dos estrechos tramos de escaleras y llamó a la puerta de la vivienda de Connor. Nadie acudió a abrir, aunque escuchó algunos pasos precipitados en el interior. Llamó otra vez con más insistencia. Al cabo de lo que le pareció una eternidad, se abrió una rendija y se asomó por ella la cara de una anciana.

—¿Qué quieres?

Lillian trató de asomarse, pero la señora mantenía abierto solo lo justo para poder verla a ella. Se fijó en los ojillos azules rodeados de arrugas y reconoció el tono agudo de su voz; era la mujer que Connor le había presentado como su casera, la señora Smith.

—¿Está aquí Connor?

La anciana frunció el ceño sin dejar de mirarla.

—Tu cara me suena. ¿No estuviste aquí la otra noche?

—Sí. Por favor, tengo que ver a Connor. ¿Está aquí? —insistió. La mujer pareció indecisa y en vez de responder echó una mirada más allá de Lillian, hacia el pasillo y la escalera. Adivinó que estaba cerciorándose de que había venido sola. «¿Eso quiere decir que él está aquí todavía!»

—Estoy sola, señora —se apresuró a asegurar—. No le he dicho nada a la policía, ni nadie sabe que me dirigía aquí.

La señora Smith asintió, abrió más la puerta para dejarla pasar y volvió a cerrar en seguida. La pequeña ventana se orientaba al oeste, por lo que la casa estaba aún sumida en la penumbra. Una voz que provenía del fondo de la habitación la sobresaltó.

—No deberías haber venido, Lil.

Connor la miraba desde el pasillo que comunicaba con los dormitorios. La mitad de su rostro y de su cuerpo quedaba en la oscuridad, pero a Lillian le dio un vuelco el corazón al verlo. Presentaba un aspecto desaliñado, muy diferente de su elegancia de costumbre: no se había afeitado al menos en dos días, tenía el pelo revuelto y su ropa estaba arrugada y sucia. Uno de sus brazos estaba vendado desde el codo al hombro, y bajo los ojos habían aparecido unas ojeras oscuras. Aun así, sintió hacia él una irrefrenable atracción física, y se odió por ello.

—¿No crees que merezco una explicación? —consiguió articular por fin.

—Te dejé una carta...

—¿Y consideras que eso es suficiente?

La señora Smith pasó por su lado murmurando: «Será mejor que vaya a ver a la niña», y entró en el dormitorio cerrando la puerta tras ella.

—¿Cómo has podido, Connor? —inquirió dando unos pasos hacia él. Sintió como si su sangre empezara a hervir, igual que cuando había leído la noticia en el periódico—. ¿Cómo has podido hacer algo tan terrible?

Él también se acercó un poco, aunque respetando un razonable espacio entre ellos.

—Lo siento, Lillian. No sabes hasta qué punto siento todo lo que he hecho.

—No es cierto —replicó con aspereza—. Lo único que lamentas es que no te haya salido bien. Nuestro mayordomo te sorprendió y pudo reconocerte, y sé que Scotland Yard te está buscando.

Los ojos de Connor se agrandaron de miedo al oír eso. Lillian se dio cuenta de que hasta ese momento no debía de estar seguro de que lo estuvieran buscando, y sintió una maligna alegría al comprobar el impacto que esa información había causado en él.

—Entonces debo marcharme con Deirdre cuanto antes.

—¿Por qué no la dejas aquí? Seguro que la señora Smith querrá quedarse con ella. ¿Vas a obligar a esa pobre niña enferma a seguirte a donde quiera que vayas, a convertirse en una fugitiva? ¿Cómo puedes decir que la quieres?

—No puedo separarme de mi hermana.

—Bien podías cuando te dedicabas a seducir a lady Sophia y a las demás para robarles. —Lo miró directamente a los ojos y continuó antes de que

podiera decir nada—: Lo leí en el *Times*, Connor. Lady Sophia también se ha dado cuenta de que solo eres un farsante que ha jugado con ella; aunque al menos no tuvo que esperar a leerlo en un periódico para saberlo.

—No es lo que piensas. ¡Yo nunca te engañé en ese sentido!

—¿Que nunca me engañaste? —repitió con rabia—. ¡Hiciste conmigo lo mismo que con las otras! ¡Fingiste ser un caballero de la alta sociedad, ocultaste tu verdadera situación, me sedujiste para averiguar todo lo posible sobre los Wolverton y sobre la casa!

—No, Lillian, al principio quizá pensé en hacerlo, pero después me enamoré de ti de verdad...

—¡Vaya, pues qué afortunada he sido entonces!

—No te pido que me perdones; solo que me creas.

Lanzándole una última mirada llena de tristeza, musitó:

—No sé qué creer. —Movi6 la cabeza con pesar y se volvió para marcharse—. Adi6s, Connor.

—¡Lillian, espera!

Se gir6 de nuevo, pero no lo mir6 a 6l; ahora le parecía un desconocido. Dolía demasiado amar a un hombre al que ya no conocía.

—¿Qué quieres? —pregunt6 con tono cansado—, ¿no tenías tanta prisa por huir y alejarte de mí para siempre? Eso es lo que decías en la carta...

—También decía que te amo. Y lo sigo diciendo. —Se acerc6 y rode6 su cintura con el brazo que no estaba herido. Lillian no se apart6, sino que permaneci6 tensa e inm6vil, con los ojos fijos en la mano que la sujetaba.

—Yo te amaba, Connor. Y confiaba en ti. Traicionaste mi confianza...

—Lo s6. —Su voz parecía estar teñida de aut6ntico arrepentimiento; sin embargo, ella continu6 sin mirarlo a la cara.

—Pero no me importa —continu6—, porque ya no s6 qui6n eres. No significas nada para mí.

—¿Entonces por qu6 has venido?

De forma involuntaria, arrastrada por aquel tono c6ldido y profundo, Lillian alz6 despacio el rostro. Fue un error. Porque entonces ya no fue solo la voz de Connor, sino tambi6n sus ojos azules y penetrantes los que provocaron que algo en su interior empezara a desmoronarse.

Unos fuertes golpes en la puerta resonaron en ese momento en la pequeña

estancia.

Connor contuvo la respiración y mantuvo por instinto a Lillian detrás de él, con la esperanza de que quienquiera que estuviese al otro lado de la puerta acabara marchándose. Existía la remota posibilidad de que fuera un vecino o cualquier otra persona, aunque, desde que vivían allí, no habían tenido visitas aparte de la señora Smith, Katie y Erik Tanner. Pero de nada servía engañarse; ella le había dicho que Scotland Yard lo buscaba.

Los golpes se repitieron una y otra vez hasta que una voz masculina exclamó:

—¡Abre la puerta, O'Malley!

A su espalda, Lillian le apretaba la mano con tanta fuerza que casi le hacía daño.

—Connor... —la oyó susurrar. Le indicó con un gesto que se mantuviera en silencio.

—¡Echaré la puerta abajo si no abres!

Reconoció la voz; era Erik Tanner. Connor entendió entonces que todo estaba definitivamente perdido. Erik sabía que vivía allí, y no solo eso: ahora veía claro que había sospechado de él casi desde el principio. No dudaría ni un segundo en detenerlo. Era inútil tratar de escapar. La ventana era demasiado pequeña y, además, estaban en un segundo piso. Con el brazo en esas condiciones sería incapaz de sujetarse y bajar hasta la calle. Además, no podía dejar a Deirdre allí.

De reojo observó que la señora Smith había salido del dormitorio y estaba apoyada en la pared del pasillo con los ojos como platos. Tanto ella como Lillian parecían cervatillos paralizados por el miedo, y estaba seguro de que Deirdre, en su cama, sentiría el mismo terror. Supo entonces que no tenía

derecho a seguir poniéndolas en peligro, y que lo único que podía hacer era entregarse.

Sonó un tremendo golpe sordo en la puerta y la fina plancha de madera tembló peligrosamente; Erik debía de haberse lanzado contra ella. Connor se volvió hacia Lillian.

—Dime que me quieres.

—¿Qué vas a hacer?

—Dímelo antes de que abra.

Ella no dijo nada; aún podía ver en sus ojos restos de desconfianza y duda mezclados con el miedo. La puerta se tambaleó de nuevo al empujar Erik una segunda vez. Algunas esquirlas de madera saltaron.

—Cuidad de Deirdre.

Cuando abrió, vio que Erik Tanner sujetaba una pistola en su mano derecha. Apuntó contra él en cuanto quedaron cara a cara.

—Creía que a los agentes de Scotland Yard no les permitían llevar armas —comentó fingiendo una calma que estaba muy lejos de sentir.

—Ahora sí podemos.

—Ya me he dado cuenta —asintió señalándose el brazo. Erik entró en la casa y bajó la pistola una vez que comprobó que Connor estaba desarmado, pero se colocó entre él y la puerta para impedirle la posibilidad de salir.

—Estás detenido, O'Malley. No intentes escapar, porque yo no tengo tan mala puntería como el agente que te hirió el brazo.

—Te obligarán a soltarme en cuanto vean que no hay pruebas suficientes.

—Hay pruebas de sobra.

—¡Abbott estaba ebrio por completo! —intervino Lillian de pronto, sujetando el brazo de Erik en actitud de súplica—. El señor O'Malley solo había ido a visitarme...

—¿A las tres de la mañana? —ironizó Erik. Tenía los ojos oscuros más fríos que Connor había visto jamás. Cuando se fijó mejor en Lillian, el sargento pareció reconocerla—. Usted es la institutriz de los Wolverton, ¿verdad? Recuerdo haberla visto cuando interrogamos al mayordomo.

—Sí. El señor O'Malley es amigo de la familia, él nunca haría algo como eso.

Connor sonrió con dulzura a la joven. Estaba defendiéndolo, mintiendo por

él. Alguien como ella jamás lo haría... a menos que lo amara muchísimo.

Erik la ignoró y sacó las esposas del cinturón.

—Despídete, O'Malley. Después revisaré este agujero hasta que encuentre las joyas.

—¡No! —exclamó ella—. ¡No, sargento, por favor, tiene que haber alguna manera de...!

El agente la miró con una mezcla de diversión y asombro.

—¿Es que está enamorada de este canalla?

Ella tardó unos segundos, pero al final asintió con la cabeza. Sus miradas se cruzaron; los ojos grises de Lillian estaban arrasados de lágrimas y, por un momento, Connor sintió mucho más dolor por ella que por su propia suerte.

Erik cerró las esposas, pesadas y frías, sobre sus muñecas. Experimentó una viva punzada de dolor al forzar la posición del brazo, pero se negó a gritar o a mostrar cualquier signo de debilidad. Al menos, la última vez que ella lo viera no sería como a un hombre cobarde y frágil.

—Adiós, Lil. Lo siento.

Una voz mucho más débil y apagada que la de ella llegó desde el fondo del pasillo.

—Por favor, Erik... No te lleves a mi hermano.

Habían transcurrido varias semanas desde la última vez que Erik había visto a Deirdre de pie. Metida en la cama o sentada en una butaca, cubierta por una manta, no se apreciaba con tanta claridad lo delgada y consumida que estaba. A Erik le impresionó verla así, como un fantasma de enormes ojos azules y largo camisón blanco, que se apoyaba tembloroso en el quicio de la puerta.

—¡Deirdre! Vuelve a la cama —ordenó la anciana casera, poniendo las manos sobre sus huesudos hombros para tratar de reconducirla de nuevo hacia el dormitorio.

—Querida, no te preocupes —intervino Connor—, la señora Smith cuidará de ti.

—¡No, no! —Deirdre hizo una pausa, como intentando reunir fuerzas, y dio

algunos pasos inseguros hacia Erik. Este la contempló con el corazón en un puño—. Erik, por favor...

Todos parecían haber quedado paralizados. La anciana tenía el brazo aún extendido hacia la joven en su intento de detenerla. La institutriz, cuyo pálido rostro estaba surcado de lágrimas, era la más próxima a Connor, el cual, con las muñecas esposadas, miraba a su hermana con alarma e impotencia. Erik se acercó a Deirdre.

—Lo siento, Deirdre, pero tengo que llevármelo.

Pasó los dedos con suavidad por su mejilla. Estaba ardiendo.

—Mi hermano es todo lo que tengo en el mundo. —Sus ojos, brillantes por la fiebre, buscaron los suyos, suplicantes—. Me moriré sin él.

—Tiene que pagar por sus delitos.

—Por favor, Erik... —repitió. Su piel perdió de pronto el escaso rastro de color que le quedaba y, como si el tiempo se hubiera ralentizado, el sargento observó que sus ojos se cerraban y su cuerpo perdía por completo el tono muscular. Antes de que pudiera reaccionar, Deirdre cayó desmayada en sus brazos.

La llevó hasta el dormitorio con tanta facilidad como si no pesara más que una niña pequeña. No pudo evitar recordar el día en que la había conocido, cuando tuvo que sacarla del tumulto en Trafalgar Square. Probablemente ese día había salvado su vida. Ahora, quizá, le había llegado otra oportunidad para salvársela de nuevo...

Contempló su dulce rostro en forma de corazón. Estaba demacrado y macilento por la enfermedad, pero para él seguía siendo la muchacha más hermosa que había visto. Sintió que su corazón se inflamaba con un amor que no sabía de leyes, de reglamentos ni de moral. Se giró hacia Connor, que se había apresurado a ir tras él hasta el dormitorio de Deirdre, y le dedicó una mirada gélida.

—Sal de mi camino, O'Malley. Procura marcharte de la ciudad lo antes posible, y no vuelvas nunca.

Aunque la señora Smith había insistido en quedarse para ayudarlo, Connor había rechazado su ofrecimiento. La pobre mujer ya había hecho bastante y soportado suficiente tensión, y merecía volver a su apartamento para descansar y disfrutar de una buena taza de té.

Pero ahora veía que era bastante difícil preparar el equipaje con un solo brazo funcional. La ropa le quedaba mal doblada, y ocupaba el doble del volumen normal en el baúl y en las bolsas de mano. El brazo le dolía de manera lacerante; llevaba casi tres días sin dormir y apenas había probado bocado durante ese mismo tiempo. Pero estaban a salvo y ese pensamiento lo sostenía.

Deirdre dormía en su cama; Connor había ido a verla hacía un rato y le había parecido que tenía menos fiebre. Había recobrado el conocimiento durante unos minutos cuando aún estaba Erik junto a ella, el tiempo suficiente para enterarse de que el oficial había decidido no contar que lo había encontrado. Deirdre había sonreído a aquel hombre con una dulzura que le sorprendió y le hizo comprender que su hermanita pequeña albergaba por el policía sentimientos que iban más allá de la amistad. No se habría sentido demasiado incómodo por ello si no fuera porque también comprendió otra cosa más preocupante: Erik lo dejaba escapar porque estaba enamorado de ella, sin más. Aunque lo sospechaba desde hacía tiempo, Connor se preguntaba desde cuándo era así. Sin embargo, y aunque Erik Tanner no le caía bien, al menos había que reconocerle la caballerosidad con que había actuado siempre con su hermana; por no mencionar el hecho de que la amase tanto como para dejar a un delincuente como él en libertad...

Cogió su sombrero de copa forrado de seda y lo dejó aparte, junto con el frac, la capa de gala y las demás prendas lujosas. Nunca volvería a fingir ser lo que no era. Vendería todo eso a un buhonero que trabajaba calle abajo, y utilizaría el dinero para pagar los billetes de tren. Ya le había entregado a Erik la pulsera de brillantes para que se la devolviera a lady Sophia, y también le había descrito el lugar donde había tenido que abandonar las joyas de lady Wolverton durante su huida aquella aciaga noche. No se quedaría con nada, aunque le aterrorizaba lo difícil que sería su nuevo comienzo.

Contempló la montaña de ropa elegante de la que iba a deshacerse y suspiró; no podía creerse la cantidad de errores que había cometido en apenas

dos meses. Había salido considerablemente bien parado de todos ellos, excepto en lo referente a Lillian. No se había percatado de verdad, hasta ese momento en el que se encontraba recogiendo sus pertenencias, de lo duro que sería alejarse de ella para siempre. Se había marchado del apartamento junto con Erik aquella mañana, sin otro gesto de despedida que una larga mirada llena de dolor. Ni siquiera había dicho si lo perdonaba, si lo quería, si pensaría en él cuando se hubiese marchado... Pero Connor no podía reprochárselo.

Unos suaves golpes en la puerta lo sacaron de sus reflexiones. Supuso que sería la señora Smith de nuevo, empeñada en ayudarlo o en velar el sueño de Deirdre, y acudió a abrir sin apresurarse.

En el umbral estaba Lillian, temblando de frío, pálida y con los ojos enrojecidos. Le conmovió tanto tenerla frente a él de nuevo, cuando ya se había hecho a la idea de no volver a verla jamás, que no pudo articular palabra y se limitó a mirarla aturdido hasta que ella preguntó con voz trémula:

—¿Puedo pasar?

Asintió con la cabeza y se hizo a un lado para dejarla entrar. Observó que tenía la capa muy mojada por el borde inferior y los botines húmedos, y que debajo llevaba el mismo vestido que por la mañana.

—Estás tiritando, siéntate junto a la estufa. —Le indicó la butaca más cercana a esta, pero ella rehusó sentarse con un gesto y solo acercó las manos al calor que salía de la rejilla; tiritaba tanto que no podía hablar. Al cabo de unos minutos, el color volvió poco a poco a sus mejillas.

—Cuando salí de aquí esta mañana, me dediqué a caminar por la ciudad —dijo al fin mientras miraba a su alrededor.

—¿Llevas todo el día en la calle? —se asombró. No era de extrañar que tuviera ese aspecto tan agotado y lívido—. ¡Estás loca, Lillian!

—Entré en un café para almorzar, pero luego fui a Hyde Park y paseé por allí durante varias horas. Me senté en el mismo banco en el que lo hice con Lucy la primera vez que te vi. Te imaginé en el banco contiguo, tal como estabas, contemplando los cisnes. Parecía todo muy distinto, claro, porque el Serpentine está ahora congelado y en vez de hojas secas en el suelo hay nieve, pero pude verte con tanta claridad como esa mañana.

Connor apenas se acordaba de respirar mientras la escuchaba; su voz tenía una cualidad hipnótica, melancólica y atrayente. Ella continuaba contemplando la habitación, paseando su mirada por el baúl a medio llenar, por la ropa amontonada y los estantes vacíos. No lo miró a él en ningún momento, pero intuía que estaba más presente que nunca en su cabeza. Aguardó con el alma en vilo a que terminara de hablar.

—Después imaginé cómo sería tu vida cuando te fueses de Londres. Pensé que tu prioridad sería cuidar de Deirdre y buscar un trabajo, pero una vez establecidos volverías a tener una existencia normal. Harías nuevos amigos. Conocerías a otra.

—No, yo no...

—Déjame terminar. Y mientras tanto, yo continuaría siendo institutriz, puede que no con los Wolverton después de lo ocurrido, pero sí en cualquier otra casa. O quizá me olvidaría de ese trabajo y haría caso a mi madre. Asistiría a fiestas. Me vestiría a la moda. Aceptaría que me cortejaran. — Hizo una pausa y, por fin, fijó sus ojos en los suyos. Lo hizo con esa expresión que él amaba tanto: directa, franca, irresistible—. No pude soportarlo, Connor. Me eché a llorar ahí mismo, en el banco, sin importarme la gente que pasaba cerca y me veía. Lloré como una niña pequeña durante un buen rato.

—¡Lil...! —No pudo decir más. La atrajo hacia él y la estrechó entre sus brazos, acariciando su espalda a la vez, ignorando el dolor de la herida. Cerró los ojos para retener sus propias lágrimas, y notó que las manos de ella se aferraban con fuerza a su cuerpo.

—No quiero estar sin ti —la escuchó susurrar contra su pecho con voz emocionada—. Si te vas, me marcharé contigo.

Eran las ocho de la tarde del 4 de enero cuando William traspasó el umbral de su casa. Los últimos tres días habían sido agotadores, y se sentía como si durante ese tiempo hubiera envejecido diez años. Aunque no era su trabajo, Daniel lo ayudó a quitarse el abrigo y lo recogió, junto con sus guantes y el sombrero, para entregárselo a la doncella.

Una cabeza femenina se asomó por la barandilla de la escalera.

—¿William? ¿Eres tú?

—Hola, querida.

Elaine bajó con rapidez y se quedó mirándolo, preocupada.

—¿Por qué llegas tan pronto? ¿Ocurre algo malo?

William tomó el rostro de su esposa entre las manos y lo contempló con calma. Se percató de que hacía mucho tiempo que no se detenía a mirarla de verdad, y por primera vez en años volvió a verla como era cuando se casaron. La besó brevemente en los labios y sonrió.

—No ocurre nada. Solo quería llegar a casa a tiempo para pasar un rato contigo antes de la cena.

—¡Vaya! —rió ella—. ¡Eso sí que es una novedad!

—Acostúmbrate a ello —replicó William, tomándola por la cintura y comenzando a andar con ella hacia la sala de estar—. A partir de ahora, intentaré pasar mucho más tiempo aquí y bastante menos en la redacción.

Pasaron un rato agradable mientras esperaban a que estuviera lista la cena. Elaine se sentó junto a la chimenea con su labor de punto y William la hizo reír con anécdotas inofensivas de las que se había enterado en las últimas semanas. Ella se había enterado de lo de Connor, por supuesto, pero William la había convencido de que todo se trataba de un tremendo error, y que por

ese motivo el *Daily Sun* se había negado a publicarlo. La realidad era que, en la redacción, todos estaban molestos con él, aunque nadie se atrevía a declararlo abiertamente. No le perdonaban que el *Times* les hubiese pisado una noticia tan jugosa, y William había llegado a oír comentarios acerca de que alguien debería sugerirle una jubilación anticipada. Pero a él no le importaba nada de eso.

Había ido a ver a Connor esa misma mañana, sin que nadie lo supiera. Lo que vio una vez entró el apartamento lo conmocionó: Connor llevaba el brazo vendado a causa de una herida de bala, según le contó, y apenas había carbón en la estufa ni alimentos en la cocina. Pero lo peor fue enterarse de que Deirdre llevaba enferma de difteria desde hacía semanas, y de que aquello había sido el motivo de todo lo ocurrido. William montó en cólera durante varios minutos, y acusó a Connor de ser orgulloso, negligente y temerario. ¿Cómo había sido capaz de robar, aunque fuera para ayudar a su hermana, si podía simplemente acudir a él y aceptar su dinero? Pero cuando vio que el joven aceptaba todos sus reproches, y comprendió que era el primero en culparse a sí mismo, no pudo seguir gritándole. Era joven, demasiado orgulloso y había cometido un terrible error, sí, pero también quería a su hermana con todo su corazón, y William no alcanzaba siquiera a imaginar la angustia por la que debía de haber pasado.

Le ofreció trasladarse a su casa indefinidamente, pero Connor rehusó. El sargento Tanner lo había encontrado y no lo había detenido, pero ahora tenían que salir de la ciudad lo antes posible. Además, ahora toda la sociedad londinense lo repudiaría. Solo aceptó que el médico de William fuera a examinar a Deirdre, y nada más.

—Pero, ¿adónde iréis? —le preguntó antes de marcharse.

—Aún no lo sé —respondió Connor, sujetándose el brazo herido con la otra mano—. Pero será un segundo nuevo comienzo... Y te juro que haré las cosas mejor que en el primero.

William asintió en silencio. Había una última cosa que debía decirle, pero no era fácil. Se aclaró la garganta y murmuró:

—Siento no haber cuidado mejor de vosotros.

—William, la culpa ha sido solo mía. Tú siempre me ofreciste tu ayuda, y yo no quise aceptarla. ¡Soy un maldito irlandés orgulloso y arrogante! Pero

quería salir adelante por mí mismo. —Se pasó los dedos por el cabello y continuó—: Empecé a conocer a todos esos caballeros de la alta sociedad, que despreciaban a los pobres y a los trabajadores, que solo se preocupaban por celebrar cenas y bailes, y no sé qué me pasó... Me transformé en una persona horrible sin ni siquiera darme cuenta. Pensé que de alguna manera se merecían que les quitara una mínima parte de lo que tenían, si otros como Deirdre y yo lo necesitaban más. Pero eso no es excusa. Soy mucho peor que mi padre.

Su despedida fue agri dulce. William salió de allí con el corazón dolorido, preguntándose si volvería a verlos algún día. Pero hubo algo con lo que se quedó: el amor de Connor hacia su hermana, su capacidad para hacer cualquier cosa por ella, aunque fuera un error. ¿Tenía William esa virtud? ¿Había descuidado a sus seres queridos durante todos esos años, en favor de su trabajo? Ya no era joven ni podía recuperar el tiempo perdido; no podía borrar las innumerables horas de soledad que había vivido Elaine mientras él se dedicaba en cuerpo y alma al *Daily Sun*... Pero sí podía hacer las cosas mejor a partir de entonces, tal como se había propuesto hacer Connor.

El hombre al que habían detenido esa misma noche ya había sido interrogado y estaba encerrado en una de las celdas del sótano. Erik había llegado a la comisaría más tarde, pero otro oficial le había puesto al corriente de todo: el detenido se llamaba Barry Milford, tenía treinta y cinco años y había sido atrapado mientras trataba de escapar de la casa que estaba robando por la ventana de la cocina. Era un ladrón profesional que había actuado varias veces ese año, entrando en los domicilios por las ventanas que los dueños se dejaban abiertas, pero hasta entonces nadie había conseguido detenerlo. Esta vez había matado a la criada que se encontraba en la cocina cuando entró, y ahora se exponía a una dura condena de cárcel.

—Van a abandonar la búsqueda de ese O'Malley —le dijo el oficial a Erik—. El inspector dice que no tiene sentido seguir buscando por medio Londres para interrogarlo cuando ya han encontrado al culpable.

—¿Han declarado culpable del robo de los Wolverton a ese detenido? — repitió perplejo.

—Sí. Después de todo, el mayordomo estaba borracho cuando se encontró con el ladrón, y tal vez...

Erik frunció el ceño y lo interrumpió.

—Pero ¿qué hay de los testimonios de lady Sophia Abberly y de la otra chica?

—Pudo ser coincidencia. En realidad, no tienen ninguna prueba de que Connor O'Malley les robara nada.

—¿El detenido ha confesado haberlo hecho él?

—No, él lo niega, pero ese tipo de sujetos mienten más que hablan. Son peores que ratas de cloaca... Lo importante es que hemos atrapado al culpable de la oleada de robos de estos meses. —El oficial se encogió de hombros y sonrió—. Caso cerrado, Tanner.

A Lillian le parecía increíble cómo podía cambiar todo en tan solo unas semanas... e incluso en unos días. Desde noviembre, su percepción del mundo se había alterado tanto que ni ella misma se reconocía. Siempre había visto su futuro con una claridad meridiana, como si no necesitara del transcurrir del tiempo para saber dónde estaría, qué haría o de qué modo viviría en lo venidero, pero no podía haberse equivocado más. Ahora veía que la vida, como le dijo Connor en el invernadero durante aquel lejano baile, estaba hecha de sorpresas y giros inesperados.

No se llevaría muchas pertenencias para la nueva etapa que iba a iniciar, pero sí había algunas cosas que debía hacer. Y una de ellas, más dolorosa de lo que nunca hubiera imaginado, era despedirse de Lucy y May.

Las dos niñas bajaron al vestíbulo con las caras tristes y los ojos llorosos. Se quedaron mirando la maleta de Lillian y luego la miraron a ella, esperando por una vez a que su institutriz hablara primero.

—Bueno, niñas. Es hora de que me vaya.

Ya les había explicado, sin entrar en muchos detalles, que tenía que dejarlas porque se iba a vivir a otra ciudad. Las dos habían protestado, habían llorado y se habían enfadado con ella, y se sorprendió al constatar así hasta qué punto la querían.

Con lady Wolverton había sido un poco distinto. Ella no tenía ni idea de su relación con Connor, y Lillian no lo mencionó. Le contó lo mismo que a sus hijas, pero ella acabó sonsacándole que no se iba sola y, cuando Lillian admitió que «existía un caballero», tal como la dama insistía en preguntar, lady Wolverton no pudo contener su emoción. La abrazó estrechamente y la felicitó.

—Es lo mejor que te podía pasar, cariño —afirmó con una sonrisa radiante—. ¡Empezaba a estar muy preocupada por ti en ese aspecto!

—¿Pero no le molesta tener que buscar a otra institutriz?

—No te preocupes por eso. Ya lo hice cuando la señorita Gray nos dejó para casarse y, a pesar de todas tus tonterías sobre el romance y el matrimonio, estaba segura de que pasaría lo mismo contigo.

Lady Wolverton volvió a abrazarla y se empeñó en que se llevase un retrato de las niñas que tenía sobre la mesita de su dormitorio.

—Así te acordarás de nosotros —dijo, y Lillian sospechó que también echaría un poco en falta a la alegre y vital mujer.

Después de despedirse también de lord Wolverton, había recogido sus pertenencias y había dicho adiós a Betty, James y los demás. Ahora solo faltaban las niñas.

—La echaremos de menos, señorita Simmons —musitó May. Lillian se arrodilló para quedar a su altura y la abrazó mientras sentía las lágrimas acudiendo a sus ojos.

—Yo también a vosotras —contestó con un susurro ahogado. Se esforzó por dominarse y soltó a May para mirar a las dos—. Portaos bien, y no descuidéis vuestro francés. ¡Dentro de unos años me gustaría poder creer que os habéis convertido en unas señoritas cultas y bien educadas!

—Lo haremos —prometió Lucy. Lillian se la imaginó haciendo su debut social, cinco o seis años después, luciendo un espectacular vestido elegido por su madre y rodeada de cortejadores, y sonrió.

—Me alegro de oír eso.

Besó a las dos niñas y se incorporó. Samuel entró en ese momento para subir su maleta al carruaje y Lillian se abrochó el abrigo.

—Oh, Lucy, una cosa más... —dijo de pronto.

—¿Sí?

—¿Recuerdas cuando te decía que no debías pensar en enamorarte ni dejarte llevar por las emociones románticas?

—Estoy tratando de evitar hacerlo, señorita Simmons —repuso muy seria. Lillian no pudo evitar reírse, ya que sabía que no era cierto.

—No me refiero a eso. —Se detuvo para buscar las palabras adecuadas—. Verás, sigo pensando que ahora debes centrarte en tus estudios. Las dos

tenéis que prepararos lo mejor posible para cuando salgáis al mundo real. Pero en el mundo real también existe el amor, ¿comprendéis? También debéis estar abiertas a él... ¡cuando llegue el momento, claro, no ahora!

La expresión de May era de ligera confusión, pero Lucy parecía haberlo entendido, aunque no dijo nada. Solo levantó los brillantes ojos cerúleos hacia ella, esbozó una pequeña sonrisa y asintió.

Las dos se quedaron junto a la puerta mientras Lillian salía, pero no se volvió para mirarlas más. Subió al carruaje y miró al frente mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—¿A su casa, señorita Simmons? —le preguntó Samuel antes de cerrar la portezuela.

—No —respondió Lillian. Le dio la dirección de Elizabeth y se pusieron en marcha.

Mientras recorrían el corto trayecto que los separaba de la casa de los Ashton, volvió a preguntarse si hacía bien marchándose sin despedirse de sus padres. Había sido una decisión muy difícil, pero no creía que fueran a entender su marcha. Después de todo, les había presentado a Connor en la fiesta, en su propia casa, y se habían quedado estupefactos cuando leyeron en el periódico todo lo referente al robo. ¿Cómo iba a decirles a la cara que se marchaba con él? En vez de eso, les había escrito una larga carta, que daría a Elizabeth para que se la entregara. Ella ya estaba al corriente de sus planes.

Después de salir de casa de su hermana iría directamente a la estación, donde se reuniría con Connor y Deirdre para tomar el tren a Dover. Su amigo, el señor Peterson, había acudido con su médico dos días antes, y este había conseguido que Deirdre mejorara lo suficiente para viajar. Les había aconsejado llevarla a un lugar tranquilo, preferiblemente en el campo, donde pudiera disfrutar del sol y del aire puro, aunque también les avisó de que lo más probable era que nunca recuperara del todo la salud. Viviría, y podría llevar una vida normal, pero la difteria había debilitado su corazón y no volvería a ser la joven activa y llena de energía que era antes. Lillian sabía que Connor se culpaba a sí mismo por ello, y que tampoco le gustaba la idea de tener que aceptar su dinero para tomar el barco en Dover. Pero esa era la condición que le había puesto: si quería estar con ella, tendría que dejar a un lado su orgullo...

El carruaje se detuvo junto al palacete de fachada color crema donde vivían los Ashton. Lillian descendió y, después de pedirle a Samuel que la esperara, atravesó el jardín delantero cubierto de nieve y llamó a la puerta principal. Una doncella la acompañó hasta la salita donde estaba su hermana.

Muy pocas veces iba a visitarla allí. Tanto ella como Elizabeth preferían verse en casa de sus padres, ya que la presencia de Robert las incomodaba incluso aunque no estuviese en la misma habitación que ellas. Elizabeth parecía convertirse en otra mujer cuando su esposo estaba cerca: no hablaba con espontaneidad y una expresión tensa y alerta invadía su rostro.

La doncella llamó a la puerta y abrió lo suficiente para asomarse.

—Milady, su hermana ha venido a verla.

—Dile que pase, Jane.

Lillian entró. Elizabeth estaba sentada al piano, aunque no se había oído música desde fuera.

—Vengo a despedirme, Beth.

Elizabeth se levantó y se acercó a ella. A Lillian siempre le impresionaba lo elegante y perfecta que estaba siempre en cualquier circunstancia. Le recordaba un poco a lady Wolverton, aunque sus formas de ser fueran tan opuestas.

—No sé qué haré sin ti, querida.

Su hermana sonreía, pero Lillian no pudo evitar sentir una tremenda compasión por ella. Para evitar echarse a llorar, decidió que sería mejor ir a lo práctico.

—Aquí está la carta —dijo sacando el sobre de su bolso y entregándoselo a Elizabeth.

—Se la daré a papá en cuanto te hayas ido.

—Dile que espero que me perdone por no despedirme de él.

—Se llevará un buen disgusto, pero creo que lo entenderá —reflexionó Elizabeth—. Además, no te vas para siempre, ¿verdad?

—No. Volveré a veros—. No estaba segura de ello, pues no sabía lo que le depararía el futuro ni dónde viviría, pero si pensaba que nunca más vería de nuevo a su familia, no podría marcharse. Dejar a su hermana ya le resultaba casi insoportable. Tomó aire y balbuceó—: Elizabeth, yo... Siento que...

No sabía cómo expresarlo. Lo que sentía era que se quedase en ese frío

palacete con un esposo que la ignoraba y a quien jamás había querido ni, al menos, respetado, mientras ella iniciaba una nueva vida lejos con el hombre al que amaba. Pero no podía decir eso. Si tan solo tomara la decisión de abandonar a Robert... Sin embargo, Lillian sabía que no lo haría. Elizabeth no querría provocar un escándalo, ni tampoco hacer nada que pudiera perjudicar a su hijo o separarla de él.

Sin embargo, su hermana no necesitó palabras para comprender. Volvió a sonreír y agitó la cabeza.

—Buen viaje, Lil. Creo que serás muy feliz con Connor.

—¿A pesar de lo que hizo?

—Fue a causa de la desesperación. Yo también podría tomar una decisión tan drástica si se tratara del bienestar de Bobby... Y además te ama, querida, eso está claro —apartó un mechón de cabello que se había soltado de su moño y, mirándola a los ojos, añadió—: Y tú a él también, ¿no?

Lillian asintió y la abrazó; el suave perfume que emanaba de las ropas de Elizabeth y su actitud serena la tranquilizaron un poco; lo suficiente para poder despedirse de ella sin verter más lágrimas.

Erik se enteró de la hora a la que saldría el tren de Deirdre gracias a su amiga Katie. Le dolía no haberlo sabido por la propia Deirdre y, sobre todo, que no se hubiese despedido de él, pero después de lo ocurrido era lógico. ¿Cómo iba Erik a visitarla en su casa, con su hermano allí? No había vuelto a verla desde la mañana en que tomó la decisión de dejar que Connor se saliera con la suya, y de eso hacía cuatro días. Katie sí había ido a visitarla, y cuando se la encontró en la calle no la dejó tranquila hasta que la escocesa le contó todo lo referente a los planes de los O'Malley y al estado de salud de Deirdre: ella seguía muy enferma, pero su vida ya no parecía correr peligro, y gracias a los cuidados que el señor Peterson le había procurado con dinero de su bolsillo, estaba en condiciones de viajar. Connor, según le dijo, había decidido que lo mejor era ir en tren hasta Dover para tomar desde allí un barco que los sacara de Inglaterra. Katie no sabía adónde pensaban ir, pero

suponía que a Francia o a España.

Lo importante era que conocía el destino y la hora a la que partía su tren, por lo que tenía la oportunidad de despedirse de ella. Iba a ser duro, porque sabía que probablemente nunca volvería a verla: Deirdre era demasiado joven ahora para sentir nada por él, y cuando se convirtiera en una mujer adulta, lo haría en un lugar lejano. Su vida real comenzaría muy lejos de Erik, y lo más natural sería que lo olvidara. «Pero yo no podré olvidarla», se dijo. Intentaba convencerse de que él sería feliz siempre que ella lo fuera, aunque implicara estar separados; sin embargo, un absurdo afán de posesión unido al odio que sentía por su hermano se lo impedía. Erik sería feliz teniendo a Deirdre con él, en su casa y preferiblemente en su cama, y punto. Todo lo demás era engañarse a sí mismo.

Se apostó en una columna del andén del que saldría el tren y esperó a que aparecieran. Quedaban aún algunos minutos y no había demasiada gente todavía, así que disfrutaba de un amplio campo de visión. No tuvo que esperar mucho antes de verlos: Connor sobresalía de los demás viajeros gracias a su altura, y empujaba una silla de ruedas en la que iba Deirdre sentada. A su lado caminaba la señorita Simmons, vestida con un elegante abrigo rosa oscuro y un sombrero a juego. Detrás de ellos, un chico arrastraba una pequeña plataforma con ruedas donde iba metido el equipaje. «Hace pocos días era uno de los hombres más buscados de Londres y se escondía como una rata en ese piso infecto y frío. Y ahora aquí está, con esa mujer que lo adora y un mozo de estación detrás llevándole las maletas, como si fuera un padre de familia respetable». Sintió una punzada de odio hacia él, pero se obligó a mantenerlo al margen de sus pensamientos. Era el hermano mayor de Deirdre, sí, pero ya que se la iba a llevar para siempre, al menos tendría que permitir que se despidieran. Era lo mínimo que le debía. Y para eso había acudido Erik a la estación; para despedirse de Deirdre. No para pelearse con Connor.

Se separó de la columna y salió a su encuentro. Disfrutó con la expresión de desconcierto e incluso temor que leyó en el rostro de Connor cuando le reconoció, pero se centró en su hermana, que lo miraba con una sonrisa asombrada desde la silla. Iba tapada con una manta de viaje y estaba muy pálida y delgada, pero su aspecto había mejorado mucho desde la última vez

que la vio. Le habían lavado y peinado los cabellos en largos y resplandecientes tirabuzones negros, y debajo de la manta se adivinaba un bonito abrigo azul pálido con cuello de terciopelo.

—¡Erik! ¡Has venido a despedirnos! —exclamó.

Contempló los ojos azules de ella, tan luminosos e inocentes, y su rostro dulce y apacible, y en ese momento dudó que pudiera mantener la compostura mientras la veía marchar.

—Claro. ¿Creías que iba a dejar que te marcharas así sin más? —preguntó con un tono amistoso, como si ella no fuese para él más que una especie de prima pequeña o alguien similar.

—Me alegro de que lo hayas hecho.

Desvió la vista para encontrarse con la mirada de Connor. En sus ojos había una mezcla de culpa, preocupación y miedo.

—Deberíamos ir subiendo al tren —dijo, señalando con la mano el vagón que había frente a ellos.

La señorita Simmons subió, y Connor hizo ademán de coger en brazos a Deirdre, pero esta se levantó de la silla y rio con suavidad.

—Connor, ya te he dicho que puedo andar sola.

—No tienes por qué cansarte.

—Por favor, déjame subir al tren por mí misma. —Deirdre hablaba a su hermano con dulzura, pero a la vez con firmeza, y este acabó cediendo.

—Como quieras. —Se quedó mirando un segundo a Erik y, con un suspiro, añadió—: Podéis despediros mientras me encargo del equipaje.

Erik se lo agradeció en su interior, pero solo le hizo un gesto con la cabeza a modo de reconocimiento. Connor repitió el gesto y murmuró:

—Gracias.

Cuando hubo desaparecido en el interior del vagón seguido del chico del equipaje, se volvió por fin hacia Deirdre buscando las palabras adecuadas. Sin embargo, ella habló primero:

—Erik, quiero darte las gracias por... bueno, por lo que has hecho por mi hermano.

—No lo he hecho por tu hermano, Deirdre —repuso con seriedad—. Lo hice por ti.

Ella bajó la mirada y sus mejillas se enrojecieron un poco. Durante un

vertiginoso instante, Erik encontró las palabras y estuvo a punto de pronunciarlas. Pero no fue capaz, y en su lugar dijo:

—Cuídate mucho; no hagas tonterías como aquel día en Trafalgar Square... Espero que seas feliz allá donde vayas.

—Yo también espero que seas feliz, Erik. Te lo mereces. —Esbozó una leve sonrisa que se borró con rapidez. Erik vio que sus ojos se llenaban de lágrimas al musitar—: Voy a echarte mucho de menos.

—Deirdre...

Entonces, se atrevió a hacer lo que nunca se había atrevido hasta entonces: la tomó por la cintura y la acercó a él. Era el contacto físico más cercano que habían tenido, a excepción de cuando la sostuvo entre sus brazos sobre el caballo, y una oleada de calidez y amor lo invadió. Deirdre apoyó la cabeza contra su pecho, y él acarició sus oscuros rizos.

—Prométeme que me buscarás si vuelves a Londres algún día —le dijo atropelladamente. No podía ver su rostro, y agradecía que ella tampoco pudiera ver el suyo—. O, si no, escíbeme cuando os hayáis instalado, y cuando tú quieras viajaré hasta allí para verte.

Ella levantó la cabeza y se pasó el dorso de la mano por los ojos. Estaba llorando.

—Lo haré, Erik. Te lo prometo. —Se llevó entonces la mano al cuello y sacó de debajo del abrigo el medallón que le había regalado para mostrarle que lo llevaba. Él sonrió al verlo.

El silbato del revisor anunció que el tren estaba a punto de salir. Erik deslizó los dedos con suavidad por sus mejillas para secarle las lágrimas y depositó un beso en su frente.

—Adiós, Deirdre.

Connor reapareció en la entrada del vagón y la ayudó a subir mientras él se quedaba mirándola desde abajo.

—Adiós —respondió con un hilo de voz y, con los ojos aún brillantes de llanto, le dedicó una sonrisa tan dulce que Erik sintió como si lo mirara un ángel.

El tren se puso en marcha, y Connor la sostuvo para que no se cayera con el brusco movimiento. Un segundo después, los dos habían desaparecido en el interior.

Erik se quedó un momento en el andén, rodeado de las personas que habían ido a despedir a sus seres queridos y que agitaban las manos y gritaban a los que aún veían asomados por las ventanillas. Pero Deirdre no se asomó. El tren salió de la estación y Erik lo contempló hasta que no fue más que un diminuto punto en la distancia.

Lillian preparó una confortable cama para Deirdre en los asientos de su compartimento con unos cojines y la manta de viaje, y la ayudó a tumbarse, cubriéndola lo mejor posible y apartándole el cabello de la frente.

—Duerme un poco, querida. Después te traeré una taza de té.

—¿Crees que volveremos a ver a Erik? —preguntó ella mientras se recostaba.

Lillian dudó qué responder. Sabía que Erik había dejado escapar a Connor solo por el amor que profesaba a Deirdre, pero también que no guardaba ningún sentimiento positivo hacia él. Era poco probable que regresaran a Londres algún día, y Deirdre era aún tan joven... Seguramente, el incipiente afecto que pudiera sentir por el agente se disiparía en poco tiempo.

—Quizá —contestó sin comprometerse—. Nunca se sabe.

Deirdre sonrió y cerró los ojos, y ella se sentó en el asiento de enfrente, junto a Connor.

—Me gusta ver cómo cuidas de ella —le dijo él en voz baja.

—Sé cuánto la quieres, y, por tanto, también la quiero yo. Espero que se recupere lo antes posible.

—Iremos a un lugar soleado y apacible, donde pueda respirar aire puro y estar tranquila. Donde podamos ser felices.

—¿Y qué lugar es ese?

—Aún no lo sé. Cuando lleguemos a Dover miraremos los horarios de los barcos y decidiremos qué sitio nos gusta más. Francia, España, tal vez Italia... ¿qué te parece?

—Suena muy bien. Mientras estemos juntos, seré feliz en cualquier sitio.

Apoyó la cabeza en su hombro, sintiéndose totalmente dichosa y satisfecha

por primera vez en su vida, pero notó la rigidez del cuerpo de Connor y adivinó que algo le preocupaba aún.

—¿Qué te ocurre?

—Sabes que te devolveré el dinero de los pasajes del barco, ¿verdad?

Lillian levantó la cabeza para mirarlo.

—No te preocupes por eso. No tiene ninguna importancia.

Pero era consciente de que, para él, sí la tenía. Después de todo lo que había ocurrido, Connor ya debía de sentirse lo bastante avergonzado y culpable. No permitiría que la mujer a la que amaba se hiciera cargo de los gastos de su nuevo comienzo.

—Te juro que, vayamos a donde vayamos, encontraré un trabajo para poder proporcionaros una buena vida. Aunque tenga que barrer las calles.

—¡También puedo trabajar yo! —protestó ella.

—¿Quieres volver a ser institutriz en una casa? —bromeó Connor, y añadió con voz más dulce—: Entonces no podríamos casarnos. Y te aseguro que será lo primero que hagamos cuando nos instalemos... sea donde sea.

—No discutiré contigo sobre eso —rio, apoyándose de nuevo contra él.

—¿Sabes, Lil? Hace dos meses también estaba en un tren, aunque llegaba a Londres en lugar de marcharme. Estaba sentado en un vagón muy parecido a este y confiaba en que encontraría un buen empleo, una casa bonita y un futuro brillante para Deirdre y para mí; que recuperaría mi fortuna.

—Siento que no ocurriera así —murmuró ella acariciándole el brazo. Connor se inclinó hacia delante y la miró con ternura.

—¿Bromeas? Encontré algo mucho más valioso que todo eso. Te encontré a ti.

Lillian se estremeció al ver que sus ojos celestes resplandecían de amor y de emoción. Le sonrió y Connor la atrajo hacia sí para besarla. No lo dijo, pero ella también había descubierto algo que valía mucho más que cualquier tesoro de la Tierra: su capacidad para amar y ser amada.

El tren tomó una curva y los últimos edificios de las afueras de Londres desaparecieron. Por delante, una alfombra de prados verdes los separaba del mar.

Selección RNR

UN CABALLERO DEL EAST END

Ana de Liévana

D.J.57

R

Romance Histórico

AGRADECIMIENTOS

Gracias de todo corazón a Julio, por creer siempre en mí, a menudo más que yo misma.

Quiero darles las gracias también a mis padres, que siempre me apoyan en cualquier singladura vital que decida emprender, por desconcertante que sea. Y a mi hermana, por todos los buenos ratos que pasamos imaginando, compartiendo y leyendo historias románticas que nos trasladen a otras épocas.

Por último, no podría olvidarme de la escritora Érika Gael, sin cuyo magnífico taller de novela me habría sido mucho más difícil terminar esta.

Si te ha gustado

Un caballero del East End

te recomendamos comenzar a leer

Te tengo en mi piel

de *Bela Marbel*



PRÓLOGO

Byron pensó que lo más difícil ya estaba hecho. Sí, lo llevó a cabo casi sin pensar, fue una cuestión de reacciones. No pudo soportar ver ese gesto de dolor en su hermoso rostro.

Era evidente que Candy se sentía aterrada ante la idea de volver a caer en el barro... Como aquella vez, cuando él supo que era suya, y maldita gracia que le hizo. No podía seguir luchando, no era capaz, aunque en su fuero interno quisiera hacerlo con todas sus fuerzas.

Y cuando probó su sabor, se acabó toda su vida tal y como la conocía hasta ese momento.

Había repasado esa escena una y otra vez y hasta él estaba de acuerdo con Nat en que se había comportado como un cerdo machista, y no es que lo fuera, pero sí era alguien acostumbrado a hacer lo que le venía en gana. En ese momento había querido cerrarle la boca a Candy, pero no había esperado la reacción de ella; ese miedo mezclado con deseo y algo más, una pasión salvaje que se guardaba para sí dentro de aquella fachada de princesa pálida.

La mirada cargada de terror y furia era la misma que distinguía en su rostro inmaculadamente maquillado en ese momento. Había algo en ella que lo obligaba a actuar.

La boda de George y Nat era íntima, apenas la familia, algunos amigos y trabajadores. Y Candy.

Él no esperaba que tuviera el valor de asistir; su exnovio se casaba con la española, a la que ella odiaba. Pero Candy, su Candy, se había presentado con Mark, nada menos.

Mark, el gran amigo de George; su voz de la conciencia. El Santo, como le llamaban ellos. Las chicas lo adoraban y siempre ponía cordura en sus vidas. Incluso estuvo a punto de morir por defender a su amigo y eso él lo valoraba por encima de todo, pero lo conocía lo suficiente como para saber que la rubia no le interesaba de ese modo.

Y aunque así fuera, no iba a ser suya. Desde luego, Candy había demostrado que los tenía bien puestos. Pero en esos momentos, con el tacón

clavado en el barro y a punto de caer al suelo delante de los invitados, toda esa fachada de dignidad pendía de un hilo.

Mark no andaba cerca, pasaban los minutos y Candy no se movía, suponía que por miedo a terminar por tierra, y su cara reflejaba mucha más angustia de la que la escena describía.

Lo iba a hacer; iba a salvarla y, de paso, a morir en el intento.

Fue hasta el lugar en el que había dejado su quad, se subió y se encaminó hacia el mismo centro de la celebración. Varias mesas volcaron a su paso, oía a la gente maldecir y llamarle loco, pero sin reducir la velocidad, agarró a su presa por la cintura y la montó sobre sus rodillas, desapareciendo de la fiesta.

En apenas tres minutos había declarado una guerra, y la persona a la que había salvado no estaba precisamente contenta.

Al llegar al lago paró el motor del vehículo. Candy intentó saltar de entre sus brazos, pero eran fuertes y poderosos y la sujetaban contra él mientras lloraba y se debatía en una lucha que había perdido antes de empezarla; no solo por la fuerza del hombre, sino por sus propios sentimientos.

—Tienes dos minutos para desahogar tu frustración —la amenazó sin piedad—. Después voy a hacer que te olvides hasta de tu nombre y espero que no vuelvas a pensar en él en esos términos. No quiero tener que matarlo.

—¡Déjame! ¡Suéltame! Quiero... quiero... —Ella siguió peleando, aun sin saber qué quería exactamente.

No la dejó terminar. El indio enredó la tosca mano en su sedoso cabello y tiró de él hasta dejar la blanquísima garganta completamente expuesta para lamerla de abajo a arriba hasta llegar a la boca, que intentaba, con poco éxito, inhalar algo de aire que llevarse a los pulmones.

—Te queda un minuto. Lloro, pataleo, grito... Después se acabó. No más George, ¡nunca!

—Tú no puedes decirme a quién querer. No puedes obligarme. Tú... tú... —Intentaba articular las palabras mientras él deslizaba la otra mano por su espalda, para introducirla con habilidad bajo el vestido.

Ella seguía aferrada a su chaqueta y se dejaba hacer al mismo tiempo que intentaba protestar.

—Eso es, princesa. Yo. Yo. Así me gusta. Te quedan treinta segundos. Yo que tú, saldría corriendo.

Ella también lo habría hecho. Sabía que tenía que hacerlo, pero, por algún motivo no podía moverse de donde estaba. No quería perder el amparo de ese duro cuerpo. La realidad la golpeó como un puñetazo; quería tener dentro ese duro cuerpo.

—Se acabó el tiempo —la informó, a la vez que bajaba la mano hasta sus nalgas y las apretaba con fuerza.

No la estaba besando a pesar de que su boca se empeñaba en buscarlo, entreabierta y dispuesta. Con un hábil movimiento, él la colocó a horcajadas encima de su propio regazo. Sintió un ramalazo de placer al notar la protuberancia que él restregaba con descaro contra su sexo.

—Me asustas —gimió ella.

—Mejor. —Y se lanzó a su boca, casi engulléndola.

Nunca la habían besado de esa forma. Era brutal, exigente, primitivo... salvaje. «Su salvaje». No, estaba loca. No podía pensar en él en esos términos. Se sentía confundida, asustada y él estaba aprovechándose, decidió. «Sí, pensando así se sentía mejor con su conciencia».

—Cuando se enteren de que me has secuestrado y me estás forzando, mi familia te va a matar —lo amenazó, mientras levantaba el trasero y dejaba que él le arrancara el fino tanga rojo de un tirón.

—Los estaré esperando.

Los dedos de él vagaron entre sus nalgas. Sin darse cuenta se tensó ante el placer que le proporcionó descubrir que deseaba que él siguiera explorando aquella sensación, desconocida para ella. Y lo hizo, al tiempo que soltaba su cabello y bajaba por la garganta la mano con que lo aferraba, llegando hasta el pecho, que tomó con la palma, rozando el pezón con el pulgar, que estaba rosa, duro y apetecible. Luego se lo metió en la boca, chupó y tiró de él hasta que ella no pudo evitar gemir y arquearse contra él.

El deseo que sintió fue brutal, devastador. No sabía que podía sentir tanto placer con aquella caricia prohibida, con esa forma de tocar... Tan duro, tan áspero, tan fuerte...

Le gustaba. Le gustaba mucho. Si solo apretara un poco más, podría correrse en ese mismo instante.

Él la había hechizado, estaba claro. Ella era modosita, más bien tímida en cuestiones de sexo, y esas cosas le daban vergüenza. Se odió por sentirse tan

excitada y necesitada por culpa de un maldito salvaje que la trataba como a una...

—Eres un bruto. George siempre fue dulce...

Una fuerte palmada resonó contra su trasero. El picor la puso tan al límite del abismo del placer que la enfureció.

—Si vuelves a nombrar a otro hombre mientras estás conmigo, te pondré este hermoso y redondo culo como un tomate —la amenazó.

Ella se movió como una gatita y, despacio, con delicadeza, le pasó la mano por la cintura. Pero, en un rápido movimiento, se hizo con el cuchillo que él siempre llevaba en la parte de atrás del cinturón y se lo apretó contra la garganta. Alzó las cejas mientras sonreía con gesto ganador al tiempo que, con la otra mano, se enredaba el oscuro y largo cabello de Byron en el brazo y tiraba de él.

—Si vuelves a amenazarme conseguiré que te arranquen esta linda cabellera de la manera más dolorosa posible.

—Ya sabía yo que en algún rincón de ese oscuro corazón tuyo retenías a la pantera que en realidad eres.

Él le agarró la muñeca y la empujó hasta dejarla tumbada contra el depósito de la moto mientras que, con la otra mano, le quitaba el cuchillo. Luego se irguió sobre ella, deshaciéndose de la chaqueta y la camisa, para pasar la afilada punta del Comanche 440 por entre sus pechos, haciendo saltar los pequeños botones que unían el vestido hasta que los senos quedaron completamente expuestos.

Clavó la navaja en el suelo de un golpe de muñeca y se bajó la cremallera de los pantalones. Casi sin darle tiempo, ella subió las piernas y las enroscó alrededor de sus caderas.

—La próxima vez escoge el que llevo en la bota. Con el abrecartas no podrías arrancarme ni un mechón de recuerdo.

Ella pensó que podría morir de placer en ese mismo instante. Nunca había sentido algo parecido al fuego que ahora mismo corroía sus entrañas. Jamás la necesidad de ser poseída había sido tan apremiante; lo necesitaba en su interior empujando y llenándola por completo. Ya habría tiempo de arrepentirse después. Siempre podría dar a su primo la ubicación exacta del salvaje, para que fuera a buscarlo y le pegara un tiro.

No tuvo tiempo de pensar más, ya que el indio le pasó la mano por la cintura y se la colocó encima, sentada a horcajadas sobre sus piernas, mientras se acomodaba de nuevo en el sillín. Por un momento pareció dudar en tumbarla en el suelo, pero decidió que no le daría la oportunidad de cambiar de opinión. Y ella se lo agradeció, no pensaba hacerlo. Quería aquello y lo quería rápido. Estaba húmeda y dispuesta, hinchada y preparada para él.

—No me voy a ensuciar las manos con tu repulsiva sangre. Será cuando menos te lo esperes. Vas a pagar por esto —le amenazó sin embargo, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Lo sé, princesa, créeme. Lo sé. —Se introdujo en ella con fuerza, haciéndola temblar y estremecerse entre sus brazos.

Él continuó empujando y ella suspiró, casi gritando de placer. No sabía que se podía sentir algo así, un deseo tan fuerte que doliera y un dolor que proporcionara tanto placer.

—Di mi nombre —exigió él.

—¡Salvaje! —contestó, provocativa. En respuesta, él dejó de moverse.

Ella levantó el trasero y se dejó caer sobre él suavemente, mirándolo a los ojos mientras se pasaba la lengua por los labios. Él le propinó otra palmada en el trasero.

Sintió una descarga de placer que la hizo temblar hasta el punto de aferrarse a él y morderle con fuerza en el hombro. Él la sujetó por las caderas y tiró de ella hacia arriba, retirándose prácticamente por completo.

—He dicho que digas mi nombre.

—Si me haces esto, juro que no solo morirás, sino que además será doloroso.

—Dilo.

—¡Byron!

Se introdujo en ella de golpe. Estaba tan excitada que pensó que moriría si no se corría pronto. Pero él llevó los dedos hasta su clítoris para presionarlo y acariciarlo al compás de las embestidas. En pocos segundos los dos cayeron en un éxtasis brutal, repleto de jadeos, gritos y sudor.

Un viaje que les llevaría directos al cielo... y al infierno.

Mark recibió una llamada en el móvil. Un tono, dos tonos...

—Jacob... —respondió.

—Mark, ella está en la casa del lago. Ven a recogerla, está fuera de sí. No puedo controlarla.

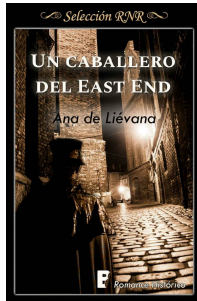
—Byron, ¿qué has hecho? —exigió.

—Lo que todos esperáis de mí. Ahora tú haz lo que todos esperamos de ti y ven a rescatar a la princesa pálida.

—Byron, aún te puedo partir la cara.

—Que te jodan, Mark.

Lo había perdido todo... y entonces la encontró a ella.



Cuando su padre fallece, Connor O'Malley solo recibe como herencia un montón de deudas y la ruina familiar. Connor se ve obligado a vender Malley House, la mansión en la que vivía feliz en Irlanda, y se traslada con su hermana pequeña al bullicioso Londres en busca de un nuevo comienzo. Sin embargo, la realidad es muy diferente del futuro prometedor que imaginaba, y al caer su hermana gravemente enferma, Connor inicia un turbio camino que lo conducirá a una situación cada vez más peligrosa. El azar lo unirá a Lillian, una hermosa joven distinta a todas las demás, enfrentándose a una decisión que podrá cambiar su vida para siempre...

Lillian Simmons es joven, bella y de buena familia, pero ha decidido convertirse en institutriz antes que exponerse a un matrimonio tan infeliz como el de su hermana. Culta, resuelta y difícil de impresionar, Lillian jamás ha creído en el romanticismo. Pero un día conoce en Hyde Park a un caballero irlandés, misterioso y encantador, y todas sus antiguas creencias empiezan a desmoronarse. Puede que el amor verdadero exista después de todo... ¿O quizá no?

Ana de Liévana nació en Madrid a principios de la década de los ochenta y es licenciada en Periodismo y Humanidades. Ha trabajado en el mundo editorial y como profesora de Historia, aunque siempre ha mantenido vivo su sueño de dedicarse a escribir novela romántica. Desde pequeña le apasionan la lectura, los animales y viajar por todo el mundo siempre que tiene la oportunidad. Actualmente vive en Madrid con su marido, también escritor, y con su perro mestizo, dedicada a dar sus primeros pasos como escritora.

Edición en formato digital: enero de 2018

© 2018, Ana de Liévana

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-947-8

Composición digital: Mandala Estudio

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Un caballero del East End

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Ana de Liévana

Créditos